



BLANCO  
DE PLOMO  
Susan Daitch



Lectulandia

La conservadora de arte Stella da Silva es un ave nocturna, por eso agradece que la casa de subastas Claiborne's le permita trabajar en un horario poco convencional. La luz natural puede dañar algunas obras pictóricas de valor incalculable, y, además, su concentración mejora cuando la ciudad descansa. Una noche, mientras se ocupa del más famoso óleo de Diego Velázquez —despachado en secreto a Nueva York para su restauración—, se ve obligada a interrumpir un momento su tarea y, al volver al estudio, encuentra allí un cadáver vestido como una de las figuras del cuadro. Pero al llegar la policía, tanto el cuerpo como *Las meninas* se han volatilizado sin dejar rastro. Stella, la última en tener acceso a él, pasa así a convertirse en la principal sospechosa. Para recuperar su reputación y su empleo, ya que Claiborne's la despide inmediatamente, no tendrá más alternativa que tomar las riendas del caso. Pero no será la única en perseguir algo, ya que también alguien empezará a correr tras ella...

**Lectulandia**

Susan Daitch

# **Blanco de plomo**

ePub r1.0

Titivillus 06-12-2017

Título original: *White Lead*  
Susan Daitch, 2016  
Traducción: Miguel Ros González

Editor digital: Titivillus  
ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

*Blanco de plomo* es una obra de ficción. Los nombres, lugares y sucesos narrados son fruto de la imaginación de la autora o se usan de manera ficticia. Cualquier parecido con hechos, sitios o personas reales, vivas o muertas, es pura coincidencia.

# Capítulo 1

—Buenas noches, Calvin.

—Buenas noches, Stella. No te quedes trabajando hasta muy tarde... —El hombre lanzó un beso al aire y con un ademán de la cabeza señaló a su izquierda—... Estoy reventado. En cuanto acabe este piso me marchó a casa.

En la grabación de la cámara de seguridad se veía a una mujer con tacones rojos, servidora, y al limpiador nocturno, con su uniforme azul, riéndose por lo bajini, con gesto de complicidad. Los dos habíamos oído un ruido, como de respiración entrecortada, en una de las salas al fondo del pasillo.

—¿Vas a ir a ver qué es? —le pregunté.

—Nah, estoy cansado del numerito.

Calvin siguió a lo suyo, fregando el suelo de mármol decorado con un diseño geométrico blanco y negro, que parecía cortar si caminaras descalzo sobre él. Con el limpiacristales azul en el bolsillo de atrás, fue pasando de un despacho a otro, encendiendo luces, apagándolas cuando acababa. Me recliné hacia atrás y lo vi alejarse a través de la puerta doble de cristal. A esas horas, en plena noche, solía estar sola en esa planta, aunque no siempre.

Me gustaba trabajar de madrugada, cuando, a medida que pasaban las horas, había cada vez menos gente en el edificio, hasta que me quedaba completamente sola —o eso me gustaba pensar—. En mi trabajo, la luz natural es un tesoro y a la vez una condena. Ilumina, atenúa y degrada el color, todo en uno, así que a veces conviene evitarla. Fue la luz del sol la que dañó los Rothkos del Museo Fogg, que no se pudieron restaurar hasta décadas después, con proyecciones generadas por ordenador: cuando se apagan esas luces artificiales neutras, lo único que queda son seis lienzos estropeados. Mi jefe no controlaba mi horario, siempre y cuando cumpliera con mi trabajo. La casa de subastas Claiborne's era la más antigua del país, pero en materia de privacidad y discreción tenía la reputación de un banco suizo.

Las veladas de subastas eran eventos de etiqueta a los que solo podía asistirse con invitación, cuyos carísimos catálogos de edición limitada también se convertían en valiosas piezas de coleccionista. En una sola subasta de cuadros podía facturarse una cantidad mayor que el producto interior bruto de Islandia. Los postores y sus representantes pertenecían a la alta sociedad, aunque para mí todo aquello era otro mundo, en el que procuraba no pensar. Los pactos se sellaban con apretones de manos, no con contratos en papel o electrónicos que dejaran huella, y nadie ponía mala cara a las transacciones en efectivo, por alta que fuese la cifra. Ni los directores, ni los comisarios, ni los meros conservadores de arte, como yo, hacíamos demasiadas preguntas sobre el origen de las valiosas piezas que pasaban por nuestras manos. La faceta comercial no tenía ninguna relación conmigo. O eso creía.

Trabajaba con cuadros, tenía que pagar un enorme préstamo universitario y no podía permitirme levantar ampollas. ¿Comprobé aquel Warhol en la Base de Datos de Obras de Arte Robadas, o en la de la Interpol? No. Me preocupaba más quitar esa manchita de grasa apenas visible sobre la ceja cerúlea de Marilyn Monroe sin dañar el pigmento de debajo. Que se hubiese manchado en el maletero del Chevrolet Volt de un ladrón no era asunto mío. Polvo, aceite, tinta, pintura: para mí, todo son moléculas y química. Química que había estudiado en la universidad, aunque me pasara las clases haciendo garabatos y dibujando caritas en los diagramas de átomos de los manuales. Hice religiosamente las prácticas en laboratorios y me presenté a exámenes de Termodinámica o Formación de Iones hasta que conocí a Carter, un chico con una cresta azul por un lado y verde por el otro; parecía un loro. Carter era pintor, un autodidacta nato. Le obsesionaba volver al origen de las cosas, e incluso elaboraba su propia pintura. Sus fórmulas no tardaron en seducirme. Pongamos que queremos crear un color brillante, pues se mezcla sulfato de cobre con cobalto; se calienta, se deja enfriar, se raspa y luego se mezcla con huevo y aceite de linaza. Carter se sacaba parte del sueldo haciendo reproducciones para las tiendas de souvenirs de los museos, y otra con actividades sobre las que yo prefería no saber nada, y para las que creyó que mis nociones de química serían útiles. Don Inventor me dejó por otra que trabajaba en el campo de los accesorios tecnológicos, y yo empecé unas prácticas en el Instituto de Arte de Chicago. Luego me fueron saliendo trabajos esporádicos aquí y allá, hasta que Claiborne's me fichó: era una novata con talento, y cambié de muy buena gana la tristeza y los vendavales que soplan en el lago Michigan por Nueva York. Lo último que supe de mi novio es que estaba aprendiendo a programar.

Claiborne's no era tan impresionante como trabajar en un museo. Era una empresa que hacía dinero moviendo objetos por todo el mundo, pero yo estaba casi siempre sola en mi laboratorio, así que procuraba guardar las distancias con las transacciones que se cerraban en los pisos inferiores. De día, hombres y mujeres con trajes a medida acompañaban a los compradores y a sus representantes, pero los salones de la primera planta estaban insonorizados, así que nunca oía los gritos de los famosos subastadores. Las oficinas y los estudios de mi planta, en cambio, no estaban aislados. En mi laboratorio había un cúmulo de mesas y superficies que procuraba no embarullar demasiado, estanterías con pinturas y pigmentos, microscopios, un espectrógrafo y una máquina de rayos X en una salita contigua; las paredes estaban forradas de reproducciones de cuadros con los que había trabajado o que, sencillamente, me encantaban.

Tiré el vaso de café a una papelera de mediados del siglo xx.

—Espero que estuviese vacío —dijo Calvin con una mirada fulminante. Limpiar los líquidos varios que goteaban de las bolsas de plástico baratas formaba parte de su trabajo, pero no le hacía ni pizca de gracia—. Con el dineral que ganan, ya podían comprar bolsas de basura decentes.

—Estaba vacío. Nunca te haría esa faena, Cal.

Un jadeo entrecortado y una especie de gorgoteo atravesaron las paredes, amortiguados; sin embargo, esos hilos de voz ronca no sonaban angustiados, sino que parecían una respiración intensa. Calvin llevaba años trabajando en la casa de subastas, y cuando nos detuvimos en el pasillo a charlar solo hizo un comentario de pasada sobre el ruido. Tampoco hacía falta, la verdad sea dicha: ambos sabíamos de dónde venía y qué era. Los chillidos, si es que podían llamarse así, se volvieron un poco más intensos, como una mezcla desconcertante de placer y dolor. Eran casi las once, pero yo aún tenía trabajo por delante. Había que escribir un informe sobre el estado de *Las meninas*, que acababa de llegar del Prado. El Velázquez era la obra más extraordinaria a la que me había enfrentado directamente y era un cuadro grande, que exigiría horas de meticuloso escrutinio.

*Las meninas* era, entre otras cosas, un autorretrato de Diego Velázquez pintando a la familia real española en 1656. El propio artista está junto a su caballete en el lado izquierdo del cuadro; la pequeña infanta Margarita, de pelo rubio, aparece en el centro con un vestido blanco, rodeada de sus damas y su enana. Sus padres, el rey Felipe IV y la reina Mariana, se ven al fondo, reflejados en un espejo. Cabe imaginar que estaban donde se encuentra ahora el espectador, viendo cómo pintaba Velázquez a su hija y su séquito. Eso es lo que parece al principio, pero luego uno cae en la cuenta, por la posición de la infanta, de que Velázquez no puede estar pintándola a ella. Es imposible, pues la pequeña está ligeramente por delante del maestro, casi a su lado. El lienzo enorme frente al pintor podría ser un retrato de sus padres, invisibles, colocados delante del caballete —como el propio espectador— y reflejados en el espejo que hay detrás de las figuras que aparecen en primer plano. El vestido blanco de la infanta es amplio y radiante. Las damas a su alrededor, cuyas expresiones muestran interés y atención, visten de blanco y azul. La enana, Maribárbola, tiene los ojos clavados en mí; se supone que está mirando al rey y a la reina. Tiene el pelo largo y la mandíbula cuadrada, y no se inclina ni se arrodilla como las otras dos damas. Su expresión me parece casi desafiante, y mucho más fascinante que la del resto de personajes. Como conservadora, tengo que tratar todas las figuras por igual: el pelaje del perro, las mangas de terciopelo, las motas en los iris de Velázquez; todos están al mismo nivel, todos merecen la misma minuciosidad a la hora de buscar imperfecciones, pigmentos atenuados y degradados, y el mismo remedio, de ser necesario.

Hay muchas historias en este cuadro, y a primera vista no se corresponden entre sí. *Las meninas* significa «las damas de honor», así que, por lo pronto, ni siquiera trata sobre la familia real, ¿no? ¿Es un retrato subversivo de la asistencia? Para el artista, que incluso se pinta a sí mismo, como para fastidiarle la foto a la realeza, es una acción provocadora. Pero ¿no debería reflejarse su cogote en el espejo? Algunos críticos creen que el reflejo es el de la real pareja tal y como aparecen en el caballete de Velázquez, y no porque estén donde se sitúa ahora el espectador. Pero, de ser así,

con mayor razón debería aparecer Velázquez en el espejo. Todo el cuadro es un enigma que mucha gente se ha pasado toda una vida estudiando. Yo solo tenía unos pocos días.

*Las meninas* es oscuro: la única luz parece provenir de una ventana a la derecha, justo al otro lado del pintor. Pero, además, el uso de pintura de plomo, en un cuadro tan antiguo, hace que toda la superficie se oscurezca con el paso del tiempo. Creemos que esos cuadros —Rembrandts, Vermeers, Caravaggios— estarán a nuestra disposición para siempre, pero quizá no les quede mucho tiempo. Mi idea era analizar la pintura y el barniz que usó Velázquez para determinar qué equivalentes modernos podrían usarse, llegado el caso.

Me abrumaba la responsabilidad de trabajar sobre ese cuadro. A pesar de que mi jefe, el comisario de Arte Europeo, Jack Ashby, siempre había alabado mi trabajo y me apoyaba, no podía evitar preguntarme «¿Por qué yo?». Una vez había trabajado en un cuadro atribuido a la Escuela de Rembrandt, y para de contar. Cuando un cuadro es tan antiguo, la pintura se oscurece. A veces, la pintura oscura se pulveriza y se convierte en un polvo finísimo, y entonces es imposible reutilizarla. Cuando estudiamos la historia del arte, creemos que vamos a disponer de estas obras para siempre, pero, como objetos que son, puede que estén en su último capítulo; luego se acabó. Para empezar, la química de los pigmentos nunca ha sido estable. La conservación es un arte que da muchos quebraderos de cabeza, y hay conservadores más veteranos, con más experiencia, que se han pasado toda la vida estudiándola. No podía decirse lo mismo de mí. Además, ¿por qué meter en un avión un cuadro de un valor incalculable y hacerlo cruzar el océano cuando hay un sinnúmero de cosas que pueden salir desastrosamente mal? ¿Era la única que se imaginaba el cuadro en el fondo del mar? Era uno de los tesoros del Museo del Prado y, huelga decirlo, su subasta no estaba prevista bajo ningún concepto. Así pues, ¿qué estaba haciendo aquí, en una casa de subastas de Nueva York? Como ya he dicho, yo no hacía preguntas. Las pensaba, pero no las verbalizaba.

Ashby me lo explicó en un santiamén, mientras jugaba con el capuchón de su pluma estilográfica: «Porque trabajas aquí y eres una de las mejores conservadoras de arte de Nueva York». Aunque era cierto que solían encargarme evaluar y restaurar cuadros que no iban a salir a subasta, cuando se trataba de obras tan sumamente valiosas era yo la que viajaba: París, Tokio, Buenos Aires; había trabajado en más de una docena de ciudades. Siempre tenía la maleta preparada.

«Es un acuerdo que el director de Claiborne's cerró por motivos...», y se quedó ahí. Luego empezó a recitar una especie de poemilla gracioso con voz de sonsonete:

*Había una vez un joven sevillano  
poseído por un afán inhumano.  
Su obsesión era tan profunda  
que aun en sueños resultaba furibunda...*

A veces, el carácter desenfadado de Ashby compensaba su puntillosidad en el trabajo.

Se habían tomado medidas de seguridad especiales para la estancia de *Las meninas* en Claiborne's. La plaquita que rezaba STELLA DA SILVA, CONSERVADORA DE ARTE se había cambiado de sitio, y ahora trabajaba en un estudio cerrado herméticamente, en el piso más alto, al que solo se podía acceder tras introducir sendos códigos en los teclados de la escalera primero y de mi puerta después. A eso había que añadirle el silencio informativo de los medios: nadie sabía que el cuadro estaba aquí.

Subí las escaleras jugueteando con las llaves, que aún eran necesarias para abrir algunas puertas. En ese momento, mi tintineo era lo único que se oía en la desierta casa de subastas. Tecleé los números tarareando «Mona Lisa» de Nat King Cole, abrí la puerta del estudio y, en lugar de encender las luces principales, accioné el interruptor de la lámpara ultravioleta que colgaba sobre el cuadro. La inspección tenía que hacerse con ese tipo de luz, que revelaría cualquier capa nueva de pintura sobre la superficie del lienzo: bajo la luz ultravioleta, la pintura reciente brilla con un tono fluorescente. Sabemos que, antiguamente, los restauradores añadían capas nuevas aquí y allá, una práctica ante la que ahora solemos fruncir el ceño.

El cuadro había estado colgado en una pared blanca, lejos de la luz directa del sol. Era la primera vez que lo veía. Estaba al tanto de la existencia de los líquidos enmascaradores: aplicados sobre la superficie, la harían parecer completamente verde bajo la luz ultravioleta, y me impedirían comprobar si, en efecto, se habían añadido capas de pintura. Eso resultaba preocupante. Hacía unos treinta años, se había sometido a *Las meninas* a una limpieza controvertida; algunos decían que la superficie se limpió en exceso, y que los colores llegaron incluso a cambiar. Además, podían haber aparecido diminutos agujeros y rasgaduras, que debían restaurarse con yeso pigmentado, elaborado con tiza y gelatina animal. Cada intervención es un beneficio y a la vez una condena, y puede que los trabajos realizados en un cuadro antes de 1960 no hubiesen quedado registrados en ningún sitio. Todo puede ser un beneficio o una condena: la limpieza puede extralimitarse, quitar demasiado. Una restauración previa podría haber introducido un material nuevo que corroyese el original. Separar la pintura del aglutinante, el adhesivo, la veladura o el barniz dañado o ligeramente corrosivo no es, ni mucho menos, un proceso sencillo. Esos revestimientos no tienen una relación simbiótica, como el tiburón y el pez piloto, que se protegen entre sí, sino que, en estos casos, el parásito acaba destruyendo al huésped.

Me quité los zapatos; prefería trabajar descalza. Los tacones rojos no eran el calzado idóneo para un sitio como Claiborne's. Me llamaron la atención desde un arcón situado junto a la entrada de una tienda que vendía todo un surtido de pequeños electrodomésticos, juguetes de plástico, paraguas plegables, bombillas y artículos de ferretería varios. Como costaban solo 4,95 dólares, estuve a punto de comprarme dos

pares. El primer día que vine con ellos al trabajo, Ashby les lanzó una mirada asesina. Era de esperar. Mis zapatos me delataron ante todos los presentes en la casa de subastas: soy una impostora en su mundo. Mi padre lleva una empresa de chatarra en Providence, Rhode Island, y yo sé manejar una grúa. Una vez llegué al trabajo con un suéter con gladiolos de lentejuelas y un vestido con estampado de martinis que había encontrado en el armario de mi madre, y Ashby me miró como si hubiese entrado, tan pancha, con un disfraz de gorila. Por su parte, su rechazo a beber café en vaso de papel o, lo que le parecía aún más abominable, poliestireno, su acento transatlántico estilo Cary Grant y sus mocasines con cadenas de oro decorativas habrían provocado más de una expresión de desconcierto en el sitio del que yo venía. Con el tiempo nos acostumbramos el uno al otro, y sentía por Ashby ese tipo de lealtad que a veces sientes cuando sabes que un colega de trabajo te cubre las espaldas, aunque preferirías no quedarte encerrado en un ascensor con él. A pesar de su carácter susceptible, los sentimientos de Ashby eran recíprocos, o al menos eso esperaba yo.

Me puse unos guantes de algodón blancos para tocar la superficie del cuadro, en busca de pérdidas de pintura, astillas, zonas cuarteadas y una firma, que brillaría si estuviese retocada. Pero no brillaba. Le di la vuelta al cuadro para inspeccionar el reverso. Había un cuadradito de lienzo que habían cosido en una restauración previa. En una esquina del cuadro se veía un círculo negro con alas estampado, señal de que esa era una de las miles de obras de arte robadas por o para Hermann Göring. En el centro del círculo, los brazos descoloridos de una esvástica y unas palabras borrosas en alemán que decían algo así como *Leiter der Pressestelle, Deutsches* no sé qué. Era el sello del jefe de la Oficina de Prensa del Departamento de Asuntos Exteriores del Partido Nacionalsocialista Obrero Alemán, usado en las obras de arte robadas durante la época nazi. Por desgracia, no era la primera vez que lo veía.

Era una noche tranquila. Hasta que dejó de serlo.

Los gritos ahogados se volvieron más intensos, como el extremo agudo de una cuerda metálica vibrante.

La primera vez que sucedió, estaba redactando un informe sobre el estado de un Kandinski que acababa de llegar de Zúrich y salía a subasta a finales de aquella semana. Me había percatado de la serie de círculos azules y de trazos negros ligeramente desteñidos en lo alto del lienzo. Me las estaba viendo con Kandinski, que, como Newton, relacionaba el color y la música, y dijo: «El negro es como el silencio del cuerpo tras la muerte; es la vida que se cierra». Y lo dijo en 1911, justo antes de que estallase un siglo infernal. Estaba tarareando una canción, imaginando que los objetos geométricos desperdigados por el Kandinski eran notas musicales, cuando oí una risa; una risa ahogada, acompañada de un sonido rítmico, como el de un taladro girando. Me guardé en el bolsillo de atrás la espátula eléctrica, de punta metálica y curvada, y salí al pasillo. El sonido venía de abajo, del piso de Ashby —de su oficina, para ser exactos—. Bajé las escaleras. Calvin ya había acabado esa planta, que quedó como los chorros del oro. Una franja de luz amarilla, proveniente del

despacho de mi jefe, parpadeaba sobre el mármol. Había visto a Ashby marcharse, o al menos me había dicho adiós, varias horas antes, así que abrí la puerta, pensando que serían los manipuladores, desmelenándose en la sala abovedada al fondo del pasillo. No era una idea descabellada: en los encargos exprés, el cuadro o escultura que llevaba varios días o incluso semanas en las dependencias de Ashby tenía que embalsarse rápidamente y enviarse a Londres, Berlín o adonde fuera. Había determinadas piezas, cuadros por lo general, que mi jefe ansiaba, pero que jamás podría tener, con lo que, según me explicó, «dormía con ellos» todo el tiempo posible antes de enviarlos a sus respectivos dueños.

Los manipuladores solían ser jóvenes artistas que de día trabajaban en Claiborne's haciendo un poco de todo: desde colgar exposiciones hasta montar cajones de embalaje con una pericia artesana. Clavaban y serraban con la precisión innata de los ingenieros, pero también eran tipos geniales, que hacían sus propios cuadros o preparaban instalaciones después del trabajo. Me gustaba charlar un rato con ellos, así que abrí la puerta.

No me encontré a ningún artista-manipulador pimplándose el Lagavulin de Ashby antes de ir a una fiesta en Bushwick. Nada más lejos de la realidad.

Me encontré a Jack Ashby, con la mirada en el techo, los pantalones bajados y las manos en la cabeza de un joven arrodillado frente a él. Sus ojos bajaron lentamente y se clavaron en los míos, pero el joven con rasgos de Caravaggio también se giró, con la boca mojada, mirándome. Ambos se recortaban contra un Jean Dubuffet enorme.

Cerré la puerta de golpe; tenía la cara ardiendo. Me quedé unos segundos apoyada en la pared, y luego procuré alejarme con el mayor sigilo posible, pero mis pies sonaban sobre el suelo de mármol como los de una bailarina de claqué nerviosa.

Mi relación con Ashby hasta ese momento había sido distante y profesional. Mi jefe no solo ignoraba, por poner un ejemplo, el mundo de los niños que venden golosinas en el metro. Eso era evidente. También desdeñaba a los turistas que compraban calendarios de Monet y tazas de Cézanne, a los que hacían cola en el MoMA, a la gente que llevaba un vino indigno a sus fiestas... Cuando lo conocí, me pregunté cómo diablos iba a poder trabajar con un tipo que no pisaba el mismo suelo que yo. La solución que encontré fue trabajar con diligencia y procurar no cruzarme con él. Sin embargo, acababa de ver algo que nadie debería ver.

Cuando volví al estudio, empecé a guardar mis cosas. Calvin se detuvo a mi altura del pasillo y apoyó la fregona en la pared.

—¿Ya te vas?

—Me han despedido.

—¿Cómo? ¿Quién coño te ha despedido a la una de la mañana? ¿Qué has hecho?

—He visto a Ashby... —No podía acabar la frase.

—Y le estaban limpiando el sable.

—Sí, podría decirse.

—Eso es parte del trabajo. Yo soy el único que te lo dirá, pero es información

rigurosa. Deja tus cosas, anda. Para el viejo Jack, que lo pillen forma parte del espectáculo. —En el rostro de Calvin se dibujó esa expresión que reservaba para hablar de la gente blanca e idiota. Mi familia provenía del Cairo, y yo estaba al tanto de las caras raras que, en ocasiones, provocaba el comportamiento desconcertante de los europeos—. Sigue a lo tuyo y olvídate del tema.

En la carrera no había ninguna asignatura que te enseñase a trabajar con exhibicionistas.

Al día siguiente tenía que entregar mi informe sobre el estado del Kandinski a Ashby en persona. Ese era el protocolo habitual; no podía limitarme a abrir el correo electrónico, pulsar «enviar» y pasar al siguiente proyecto. Su secretaria trabajaba en una pequeña oficina contigua a su despacho y me dijo que pasara sin preámbulos. Tuve ganas de decirle: «Es broma, ¿no?». Su puerta estaba cerrada, así que llamé. La palabra «adelante» me sonó clarísimamente a un «¡Que le corten la cabeza!».

Ashby estaba de pie frente al Dubuffet negro, blanco y rojo que parecía un rompecabezas enorme, en el que podía entreverse algún rostro aquí y allá. No hizo ninguna referencia a lo que yo había visto la noche anterior. Le entregué mi informe, me dio las gracias sin establecer contacto visual y punto final. Estaba hablando por teléfono, o eso fingió.

Y aquella misma noche, mientras trabajaba en un impasto de Anselm Kiefer de pintura, plomo y añicos de cristal, que se aferraba a la vida tras haberse salvado por los pelos de un incendio forestal que había alcanzado su último hogar, en Malibú, oí una especie de grito de dolor que se elevaba sobre la música techno de los noventa. No iba a abrir esa puerta bajo ningún concepto. Ni de coña. Volví al Kiefer. Si el fuego se hubiese acercado lo suficiente, el plomo se habría derretido. La combinación de unos materiales inflamables con otros que se derriten puede equivaler a la destrucción absoluta. La cuestión era: ¿hasta qué punto debería restaurarse, y qué elementos formaban ya parte de la historia del cuadro? ¿Debería retocarse la atenuación natural de los colores por el paso del tiempo? ¿Y en qué medida? En su origen, ¿ese rojo se parecía más a un carmín de alizarina o a un escarlata intenso? Supuse que su anónimo propietario había cobrado del seguro, y ahora quería venderlo. Mis ojos pasaban del lienzo cuadrado a la foto «previa» que había colocado al lado.

Luego los gritos se volvieron más intensos, y encendí la mesa de succión, que usaba para alisar obras en papel arrugadas. En ese momento no me hacía falta, pero su sonido era ideal para ahogar el ruido. Trabajé en el Kiefer hasta las dos de la mañana; a esa hora me sentía como si acabase de tomarme un expreso doble, así que antes de salir me bebí un chupito de Jack Daniel's. Unas veces se muerde un lado de la seta; otras, el otro.

Al día siguiente, un soleado día de otoño en Nueva York, todo iba como la seda hasta que la secretaria de Ashby me llamó para decirme que me presentara en su despacho de inmediato. Estaba en mitad de una operación delicada con los

fragmentos de cristal desperdigados sobre el Kiefer, pero la mujer me recordó que la agenda de Ashby estaba más apretada que la mía, y que yo trabajaba para él.

Mi jefe tenía una expresión impasible, como si estuviese observando uno de los cuadros azules de Yves Klein; como si reflexionase sobre una luz proyectada en el techo; como si estuviera concentrado en la música del ascensor. Los muebles de su despacho estaban diseñados por Isamu Noguchi, o al menos eso parecía. Una escultura negra de Louise Nevelson había sustituido al Dubuffet. Antes de que Ashby empezase a hablar, me imaginé a Nevelson junto a su obra, con los ojos pintados de *kajal*, turbante negro y nariz aguileña, preguntándome si sabía lo difícil que era reivindicar lo que a una le corresponde en un mundo dominado por los hombres. ¿De verdad creía que las cosas habían cambiado tanto desde que ella empezó a exponer? Me dio tiempo a pensar todo eso, pues Ashby guardaba un silencio que yo solo podía interpretar como un gran reproche, aunque no tenía la menor idea de lo que había hecho.

—Stella, ¿en qué consiste tu trabajo en Claiborne's? —dijo al fin.

—Evalúo la estabilidad estructural de cuadros y obras en papel; controlo y restauro el deterioro, cuando se puede, y conservo los elementos históricos de la obra.

—Y si estás trabajando por la noche, como sueles hacer, porque nosotros, en Claiborne's, a diferencia de la mayoría de las instituciones, apreciamos tu talento y tus excentricidades, o por la mañana, y oyes un ruido, o algo de alboroto, ¿qué haces?

—Llamar al 112.

Ashby negó con la cabeza, como si estuviese hablando, a todas luces, con una retrasada mental.

—¿Llamar a seguridad?

—Venga, Stella, déjate de bromas. Primero, investigas por tu cuenta. Solo llamarías a seguridad si fuese una auténtica emergencia; y al 112 como último recurso, si no hubiera absolutamente más remedio.

Así que Calvin iba en serio.

Me percaté de que una pieza de madera se había desprendido del panel de «objetos encontrados» de la escultura de Nevelson. Estaba sobre el escritorio de Ashby. Sabía que la pieza había estado en su sitio hasta la noche anterior; lo había visto en el informe del estado de la obra.

Volví a mi estudio. ¿Era legal lo que Ashby hacía por las noches? Si los adultos actuaban con consentimiento, y no había heridos, no se violaba ninguna ley; pero estaba claro que pondrían a Ashby de patitas en la calle si lo descubrían jugando y desmelenándose con objetos que valían millones de dólares y no le pertenecían.

Aquella tarde llamé a Sheilagh, la secretaria de Ashby, para ver si él estaba en su despacho. No, tenía una reunión en el Whitney, en el centro de la ciudad. Su tono de voz era brusco e irritado, y me dijo que estaba a punto de bajar a comprobar un catálogo. Sheilagh tenía acento de la BBC (de verdad, no como el de Ashby), se daba un aire a la actriz Louise Brooks, llevaba el pelo corto, con laca, y las uñas rojas, y

parecía estar por encima de las riñas internas entre Ashby y Fieldston, el director de Claiborne's.

El presidente estaba dando un discurso en la ONU; habría atasco en el centro. Bajé al despacho de Ashby. La puerta estaba cerrada, pero no con llave.

El salvapantallas del ordenador de mi jefe era la *Actuación circense* de Seurat, solo que los puntos estaban pixelados y las figuras habían cobrado vida, y tocaban sus instrumentos, movían la cabeza e iban de aquí para allá. Cuando pulsé un botón para quitar el salvapantallas, comprobé que la sesión no se había suspendido automáticamente. Todos los archivos de Ashby estaban a la vista, desperdigados por el escritorio. La mayoría tenía nombres lógicos y predecibles, acordes con su cargo en la casa de subastas. Había un archivo, nombrado «Caravaggio», que no tenía por qué desentonar: era uno de los pintores favoritos de Ashby. Se cree que solo se conservan entre sesenta y ochenta de sus obras, y se desconoce cuántas se perdieron o se destruyeron en las guerras y otros desastres. Muchas se encuentran en distintas iglesias italianas y, claro, no están en venta; las que pertenecían a particulares, por otra parte, nunca pasaban por Claiborne's. El icono del archivo era la cara de Dexter Fletcher, que interpretaba al joven Caravaggio en la película de Derek Jarman sobre la vida imaginaria del artista, que consistía en conocer a jóvenes, librar duelos y morir a los treinta y ocho años. Hice clic en la cara de Fletcher y se abrió una carpeta con una treintena de archivos, nombrados solo por la fecha. Abrí uno. No me hizo falta más. Ashby se había grabado a él y a otro hombre con máscaras balinesas y fundas para el pene de las tribus de Papúa Occidental. El hombre parecía ignorar que lo estaban grabando, o a lo mejor lo sabía: solo vi unos segundos, así que me quedé con la duda. No me molesté en abrir los otros archivos. Me sobraba con haber presenciado el tema en persona.

Unos pasos se detuvieron junto a la puerta de Ashby. Cerré el archivo al instante y me escondí detrás del Nevelson, rezando para que se volviese a activar el salvapantallas de Seurat. La puerta se abrió, y alguien buscó unos papeles en el escritorio de Ashby. No parecían sus pasos; a juzgar por el sonido de los tacones, sería la secretaria. Caí en la cuenta de que debí haber eliminado mi rastro en el historial. Demasiado tarde. La persona se sentó en el sillón de Ashby y la oí mover con diligencia unos papeles, pero nada en el ordenador. Me preguntaba si Sheilagh habría mirado alguna vez la pantalla de Ashby y habría abierto el archivo de Caravaggio, como yo. No parecía una fisgona, y nunca se quedaba hasta tarde, así que era probable que no tuviese la menor idea de las actividades nocturnas de su jefe. Calvin y yo éramos los escogidos como testigos, y aquello nos afectaba —a diferencia de Sheilagh, nosotros no estábamos por encima del bien y del mal—. Al final, quienquiera que fuese se marchó, y yo salí de mi escondite detrás del Nevelson.

Era habitual que Ashby recibiera a gente en su despacho en plena noche: amigos, comisarios de museos y gente que respondía a los anuncios clasificados. Eso lo sabía, vaya que si lo sabía. Me topé con un hombre que quería probarse unos gemelos de

esmeralda que pertenecieron al último zar. Luego estaba el tipo al que le encantaba una insólita canoa de Micronesia, cuya resistencia comprobaron ambos sentándose en ella la noche antes de salir a subasta. La probaron desnudos, para obtener una sensación más auténtica, o eso fue lo que me dijeron cuando abrí la puerta. Que Calvin o yo los pillásemos formaba parte de la puesta en escena de esos encuentros, lo que no quería decir que nosotros los disfrutásemos. Todo lo contrario. Sin embargo, cuando oías esos ruidos, nunca sabías con certeza lo que era. A veces ignoraba directamente los gritos. Aquella noche con Velázquez, estaba convencida de que Ashby se había marchado a eso de las ocho. Con el abrigo en el brazo, me hizo un comentario sobre el rey Felipe IV de España y los enanos, y me instó a empezar el informe sobre el estado del cuadro del piso de arriba.

Ya casi era medianoche. El rey Felipe y la reina Mariana se reflejaban en un espejo en el fondo del cuadro; los rostros de la infanta, de la enana Maribárbola y de los otros personajes desfilaban ante mis ojos. Velázquez se había incluido en el cuadro, colocándose frente al lienzo, pincel en mano. Las damas miraban a la infanta, pero tanto Maribárbola como Velázquez, junto al caballete gigante, parecían a punto de extender la mano y salir del cuadro, invitándome a unirme a ellos en el Real Alcázar de Madrid. El artista parecía decir «Echamos a tus antepasados de España, pero ahora nos gustaría que volvieses a visitarnos». Se suponía que Velázquez estaba pintando a la infanta, pero me miraba a mí, que llevaba los pantalones manchados de pintura, el pelo despeinado y sujeto con un pincel número 000, y grandes pendientes de oro con forma de aldaba.

Un grito atravesó la tercera planta. Del sobresalto, el pincel con el que estaba quitando el polvo de la ancha cara de la enana se me cayó. Me puse rápido los zapatos y salí al pasillo, dejando la puerta abierta: no había un alma, y volvería en un santiamén. Había tres puertas que conducían a tres escaleras distintas. La escalera B estaba en un extremo del pasillo, y la C, justo al otro (era una puerta cortafuego). Si se abría, sonaría la alarma. La escalera A era la que estaba más cerca de mi estudio, así que opté por esa y bajé lentamente, aguzando el oído. Cuando llegué al último peldaño, los gritos cesaron de golpe. Me detuve junto a la puerta de la segunda planta. El ruido había parado por completo. Quienquiera que estuviese en el despacho de Ashby, ya se estaría vistiendo. Si entraba mientras se estaban ajustando la corbata con gesto elegante, fingiendo que no había pasado nada, la vergüenza sería mayúscula. Odiaba esos numeritos, y siempre me sentía una idiota cuando entraba de golpe, convencida de que esa vez sí le estaba pasando algo terrible a alguien en la segunda planta. Una y otra vez, sin falta, Ashby encontraba la forma de sugerirme que había elegido un mal momento. Así pues, por segunda vez desde que empecé a trabajar en Claiborne's, ignoré los ruidos e hice como si estuviera sola con los cuadros del piso de arriba, crónicas de la España del siglo XVII y de la Francia del XIX, y con la colección retro de dispensadores Pez que me había traído de casa.

Esperé unos minutos, apoyada en la pared, antes de soltar el pomo y volver a la

tercera planta.

El piso estaba enmoquetado, sumido en el silencio y con una iluminación tenue. Las lámparas que colgaban del techo, cuencos de cristal blanquecinos, arrojaban charcos de luz al suelo. Volví a teclear el código, abrí ligeramente la puerta de cristal de mi estudio y me asomé, pero solo vi las sombras amenazantes de unas tablas cuyos informes estaban pendientes. La luz ultravioleta seguía encendida. Había una pila de prendas de terciopelo en el suelo, a los pies del rey Felipe y la reina Mariana, que no estaba ahí cuando salí. Era como si una de las figuras, tras salir del cuadro, se hubiera quitado la ropa.

Me acerqué un poco más. Parecía que alguien hubiese volcado un cesto de ropa. Un cuello de encaje, medias negras, prendas bordadas en oro, mangas abultadas de terciopelo; era un buen montón de ropa. Hurgué entre las prendas con la punta del zapato. El armazón de un verdugado despuntaba en lo alto de la pila; un par de zapatos de bufón asomaban por un lado. Cogí uno de los zapatos, mitad amarillo, mitad escarlata —ese sería, mejor dicho, su color a la luz natural—. Parecían viejos, pero no demasiado; como si los hubieran usado para un par de obras de teatro y luego se hubiesen deshecho de ellos. ¿Se había puesto Ashby esas prendas? En los pocos minutos que estuve en la escalera A, él podía haber subido por la B, para entrar en mi sala de trabajo y pasar unos instantes de deleite en compañía de uno de los cuadros más valiosos del mundo. Moví el borde de un traje con el pie. Me irritaba que hubiese dejado todas esas chorradas, que apestaban a tabaco rancio y alcohol, al lado del cuadro en el que estaba trabajando. Le pegué una patada al montón, intentando empujar esas cosas hasta el otro lado del estudio sin tener que tocarlas. Pum. Otra patadita. Pum. Y una mano ensangrentada despuntó de la pila. Era la mano de un hombre, con los dedos ligeramente engarrotados. A la altura de la muñeca se veía el comienzo de una manga. La persona estaba vestida con uno de esos trajes, y tenía el brazo lánguido, como si fuera a soltarse si tiraba con demasiada fuerza.

Tuve la sensación de haberme tragado la lengua y estar asfixiándome. De repente, mi estudio ya no era mi estudio. Ese lugar donde se retocaban cuadros se había convertido en un pozo oscuro. Intenté coger el bolso para sacar el móvil, pero era como si alguien me hubiese echado Super Glue en las articulaciones de rodillas y codos. No grité. Aunque Calvin siguiese en el edificio, mis gritos pasarían por un complemento del espectáculo de Ashby. Nadie me oiría, no vendría nadie.

Las sombras tomaron forma en la profundidad del estudio. La silueta de un hombre, visible incluso bajo esa luz tenue, cruzó a toda prisa la pared. Un frasco de cristal lanzado desde el otro lado de la sala me pasó rozando la cabeza y se estrelló contra un cuadro a mi lado. Procurando no respirar los vapores tóxicos del aguarrás, corrí hacia la puerta como si mis zapatos fueran unas Nike SB, con los cristales crujiendo a mi paso. El pasillo enmoquetado era mudo. Descarté las escaleras A y B y corrí hasta el fondo del pasillo, donde estaban las C. Si abría las puertas cortafuego, la alarma se activaría al instante, así que las empujé con el hombro, estrellando las

puertas de vidrio contra la pared. No se oyó nada: alguien debía de haber desconectado la sirena. Mientras bajaba las escaleras y abría la puerta que daba al pasillo del segundo piso, oí unos pasos rápidos a mi espalda, pero no me giré. Los pasos se acercaban. Cataplum. Mi perseguidor se resbaló en el suelo de mármol pulido de Calvin y se pegó un batacazo. En ese instante, los tacones de mis zapatos se soltaron de las suelas: la presión de la carrera había quebrado el pegamento barato. Tiré los tacones por el hueco de la escalera; era más fácil correr solo con las suelas, como ir en sandalias.

Cuando empecé a trabajar en la casa de subastas, pensé que jamás me aprendería de memoria la compleja distribución del edificio, con alas y plantas que se habían añadido a la estructura original, y escaleras que no siempre conducían adonde uno pensaba. Si lograba llegar al almacén al fondo de la primera planta, mi perseguidor se perdería en sus profundidades caóticas.

La puerta del almacén que daba al interior del edificio no estaba cerrada. El espacio albergaba un montón de basura: ahí era donde los denominados «recolectores» dejaban sus botines. Últimamente, los recolectores eran rusos con camiones, un poco de información y dinero, que compraban fincas, o lo que fuese, y llegaban con un montón de muebles y cuadros, la mayoría sin apenas valor. De cuando en cuando aparecía algo interesante: un dibujo firmado por Walt Disney, una mecedora Shaker o una colección de la primera edición de cómics de Flash de enero de 1940. En ese momento, una transfusión de sangre de Flash me vendría de perlas. Zigzagueé entre los cajones de embalaje y las cajas polvorientas desperdigadas a la buena de Dios en las sombras del almacén cavernoso. Tras el batacazo de mi perseguidor, el sonido irregular de sus pasos, arrastrando un pie, delataba una cojera, pero me seguía con resolución. Al tropezar, no masculló ningún insulto ni profirió ninguna amenaza, lo que le convertía en un ser sin reacciones, quizá sobrehumano.

Abriéndome paso hasta una puerta lateral que daba a la sala de preparación, donde las piezas más valiosas, desde máscaras funerarias incas de oro a Van Goghs, aguardaban para ser expuestas antes de la subasta, gané unos minutos. Esa puerta estaba cerrada, pero yo tenía la llave. El problema era que llaves tenía muchas, y no me acordaba de cuál era. Los pasos se acercaban. Me aturullé, y el llavero se me cayó al suelo. Mi perseguidor entró en un callejón sin salida, formado por cabinas británicas retro y enormes urnas chinas. Podía sentir la frustración de sus pasos acelerando, frenando, y acelerando luego en otra dirección, para volver a frenar en seco. Empujó una urna gigante, que se balanceó con un chirrido y... ¡Crash! La porcelana se hizo añicos contra el suelo y se perdió entre lámparas de pie con la forma de la Aguja Espacial de la Expo de Seattle de 1962, un par de budas de piedra para el jardín y réplicas disecadas de los perros presidenciales. Mi perseguidor se había abierto camino, y los pasos se dirigían hacia mí.

Había un sinfín de llaves en ese juego. ¿Cuál abría esa puerta? A medida que iba probando con la cerradura, los pasos se acercaron. Todas las llaves parecían idénticas.

Al séptimo intento di con la buena y entré. Tras cerrar a toda prisa, suspiré aliviada. No había forma de cerrar con llave esa puerta desde dentro, pero tenía muchísimos sitios donde ocultarme: detrás de cortinas o en armarios, cajones de embalaje vacíos o rincones escondidos. Aunque la sala tenía una iluminación tenue, yo me conocía ese laberinto, y eso me daba ventaja.

Al principio, un grupo de animales disecados me cortó el paso. No eran piezas demasiado valiosas, pero unos manipuladores con sentido del humor las habían colocado en una posición pornográfica, y ya podía imaginármelos preguntando, como de costumbre: «¿La gente paga por esta mierda?». Habían metido una cobra enrollada en la boca de un gorila de lomo plateado, cuya expresión parecía feroz a la par que eufórica. Un *grizzly* amenazante estaba montando a un alce. Un colmillo de elefante, pegado a una cabeza disecada, penetraba en la boca de un tigre, abierta en un señor rugido. Le arranqué un colmillo. El diente de diez centímetros tenía una capa de laca y estaba desafilado: quizá no fuese un arma idónea. La fuerza del brazo equivaldría a la potencia de la mandíbula del animal. En algún lugar de la sala podía haber una colección de catanas samuráis, pero no tenía tiempo de ponerme a buscarlas.

Entonces me fijé en una hilera de grandes contenedores con ruedas, algunos de plástico gris y otros de lona, que se usaban para transportar cuadros. En ese momento se me encendió una bombilla. Los pasos avanzaron unos metros sobre el suelo de cemento. Mientras oía la respiración del hombre invisible en algún lugar de la sala, abrí la tapa del contenedor más cercano. Dentro había varios cuadros pesados, así que no temí que se volcase cuando me encaramé al borde y me deslicé entre dos lienzos enormes, envueltos en papel de burbujas. La hebilla de uno de mis zapatos rotos rozó el envoltorio de plástico y se oyó un ligero rasgón. ¿Me habría oído? Era imposible saberlo. Coloqué los cuadros formando un triángulo sobre mi cabeza y me escondí debajo, sentada en mi nueva casa, como el niño que se cobija bajo una mesa con mantel.

Los pasos se acercaron a varios armarios, los abrieron y volvieron a cerrarlos de un portazo. Cualquiera que supiera colocar cuadros en los contenedores se percataría de que no suelen caer en forma de A, sino que se apoyan uno junto a otro, un poco inclinados. ¿Lo sabría él? Se aproximó a la hilera de contenedores, alineados como carritos de supermercado, y empezó a hurgar entre los cuadros, acercándose cada vez más y deteniéndose al fin junto al mío. Todos los sonidos se magnificaban, e inconscientemente me agarré las rodillas para evitar que me temblasen, clavando las uñas en la tela fina del pantalón y dejándome las marcas en la piel.

El hombre quitó los frenos del contenedor de lona en el que me escondía. Sentí un movimiento, pero cesó al instante. Pude verlo a través de los hilos gruesos del lienzo. Solo había movido el contenedor para acceder a una escultura cubierta que había detrás de la hilera. Tras pegar un tirón de la sábana, que crujió como en un truco de magia y cayó al suelo, el hombre lanzó un grito ahogado. Ante él había una hamburguesa gigante, de casi dos metros de diámetro: una obra de Claes Oldenburg

hecha con lienzo y gomaespuma. El hombre arrancó el panecillo superior y lo lanzó al suelo, quizá creyendo que me había acostado en la lechuga crujiente y rasposa, usando la rodaja de tomate a modo de almohada. Imprecando en un idioma que no supe identificar, le dio una patada a la escultura blanda. Un breve silencio. Los pasos se alejaron hacia otra parte de la sala; luego se detuvieron.

«Aguanta la respiración y suelta el aire poco a poco», me dije. Silencio. Estaba convencida de que me oía respirar. Volví a oír los pasos, buscando en dos rincones tras la hilera de contenedores, y contuve de nuevo la respiración. Por más que agucé el oído, no logré oír los pasos salir de la sala; tampoco se apagaron las luces. Mi perseguidor, con todo el tiempo del mundo, podía estar tranquilamente en una de las sillas plegables con asiento de falso terciopelo rojo, esperando a que saliese de mi escondite. También podía haber pasado a la siguiente sala, pero no lo oí caminar en ninguna dirección, ni abrir puertas. Los cuadros olían a la humedad del almacén en el que estaban depositados, y los más recientes aún tenían ese característico olor a pintura y aguarrás. Reprimí un estornudo, aplastándome la nariz contra la cara hasta hacerme daño; luego, armándome de valor, me aventuré a echar un vistazo por el borde del contenedor. En un gran espejo estilo *art déco*, vi el reflejo de un hombre con la cabeza rapada como don Limpio y una argolla de oro en la nariz. Mientras el hombre se cubría la cabeza con una capucha, yo volví a esconderme como un rayo, y al poco las luces se apagaron. Las piernas se me habían engarrotado de estar tanto tiempo sentada. ¿Se había ido de verdad, o lo de las luces solo era un truco? Ese espacio angosto resultaba agobiante. Volví a concentrarme al máximo y aguzar el oído, intentando captar algún sonido de mi perseguidor.

Unos quince minutos después, volví a asomarme. Cuando se me acostumbraron los ojos a aquella oscuridad casi absoluta, constaté que la sala sin ventanas estaba vacía. La única luz provenía de un reloj de pared con el borde de neón blanco, cuyo valor residía en haber pertenecido a John Lennon, y del letrero de salida, iluminado de rojo. Atravesé a toda prisa la sala de exposiciones hasta llegar al vestíbulo, cerrando todas las puertas a mi paso —quizá dejando encerrado al hombre, quizá no: ya no sabía dónde estaba—. Se oyó un ascensor rechinar. ¿Era el encapuchado? No había forma de saberlo. En el vestíbulo no vi a ningún vigilante de seguridad; la casa de subastas parecía completamente desierta. Pasé mi tarjeta de identificación por el lector y salí del edificio. Estaba en la calle.

Llovía a cántaros, y a esa hora Madison Avenue también estaba desolada. Tras apartarme el pelo mojado de los ojos, me palpé los bolsillos en busca del móvil, pero me acordé de que lo había dejado en el estudio. Cuando a uno le arrojan un frasco de aguarrás a la cabeza no se para a coger el móvil. Los toldos estaban recogidos y las alcantarillas desbordadas. En menos que canta un gallo estaba empapada hasta los huesos, y las suelas de cuero de mis zapatos mutilados parecían de cartón. No encontré taxis ni en Lexington ni en Park Avenue, pero quería alejarme cuanto antes de la casa de subastas. Un taxi rezagado pasó a mi lado, salpicándome de agua negra.

Le grité que parase, pero el taxista me ignoró. En teoría, los taxis tienen que llevarte directamente a la policía si eres testigo de un crimen, pero a este le habría traído sin cuidado que tuviese el mismísimo diamante Hope en el bolsillo. Luego la calle volvió a quedarse fantasma. Incluso los porteros se habían retirado al interior de los edificios para leer un periódico, ver algo en una televisión minúscula o quedarse dormidos donde pillaran.

En Lexington Avenue me resguardé en una cabina solitaria, una reliquia que tenía parte del cristal cubierto con carteles de un perro perdido. ¿Por qué había un teléfono de pago en medio de una ciudad donde cada molécula compleja tiene móvil? Vaya usted a saber. El 11 de septiembre, cuando pocas personas tenían móvil, y los que había no funcionaban muy bien, esas cabinas —que aún no se habían quedado obsoletas— tenían línea, y quizá el encargado de retirarlas, al acordarse, dijera: «Vamos a dejar a este soldado solitario, por si hubiese una emergencia». Así que ahí estaba, iluminada desde dentro, recién usada como orinal, tan fuera de lugar como un poste para atar a un caballo. La cabina estaba muerta. En cuanto abrí la puerta, una rata se coló y empezó a corretear por el interior, como si supiera que en un tiempo remoto los humanos, con el auricular encastrado entre la oreja y el hombro, comían trozos de pizza y chocalinas ahí dentro, y un botín de comida caía a ese suelo asqueroso.

Miré a la calle. El restaurante veinticuatro horas de Dondy's estaba abierto. Era una barra y poco más, pero tendrían teléfono. El camarero me recibió con un ademán de cabeza y ni siquiera preguntó para qué necesitaba el teléfono fijo, como si esas cosas pasaran cada dos por tres —y quizá fuera el caso, a esas horas—. Me pasó el auricular de un teléfono de pared desvencijado. Mientras hablaba con la operadora, me apoyé en la pared revestida de madera de pino, evitando establecer contacto visual con las fotos autografiadas de Derek Jeter, Elvis Costello o un antiguo alcalde, entre otros; recuperando el aliento, mirando por la cristalera de Dondy's, a través de la lluvia, a la calle.

Un hombre alto con capucha apoyó la mano en la puerta. Se detuvo, mirando al interior del restaurante sin mover un músculo. La luz fluorescente se reflejó en el aro de su nariz. No parecía cabreado. No masculló nada. Se limitó a observar. Yo le aguanté la mirada: era hipnotizadora, como ver desplazarse a una serpiente. Luego me percaté de los tatuajes. Halcones picándole en el rabillo del ojo, uno a cada lado. Podían estar intentando arrancarle los globos oculares o posándose en ellos, dependiendo de cómo se mirase. La capucha se le bajó, y la lluvia le goteó por la cabeza rapada. Observó al resto de clientes en la barra: conductores de ambulancia, celadores con batas azules, trabajadores del metro con chalecos naranja; todos procedentes del turno de noche. Apreté con fuerza el colmillo de tigre. Una vez leí que lo que tenemos que hacer cuando un tiburón o un caimán nos ataca, si da tiempo, es meterle los dedos en los ojos. Lo había visto, y ahora yo era la mujer que sabía demasiado. Claiborne's no queda lejos del río Este, profundo y de corrientes rápidas.

Si me pasara algo, los cuadros no hablarían.

## Capítulo 2

El agente Ron Garfield y su compañero Demetrius Pitt, de la Policía Judicial, fueron los primeros en llegar a la escena. Sirenas, cintas amarillas que impedían el acceso a Claiborne's, fotógrafos de la policía: todo ocurrió de forma metódica y rápida. Mientras estaba tecleando el código de seguridad de la puerta principal, el director de Claiborne's, Terence Fieldston, bajó de un Lincoln Town Car. Para ser exactos, el chófer bajó primero y abrió un enorme paraguas negro sobre la cabeza del director. No solía cruzarme con Fieldston, pero ya a primerísima hora iba vestido de punta en blanco. Llevaba una de esas camisas color pastel, con cuello y puños blancos, y un alfiler de corbata de oro. Lo más seguro es que usara colonia a modo de enjuague bucal. Se detuvo a mi lado, y yo me quedé a mitad del código.

—Señor, ¿prefiere abrir usted? —Juro que no lo dije con tono sarcástico. Fieldston me estaba respirando en el cogote. ¿Debía ceder al señor de la casa el honor de abrir las puertas?

—Tiene que retirarse. Deje que la señora Da Silva abra las puertas. —El agente Pitt le estaba dejando claro a Fieldston quién llevaba las riendas.

Fieldston me fulminó con la mirada.

—¿El Velázquez? —me preguntó.

—Sigue ahí.

Estaba tan aturdida que tuve que empezar a teclear de nuevo. Qué más daba el cuerpo; lo único que le importaba era el cuadro. Ashby, que olía a tabaco y casi no se había mojado, pues llevaba la gabardina bien ceñida a la delgada cintura, salió de un taxi. Debía de haberlo cogido en cuanto se enteró, a pesar de la lluvia.

La puerta se abrió, pero no dejaron pasar ni a Ashby ni a Fieldston.

—Tiene que quedarse aquí, señor. Nadie puede entrar hasta que acabe la investigación.

—No hará falta. —Fieldston intentó apartar a Garfield y a Pitt. Los dos agentes eran altos, pero Fieldston, además de serlo aún más, no se había plegado en toda su vida ante nadie al que considerase inferior. No eran decisiones tomadas deliberadamente, sino gestos instintivos e involuntarios. La mayor tragedia de su vida, supongo, era que no le hacía falta trabajar.

—Mucho me temo que sí, señor. Se trata de la escena de un crimen. No podemos dejarle entrar. —Pitt se mostraba muy tranquilo y educado. Escribía con un boli mordisqueado y llevaba un diamante cuadrado en una oreja.

Garfield era más veterano, el agente responsable del caso. En su cara se leía la expresión hastiada de un responsable que estaba a punto de hacer su endodoncia número quinientos y era perfectamente capaz de poner menos anestesia a un paciente que le estuviera tocando las narices. ¿Qué más le daba si Fieldston o Ashby se ponían

hechos unos basiliscos?

—¿Sabe lo que son las huellas dactilares? —El endodoncista sabía ser tan condescendiente como el director de Claiborne's—. Pongamos que usted tuviese huellas dactilares, es solo un suponer, y le permitiésemos entrar; podría dejar sus huellas donde no deberían estar. Así de fácil.

—Soy el director. Ya hay un buen surtido de mis huellas ahí dentro. —Fieldston apoyó una mano enorme en la puerta de cristal, dejando la marca de la palma. Tenía el pelo rubio y la cabeza abombada, y su mentón parecía esconderse en una pajarita impecable.

—Los colores de Princeton —dijo Garfield, señalando la pajarita—. Yo habría sido de la promoción del setenta y seis, pero creía que los comedores eran esos sitios de Marine Park a los que solo podías entrar si tus padrinos conocían a alguien. Lo siento, tengo el traje de *seersucker* en la tintorería.

—Su historia personal no nos importa. —Fieldston intentó abrir la puerta otra vez.

—Señor, no podemos dejar pasar a nadie que pueda contaminar las pruebas. —Pitt se colocó entre la puerta y yo. A pesar de la lluvia, pude sentir el calor de su cuerpo.

Los agentes no sabían con quién estaban hablando. Dentro de Claiborne's, y en su ámbito de influencia mundial en el mercado del arte, si Fieldston o Ashby te decían que te fueses a la mierda, podías darte por despachado; sin embargo, los agentes no eran coleccionistas de Koons o Schnabels; solo querían que don Entrometido volviera a su limusina. Una pareja era de Júpiter y la otra del cometa Halley. No hablaban el mismo idioma, pero ninguno de los cuatro acababa de darse cuenta.

—Pongamos que deja, a propósito o sin querer, un guante de seda blanco, o media entrada de un espectáculo de Broadway, junto al cuerpo. Eso se convertiría en una prueba, cuando no debería. Y supondría un quebradero de cabeza para mí y, ya se lo garantizo de antemano, también para usted.

Para los agentes, Ashby y el director eran tipos asquerosamente ricos que vivían en el Upper East Side e iban a caras producciones de Broadway. Lo que los policías no sabían era que Ashby y compañía llevábamos guantes para trabajar porque el ácido de la piel de los dedos puede manchar cualquier superficie y acabar haciendo un daño importante en la obra. ¿Y las entradas para espectáculos de Broadway? Ni hartos de vino. En todo caso de la Ópera Metropolitana, pero nunca para *Los miserables*.

El agente Pitt me preguntó cuánto llevaba trabajando en Claiborne's. Me dieron ganas de responderle «Lo suficiente», pero supuse que me convenía ser más concreta.

—¿Así que restaura cuadros? ¿Van Gogh llega sin una oreja y usted se la vuelve a pegar?

—No. Yo no puedo añadir nada a una superficie. Yo conservo, no restauro. Tendría que mandar a Van Gogh a las Urgencias del Lenox Hill.

—¿Eso se estudia en la universidad?

—Por supuesto. —No pretendí sonar arrogante, pero había un punto de incredulidad en la voz de Pitt. Por lo que me había contado Ashby, la policía no se toma muy en serio el robo de obras de arte en ningún lugar del mundo, salvo quizá en Italia, a menos que haya un muerto. Solo es lienzo o papel o cualquier otro material con una capa de pintura; a fin de cuentas, solo es química. Pero aquí había un cuerpo, y yo estaba teniendo problemas con la puerta. A juzgar por la actitud de Pitt, yo no era más que la señorita con un delantal con volantes y plumero que limpiaba las posesiones de la gente antes de que salieran a subasta.

El director y el comisario apelaron a su estrecha relación con todos los cargos políticos que iban desde el alcalde hasta el secretario de Estado. La idea de que a mí me dejaran entrar mientras ellos tenían que esperar bajo la lluvia, junto a los porteros entrometidos y los paseadores de perros más madrugadores, era intolerable.

«¿Conoce al alcalde? ¿De verdad? Es un honor compartir este rato bajo la lluvia con usted, colega», oí decir a uno de los policías. Pero el destinatario no pilló el sarcasmo del mensaje.

Garfield y Pitt se mostraron féroces con el protocolo policial. No dejaron entrar en el edificio a nadie más que a mí. En las escaleras, en cada planta, mientras hacían fotos y buscaban huellas dactilares, los agentes y su séquito fueron abriéndose paso hasta mi estudio. Pitt se aseguró de que subiese las escaleras delante de él. Me movía rápido, para impedir que me abriese las puertas. Era un hombre irritante. También encontraron y metieron en una bolsita los restos de mis zapatos. Cuando llegamos al tercer piso, me percaté de que mi puerta estaba cerrada, aunque estaba convencida de que la dejé abierta al huir, y dudaba mucho que don Limpio la hubiese cerrado antes de empezar la persecución.

—¿Sabe el código de seguridad? —preguntó Pitt.

—Claro. —Al no tener a Fieldston y Ashby en la nuca, tecleé rápidamente los números y abrí la puerta.

El cuerpo ya no estaba.

Y el cuadro tampoco.

En un lugar de Siberia, un agujero negro gigantesco se había abierto desde la nada. Lo descubrieron unos pastores de renos en una región conocida como el Fin del Mundo, en Yamal. Y, aunque fuese el más profundo e insondable de los agujeros, el cuerpo bien podría estar en el fondo. En algún sitio tenía que estar. Pero sin duda no en mi estudio.

—¿Es posible que se haya levantado, se haya sacudido el polvo y haya vuelto a empezar? —dijo el veterano agente Garfield, parafraseando la canción de Nat King Cole, aunque yo no estaba para muchas bromas.

Los policías se movieron metódicamente por la sala, en busca de fibras y sangre.

Un miembro de la Unidad de Investigación buscó huellas dactilares y pisadas usando frascos de polvo blanco, negro y plateado, según el color de cada superficie. Con las manos enguantadas examinaron mis instrumentos de trabajo, en particular cuchillos o cualquier objeto puntiagudo que pudiera usarse para causar heridas. Todo estaba limpio, pero los policías actuaban como si empezasen de cero cada vez y todas mis declaraciones fueran posibilidades, que no hechos. Una mujer examinó unas gotitas rojas en el suelo. Carmín de alizarina y bermellón. Su composición química no se asemejaba en nada a la sangre humana ni a la de ningún animal. Uno de los agentes se quedó embelesado con mi colección de frascos de pigmentos y pintura, que ocupaba casi por completo una de las paredes del estudio. Confiscó los frascos de amarillo de Nápoles —que contiene antimonio—, violeta de cobalto —cobalto y óxido de arsénico— y blanco de plomo, todos muy tóxicos. Me dijeron que quizá habían usado los venenos o quizá no, pero que podrían ser un arma. ¿En qué se parecen el blanco de plomo y el colmillo de un tigre? Ambos requieren pericia técnica para usarlos con eficacia. Yo sabía cómo usar uno, pero con el otro sería un hazmerreír. Tomaron muestras en distintos puntos de la sala y las metieron en bolsitas minúsculas. Aunque no había sido una alucinación, cuanto más insistía en que antes había un cuerpo allí, más me daba la sensación de tener todas las miradas encima. Estaba metida en ese cráter siberiano repleto de personas y pruebas desaparecidas. Nadie me creería. También me tomaron las huellas dactilares y muestras de debajo de las uñas, siguiendo el procedimiento habitual. Sacaron fotos y midieron la distancia entre la última ubicación del cuadro y la puerta. Enviaron mi descripción del hombre que me miró a través de la cristalera de Dondy's a un dibujante de retratos robot, a pesar de que me ofrecí a dibujarlo yo misma.

Un agente intentó contrastar la hora de mi llamada al 112 con la hora en que las cámaras de seguridad me grababan saliendo de Claiborne's, pero no había ni rastro de los vídeos: alguien había desactivado las cámaras.

—Qué curioso, ¿eh? —Garfield se giró hacia mí, como si hubiera sido yo quien desconectó los enchufes.

—Le juro que había un cuerpo a los pies del cuadro, bajo una montaña de ropa. —Coloqué la mano abierta a un metro del suelo, como para dar una palmadita a un cadáver levitante. Demetrius Pitt estaba sentado en la mesa de succión.

—No es muy buena idea —dije, señalando la mesa con la cabeza—. Como la encienda sin querer, le va a succionar el culo.

Debería haber mostrado más respeto, lo sé. Aunque es verdad que esas mesas pueden llegar a costar 15.000 dólares, ese no era el momento de entrar en detalles sobre mis instrumentos de trabajo, que al agente Pitt le parecían, a todas luces, una chuminada.

La expresión de Garfield cambiaba por momentos. Parecía estar repasando improbabilidades, los hechos tal y como se presentaban, y los hechos que pertenecían a los dominios del «quizá no». ¿Había estado yo fuera del edificio el tiempo

suficiente para que alguien robase un cuadro y se deshiciera de un cuerpo? Salidas, montacargas, alarmas; las llaves y códigos estaban pensados y repartidos con suma meticulosidad.

—Que pasen los tontainas. Esos pijos tienen que estar hasta la coronilla de la lluvia. Tomadles las huellas dactilares.

Era incapaz de imaginarme al director o al comisario de Arte Europeo poniendo el pulgar en una almohadilla de tinta a petición de un humilde agente de policía. No porque fuesen culpables, sino porque entre sus círculos de relaciones eso era algo que no se contemplaba. Relacionarse con agentes rasos, aunque fuera por pura necesidad, aunque fuese para despejar cualquier sospecha, no se llevaba, y punto. Huelga decir que acabaron poniendo el dedo en la almohadilla, aunque por su expresión se diría que con la mano libre se estaban tapando mentalmente la nariz. Pero esa era la última de mis preocupaciones.

—Bueno, señora Da Silva —dijo Garfield, girándose hacia mí y verbalizando lo que era evidente—, aquí no hay cuerpo.

—Eso ya lo veo. Debieron de moverlo.

—¿Está segura de que no se levantó por su cuenta y se marchó?

—¿No están buscando huellas precisamente para comprobarlo? —Debería haber sido más educada, menos sarcástica. Una parte de la historia de España y un cuerpo habían desaparecido. La duda y la culpabilidad que flotaban en el estudio eran como la arcilla al secarse: poco a poco llegaban a la misma y dura conclusión.

—Esperemos encontrar huellas de botas medievales —dijo Garfield, señalando al hombre que había confiscado los pigmentos tóxicos.

—El siglo XVII no es exactamente medieval —apunté yo.

—Lo que usted diga. Mi consejo es que no haga compras al por mayor. —Garfield me clavó la mirada.

—¿A qué se refiere con «no hacer compras al por mayor»? ¿Me está arrestando?

—A veces un detalle aleatorio minúsculo desvela un transatlántico de pruebas. O incluso toda una flota de transatlánticos. El cajero de un gran almacén de fuegos artificiales de Chicago se percató de que un hombre con una chaqueta de los Red Sox paga en efectivo un pedido enorme de explosivos, que le ha ayudado a cargar en su Ford Escort con matrícula de Indiana. Con la mosca detrás de la oreja, llama a la policía para comunicárselo; entonces tal información llega a una persona y resulta que sí, que se estaba planeando un ataque terrorista. Yo estoy buscando a mi hombre con chaqueta de los Red Sox en un estado donde todos son fans de los White Sox; y creo, señora Da Silva, que se trata de alguien que conoce la disposición del lugar, capaz de provocar retrasos y desactivar cámaras. Así que, cuando la miro, veo una chaqueta con multitud de bolsillos que coinciden.

## Capítulo 3

Siempre había sospechado de la expresión «¿Podemos hablar un momento?». Nunca era un momento. Ashby no era un hombre de pocas, sino de una infinidad de palabras. Mi predilección por los turnos de noche, en vez de trabajar de día, como Dios manda, se veía con el ceño fruncido, pero se toleraba. Recientemente, mi jefe había encontrado una botella de vodka junto a un Courbet valorado en millones de dólares. No obstante, cumplía con todas las fechas de entrega, y nadie le ponía la más mínima pega a mis trabajos de conservación.

—Stella, ¿podemos hablar un momento?

Apenas habían pasado unas horas desde que comenzó la búsqueda infructuosa del cuerpo. La policía seguía en el edificio, intentando descubrir cómo se desactivó un sistema de alarma tan avanzado que Claiborne's incluso había despedido a los vigilantes de seguridad nocturnos, facilitando las travesuras de Ashby, y había reducido el personal de vigilancia diurna. A Ashby y a Fieldston les permitieron entrar en el edificio. Fieldston estaba aislado, hablando con la Unidad de Obras de Arte Robadas del FBI, que desde que su único agente encubierto se jubilara estaba a punto de desaparecer.

—Dejaste la puerta de tu estudio abierta. —Ashby casi parecía satisfecho.

—Ya le he dicho a la policía que sí.

—Pero estaba cerrada cuando volviste.

—Supongo que se cerraría por la inercia al salir.

—Otras personas se encargarán de tu negligencia y sus consecuencias. Eso no es lo que me preocupa ahora mismo. Stella, hay cosas que has visto... —No necesitó acabar la frase con palabras; se limitó a girar los ojos como Mae West al invitar a un hombre al piso de arriba. Solo que Ashby, evidentemente, no me estaba invitando a ningún sitio. Sabía a qué se refería. Pero tampoco quería acabar la frase por él... Sabes que anoche me marché temprano —me recordó.

—¿Seguro?

—Vamos a dejarnos de bromas.

Cada vez que Ashby recurría al concepto de broma sabía que también se estaba refiriendo a sus experimentos pasionales aleatorios. Luego se sacó la chequera del bolsillo interior del *blazer*, extendió un cheque, lo arrancó y me lo pasó por encima de la mesa, bocabajo. Le di la vuelta. Era una cifra altísima.

—Stella —continuó, jugando con el capuchón de su pluma Montblanc de oro, regalo de un postor satisfecho—, haces un trabajo excelente, pero siento decirte, y estoy seguro de que no te pillaré por sorpresa, que tienes que recoger tus cosas de inmediato. Un policía te acompañará a la salida. Además del cheque personal que acabo de extenderte, intentaré pactar con Fieldston una indemnización generosa para

ti. No será fácil, pero haré lo que esté en mi mano. —Su acento ya no era transatlántico; había pasado al puro londinense. Nadie diría que había nacido en Far Rockaway, un sitio al que solo regresaba en sueños, y los sueños de Ashby eran un mundo al que mejor sería no viajar jamás. Nunca me habría dicho algo tan vulgar como: «Te largamos».

—No puedes despedirme. No tengo nada que ver con la desaparición de *Las meninas*.

—Puedo, y estás despedida. Y no solo estás despedida, sino que tampoco vas a decir ni pío de lo que has visto aquí, o alguien irá a «restaurarte», y no te va a gustar.

—Pero sí que había un cuerpo.

—Ya, vestido con ropa de época. —Ashby aún olía a tabaco, aunque no fumaba. El escepticismo de su voz era tan denso como el olor.

—¿No me crees?

—Entonces ¿por qué no lo encontró la policía? No hay ni una molécula de sangre desconocida en todo el edificio. Ni un pelo, ni una enzima. El cuadro ha desaparecido, y Fieldston está moviendo todos los hilos de los que dispone para evitar que la noticia llegue a las portadas de los periódicos y que el robo desate otra guerra hispano-estadounidense. Tu negligencia ha provocado esta situación. Claiborne's se enorgullece de su discreción y del servicio que ofrecemos a vendedores y compradores; tú has destruido esa confianza. Tanto el director como yo creemos que lo mejor es prescindir de ti, a efectos inmediatos.

—No tiré mis zapatos por las escaleras por amor al arte.

—Esos zapatos... —Incluso en una emergencia, aunque el edificio estuviera ardiendo, si Ashby sentía aversión por algo, era incapaz de esconderlo.

—Solo unas pocas personas conocían el código de seguridad de mi estudio: tú, yo, el director...

—Efectivamente. —Ashby no me dejó terminar la frase—. Ah, si tienes la tentación de hablar con la policía sobre lo que pasa por las noches en mi despacho, te recuerdo la chapuza que hiciste con el dibujo de Giacometti. Si eso saliera a la luz, no volverías a trabajar en tu vida. Tendrías que volver a ese desguace de Babylon.

—Providence.

—Qué más da. Es todo igual, ¿no?

El dibujo de Giacometti había llegado a Claiborne's en un estado que no distaba mucho de una pelotita de papel. Era un desastre. El retrato del hermano del artista, Diego, no solo estaba arrugado y manchado, sino que estaba dibujado en una página arrancada de un libro sobre psicoanálisis. Así pues, había que tener en cuenta la tinta descolorida, pero es que además era un dibujo a bolígrafo, con el que era difícilísimo trabajar, pues la composición química de la tinta viscosa no está pensada para durar, sino para su degradación. Este tipo de problema en una obra, ya se deba a los materiales efímeros usados o a la forma en que se guardó, se denomina «vicio inherente», y yo me mostré reacia a trabajar con el dibujo porque tratar de salvarlo

podría ser una causa perdida —había trabajado en muchas obras con vicios inherentes —, pero también porque su procedencia era turbia. Tras la muerte del artista, en 1966, el albacea de sus bienes, un ministro de Asuntos Exteriores francés, fue acusado de vender a escondidas importantes obras de Giacometti a través del famoso subastador Jacques Tajan. Los dos acabaron condenados. Había sucedido hace mucho tiempo, pero no podía tener la certeza de que la propiedad de la obra fuese legal. Quizá lo fuese, pero me resultaba imposible saberlo. Ashby y Fieldston me explicaron que mi cometido no consistía en cuestionar el origen de los objetos con los que trabajaba. Recientemente se había vendido una escultura de Giacometti por 104 millones de dólares. Conocido por sus esculturas alargadas de hombres y mujeres, yo lo llamaba el Hombre Delgado. A Ashby no le hizo ni pizca de gracia, y al final me obligaron a hacer el trabajo; no tuve elección. Pero entonces ocurrió un accidente con la mesa de succión. La máquina desgarró el papel, ya arrugado y desgastado de por sí. Fue culpa mía, me equivoqué al configurarla. El dueño demandó a Claiborne's. Los seguros de todas las partes cubrieron la pérdida, pero Fieldston quería despedirme. Gracias a la intercesión de Ashby en mi nombre, no perdí el trabajo. Le debía una, pero en mi fuero interno no creía que lo hiciese porque me apreciaba —nunca le gusté—, sino porque ya había visto demasiado. Bajo el Ashby que no montaba en metro desde los asesinatos del Hijo de Sam había un tipo que fue el primero de su familia en ir a la universidad, y a veces se me pasaba por la cabeza que ese Ashby enterrado era, de forma impredecible, mi ángel de la guarda en Claiborne's. Pero ya no. Había perdido toda esperanza.

Se quitó las gafas estilo Philip Johnson y me indicó la puerta con ellas. Adiós a Claiborne's. Giacometti, que aseguraba que en un incendio salvaría antes a un gato que un cuadro, habría mirado la casa de subastas desde el otro lado de la calle una sola vez, y luego, con las manos en los bolsillos, se habría dirigido a Dondy's para dibujar conductores de ambulancia y bomberos bajo las fotos con autógrafos de Tony Bennett y de jugadores de béisbol.

Dejé el cheque de Ashby en la mesa.

Volví a mi estudio, busqué unas cuantas bolsas de plástico y guardé mis instrumentos de trabajo: un microscopio de alta potencia, pinceles, una lupa, unas cuantas revistas y objetos varios. Atravesé el vestíbulo de Claiborne's cargando con ellos, como si fueran un equipaje valiosísimo. Los primeros clientes de la mañana, a los que la policía impedía pasar, miraban a esa mujer con zapatos rotos que olía a aguarrás como si ya fuese la vagabunda en la que no tardaría mucho en convertirme si no encontraba trabajo más pronto que tarde.

## Capítulo 4

Cerca de mi piso en Brooklyn hay un solar en el que a veces se monta un mercadillo improvisado, incluso a mitad de la semana. Cuando llegué a casa solo quedaba un puesto. Seguía sonando salsa en un antiguo radiocasete, pero el vendedor ya estaba recogiendo. En las esquinas del solar, apoyadas en la alambrada, había montañas de objetos tan rotos e inútiles que los ignoraban incluso los sinteco que pasaban empujando carritos de la compra y hurgaban en la basura. Sables láser de juguete que databan de 2002, sin pilas, cintas VHS, copias de copias, como auriculares Beats by Dr. Dre o bolsos de Chanel de piel sintética con el logo mal dibujado: las ces no se cruzaban.

Mi piso está en la planta baja de un edificio de arenisca rojiza que pertenece a una maestra jubilada de Nueva York que pasa buena parte del año en Miami. Que las habitaciones sean oscuras durante el día en los meses de invierno y que apenas entre luz el resto del año no es lo ideal para mi trastorno del sueño, pero hay un jardín en la parte de atrás y pago poco de alquiler. De la cocina a mi habitación hay todo tipo de ayudas para dormir, de manzanillas a productos más fuertes, con receta, pero dadas las circunstancias creí que me desplomaría enseguida. Sin embargo, no pude. Me serví un vaso de vino blanco y me preparé un sándwich de queso con mostaza en polvo y pimentón.

El contestador automático estaba parpadeando. Aún lo tengo porque guarda voces que me gusta oír de cuando en cuando. Había un mensaje de mi padre; solo llamaba para saber si estaba bien. Sabía que debería responderle, pero, por algún motivo, no podía.

Me encantaba el desguace de mi padre. Nunca sabías lo que te podías encontrar ahí, y me lo pasé de fábula cuando mi padre me enseñó a usar la grúa. Manejar la máquina, sentir las orugas escalando una colina de chatarra, y bajar luego por la otra ladera, era como estar en una montaña rusa, aplastando coches, barras de acero, lavavajillas y carburadores arrancados a motores que llevaban muertos mucho tiempo. Luego las piezas de chatarra se cargaban, se pesaban y se vendían. A una de mis amigas le gustaba describir la sensación de aplastar contra el cielo de la boca la rosa glaseada que decora las tartas: sentía el cosquilleo del azúcar en el paladar, y luego el estímulo intenso de la glucosa cuando pasa al torrente sanguíneo y las neuronas. Aplastar autocaravanas desguazadas, láminas de revestimiento de aluminio o aparatos de aire acondicionado como si fueran meros adornos de una tarta era, para una adolescente, como estar en el séptimo cielo. A los mandos de la grúa tenía la sensación de que, aunque un acontecimiento apocalíptico azotase Rhode Island, podría sobrevivir. Mientras quedase gasolina, podría remontar las ruinas, sacar personas de entre los escombros e incluso rescatar perritos con la ayuda de los dientes

de la Link-Belt familiar.

Un sábado por la tarde estaba conduciendo la grúa por la parte más alejada del edificio del desguace. Iba con los auriculares, escuchando un viejo disco de los Clash que me había regalado mi padre y cantando «Lost in the Supermarket» a grito pelado cuando, de repente, una especie de gañido, como de animal herido, atravesó la voz de Joe Strummer y se clavó en mis oídos. Luego hubo un silencio abrupto.

Detuve la grúa y bajé de un salto. Era uno de esos días de otoño cerrado en que sentías que Canadá quedaba mucho más cerca que Long Island, y estaba a punto de oscurecer. Al no ver nada raro entre las montañas de chatarra y óxido, volví a subir a la grúa y encendí los faros. Cuando volví a bajar y miré otra vez al suelo, pude ver claramente algo que no era metálico: debajo de las orugas había un charco de sangre.

Los inquilinos de una casa de las inmediaciones me contaron que Jeannette Bender tenía la costumbre de alejarse andando, que se desorientaba, y que había estado en tratamiento para la prevención del suicidio. En la última semana, la habían visto varias veces caminando entre los coches. Mi familia, mis amigos y la policía dijeron que no fue culpa mía; que era imposible ver la madriguera que se construyó con hornos tostadores, puertas de frigorífico y estanterías de metal. A su muerte dejó dos chiquillos, que vivían con su hermana. La mujer me denunció por conducta temeraria y homicidio imprudente, y a mi padre por dejar a una joven de dieciséis años conducir una grúa sin carné. Jeannette Bender pesaba noventa kilos. ¿Cómo podía no haber visto que estaba ahí? Su hermana dijo todo eso delante de las cámaras, con un niño de tres años en brazos. ¿Qué conductor responsable no se daría cuenta de que había alguien entre la chatarra? ¿A quién se le ocurría decir que Jeannette había planeado que la atropellasen? El desguace no estaba bien vallado, y era fácil colarse desde un solar que había en el lado norte. También demandó a la empresa, y mi padre, siempre tan optimista y competente, el auténtico y genuino don Feliciano, se sumió en una profunda depresión.

Aún puedo ver el cúmulo de tapacubos manchado de sangre, y las matrículas plateadas magnificando el horror con sus superficies convexas.

La sensación de tener un hogar, un espacio propio, cálido e iluminado, ya no me parecía posible. Era la misma casa y la misma familia, pero yo ya no formaba parte de ese mundo de familias de un barrio de clase media a las que conocía de toda la vida. Sabía lo que se sentía al matar a alguien, al ver miembros aplastados, y sabía que mi pie en el acelerador se había cobrado esa vida. Un niño que vivía en la casa de al lado quería conocer los detalles escabrosos. Algunas personas se mostraban agradables en exceso, no querían que me sintiese mal. Cuando una mujer dijo: «Bueno, Bender estaba más loca que una cabra», le pegué un grito. Contaba los días para marcharme a Chicago.

Me encantaba el desguace, pero no podía regresar. La investigación resolvió que no era culpa mía, y retiraron los cargos. Se dijo que Bender era una enferma mental, pero en mi fuero interno siempre lo he puesto en duda. Todo el mundo tiene sus

fantasmas, todos tenemos derecho a nuestra cuota de depresión y nuestras visitas del pasado tenebroso. Mudarme a Chicago a estudiar Química, y luego Conservación de Arte, significaba alejarme todo lo posible. Aún sigo diciéndome: «Si hubiera visto indicios de su guarida en aquella torre de piezas de coche oxidadas...». Paso la película una y otra vez en mi cabeza, y dormir se me hace imposible.

Vaciar mis bolsas fue una experiencia agridulce. ¿Adónde iba a ir ahora? ¿Volvería a Chicago? No tenía la menor idea, pero no había ahorrado casi nada y tenía que empezar a buscar trabajo de inmediato. Saqué el endoscopio —para detectar moho y excrementos de insectos—, los pinceles, los disolventes para eliminar restos de cinta adhesiva y las bombillas de luz natural, que se usan para revelar el auténtico color del lienzo o de otros objetos. En el fondo de la bolsa había un papelito de la tienda de pintura y pigmentos Kronstadt's, en Eldridge Street. Conocía al viejo Oscar Kronstadt, que afirmaba que de joven había vendido pintura a Lee Krasner y Jackson Pollock antes de que este último se pasara a la pintura de paredes para crear sus salpicados (la pesadilla de un conservador, dicho sea de paso). Kronstadt aún usaba una caja registradora de las antiguas y escribía los recibos a mano. Pero aquel recibo no era mío. Estaba fechado dos días antes, cuando aún no estaba en paro. Aquel día *Las meninas* llegó de Madrid y supervisé el desembalaje. Aunque era clienta habitual de Kronstadt's, ese día no había ido a su tienda; imposible.

Concilié el sueño un rato. Cuando me desperté, eran poco más de las diez. En el móvil tenía un mensaje de mi amiga Marnie Sleeter para quedar en el Jacky's Fifth Amendment. Conocí a Marnie en la facultad, aunque la dejó cuando los préstamos se pusieron muy cuesta arriba y ahora trabajaba diseñando la iluminación para grupos de música. Había estudiado informática, como millones de personas, y se le daba bien, pero la idea de pasar horas y horas sentada delante de una pantalla la frustraba sobremanera. Tenía que levantarse continuamente y moverse; era como meter un cerebro con la paciencia para escribir código complejo en el cuerpo de un corredor de larga distancia: no podía parar quieta. Marnie era una especie de *groupie*, pero en esa faceta también tenía una relación amor-odio. Como diseñadora de espectáculos lumínicos, trabajaba con luces láser, LED y pantallas, y había estado colgada de escenarios, foco en mano, siguiendo a músicos por Praga, Sídney o Estocolmo. Incluso cuando el proceso se volvió más automatizado, alguien tenía que diseñar el espectáculo. Definía su cometido como «la arquitectura de la luz». Podía pasarse seis meses trabajando sin parar, para luego sumirse en un retiro absoluto. Estaba en una de esas etapas de reclusión, pero aún tenía cuerpo para quedar conmigo en un bar. Nuestra última juerga fue la semana de nuestro trigésimo cumpleaños, y aún nos quedaba bastante para volver a soplar las velas.

Jacky's llevaba décadas en Fifth Street, pero solo quedaba un mes para que el alquiler se triplicase e iba a cerrar. Según mis cálculos, Marnie iba por el segundo *gin-tonic* cuando llegué. Solía decir que era inmune al alcohol, y a veces parecía que era verdad, aunque esperaba que no estuviese mezclando la ginebra con Rivotril.

Marnie estaba guapa siempre, hiciera lo que hiciera, siguiendo sus impulsos: raparse la cabeza, ponerse dieciocho *piercings* de rubíes falsos en una oreja o pasar una semana entera comiendo solo zanahorias hasta que la piel se le ponía amarilla; daba igual. Sus piernas desnudas destacaban entre la minifalda negra y las deportivas altas grises con cordones rojos, y ya estaba hablando con dos tipos, que la escuchaban pacientemente mientras les contaba sobre cuando se encargó de montar la iluminación del concierto de un grupo que en realidad odiaba; el caso es que, como el batería no dejaba de tirarle los tejos mientras estaba trabajando, casi se le cae una hilera de focos al escenario.

—Y encima, os parecerá una locura, pero el pirotécnico era un auténtico gilipollas. Si yo voy ciega a media jornada, él lo va a jornada completa; no sé si me explico. Estuvo a punto de incendiar el Bowery Ballroom... ¡Hola, Stella! Menuda pinta. Estos son... ¿cómo os llamabais?

—Luke.

—Roy.

—Stella, te presento al indomable Luke y al juez de la horca Roy Bean. Roy y Luke, os presento a Stella Dallas.

Roy y Luke no pillaron las referencias a las películas de Paul Newman y Barbara Stanwyck. Nunca los había visto en Jacky's, pero eso no quería decir nada. Antes Jacky's era un bar deportivo y, como quien conserva el carné de conducir antiguo, en el estante que había sobre la barra aún tenía una colección de muñecos cabezones de jugadores de béisbol que se remontaban hasta Willie Mays y Roger Maris. La manzana cambió una y otra vez, y el bar deportivo dejó paso a gente como Marnie y como yo; que, a nuestra vez, fuimos desplazadas por una multitud que idolatraba las bebidas de la generación de nuestros padres, por extravagante que parezca. Los bares a la moda estaban en alza y se acabarían adueñando de todo.

«Me suena un montón tu cara», dijo Roy. No era una frase hecha, parecía decirlo en serio, pero no creo que fuese comprador o vendedor de Claiborne's. Llevaba una camiseta lila, de la Facultad de Derecho de la Universidad de Nueva York. La de Luke era gris, con las siglas BQE. Marnie pasó el dedo por la N-Y-U del pecho de Roy, y luego le preguntó a Luke si había ido a la universidad de la autovía Brooklyn-Queens Expressway. Marnie era la única persona que sabía decir algo así con un tono cautivador, en vez de insultante.

Luke miró el móvil y abrió una imagen del *Daily News*. En la parte inferior de la primera página había un cuadradito con mi foto, que él aumentó con diligencia.

—¡Te han despedido! —gritó Marnie—. La siguiente ronda la pago yo.

—Marnie, prefiero no hablar de eso, por favor.

Sin embargo, los otros sacaron los móviles y leyeron lo del robo. Intentando cambiar de tema, le pregunté a Luke y Roy a qué se dedicaban.

—Yo me ocupo de la propiedad intelectual, juicios por violación de derechos de autor y cosas por el estilo —dijo Roy.

—Entonces, si descubro que estoy trabajando con una falsificación hay que llamarte a ti —dije.

—¡Eres el auténtico juez Roy Bean! —Marnie elevó el tono de voz. Roy estaba un tanto incómodo—. Stella, ¿qué más te da que sea una falsificación? A ti te pagan para asegurarse de que queda bonito.

—Yo no restauro ni intervengo. Intento salvar lo que ya hay.

—Pues entonces yo no soy al que hay que llamar. —Roy puso una cara triste—. Lo siento.

—Puedes llamarme a mí. —Marnie rodeó con el brazo a Roy, que pareció recuperarse al punto.

—Pongamos que un artista incluye una imagen de un ratón en su cuadro —continuó Roy—. No es exactamente Mickey Mouse, pero se le da un aire. Las orejas son diferentes si te fijas bien, pero el hocico es clavadito. Los de Disney están convencidos, y son muy, pero que muy litigantes. ¿Qué parte del ratón puede verse como Disney, y qué parte es fruto de la imaginación del artista? Disney es muy agresivo. Se ventilan obras de arte ante la mera sospecha de que no sean originales. Decir que tienen una oficina legal gigantesca es quedarse corto. Yo defiendo al pequeñín.

Con una expresión serísima, Luke, don BQE, dijo que era reubicador de inquilinos. Todos nos echamos a reír, incluido un desconocido que nos oyó. «Por eso necesito a un abogado», y señaló a Roy con la cabeza. Se produjo un silencio incómodo, y me dio la sensación de que Marnie quería que desapareciésemos para quedarse a solas con «el juez». Yo pillé la indirecta, así que cuando los ojos de Luke se posaron en la diana, al fondo del bar, y me preguntó si quería jugar, dije que por supuesto.

Tengo una coordinación ojo-mano bastante buena, de lo contrario, mi trabajo no se me daría tan bien; pero Luke era un as de los dardos. Hacía dobles y triples sin inmutarse, y yo podía darme con un canto en los dientes si acertaba en los sectores exteriores amarillos o negros. Lo observé, recortándose contra la pared, con el brazo y el ojo alineados, la espalda recta, y pasando el peso de un pie a otro antes de lanzar. Solo el brazo y la mano ejecutaban el lanzamiento. No parpadeó ni una vez. Estaba concentradísimo.

Cuando volvimos a la barra, Roy y Marnie habían desaparecido.

—Tu amigo ha tenido suerte —dije. Me pregunté si se habrían ido a casa de Roy, dondequiera que estuviese, y me imaginé un *loft* lleno de dibujos de personajes de Disney. La de Marnie estaba ahí al lado, pero quizá llevaba varias semanas sin limpiarla.

Nos tomamos otra copa. Luke no se ofreció a pagar; quizá la reubicación de inquilinos estaba pasando por una época de vacas flacas. Puse varios billetes manchados de pintura en la barra, y le pregunté si sabía limpiarlos. El indomable Luke miró su móvil un poco más de la cuenta. ¿Cuánto es un poco más de la cuenta?

No estoy segura, porque todo el mundo lo hace todo el rato, aunque lo de Marnie puede ser enfermizo. Yo quería toda su atención, o eso creía, y, como estaba claro que en ese momento no iba a tenerla, decidí que era hora de irme a casa. Se ofreció a acompañarme, pero le dije que no hacía falta. Luego me entrometí en su pantalla, tecleé mi número y le dije que me llamara. Le di las buenas noches con un beso y salí del bar.

Mientras iba por la calle, me lo imaginé bebiendo solo o ligando con otra chica, pero ¿qué más daba? Tenía mi número. Por descabellado que pareciese, era optimista. Estaba contentísima de no tener que volver a Claiborne's, Luke me llamaría por la mañana, encontraría otro trabajo y adoptaría a un perro, como llevaba años queriendo hacer, pues el horario de Claiborne's me lo había impedido hasta la fecha. Me mudaría y cambiaría de nombre. Ashby no me encontraría jamás. Ahora podía hacer lo que quisiera. La vida seguía.

La entrada de mi apartamento, en la planta baja, tiene dos puertas. La primera es una reja de hierro, justo antes de las escaleras que suben al primer piso del edificio, donde vive mi casera. Ese espacio a los pies de las escaleras hace las veces de vestíbulo, y ahí cae el correo, por una ranura en el hierro forjado. Ahí dejo las botas y cuelgo las chaquetas. La segunda puerta es más segura que la reja barroca, y da al apartamento propiamente dicho. La luz con sensor de movimiento no funcionaba, pero pude abrirme paso a tientas. Había algo pegado con cinta en la puerta interior. Al tacto parecía un sobre. Mi casera seguía en Florida y, aparte de mí, ella era la única que tenía la llave de la puerta exterior. Cuando entré en la casa, encendí la luz. El sobre marrón de 20 por 25 cm que encontré pegado en la puerta interior no tenía nombre ni dirección. Ni una línea.

Dentro había tres fotos. En la primera se me veía saliendo de Claiborne's con todas mis cosas; en la segunda escuchaba los mensajes del contestador; y en la tercera estaba durmiendo en mi cama.

Salí como un rayo a la calle, que tenía forma de ele y no estaba demasiado iluminada por la noche. La calle tenía ojos, pero no sabía dónde estaban. En una fila de contenedores alojados en una estructura de madera podía ocultarse fácilmente una persona. De debajo de una escalera llegó un ruido, como una especie de arañazo metálico. Eché a correr. Los coches aparcados parecían vacíos, pero estaba demasiado oscuro para estar segura. Esa incertidumbre ante el pánico es como respirar vapores nocivos, cáusticos: no sabes dónde está el tanque de ácido exactamente, si bajo tus pies o sobre tu cabeza; solo sabes que tiene tu nombre escrito. El fotógrafo me había visto salir del trabajo, había abierto la puerta de mi apartamento... ¿En qué más sitios me había visto? ¿Cuándo había empezado a vigilarme? El miedo te corroe por dentro. Mi calle era un campo de minas. Aunque iba corriendo, me daba la sensación de tener los pies pegados al asfalto y moverme a cámara lenta. Me dirigí a la calle principal con la esperanza de que, a pesar de la hora, estuviese más iluminada. Había una tienda de alimentación abierta las

veinticuatro horas al otro lado de la calle, si es que lograba alcanzarla.

Pero no pude.

Sentí una mano en el hombro.

—Stella.

No era una pregunta. La mano me agarró con un gesto firme y rápido, y me empujó hacia un coche negro sin matrícula.

—No te gires. Vamos, rápido.

Volvió a zarandearme; yo aún tenía las llaves en la mano, así que, sin mirar, le propiné un llaverazo en la mandíbula. Sin embargo, no tuvo ningún problema para someterme por la fuerza, y en cuestión de segundos estaba contra el coche.

Mi secuestrador parecía un recién llegado de Marrakech, más que de su auténtico lugar de origen: el Bronx. Y en las orejas llevaba unos diamantes cuadrados que parecían faros: Demetrius Pitt. Se masajó la mandíbula; y yo la parte del brazo que me había retorcido.

—¿Qué pasa? Tienes una forma curiosa de arrestar al personal.

—No, Stella. Me han apartado del caso. Me han apartado de todo. Están a punto de suspenderme y, probablemente, de echarme, pero a lo mejor me quedan unas horas antes de que la noticia llegue al resto de la unidad. Quiero enseñarte una cosa.

Nos montamos en el coche, aparcado en doble fila. Las fotos se me cayeron al suelo mientras él arrancaba a toda prisa y enfilaba Nostrand Avenue.

—¿Por eso no me has llamado antes?

—No tengo tu número. —Eso era una tontería, la policía tenía toda mi información.

—Pues tengo teléfono, y no es difícil encontrarlo. Mi dirección sí que la has encontrado.

—¿Alguien te ha dejado una tarjeta de felicitación? —Señaló las fotos que estaba recogiendo del suelo.

—Si hubieras llegado unos minutos antes...

—A lo mejor sí que había llegado ya.

—¿Has visto a alguien entrar y pegar esto en mi puerta?

—Me temo que, en efecto, aún no había llegado. Siempre me pasa lo mismo.

Le entregué el sobre, y durante unos segundos dejó de conducir como un piloto de la NASCAR.

—Parece que el fotógrafo estaba esperando en la puerta de Claiborne's por encargo de los ladrones. Tenían que ser varios, para robar el cuadro y mover el cuerpo en solo quince minutos. A algunas organizaciones, quién sabe por qué motivos retorcidos, les gusta documentar los momentos posteriores: qué hace la policía y cuándo. Les ayuda a ir un paso por delante. Supongo que el fotógrafo te vería salir de Claiborne's y te siguió hasta tu casa. Le viste la cara a uno de ellos: eres un riesgo enorme.

—Eso no es tranquilizador, que digamos.

—Y no pretende serlo.

—¿Por qué no me mataron cuando pudieron? ¿Por qué apretar el obturador cuando puedes apretar el gatillo?

—Eso no te lo sé responder, porque no tengo la menor idea.

Giramos en Flatbush Avenue. A esa hora no había demasiados coches, pero en cuanto encontrábamos el más mínimo atasco encendía la sirena.

—Soy sospechoso de falsificación de pruebas. —Dijo esas palabras como si estuviese dando instrucciones al tráfico, con aplomo y frialdad.

La mía fue una pregunta tonta, pero es que una mitad de mi cabeza aún estaba jugando a los dardos en el Jacky's Fifth Amendment, y la otra mitad seguía huyendo de mi piso. Mi cerebro aún no había llegado a la Stella da Silva montada en un supuesto coche de policía sin matrícula que recorría a toda velocidad Flatbush Avenue Extension. Lo que no le pregunté a Demetrius fue cómo podía seguir usando ese vehículo.

—¿Y por qué te has bajado del barco? ¿O te han empujado?

—Sabes de sobra que no voy a responderte.

—Eres un agente de policía y sabes quién lo hizo, pero no quieres delatar al canalla que ha falseado las pruebas.

Había metido el dedo en la llaga, pues la actitud de Demetrius cambió de golpe. Pisó el acelerador y tuve que apoyar las manos en el salpicadero.

—¿Dónde vamos? —Su aparición repentina me había parecido un salvavidas, pero, si ya no estaba en la policía, no podía tener la certeza de que Demetrius me estuviese llevando a la orilla.

—Ya lo verás.

—¿Que ya lo veré? Eso no suena muy tranquilizador. ¿Qué pasa si me bajo del coche en el siguiente semáforo?

Todas las puertas estaban cerradas automáticamente: no iba a ir a ningún sitio.

Estábamos cerca del río, atravesando el barrio de protección oficial de Farragut, pasando junto a oficinas de cobro de cheques abiertas las veinticuatro horas, uniformes de la Armada y almacenes. Demetrius accedió al arsenal naval por la entrada de Sands Street, flanqueada por almenas, enfiló Fourth Street y aparcó junto a uno de los diques secos. El arsenal naval es una combinación de actividad y decadencia. En un cartel que databa de los años setenta aún se leía: LOS CONSTRUCTORES DE LOS BUQUES DE GUERRA MÁS PODEROSOS DEL MUNDO.

Bajó del coche y recorrimos los pocos metros que nos separaban de un dique seco que parecía una versión muy alargada del Coliseo. Como no tenía agua, podía verse el fondo escalonado de la estructura, donde se construían y se reparaban los enormes barcos. Las vías oxidadas recorrían los laterales del dique, y las gaviotas se posaban en las inmensas grúas abandonadas. En el fondo del dique había un poco de agua, y estaban sacando un cuerpo en ese preciso momento. Nos dirigimos hacia varios coches patrulla aparcados al borde del dique. El cordón policial amarillo cortaba un

tramo de la carretera y el muelle, pero Demetrius habló con uno de los agentes y pudimos pasar.

—Habría bajado por el río Este hasta colarse en la bahía de Wallabout —dijo uno de los policías, apoyado en su coche.

—No creo que la corriente lo haya desviado tanto. Si lo hubiesen tirado al río Este, no habría flotado hasta aquí. Habría acabado más abajo, cerca de los puentes, o directamente en el océano —dijo otro, señalando hacia los puentes de Manhattan y Brooklyn.

—¿Crees que lo tiraron aquí?

—Puede ser. Habrá que ver cuánta agua tiene en los pulmones.

Subieron el cuerpo hasta la carretera junto al dique seco. Habían montado una carpa iluminada, donde colocaron el cadáver. Cuando llegó el forense, en su expresión se leía que estaba acostumbrado a que lo despertasen en plena noche, pero seguía sin hacerle gracia.

Teníamos que esperar a que hiciera un primer análisis, y solo dejaron pasar a una mujer que llegó unos minutos después. Mientras esperábamos, Demetrius me preguntó si quería café. La verdad era que sí, pero no había forma de conseguir una taza en las inmediaciones del dique seco. Nos quedamos en silencio hasta que nos hicieron pasar.

—¿Crees que podrás soportar ver el cuerpo? Quizá sea tu hombre misterioso de Claiborne's. Ese al que solo tú pudiste ver.

—Claro —respondí, y nos acercamos a la carpa.

El tronco estaba rodeado por el tatuaje de una serpiente en espiral, con la boca abierta justo bajo la clavícula, y la cola apuntando a la entrepierna. Lo habían desnudado, pero reconocí los restos de las prendas que había en la pila junto a *Las meninas*. Supuse que esa noche nadie más en la ciudad se habría puesto pantalones bombachos de terciopelo marrón. Aunque es un sitio muy grande. Nunca se sabe.

—¿Conoces a este tipo? —preguntó Demetrius.

Negué con la cabeza.

—Ni siquiera estoy seguro de que sea un tipo —intervino el forense.

—¿Tanto tiempo lleva el cuerpo en el agua para una descomposición así? —pregunté.

—No. —El forense nos miró por encima de sus gafas de medialuna.

El cuerpo no tenía genitales identificables, y el forense siguió hablando en voz alta mientras escribía algo en una tabla portapapeles.

—La constitución en general, la masa muscular y la distribución del pelo hacen pensar en un hombre, pero solo hasta cierto punto. Las caderas son más bien anchas, los brazos delgados y el pecho estrecho. Se ven tenues cicatrices donde podrían haber estado los senos, pero los pezones están intactos. No hay pene, pero tampoco vulva. —Tocó la entrepierna con una sonda exploratoria.

También había una mujer examinando el cuerpo, una bióloga forense marina que

se presentó como la doctora Korenev. El forense no se presentó, y no cambió un ápice su expresión preocupada e irritada, propia de alguien al que los problemas de los cadáveres le daban trabajo, y que veía a los vivos como bultos de carne imperfectos. La doctora Korenev tenía una actitud más alegre. Se daba un aire a Veruschka, aunque ni el forense ni Demetrius se percataron del parecido. Su trabajo, según nos explicó, consistía en intentar determinar la hora de la muerte según la vida marina que hubiese buscado alimento y refugio en el cuerpo, colonos diminutos para los que un cadáver representa una lotería acuática de alimento y oportunidades reproductivas.

—Estamos buscando diatomeas, bacterias y larvas en los órganos internos —dijo, estrechándome la mano y confundiéndome, a todas luces, con alguien con autoridad—. En agua salada suelen estar en el lado izquierdo del corazón, pues los pulmones absorben el líquido. —Luego sacó un microscopio portátil de luz polarizada, como el que yo usaba para analizar las gotas de pintura. Pero mientras que yo examinaba la presencia de estructuras de color brillantes, ella veía vida bullendo y contoneándose bajo la lente. Intercambiamos opiniones sobre los diferentes tipos de lentes; la doctora Korenev se mostró intrigada y quiso visitar mi laboratorio. En lugar de explicarle que ya no estaba vinculada a ninguno, acepté su tarjeta: DRA. ILKA KORENEV, AEGIR LABS. El forense nos interrumpió.

—¿Forman ustedes parte de la Unidad de Investigación? —No le hacía gracia tener público mientras llevaba a cabo su inspección, aunque debía de estar acostumbrado.

—Sí, por supuesto —dijo Demetrius, aunque no añadió nada más.

—No pude verle la cara cuando estaba en mi estudio, pero reconozco las prendas del suelo, que parecían sacadas del cuadro —dije. Todo ese terciopelo y encaje del siglo XVII tenía que haber dejado restos de fibras. Demetrius sugirió que lo habría matado sobre un plástico colocado con antelación, para poder transportar el cuerpo sin que dejase fluidos ni ningún tipo de rastro.

—Pero ¿sabe quién es? —El forense apoyó una mano en el brazo delgado de la doctora Korenev. Aunque lo habían llamado en plena noche, solo tenía ojos para la bióloga forense marina. Ella era el motivo por el que quería que nos marcháramos, tras ver lo que teníamos que ver. Ashby no era el único que se divertía en el trabajo. La descripción perturbadora del estado de descomposición de ese cuerpo ambiguo era, para el forense, una especie de poema de amor, una propuesta para que los dos abordasen juntos ese puzle.

—No puedo darle un nombre, no —repetí.

—Quería usted saber si esta joven podía identificar a la víctima —le dijo luego a Demetrius—, y no puede. Tengo que pedirle que se marche, por favor. —El forense indicó la puerta con su bisturí, como si tuviese trabajo por delante; y lo tenía, la verdad sea dicha.

A mí no me importaba que me echasen, pero Demetrius quería quedarse para oír el informe del forense. Yo ya había visto un cadáver mutilado, y me daba la sensación

de que no pintaba nada ahí, junto al dique seco; de que las grúas se abalanzaban sobre mí. Esperé fuera de la carpa. Demetrius pensaba que no soportaba ver el cadáver, y estaba en lo cierto, pero no por los motivos que él creía. Al fin, volvimos caminando lentamente al coche.

—Ahora hay un cuerpo, pero la muerte no tiene por qué estar relacionada con Claiborne's —dijo.

—¿Cuántos cadáveres aparecerán esta noche vestidos como un miembro de la corte española del siglo xvii?

No supo responderme.

—En cuanto a la propuesta de ese café —continué—: lo acepto.

Cuando montamos en el coche, Demetrius cogió las fotos que yo había dejado en el asiento.

—Alguien te está diciendo «Te conocemos, sabemos quién eres y dónde vives».

Que me dijera eso, una vez más, seguía sin ser tranquilizador.

—Y es muy sigiloso. No oí a nadie en la ventana.

—No puedes estar ahí sola.

—Pues quédate a dormir.

Los ojos de Demetrius se iluminaron.

—Tengo un sofá —le dije, aunque, para ser sinceros, no estaba segura de que fuese a hacerle dormir en él—. La noche es joven.

## Capítulo 5

Empezamos en mi jardín. Había una luna llenísima, presagio de la lluvia de las perseidas de mediados de agosto. Demetrius parecía atraer a los gatos callejeros: llegaron del patio de cemento y césped artificial de mi vecino, de una parcela vacía y quién sabe de dónde más.

—Te entiendes con los animales —dije.

—Por mi vida han pasado muchos. Mi madre era adiestradora en el circo Barnum and Bailey. Quería ser veterinaria, pero cuando su familia llegó de Trinidad no tuvo dinero para costearse los estudios universitarios. No la veía mucho, pero no creo que el circo le gustase demasiado: había todo tipo de frikis blancos. El del circo puede ser un mundo cruel. Yo vivía con mi abuela en el Bronx.

—¿Y tu padre?

—No se sabe. Algún dominicano. Nuestro vecino fue como un padre. Tenía un cachorro de pantera en su piso y un caimán en la bañera: Omar y Ollie. Me dejaba cuidarlos de vez en cuando.

—Me acuerdo de ese tipo, salió en la televisión. —La noticia llegó incluso al telediario de Rhode Island cuando yo iba al instituto.

—Sí, lo trincaron, y probablemente le vino bien. Tarde o temprano los animales salvajes se comportan como lo que son, su instinto les sale por algún lado; y no pueden comportarse como lo que son en un piso de protección oficial del Bronx. Su casa olía a mierda, pero me gustaba ir a verlo. Una tarde estaba lloviendo y pensé que molaría sacar al caimán de paseo. Había una especie de correa de cuerda colgada en la cocina, así que se la puse alrededor del cuello, atravesamos el pasillo y nos montamos en el ascensor. Cuando llevábamos un piso, caí en la cuenta de que había hecho una idiotez. Si a Ollie le entraba hambre, yo no tendría adónde ir. Pulsé el botón para subir *ipso facto*, pero los ascensores no dan marcha atrás automáticamente, así que tendría que esperar hasta llegar a la planta baja, y luego volver a hacer el recorrido inverso hasta la decimoquinta. Cuando las puertas se abrieron al llegar abajo, una mujer con la colada se pegó un susto de muerte y empezó a gritar. Siempre sospeché que fue ella quien llamó a la policía; sin pretenderlo, la culpa de que acabase la fiesta fue mía. A mi vecino le afectó tanto perder a sus animales que apenas cruzaba palabra conmigo ni con nadie. Luego trabajé en el zoo del Bronx. Los cuidadores del zoo no ganábamos una mierda, así que me apunté a la Academia de Policía, y aquí estoy.

Se acercó un poco y me pasó el brazo por encima del hombro, pero yo me retiré ligeramente. Nelson Algren dijo que jamás hay que acostarse con alguien con más problemas que tú, y compartía su filosofía. El exagente Pitt, el caballero andante, tenía sus propios problemas, y si mezcláramos nuestros respectivos cúmulos de

preocupaciones se crearía una montaña de basura que ninguno de los dos podría escalar.

No quería ser el tipo de persona que rechazaba a alguien como Demetrius, pero no podía dejar de pensar que había un mirón sacando fotos. A Ashby le pirraba que alguien —a saber, Calvin o yo— entrara y lo pillase en momentos peliagudos. El *voyeur*, si es que aún estaba observando, no era inofensivo; podía ser una especie de Freddy Krueger, y no dejar rastro en el jardín trasero, o frente al edificio, o dondequiera que estuviese. La segunda imagen que tenía grabada en la mente era el cuerpo sin vida sacado del arsenal naval. Volví a acercarme a Demetrius. Quería olvidarme de todo lo demás. A pesar de lo que decía y pensaba, he de admitir que tenía la fantasía de los caballeros andantes, aunque también tenía claro que no se puede confiar en ellos. Sé por experiencia que en realidad nadie puede salvarte cuando se te acusa de asesinato o penden sospechas sobre ti y alguien va a pillarte, ya sea la hermana de la víctima, el auténtico asesino o un fantasma que saca fotos con el móvil.

Demetrius no pareció percatarse de que yo había puesto la mano en su pierna. Hizo lo que hacen muchos hombres cuando están un pelín nerviosos y no quieren ceder el mando, porque no tienen claro lo que pasará si lo hacen: siguió hablando.

—Mi primer caso con Garfield, antes de pasar a Homicidios, fue el arresto de una *madame* que afirmaba ser comunista, la última *madame* comunista. Yo no sabía que eso existía, que había *madames* comunistas. Su negocio era de alto copete: brókeres de Wall Street, directivos de los bancos de inversión, gente que apostaba a lo grande; y ella lo veía como una forma de desplumar a ese uno por ciento de la población más rico. Se autodefinía como una artista de la desestabilización. Insistía en que no era, ni mucho menos, una capitalista del sexo. Garfield, que en ese momento iba conmigo, respondió: «¿Ah, sí, y qué tiene aquí? ¿Una cooperativa de alimentos? ¿Dónde está la quinoa?».

—Qué ocurrente, con él te divertirías lo que no está escrito...

—A veces hay que pasar por alto lo que dice, porque lleva razón. La mujer no estaba repartiendo el amor, compartiendo sus beneficios con las chicas. Eso es lo comunista, según tengo entendido.

—Así que era más bien una *apparátchik*.

Me gustaba la idea del artista de la desestabilización. ¿Qué podía decir yo de mi trabajo que fuese interesante? Describir la sensualidad de mojar un pincel rojo de pelo de marta en un azul cerúleo y viscoso, recién elaborado con una mezcla de cobalto en polvo y aceite, sonaba esotérico y cursi. Ambos nos quedamos en silencio, y él se acercó un poco más. Un hombre que había arrestado a una *madame* comunista me intimidaba, pero ahí, en mi jardín, nos fuimos quitando una prenda tras otra. Desnudo, el caballero andante era un auténtico adonis, y los miedos de la noche se esfumaron.

En la ciudad nunca estás solo. Se oye la llamada a la oración del muecín en una

mezquita cercana; una transeúnte tiene el tono del móvil al máximo y suena la banda sonora de *El padrino*; alguien le grita a su novio que vaya cara ha puesto al cruzarse con esa chica con unos vaqueros con más agujeros que tela; por no hablar de los vecinos que follan como si no hubiese un mañana. Lo oímos todo. Vivo en un barrio de artistas de la desestabilización, y a mí se me da igual de bien que a cualquiera.

En cierto sentido, resulta consolador cubrir con las sábanas tu cabeza junto a la de otra persona, los dos contra el mundo. Se crea la ilusión de que todo se queda al margen.

En los cuentos de hadas, la rescatada siempre está en apuros por culpa de algún pariente: porque no habían invitado a alguien a una fiesta; porque alguien se hizo con la propiedad de otro; porque una generación se veía obligada a pagar por todos los pecados de la anterior... No me gustaba la idea de estar en deuda con el rescatador. Ya tengo bastante con ser de esas personas en cuya cuenta bancaria la semana antes de cobrar solo hay ceros. No podía conciliar el sueño.

Dejé a Demetrius semienterrado en las sábanas, me levanté, fui a la cocina, donde tenía el portátil, y busqué en Google «Roy, NYU Derecho, violaciones de derechos de autor». Nada. Solo había constancia de un Roy en la Facultad de Derecho de la NYU; se trataba de Roy Nakamori, que sin duda no era el juez de la horca Roy Bean del Jacky's Fifth Amendment. Aunque eran las cuatro de la mañana, llamé a Marnie. No respondió. Le escribí un mensaje, y esperé. Al cabo de un rato, volví a la cama y me dormí.

Los gatos de mi jardín trasero maúllan más por la mañana. Tras darles de comer, me preparé un expreso en mi vieja cafetera maltrecha y me senté en el jardín. Demetrius se levantó unos minutos después, diciendo que tenía ganas de un café sofisticado. Mi padre tenía una cafetera igual que la mía en su caravana del desguace. En cuanto al café sofisticado, Ashby era mucho mejor ejemplo: tenía una máquina Nespresso, modelo Bentley, cómo no, y una caja de palisandro llena de las cápsulas que, como joyas de colores resplandecientes, se introducían en el aparato. Estoy convencida de que hoy día siguen brillando en uno de los vertederos que hay remontando el río Hudson. El caso es que Ashby siempre me ofrecía una taza cuando entraba a trabajar. Tenía sus cosas buenas, supongo. Volví a la cocina y preparé huevos con albahaca fresca y chile habanero, que me las apañaba para cultivar en ese jardín trasero, no demasiado soleado, que muchos gatos llamaban casa.

Miré por la ventana: la calle parecía vacía; nada nuevo bajo el sol. Sin embargo, alguien estaba sacándome fotos, ¿no era eso bastante novedad? Una pareja coreana recogía nueces de *ginkgo* del suelo. Avanzaban de manera resuelta, concentrados, por la otra acera. Las hojas con forma de abanico de esos árboles se vuelven doradas, y todos los años unos cuantos ancianos rastreaban la zona recogiendo las nueces que aún no estaban pisadas. Si las nueces se pisan, emiten un desagradable olor a podrido

pero, si se hierven de la manera indicada, se dice que tienen propiedades medicinales milagrosas. Los árboles dorados flanqueaban mi manzana. La pareja se detuvo y miró a mi edificio, o, al menos, eso me pareció.

Un hombre pasó empujando un carro de supermercado lleno de botellas de plástico color esmeralda que cambiaría por unas cuantas monedas. Por alguna razón, solo recogía las botellas verdes, no las transparentes, ni tampoco latas. Pasaba metódicamente de un edificio a otro, de un contenedor a otro. Cuando llegó al mío, empezó a buscar envases vacíos. Aunque no bebo refrescos, la gente tira botellas y latas al pasar. El hombre llevaba un chándal gris y unas Nike plateadas. Como tenía una mano metida en el bolsillo medio roto, pensé que quizá estaba sacando fotos con un teléfono escondido allí. Podía ser, pero luego se giró, levantó una mano y me saludó con dedos ondulantes.

—Si quiere pasar desapercibido, no se le da muy bien —dijo Demetrius.

—Podría estar escondiéndose a simple vista —repliqué.

—El problema, Stella, es que solo tres personas sabían el código de seguridad de tu estudio: Fieldston, Ashby y tú. Ellos tienen coartada, tú no. Nos consta que estabas en tu estudio. Garfield cree que estás implicada en el robo, y ahora hay un cuerpo.

—¿Dónde estaba Fieldston?

—Con su mujer, aunque Garfield dice que sin duda tu jefe debió de pagarle para que se casara con él.

—Fue la unión de dos fortunas.

—No soy un lector voraz de la sección de Sociedad.

—¿Dónde dijo Ashby que estaba?

—Con un amigo.

—Sí, pero ¿dónde?

—En el piso del tipo.

—¿Habéis podido confirmar que estaba ahí, o solo lo sabéis porque el amigo da fe de ello? ¿Y desde cuándo conoce Ashby a ese amigo?

—No lo sé.

—¿De verdad fue Garfield a Princeton? ¿Me odia por eso? Yo no fui a Princeton.

—Sí, aguantó un semestre. Creo que no pudo hacer la transición desde el barrio de Canarsie, y aún le cabrea recordarlo. Dice que era como si te invitasen, pero no te aceptarían. La invitación dice «Ven, por favor», pero nadie te abre la puerta, así que aguantas ahí todo lo que puedes, muriéndote de frío, preguntándote qué has hecho mal. Cuando está de servicio, odia salir del distrito policial 19. Lo demás le parece una ciudad que no reconoce, una enorme comunidad vallada para millonarios, con tendencia a los delitos de guante blanco, que no dominamos. Le preocupa que, en esta parte de la ciudad, el policía que patea las calles acabe delante de una máquina de escribir y, lo que es peor, cree que esa tendencia es lógica. Su mujer tiene una depresión de caballo, la mayoría de los días ni siquiera puede salir de la cama, y Garfield siente que la amargura lo está corroyendo, pero lo único que hace es

cabrearse. Sus hijos y nietos viven en Arizona, y casi nunca los ve.

—Lo siento por él, pero eso no significa que yo sea culpable.

—Si alguien más tenía el código de seguridad, ¿cómo lo consiguió?

—Quizá dejé la puerta abierta. Los gritos parecían graves. A veces la puerta se cierra por su propia inercia cuando salgo, pero otras no.

—La puerta estaba cerrada cuando llegó la policía. Como recordarás, subimos contigo a tu estudio.

No sabía qué decir. Demetrius se llevó las fotos para buscar huellas dactilares. Era un procedimiento sencillo, y no tendría problemas en conseguir que los técnicos del laboratorio le hiciesen el favor. Algo me decía que quien sacó las fotos no era un aficionado, y que no encontrarían huellas. Demetrius me dijo que iban a intentarlo de todos modos y que no me quedase sola en el piso. Eso lo tenía más claro que el agua, aunque me preocupaban los gatos.

Mi teléfono vibró con un mensaje de Marnie: «Estoy en mi casa. Roy es de ensueño».

Aquello me preocupó por dos motivos: porque cuando Marnie está en racha se acuesta con cualquiera y luego ni se acuerda de su cara; y porque, como pasa siempre con los mensajes, nadie te garantiza que quien lo envía sea el dueño del teléfono. Podría ser un desconocido que encontró el móvil o lo robó. Podría ser el propio Roy, si es que de verdad se llamaba así. Y luego estaba su amigo Luke, quienquiera que fuese.

## Capítulo 6

Era un recibo normal y corriente. Un rectángulo de papel blanco, con la letra clara y gruesa de Oscar, el nombre y la dirección de la tienda, y lo que se había comprado: blanco de plomo, cinco tubos de 220 ml, a 135,55 dólares cada uno. Pagados en efectivo. Alguien lo había dejado en mi estudio y se había mezclado con mis cosas. Si hacía un diagrama de Venn con la gente que conocía en Claiborne's con la que compartía espacio de trabajo, y la gente que compraría una pintura al óleo harto insólita en una tienda desconocida —una de las últimas tiendas de material para artistas que quedaban en la ciudad—, no se solapaba nadie. En el grupo rotatorio de artistas que trabajaban de manipuladores solo había uno que quizá usara, de cuando en cuando, pintura al óleo tradicional en sus obras, y no formó parte del grupo que se encargó de la delicadísima tarea de trasladar *Las meninas* del aeropuerto al furgón blindado, y de ahí a mi estudio, y desembalarla. De hecho, ese manipulador en concreto casi nunca me dirigía la palabra. Los demás trabajaban con arcilla, cristal, madera, metal, sistemas electrónicos o pintura acrílica, y era muy poco probable que fuesen clientes de Kronstadt's, como tampoco Calvin, que solo limpiaba en mi presencia, pues no tenía el código de seguridad. Kronstadt's no estaba en internet, no tenía página web ni publicidad llamativa. Oscar no formaba parte de ese mundillo; estaba ya mayor para esas cosas y le daban absolutamente igual: o conocías la tienda o no.

Quizá a alguien se le cayó el recibo mientras movía un cuerpo vestido con prendas del siglo XVII.

Doblé el papel, lo abrí, volví a doblarlo y me lo metí en el bolsillo de atrás, solo entonces caí en la cuenta de que podía tener huellas dactilares y ADN. Diré en mi descargo que mi cabeza no había acabado de pasar del mundo molecular del color al mundo celular de las pruebas criminales. Yo era la típica persona que llega al aeropuerto y se da cuenta de que se le ha olvidado el pasaporte. La transición no era automática, y con las prisas para no perder el vuelo, algunas cosas, por importantes u obvias que fuesen, se quedaban en la mesa de la cocina o en el asiento del taxi.

A lo mejor Oscar había apuntado en su registro al comprador, aunque pagara en efectivo. A juzgar por la fecha, no hacía ni una semana.

Kronstadt's era una tienda estrechísima, y de las últimas con cierto linaje en esa zona del sur de Manhattan. Sobre la caja registradora había una foto enmarcada del padre de Oscar con Frida Kahlo. Era famoso por preparar pigmentos imposibles de encontrar, como el cardenillo o verdín, elaborado con placas de cobre y ácido acético,

y usado en la Edad Media como un verde brillante, aunque inestable. Además, en su tienda aún podía encontrarse clandestinamente el amarillo indio, preparado con orina de vacas de la provincia de Bihar, que solo comían hojas de mango —en teoría, la última vez que se vio ese color fue en 1908—. También se rumoreaba que Oscar tenía, en una caja fuerte, reservas de azul maya, un color preparado con arcilla y añil con el que, hace siglos, se pintaba a las víctimas de sacrificios humanos.

Cuando entré, había otro cliente en la tienda, un hombre con una camiseta negra ceñida, vaqueros de pitillo y el pelo recogido en una trenza larga y fina. Era la última persona a la que quería ver en Kronstadt's —o en cualquier sitio, dicho sea de paso—. Sabía que, cuando se girara, llevaría un tubito dorado en la ceja. Masuji Lorillard: pelo castaño, ojos azules y tatuajes de las filigranas de Rembrandt, en las que era experto. Cada vez que había que autenticar un dibujo de Rembrandt, llamaban a Masuji. Pasó un tiempo trabajando en un lote de dibujos holandeses que Claiborne's vendió, y colaboramos hasta que el encargo salió a subasta. En cuanto a los tatuajes de las filigranas: llevaba un halcón coronado en un hombro y la silueta de un bufón en la parte baja de la espalda. Si Rembrandt levantara la cabeza, se tiraría a un canal.

Cada vez que llamaban a Masuji para un proyecto, enseguida se corría la voz. La secretaria de Ashby, Sheilagh, le tenía echado el ojo y pasaba junto a mi estudio, a horas inopinadas, como quien no quiere la cosa. «Ah, Masuji, el señor Ashby me ha pedido que te localice. Si tienes un minuto... bla, bla, bla». Sheilagh me daba la espalda, como si no existiera, una situación no poco frecuente en Claiborne's. Ese era uno de los motivos por los que yo defendía a Ashby: al menos me hablaba, aunque mis zapatos no pegasen y careciese de ironía. Sheilagh me ignoraba, como si fuese un mueble. Un jueves por la mañana, las puertas del ascensor se abrieron y, justo cuando Sheilagh se disponía a entrar, Masuji me pasó el brazo por la cintura y, mirándola fijamente, sonrió. Después de aquello, apenas volví a verla, salvo cuando iba al despacho de Ashby.

Los días que Masuji estaba en Claiborne's le daban un punto de tensión y expectativa a la frialdad abrumadora de unas oficinas donde, hasta ese momento, había predominado el miedo perenne a decir o hacer algo fuera de lugar. Estuvimos saliendo un tiempo y me enamoré hasta las trancas. Me conquistó la confianza con la que, con solo levantar un folio contra la luz, sabía si era falso o no; su pasar olímpicamente de los protocolos de las casas de subastas; la música de Adnan Sami que salía atenuada de sus auriculares; su no llevar corbata jamás; que le echara una lágrima de vodka al café de la tarde o fumara en el ascensor cuando nos quedábamos solos. Y eso no fue lo único prohibido que hicimos en el ascensor: el uso de las instalaciones con otros fines no era exclusivo de Ashby.

La madre de Masuji era japonesa y su padre quebequés, tenían una tintorería en Montreal. Fue a la Facultad de Bellas Artes, y pintaba cuadros fotorrealistas de lo que él denominaba «edificios fantasmas»: salas de cine barrocas, colegios, restaurantes, parques de bomberos y de atracciones de la época del cine mudo, y boleras

modernistas de estilo *googie*. Como casi todas esas construcciones ya estaban demolidas, solía recurrir a imágenes de internet, aunque a veces visitaba lo que quedaba en los emplazamientos originales. A mí sus dibujos me parecían extraordinarios, pero nadie mostraba interés por su trabajo. Cuando llamaba por teléfono, los secretarios de los secretarios de las galerías le pasaban direcciones de correo electrónico genéricas mientras seguían buscando exposiciones para otras personas más importantes: artistas, marchantes, coleccionistas. No tiene sentido extenderse en lo mucho que se esforzó y cuánto fracasó, aunque procuraba ocultarlo, al menos a mí. Estaba empeñado en hacer sus propias obras en lugar de buscar un trabajo a jornada completa, aunque eso supusiera jugarse mes a mes el techo bajo el que vivía. Entre las filigranas y las consultas sobre documentos insólitos, que no dan un sueldo fijo, subsistía conduciendo para Uber, esencialmente yendo de Manhattan al aeropuerto Kennedy, y vuelta, día tras día. Sus manos al volante eran tan sugestivas como al sostener una filigrana ante la luz. Tras pasar un tiempo trabajando de conductor, decía que la ciudad le transmitía la sensación de que había una marea infinita de gente que llegaba y se marchaba, que iba y venía, pero ¿qué hacían realmente? Era un auténtico misterio para él. Cada vez pintaba menos. De repente, dejó de llamar y de escribir, nunca supe por qué. Me dijeron que se había marchado de la ciudad. Pero ahí estaba, pagando varios frascos de pigmentos y tubitos de pintura mientras hablaba con Oscar Kronstadt como si fuesen viejos amigos; y la verdad es que bien podrían serlo.

—Un tiburón conservado en formol en el Museo de Historia Natural es mera taxidermia marina, pero un tiburón idéntico, en un tanque idéntico, a poco más de un kilómetro y medio, en el Museo de Arte Moderno, lleva el nombre de un artista y vale millones de dólares. Lo que te digo, Oscar, es que como estudiante lo entendía, pero como el hijo de un tintorero francófono que se rasca la cabeza mientras abre la enésima botella de Labatt's, quiero entrar en ese mundo.

—¿Y qué vas a hacer?

Ya había oído la conversación sobre el tiburón, pero me estaba congelando en la puerta. Masuji me daba la espalda, y Oscar, junto a la caja, fue el primero en verme. Era demasiado tarde para dar media vuelta y regresar a la seguridad de la calle. Llevaba un tiempo sin pasar por Kronstadt's, pero Oscar siempre se alegraba de verme y, cuando me saludó efusivamente, Masuji se giró.

Sonrió como si no hubiera pasado nada entre nosotros, me preguntó cómo estaba, cómo iba la cosa por Claiborne's y qué hacía yo ahí a esas horas. Vaya, sentía que me hubiesen despedido.

Si dijese que su presencia en Kronstadt's era del todo inesperada y que me puso nerviosa, me quedaría cortísima, pero me esforcé al máximo por hacer como si nada.

—¿Qué ha pasado? —Parecía interesado de verdad, como si nos hubiésemos visto la noche antes de que me encontrase un cadáver a los pies de un cuadro del rey de España.

—A ver, no es que me hayan despedido —me corregí rápidamente—. Me han hecho otra oferta. Aún no puedo decir dónde; la tinta del contrato todavía no está seca, no quiero gafarlo.

—¿Otra ciudad? ¿Europa? Por favor, acuérdate de decirme dónde y cuándo; así nos tomamos algo antes de que te vayas. —Le dio un golpe de tos y carraspeó: el tabaco empezaba a pasarle factura.

—Serás el primero en enterarte. —Procuré no sonar sarcástica. Eso habría sido demasiado fácil, y en algún lugar recóndito de mi mente, aunque me cueste admitirlo, no pretendía serlo. Me habría gustado quedar con él y no quería que supiese que me había quedado pillada, así que no pude preguntarle: «¿Por qué desapareciste de la faz de la tierra?». En presencia de Oscar, el hombre que quería a todo el mundo, no había lugar para las preguntas personales, los gritos, los «por qué coño»; además, tampoco quería ser ese tipo de persona.

Masuji titubeó unos segundos; no fue un mero gesto de incertidumbre, sino que de verdad parecía no saber si irse o quedarse. Durante unos segundos pensé que a lo mejor no pretendía dejar de llamarme, hace ya muchos meses. Habíamos estado juntos muy poco tiempo; a lo mejor le llegó un aluvión de trabajo y sí que tenía pensado volver a llamarme. A lo mejor las máquinas de lavar en seco se quedaron encalladas en la nieve y tuvo que ir a desenterrarlas; a lo mejor estaba trabajando en un encargo para el Rijksmuseum de Ámsterdam; a lo mejor tenía alguna de entre un millón de posibles excusas descabelladas. Cuando tengo a alguien a medio metro, puedo convencerme de lo que sea. Y entonces cogió su bolsa de pintura, se despidió de los dos y salió por la puerta. Todas las excusas posibles se evaporaron. Dejó de llamarme porque pasó página, como debería haber hecho yo. De hecho, yo también había pasado página, y esa siempre se quedaría incompleta. Me quedé mirando a Masuji mientras se alejaba por la acera.

En cuanto tuve la certeza absoluta de que no volvería, le conté a Oscar la auténtica razón de mi despido de Claiborne's y le enseñé el recibo. Aunque no se hubiesen producido ni el asesinato ni el robo, Oscar era de esas personas con las que solía compartir confidencias. Se mostraba paternal sin resultar condescendiente ni moralista; parecía un tipo capaz de sacarte del túnel Holland aunque estuviese inundándose y cundiera el pánico a tu alrededor.

—¿Te acuerdas de a quién le vendiste esta media docena de tubos de pintura? —le pregunté.

—Sí. Eran dos hombres. Gemelos. Uno tenía un tiburón tatuado en el rabillo de cada ojo; el otro lo mismo, pero con halcones, posándose o arrancándole los globos oculares, no sabría decirlo. De no ser por los tatuajes, sería imposible distinguirlos, aunque esos diseños eran una nimiedad en comparación con lo que suelo ver: muelles que atraviesan narices, tornillos clavados en las sienes, pieles tatuadas al estilo tigre o leopardo. Me divierto viendo lo que el personal es capaz de hacer con su cuerpo, ¿por qué no? Estos dos querían auténtico blanco de plomo, como el que usaba Vermeer.

—Carbonato de plomo y sulfato. —Debido a su toxicidad, no es fácil encontrar blanco de plomo. Hace los cuadros más luminosos, no hay nada que se le parezca. Algunos pintores estaban dispuestos a correr el riesgo con tal de lograr ese brillo, pero acabó sustituyéndose por blanco de titanio, que fue lo que, de hecho, Oscar intentó venderles.

—Mirad —les dije—, os lo puedo vender, pero os recomiendo encarecidamente el titanio. No es tan resistente como un pigmento, vale, pero al menos no os matará.

—¿Te hicieron caso?

—No, claro que no. Era gente joven; se creen inmortales. Pero querían más cosas: también pidieron verde de Scheele.

—Arsenito cúprico.

—Sí, y yo eso no lo vendo. —Oscar puso cara de resignación, dando a entender que no toleraba a los tontainas.

Napoleón insistió en que su celda se pintara de ese verde amarillento y, cuando se hallaron restos de arsénico en su pelo, se creyó que la inhalación de los vapores arsénicos de la pintura fue la causa, o una de las causas, de su fallecimiento. El pigmento se usaba en juguetes, ropa, papel de pared, velas... Todos provocaron enfermedades o muertes. En el siglo XVIII, en una fiesta infantil de Navidad, todos los niños murieron por culpa de las velas tintadas con verde de Scheele: es un pigmento letal.

—¿Te quedaste con el nombre de los gemelos?

—No. Pagaron en efectivo, como ves, pero ese día mi nieto estaba trabajando conmigo, y suele pedir a la gente que registre en un libro su nombre, dirección y correo electrónico, para luego poder avisarla sobre rebajas y actividades en la tienda. Es un disparate. Yo no envío correos, y no habrá rebajas ni actos en la tienda mientras yo viva. ¿Dónde iba a organizarlos? ¿En el techo?

Llevaba razón. Ni siquiera había espacio para exponer postales. La tienda estaba llena, hasta el último centímetro cuadrado, de frascos de pigmento en polvo, cajas y tubos de pintura, algunos más antiguos que el Tratado de Versalles. En cuanto al correo electrónico y los avances tecnológicos, Oscar tenía una visión chapada a la antigua de los ordenadores e internet. La información almacenada en su cerebro abarcaba muchos siglos —más de un milenio, de hecho— de colores y pigmentos, y estaba convencido de que no le cabía nada más. En algunos aspectos, Oscar preferiría que el tiempo se congelase. Ver su querido barrio usurpado y engullido lo confundía, como le pasaría a cualquiera de su generación que hubiese creído que esas mismas tiendas y edificios estarían ahí toda la vida. Dar la espalda a una parte de la tecnología era la forma en que el anciano escupía a los vientos de la modernidad, sin caer en la cuenta de que dichos vientos soplaban en su contra, devolviéndole todo su desprecio.

—¿Tienes el registro? ¿Puedo echarle un vistazo? —Dudaba mucho que los gemelos hubiesen firmado, pero no podía irme sin preguntar.

—Claro, faltaría más, cariño. ¿Crees que mi nieto iba a llevárselo? Se lo deja todo: la chaqueta, el teléfono, este registro... Se supone que el que tengo que llevarlo soy yo. Él solo me ayuda con el trabajo.

Sacó un cuaderno Moleskine de debajo del mostrador, miró a su ritmo la fecha del recibo y buscó la página del cuaderno con esa fecha en la parte superior. Aquel día no hubo muchos clientes, pero ¿se acordaría Oscar de quién era cada uno?

—Mmm... cuesta leer algunos de estos garabatos. Estamos buscando los nombres de dos tipos. Quizá con la misma dirección.

Yo estaba sudando por la tensión. Si fuera tan sencillo como dar con los nombres y las direcciones, habría cumplido. Demetrius podría mandar que los arrestasen, yo me iría a mi casa y puede que hasta recuperase el trabajo.

—Sí, estos son los gemelos con los tatuajes salvajes. Estoy seguro.

Giró la Moleskine e indicó dos nombres ilegibles. No habían escrito ninguna dirección postal, pero había dos direcciones de correo electrónico: hawkbait@noseque.edu y sharkbooty@gmail.com.

## Capítulo 7

Marnie vivía en Gowanus, que ella se imaginaba como la Venecia del futuro, cuando todos los *palazzos* se derrumbasen y el Gobierno empobrecido solo pudiera permitirse sustituirlos con naves industriales y un puñado de edificios de apartamentos solitarios como el suyo, en una calle situada junto a una fábrica de cemento. Me gustaba la idea de ver en Gowanus una Venecia futurista, por mucho que cueste imaginar un *vaporetto* surcando las aguas tóxicas y letales del canal. Llamé al timbre con el cartelito Sleeter. No respondió. Volví a llamar, y luego lo intenté por teléfono. Al final, Marnie bajó a abrirme. Estaba durmiendo y el timbre no funcionaba.

—Joder, Marnie. —Iba casi desnuda, pero la calle estaba vacía—. ¿Y bien, qué tal Roy, era de ensueño? —Me trabé con la última palabra. Me daba la sensación de que podía ser muchas cosas, pero más decepcionante que alucinante, y sin duda no era del material del que están hechos los sueños.

—¿Quién?

—El abogado del Jacky's Fifth. No estoy segura de que sea un abogado de verdad.

—Ah, ya, bueno... —Solo se acordaba de lo que le interesaba.

Marnie preparó café y calentó unos cruasanes que debieron de hornear durante el mandato de Nixon. Le dije lo poco o nada que había descubierto de los tipos del bar, dando un rodeo para llegar a mi auténtica misión: las direcciones de correo electrónico y la identidad de los gemelos que le compraron la pintura a Oscar Kronstadt. Marnie vivía en las nubes cuando se encaprichaba con alguien. Aunque sus caprichos eran efímeros, durante esos momentos era incapaz de ver siquiera un autobús a punto de arrollarla; solo que, en este caso, el autobús estaba a punto de arrollarme a mí. Tras dar un sorbo al café ardiendo, con la taza aún en la mano, se le iluminaron los ojos y se dirigió a toda prisa a su portátil, perdido en una mesa abarrotada.

—Oye, pues es una pena que te hayan despedido. Hay un lote de cuadros de Picasso, algunos muy famosos, que van a vender dentro de unos días; probablemente a particulares, no a museos, con lo que no volverán a exponerse en público en la vida. La gente se está pasando horas haciendo cola para verlos antes de la subasta. Nos podrías haber colado en primera fila si aún trabajases en Claiborne's.

—¿A quién te refieres con «nos»? ¡Marnie, por favor, concéntrate! Esto es lo que tengo: dos direcciones de correo electrónico. Las he buscado en Google, pero no aparece nada. He enviado correos vacíos, pero me han rebotado. Está claro que le dieron al nieto de Kronstadt direcciones antiguas o falsas, así que estoy en un callejón sin salida, pero no tengo nada más. ¿Qué te parece? ¿Puedes encontrar algo? ¿Crees

que podrás dar con alguna pista en esas direcciones de correo falsas, o esto es como no tener absolutamente nada?

—Lo hacemos dentro de un rato, que quiero contarte lo de Roy.

—Marnie, el juez, o lo que sea, es lo de menos. Si empiezas a contármelo ahora, mucho me temo que tendrás que acabar de contármelo con un cristal de por medio, en una cárcel de mujeres.

—Solo un minuto.

—No, no hay minutos que valgan.

—¿De verdad? —Arqueó las cejas, dando a entender que me estaba perdiendo la historia de alguien interesantísimo—. A ver, eso ya puedes ir tirándolo a la basura. ¿A santo de qué se les iba a ocurrir dejar información de contacto real? ¿Crees que son retrasados?

—Hazlo por mí, y luego me cuentas todo lo que quieras. Eres la mejor encontrando cosas. Te he visto dar con información de tipos a partir solo de un nombre del que medio te acuerdas y la descripción de un trabajo que exagera una verdad incómoda. Como con aquel tal Marine, el biólogo de Woods Hole que resultó ser un ayudante de laboratorio. O ese dueño de un restaurante que era en realidad un traficante condenado.

—Buscar trapos sucios en esa caja de Pandora que es internet no suele tener recompensa, Stella, ya lo sabes. A menudo, y lo digo por experiencia, son cosas que deberían seguir siendo un secreto. Te concedo quince minutos, luego se acabó.

A los veinte minutos, se apartó de la pantalla.

—De sharkbooty@gmail.com no hay ni rastro y, en efecto, es probable que se lo inventase sobre la marcha para burlarse de Kronstadt. Lo más seguro es que con hawkbait@noseque.edu pase lo mismo, aunque podríamos intentar descifrar el garabato que precede al .edu. Seguro que los hermanos se cuidaron muy mucho de dejar alguna huella digital. Si no quieren que los encuentren, deben ocultar todo lo posible sus identidades en internet; desviar sus direcciones IP usando Tor o uno de esos sistemas; pagar en efectivo, jamás con tarjeta de crédito; destruir sus móviles cada dos por tres, cambiar de baterías, partir las tarjetas SIM y recurrir continuamente a teléfonos de prepago. Aun suponiendo que sepan todo eso, podrían cometer un error minúsculo, dejar abierta una rendija en la ventana por la que pase un poco de aire, y entonces la podremos abrir por completo. Para la mayor parte de la gente, su identidad en internet no se diferencia mucho de su identidad física real. Por regla general, al ciudadano de a pie no le importa que sepan que le gusta tal o cual restaurante, un vídeo chorra de YouTube, o una canción, o que apoya a un partido político concreto, lo que sea... Es un reflejo o una extensión de su yo. Si uno no quiere que lo encuentren, puede hacer dos cosas: cambiar su identidad, para que su sombra en internet sea la de alguien completamente distinto, y construir un doble fondo; o volver al siglo XIX y evitar el más mínimo contacto con la red. Es difícil, pero no imposible. Así que estoy intentando ver qué camino escogieron el Tiburón y

el Halcón para desvanecerse.

»Si bien es cierto que ambas direcciones hacen referencia a sus tatuajes, no son idiotas; los correos son completamente falsos, pero tenemos ese .edu. Muchos institutos y universidades tienen halcones como mascotas, pero he restringido la búsqueda teniendo en cuenta la edad de los hermanos y que son de raza blanca. Ha sido una corazonada. Los mentirosos consumados saben que la mayoría de las mentiras eficaces tienen un ápice de verdad, por incómoda que sea.

Con un gesto me invitó a mirar la pantalla mientras ella iba bajando poco a poco por la página de imágenes de Google, pero había miles.

—¿Te suena alguna de estas caras? No vamos a verlas todas, son demasiadas. Solo es una prueba.

Partiendo de las palabras «halcón», «mascota» y «deportes», Marnie fue restringiendo la búsqueda. Eliminó a los Atlanta Hawks, por ejemplo, y todo lo que no estuviera relacionado con una universidad.

—Lo oíste imprecisar cuando destapó la hamburguesa gigante, ¿verdad?

—Fueron pocas palabras, yo diría que en algún idioma escandinavo, con uno de esos acentos cantarines que suben al final de la palabra o la frase. Pero cantarín y potente, no en plan nana agradable.

—Pues vamos a restringir aún más la cosa. Me voy a tirar a la piscina y decir que eran hinchas de un equipo de fútbol, que no les interesan los deportes estadounidenses. Puede que llegasen hace relativamente poco y aún tengan un acento muy marcado. El béisbol les resulta soporífero. El baloncesto es demasiado rápido, como el fútbol yendo colocado.

Había un sinfín de universidades cuyos equipos de fútbol tenían un halcón por mascota: la Universidad de Quincy, Illinois; la Universidad de Chowan de Murfreesboro, Carolina del Norte; la Universidad McMurry de Albilene, Texas; la Universidad Shorter de Rome, Georgia, «donde se transforman las vidas a través de Jesucristo». Íbamos eliminándolas todas sobre la marcha, pero aquello era solo el principio, y seguimos buscando: la Lehigh, la New Paltz de SUNY, la Northeastern State... Todas tenían halcones.

Luego estaban los Iowa Hawkeyes.

—A estos podríamos saltárnoslos —sugirió Marnie—, por lo del nombre: «ojos de halcón». Estamos buscando *halconidad* pura y dura. Nada de inventos. No tengo toda la tarde. Yo digo que nos ventilemos los ojos.

—No. Podrían ser esos. Uno de los gemelos tenía halcones tatuados en los ojos. Vamos a ver las fotos recientes de los partidos del equipo masculino de fútbol de los Iowa Hawkeyes.

—Parece que solo tienen equipo femenino.

—A lo mejor deberíamos probar con fútbol americano. —Todo aquello era un auténtico disparate.

Medio segundo antes de que Marnie retrocediese a la página principal, entre las

fotos del equipo femenino de la Universidad de Iowa vi la imagen de un hombre con los ojos alargados, junto a una chica con la camiseta negra y amarilla de los Hawkeyes. La tenía agarrada por la cintura.

—Vuelve un segundo. Haz clic en esa imagen.

—¿Esta?

—Sí.

Según la foto, la chica se llamaba Juni Svalbard y era defensa. Del hombre no decía nada, pero cuando aumentamos la fotografía se vio claramente que los ojos alargados tenían un tamaño normal. Cuando la imagen estaba reducida daba esa impresión porque el tipo tenía los ojos tatuados.

—Vuelve a mirar el garabato —dijo Marnie. Saqué el cuaderno de Oscar. Las posibles U, I y W parecían olas diminutas, pero bien podrían decir «uiowa.edu». Era un buen hallazgo, pero la dirección de correo no dejaba de ser falsa.

Sin embargo, teníamos el nombre de la mujer, y de ahí pasamos a Facebook. Felizmente, la privacidad de su perfil brillaba por su ausencia, aunque al parecer hacía años que no publicaba nada. Cotilleamos entre sus fotos con amigos y ahí estaba el tipo, en una foto de grupo sacada en un bar de Iowa City, celebrando una victoria del equipo. Él, no hay ni que decirlo, no tenía Facebook, pero eso no había impedido que ella lo etiquetase, como hizo con todos sus amigos. Ahí estaba el nombre del tipo con halcones tatuados en los ojos: Per Dagbent.

—Algo me dice que no era un estudiante de intercambio —comenté.

—¿Ah, no? «Yo soy más cerebral» —respondió Marnie, usando las palabras del antiguo gobernador de California cuando se comparó con Sylvester Stallone.

No había ni rastro de Dagbent como estudiante de la Universidad de Iowa. Buscamos en Google a Juni Svalbard. Era una promesa del deporte, oriunda de Bay Ridge, en Brooklyn. Per y ella se casaron en la iglesia de San Olaf. Antes de que acabase su luna de miel, estaba muerta.

—No me sorprende que no haya publicado nada en los últimos años. Eso también explica todos los «Juni, te echamos de menos» del muro.

—¿Un matrimonio de conveniencia? —pregunté.

—Puede. Se ahogó en una zona recóndita de Jones Beach. —Marnie leyó el artículo del periódico digital—. Per estaba bañándose con ella; o intentó salvarla o la ahogó. Fue un caso polémico que no llegó a resolverse. Era buena nadadora, una estrella del deporte, pero no era más fuerte que Per, por lo que has descrito.

—¡Dios santo! Imagínate que estás bañándote con alguien en quien confías, del que estás enamorada, y te dice: «Vamos a meternos más». Y os metéis más, y más. Estás un poco nerviosa, solo un pelín, pero estás enamorada y eso es una especie de aventura. Te encanta que sea un hombre que corre riesgos, y lo sigues. Confías en él: también te quiere, y jamás haría nada que te pusiera en peligro. Entonces, cuando ambos os sumergís para echar un vistazo y ver lo profundo que está, empieza a retenerte. Al principio no te lo crees, te dices que a lo mejor está jugando, pero en

cuestión de segundos el pánico, con todos los cambios químicos que produce, invade todas las células de tu cuerpo. La garganta se te cierra de forma involuntaria para no tragar agua. Intentas zafarte del tipo, revolviéndote, pero nadie te oye gritar.

—Pasó un tiempo entre que Per llegó a la orilla y llamó al 112. La playa estaba desierta; era temporada baja, así que no había testigos. Afirmó estar en estado de *shock*, y no quedó claro si antes de llamar se acercó a un puesto de marisco junto a la carretera para tomar un tentempié. El camarero aseguraba que le sirvió, pero Per negó haber ido al puesto. Se rechazó la acusación. No lo deportaron, como sabemos.

—¿Algo más?

En ese momento llegó un mensaje de Demetrius: «Destruye tu teléfono. Usa solo móviles de prepago. La víctima es más baja que tú. Las contusiones del cuello no parecen hechas por un hombre con manos grandes».

Marnie volvió a deslizarse con la silla hasta la pantalla.

—La verdad es que no. El anuncio de la boda. Un par de artículos sobre el ahogamiento. Por lo demás, ni rastro de Per. Está desaparecido del mapa.

—Marnie, tengo que irme.

—También he buscado en Noruega, usando el traductor, para que lo sepas.

—Confío en ti, pero tengo que salir ahora mismo.

—La familia de Juni, como te comentaba, tiene una panadería en Bay Ridge.

—Mira, tengo que hacer una cosa, de verdad. Ahora mismo.

Marnie asintió, claramente distraída; también era obvio que creía que yo no valoraba todo lo que había hecho por mí, aunque se equivocaba de plano. Me recordó que cogiese una copia de las llaves, señalándome el juego que había en el taquillón, y luego empezó a leer la página web de un grupo de música que le había enviado una oferta para que diseñara su iluminación.

En cuanto salí a la calle, tiré el móvil al canal. Tenía números que no había guardado y fotos de mi familia, amigos y gatos, pero no me quedaba más remedio. Pasaría por varias tiendas de veinticuatro horas para comprar unos cuantos teléfonos de prepago: no quería adquirirlos todos en el mismo sitio; no quería que me recordasen.

La fábrica de cemento estaba prácticamente desierta, como de costumbre. Sus estructuras parecían sacadas de un grabado de Escher. Las escaleras metálicas que salían de los tanques ventilados subían hasta un conducto en espiral que daba a una serie de depósitos. Varias pilas de palés de madera sostenían una hilera de baños portátiles. Un tipo solitario que conducía uno de los camiones bajó de la cabina y me hizo un ademán con la cabeza; al menos eso me pareció a mí, aunque en realidad no me estaba mirando directamente. Era probable que ahí se fabricaran, en el pasado, los famosos zapatos de cemento. Quizá aún siguiesen haciéndolos. La fábrica estaba junto al corrosivo canal de Gowanus, y había varios cuerpos de agua muy cerca, con opciones para todos los gustos: el puerto de Nueva York, el río Hudson, la bahía de Wallabout y el propio Atlántico. La fábrica y su explanada siempre habían sido

espeluznantes; pasaban semanas en las que parecía abandonada, pero de cuando en cuando se veía un poco de actividad. Algunas hormigoneras estaban pintadas con puntitos de colores, como si un payaso gigante las hubiera cubierto con su disfraz colosal, pero el sitio no tenía ni pizca de gracia. Marnie creía que la fábrica daba seguridad al barrio, que la gente que iba y venía no quería buscarse problemas, así que la vigilaban a ella y a los otros vecinos de la manzana. Si alguien la acosaba o intentaba entrar a robar en su piso, como de hecho ya había sucedido, podría aparecer algún trabajador y salvarla. Dejé atrás la fábrica y subí por la calle en busca de una tienda de veinticuatro horas para comprar un par de móviles de prepago.

Acababa de salir de Mubarez Alomari, una tienda regentada por indios en Degraw Street, y me dirigía a otra de hispanos, cerca de los pisos de protección oficial de Hoyt Street, cuando vi al hombre. Era blanco, con barba; llevaba el pelo negro recogido en un moño, los bajos de los vaqueros remangados y unas Converse altas, como si acabase de salir de un anuncio de ropa de Brooklyn Industries. No era lo que cabía esperar de un perseguidor —o quizá ese era el estilo estándar del barrio hasta que cruzabas Hoyt Street, como acababa de hacer yo—. Cuando pensaba en un perseguidor, me imaginaba a alguien de tez morena con chándal, aunque más limpio que el del tipo que hurgaba en mi basura; alguien que pasaría del todo desapercibido en la línea G del metro, en la calle o en un ascensor. No a alguien así. Don Moño daba más miedo por la confianza que destilaba, por la forma en que revelaba sus preferencias estilísticas, pues necesitaba demostrar que era exactamente igual de profesional que cualquier antiguo policía, convicto, rastreador o fiador judicial, y no alguien con una pinta idiota y fingida, propia de las vallas publicitarias. Ahora estaba al fondo de la tienda que había frente a los pisos de protección oficial, hurgando entre los Doritos verdes con sabor a chili, quizá mirando la etiqueta con los porcentajes de sal y grasas trans. Se le daba bien lo que hacía; el tipo no era un aficionado: llevaba unas diez manzanas siguiéndome cuando me di cuenta de que estaba ahí. No había entrado en mis «dos menos diez». Las dos menos diez es la zona imaginaria del campo visual que va de las diez a las dos en un reloj; si de verdad eres bueno siguiendo a alguien, nunca invades las dos menos diez de tu presa. ¿Que cómo lo sabía? Por una historia que me contó Ashby sobre Anthony Blunt, historiador británico de arte que también fue espía de los soviéticos.

No corría más que él, pero a lo mejor encontraba algún escondite donde esperar a que se marchase. Apretando el paso, doblé una esquina y me colé por el hueco entre dos edificios, que apestaba por los contenedores de basura. No todos los edificios comparten pared: de cuando en cuando, hay algo más de medio metro entre ellos, pero hay que saber dónde están esos callejones y adónde llevan. Me agaché y gateé hasta un patio trasero que daba a un aparcamiento. En una de las esquinas se erigía una garita elevada, vacía pero iluminada, donde suele estar el vigilante del aparcamiento. La puerta estaba abierta, así que subí. El espacio, angosto como un armario, dificultaba el movimiento, pero parecía un lugar decente para esconderse.

Me senté en el suelo, diciéndome que ojalá tuviese el móvil o un iPod para escuchar algo de música. El último ocupante de la garita había dejado latas de cerveza y refresco vacías, y el suelo estaba repleto de tiques, envoltorios de la cadena de comida rápida Five Guys y folletos con publicidad y ofertas. El lugar olía a chicle Jolly Rancher con sabor a manzana verde. Si don Moño no me había visto subir —y creía que no—, podía esperar hasta que se largase. Pero me equivocaba. Y también me equivocaba al pensar que era menos intimidante que el hombre de ojos tatuados.

Se quedó unos minutos en la puerta, de brazos cruzados, y luego se llevó la mano al bolsillo de atrás y sacó una navaja, que abrió con un gesto rápido y discreto. Quien se imagine una navaja como el arma de los musicales de los años cincuenta ambientados en el West Side de Manhattan vive en los mundos de Yupi. Ese gesto, ese clic, ese nada por aquí, nada por allá y... ¡tachán!, es definitivo. En una garita de aparcamiento de dos metros cuadrados no hay donde esconderse, es imposible bajar de un salto. No hay absolutamente ninguna salida.

Al abalanzarse sobre mí, el pincho metálico del moño se le cayó, y yo lo cogí a toda prisa. No tenía nada que hacer contra la navaja, pero apunté a los ojos, tapados un instante por el pelo. La gente que se suelta el pelo, aunque sea sin querer, tiene un punto sexi, pero acercarse a ese tipo solo me llevaría al otro barrio. Noté un pinchazo, y el calor de mi sangre manchando la camisa. Era una advertencia. El próximo corte sería más profundo, y el siguiente aún más, hasta que ya no quedase nada más que cortar.

—¡Pero qué coño! ¿Quién cojones sois?

Una mujerona de pelo rosa, con una camiseta de Nine Inch Nails, abrió la puerta de golpe.

—¡Salid cagando hostias de mi aparcamiento!

Habría estado fumando *crack*, o consumiendo éxtasis o algo, porque no dejaba de gritar que era su turno, que qué coño pasaba. Si tamaños berridos se hubiesen oído en la avenida Grand Concourse, los paseantes de una punta, alarmados, habrían acudido hasta la otra, a seis kilómetros y medio en el corazón del Bronx. Sin embargo, en esa manzana de Brooklyn, ni una sola persona que oyó aquello movió un dedo. La mujer se centró en mí y me acorraló en un rincón de la garita, pero fui eludiéndola hasta llegar a la puerta.

Mientras bajaba por las escaleras metálicas, con el pincho aún en la mano —era como los que se usan en los *kebabs*—, me preguntaba por qué la había tomado conmigo, si no era yo quien llevaba la navaja. Cuando llegué al suelo, miré en derredor: don Moño se había esfumado. La calle también estaba completamente vacía. Eso respondió a mi pregunta.

Volví a casa de Marnie y comprobé que ya había salido. Dejó una nota en la que me explicaba que no había encontrado nada que vinculase a los Dagbent con el tráfico de drogas, y que cogiera algo de ropa si la necesitaba. Me di una ducha, y me puse unos vaqueros y una camiseta negra de los Ramones a la que Marnie no le

tendría mucho apego. Le escribí a Demetrius con uno de los móviles de prepago. Me respondió al instante, como si estuviese esperando a que me pusiera en contacto con él: «El cuerpo pescado en el arsenal naval de Brooklyn tenía gran cantidad de blanco de plomo en la sangre y restos bajo las uñas. Motivo de la muerte: estrangulamiento. Nombre: Sandro Moonelli. ¿Te dice algo?».

A quien había que preguntarle por Sandro Moonelli era a Ashby, no a mí.

Algunos metales presentes en la tinta de los tatuajes son nanopartículas tan pequeñas que las toxinas pueden pasar fácilmente de la dermis —donde se inyectan para formar *kanjis*, anclas, corazones, halcones, tiburones o lo que sea— a los órganos principales, donde se alojan, más contentos que unas pascuas, para llevar a cabo su misión definitiva: provocar cánceres, por ejemplo, o causar estragos de una u otra forma. Había leído que la tinta de los tatuajes tiene tal cantidad de metales pesados que, cuando la gente tatuada se hace una resonancia, el magnetismo tira de la piel, que se queda roja y duele lo que no está escrito. Por lo poco que se sabía hasta el momento, el plomo hallado en el cuerpo de Sandro podría venir de su serpiente.

«No. Quedamos en el Jacky's Fifth mañana a las diez de la noche. Antes tengo que hacer varias cosas».

## Capítulo 8

¿Quién compraba blanco de plomo? El número de clientes y usuarios sería reducido. ¿Qué cantidad y en cuánto tiempo se moría por exposición al producto? Seguro que Oscar sabía responderme a esas preguntas.

El horario de Kronstadt's era flexible, dependiendo de la salud y la energía de Oscar y de la disponibilidad de su nieto para echarle una mano. Al nieto no le interesaba seguir con el negocio, así que la tienda tenía los días contados, y ya podía imaginarme al arrendador frotándose las manos con una enorme sonrisa, expectante ante la amplia gama de empresas boyantes a las que quintuplicaría el alquiler: una galería, un restaurante vasco, una filial de una tienda de ropa pija londinense o un Starbucks. Aunque el local era pequeño, había espacio para crecer hacia arriba.

Eran las ocho de la tarde, y no me sorprendió que la puerta se abriese cuando la empujé, aunque la luz fuera tenue. Un olor metálico impregnaba el ambiente, pero eso no era insólito. La tienda estaba vacía. Esperé junto al mostrador del fondo, mirando los anaqueles repletos de artículos de todos los colores: frascos con etiquetas de tierra de Siena, carmín de alizarina, tierra de sombra tostada o gutagamba. Por una escalera de caracol se subía a la oficina del entresuelo. Lo que no sabía era dónde molía Oscar sus pigmentos. Además de los que encargaba de todos los rincones del mundo, Oscar tenía fórmulas únicas e insustituibles que, de no transmitírselas a su nieto, se llevaría a la tumba. Esas no llevaban etiqueta. Arriba, en la caja fuerte, guardaba los pigmentos más curiosos y excepcionales —o al menos ese era el rumor que corría entre los artistas—. Toqué la campanilla del mostrador y esperé otros diez minutos. Había una foto de Oscar con barba blanca, de su época de Gandalf, sonriendo junto a una mujer con los pantalones manchados de pintura —la difunta Carmela Kronstadt, su esposa—. Desde que lo conocía, Oscar siempre iba bien afeitado. En otras fotos más recientes, aparecía con el alcalde, con Leonard Nimoy, con Patti Smith o con artistas varios, cuyas caras unas veces reconocía, y otras no.

La tienda me puso nostálgica, aunque no sabía muy bien por qué. Me acordé de una clase de Teoría del Color en la que leímos que Goethe creía que cada color produce una impresión nítida en la mente y el recuerdo, así como en la vista; que «el color podría usarse con fines morales y estéticos». Había trabajado con suficientes cuadros, antiguos y nuevos, como para cerciorarme, pero ¿qué pasaba con los colores de los extremos ultravioleta e infrarrojo del espectro, que los seres humanos no podemos ver? Intentar imaginar esos colores es imposible, es una fórmula hacia la locura; como esos matemáticos que, según se cuenta, se volvían locos intentando formular la naturaleza del infinito. Algunos animales, como las arañas, abejas o galeras, perciben colores que nosotros no podemos ver. La galera, o mantis marina, tiene pinzas como martillos —golpea a la velocidad de una bala de calibre veintidós y

aturde a sus presas con una fuerza equivalente a noventa kilos— y doce receptores de color, mientras que los humanos tenemos solo tres.

Todas esas reflexiones al azar pasaban flotando como motas de polvo cuando empecé a oler a café quemándose. Era un olor tenue, no del todo ácido, que impregnó poco a poco el aire. Oscar se mueve a un ritmo pausado; a lo mejor había salido un momento y se le olvidó cerrar la puerta; o quizá estaba en el baño de arriba.

Una hoja planeó lentamente desde el balcón del entresuelo y aterrizó a unos centímetros de mis pies. Era la factura de un cargamento de pintura llegado de Ámsterdam en febrero de 2005.

Al instante me colé por debajo del mostrador y subí corriendo por las escaleras.

Parecía que había estallado una bomba.

Dos escritorios, ambos volcados. Papeles y pintura por doquier. Las paredes y el suelo salpicados de pigmentos en polvo, pero ni una huella. O el intruso había llegado flotando o era un dron. Se oyó un gemido suave detrás de uno de los escritorios.

El cuerpo de Oscar y la bata que siempre llevaba en el trabajo estaban completamente limpios, ajenos al caos que reinaba en su oficina. Sin embargo, la cara era otra cosa. Tenía la boca pintada de verde amarillento y blanco radiante, como el Joker. Blanco de plomo y verde de Scheele. Lo supe con solo mirarlo. Le habían pegado los párpados con Super Glue, pero aún respiraba.

—Oscar, soy Stella da Silva. Aguanta, voy a llamar a la ambulancia.

Me había dejado el teléfono abajo.

El envenenamiento agudo por plomo provoca un estado de *shock*, la desintegración de los glóbulos rojos y un sabor metálico, intenso y astringente. Para más inri, Oscar llevaba muchos años expuesto al plomo, aunque supuse que habría tomado medidas. Ya se ingiera o se absorba, uno de los síntomas de los intoxicados por plomo es que empiezan a tomar decisiones irracionales. Un trago de pintura ya era de por sí una dosis enorme. El arsénico del verde de Scheele era el golpe de gracia, la guinda de un pastel letal.

—Stella, dame agua, por favor.

El dispensador de agua estaba tumbado; la antigua cafetera de marca Mr. Coffee seguía encendida, y en el fondo se veía el plástico chisporroteante. Llevaba un botellín de agua en el bolso, que había dejado abajo, encima del mostrador. Bajé a toda prisa, llamé al 112 y, además del bolso, cogí unas cuantas fotografías de la pared. Fue cuestión de segundos. Era fundamental que Oscar no se desmayase, que siguiera hablando; como cuando alguien tiene una sobredosis y corre el riesgo de dar una cabezada definitiva, había que mantenerlo despierto y espabilado. El plomo no tardaría en provocarle convulsiones y, poco después, la muerte.

Cuando volví arriba y vi a Oscar con los ojos cerrados, pensé que debía de ser dolorosísimo para un hombre cuya vida se había basado en la vista. Me mentí: cuando lleguen los de emergencias la situación podrá solucionarse, podrá darse marcha atrás, hay antídotos para todos los venenos y disolventes inocuos para todos

los adhesivos. A pesar de mis oxidadas nociones de química, la parte lógica de mi cerebro me decía: «Está claro que no tienes razón». Sin embargo, la parte de mí que quería a Oscar y lo respetaba negaba a creerse que moriría así, o que podía haber sido yo quien condujo a los asesinos hasta él. Necesitaba pensar que había esperanza, que para cada compuesto químico de destrucción masiva había un equipo de Navy Seals, un neutralizador. Le eché agua en la boca para que escupiese la pintura.

—Oscar, ¿has visto a quien te ha hecho esto?

—Llevaban la cara tapada con máscaras de punto... —Su voz se iba apagando. Estaba luchando contra los efectos de la pintura. Le di más agua. Tenía que seguir consciente.

—Tengo aquí unas fotos. Quiero que no dejes de hablar, para que no te duermas, así que coméntamelas un poco. Aquí está tu padre con Diego Rivera. Aquí hay una de Carmela. Háblame de estas fotos.

—No quiero recordar. Dáselas a mi nieto.

—Vale. —Los recuerdos eran dolorosos, debería haber caído—. ¿Qué me dices de Leonard Nimoy? ¿Te acuerdas de cuando lo conociste? ¿Qué me cuentas de Spock?

—¿El médico que escribía libros sobre niños?

—No. El de *Star Trek*.

—Era buena gente. Llevaba una camisa blanca con botones y me regaló una copia de goma de sus orejas puntiagudas. Pegué una a cada lado de la caja registradora, pero me las robaron.

—Tienes una foto con el alcalde Ed Koch. ¿Qué opinión te merece? Siempre has votado a los demócratas, ¿eh?

—Stella, tampoco quiero hablar de eso.

Cada vez le costaba más no perder la conciencia. Empezó a salirle espuma por las comisuras de los labios. Pronto empezarían las convulsiones.

—Tengo fotos de ti con Joan Mitchell, Basquiat, Yves Klein. Supongo que vino de visita desde Francia, ¿no?

—Stella, escucha. Cuando esos hombres han estado aquí han reconocido una de las fotos. Han dicho: «Ahí está Birdwell».

—¿Quién es Birdwell?

—Trabajaba en la IRS, o en la SEC, en algún sitio al que se refería con las siglas. Llevaba un traje informal. Azul celeste.

Oscar tuvo una convulsión, pero se controló rápidamente. Tenía una resistencia con la que yo no había contado.

—Vieron la foto y dijeron: «Ahí está Birdwell».

—¿Quién lo dijo?

Otra convulsión, esta vez más violenta. Aunque los médicos llegasen en ese instante, ambos sabíamos que ya era demasiado tarde. Napoleón, a sus cincuenta y dos años, no pudo sobrevivir a una exposición continuada a la pintura tóxica. Oscar,

varias décadas mayor, no iba a sobrevivir a una dosis potencialmente letal.

—Culpa mía. Ha sido culpa mía.

—No, Oscar, no. No es tu culpa.

—Les di la pintura.

—Te pusieron una pistola en la cabeza. Te obligaron a abrir la caja fuerte. — Estaba nerviosa; no lo sabía a ciencia cierta, pero quería decirle algo tranquilizador, algo que sin duda sería verdad, pues la caja fuerte, en una de las paredes, estaba claramente abierta, que no forzada. El lapislázu, el pigmento más valioso, seguía ahí, brillando azulísimo dentro de su frasco.

—No. Sin pistolas. Me hicieron una oferta que no pude rechazar.

—Te ofrecieron dinero, lo necesitabas: nadie puede culparte por eso.

Sus párpados se hincharon por las lágrimas atrapadas. La sirena de una ambulancia empezó a resonar a lo lejos, atrapada en el tráfico de las calles estrechas. En la pared había un reloj eléctrico que tendría los mismos años que Oscar, y que se había detenido a las seis en punto, hora en que la Reina de Corazones le dice al Sombrero Loco que está matando el tiempo. Lo habrían desconectado durante el registro.

—La vida de mi nieto, lo matarían si no les daba lo que venían buscando. He sido un idiota, podría haberlos engañado tranquilamente, podría haberles dado cualquier cosa.

—No podías jugar con su vida. Se habrían dado cuenta de que usabas otros colores.

—No, Stella, no se habrían enterado. El Tiburón y el Halcón son daltónicos.

Los Dagbent. Los había reconocido por la voz.

«Daltónicos» fue la última palabra de Oscar Kronstadt.

En los minutos previos a la llegada de la ambulancia rebusqué entre los restos de su oficina, revisando papeles y fotografías que quizá habían estado pegadas a la pared, pero no encontré ninguna foto de un hombre con traje azul celeste.

## Capítulo 9

Garfield apareció en cuanto la ambulancia se sumió en el tráfico, alejándose de Eldridge Street, y no perdió ni un segundo para empezar a interrogarme.

—Ya sabe que va a la morgue, no al hospital. —Garfield iba de paisano, pero sin duda estaba de servicio.

—Deberían buscar a dos gemelos con la cabeza afeitada; llevan uno o varios frascos de un pigmento verde brillante, con la etiqueta de Kronstadt's.

—Seguro que van de camino a la Ciudad Esmeralda para reunirse con su jefe.

—Como Oscar se negó a venderles lo que querían, volvieron para robarlo.

—¿Y por qué no se limitaron a robarlo por la fuerza la primera vez? ¿Por qué volver y matar a la gallina de los huevos de oro? Suba al coche, Stella. Tenemos que preguntarle varias cosas. Monte atrás.

No estaba segura de a quién se refería con ese «tenemos». Iba solo. También pensé que quizá había llegado la hora de pedir un abogado. Su coche se parecía al que llevaba Demetrius para ir al arsenal naval. Era impersonal, pero el interior olía a limonada y gasolina.

—Hábleme de Sandro Moonelli.

—No lo conocía.

—Es el fiambre vestido como el Pequeño Lord que salió de su estudio para darse un chapuzón en el río Este.

—No sé nada de él. Lo que digo es que no lo conocía en persona, y nunca lo vi estando vivo.

—¿Ah, no? —Garfield puso cara de falsa sorpresa—. Pues deje que le refresque la memoria. Sandro Moonelli nació en el Upper West Side y se llamaba Sandra Moonelli. Estudió Performance y Pintura en la Universidad Oberlin, y cuando volvió a Nueva York sus padres le compraron un piso en Williamsburg. Estaba en pleno proceso de cambio de sexo, de mujer a hombre. Durante su transición, Sandro fue bastante promiscua y abarcaba todo el abanico de género. A juzgar por lo que hemos encontrado solo en su ordenador, la lista de parejas es larguísima, pero se sentía un hombre gay atrapado en un cuerpo de mujer. Lo que no sé decirte es por qué la pobre no se limitó a dejar todas las opciones abiertas.

—Me parece de mal gusto que siga usando el femenino.

—¿Es que hay alguna diferencia?

—Es una cuestión de respeto por el fallecido, agente Garfield. —Me miró como si no supiese distinguir un cangrejo de un pastel de cangrejo—. Quizá Sandro se vio con Ashby en su despacho.

Esa era la primera vez que hacía alusión a las citas de medianoche de Jack Ashby, y me sentí culpable. A mi parecer, la vida privada de Ashby era cosa suya, siempre y

cuando no hubiese muertos de por medio. No me gustaba la idea de señalar con un dedo amonestador los gustos de cada uno, y ni siquiera cuando Per Dagbent me estaba buscando en la hamburguesa de Oldenburg pensé: «Joder, Jack, te has pasado de la raya, ahora te las apañas tú». Sin embargo, Garfield estaba a un pelo de arrestarme y acusarme de asesinato, y no podía evitar imaginarme a Ashby contando su versión de la noche, martini en mano, en el jardín de su azotea, y a todo el mundo riéndose. No sabía qué relación podía tener con los tipos de ojos tatuados o el robo del cuadro, pero se veía con hombres por las noches y solían disfrazarse y hacer cosas estrambóticas con las obras de arte. Entre esas cosas estrambóticas podía estar un encuentro sexual que acabara torciéndose, y yo no iba a ser el chivo expiatorio de Ashby.

—Eso ya lo sabemos. Sandro había quedado con Ashby, pero él sostiene que canceló la cita y se fue del trabajo antes de que Sandro llegase, así que es imposible que se vieran.

—Pues creo que sí que se vieron. Los oí.

—No hay grabaciones en las que se le vea volver a entrar en Claiborne's, aunque los ladrones desactivaron las cámaras de seguridad, así que no habría vídeo en cualquier caso.

—Creo que estuvo en el edificio, y que se vieron.

—Bueno, ahí está la gracia. Reconozco que no me chiflan los tipos como sus jefes. Soy más bien estrecho de miras para los hombres promiscuos, así que cuando Moonelli apareció en el arsenal naval, y no era ni carne ni pescado, volví para hacerle al señor Ashby un interrogatorio intensivo, y creo que fue sincero, que no se mostró ambigüo, si se me permite el juego de palabras.

—Pero Moonelli estaba en el edificio.

—¿Y? Murió estrangulada, y usted es más alta que ella. Era una canija sin masa muscular. Por eso, esto de los cambios de sexo me parece desperdiciar los impuestos de los contribuyentes.

—Los contribuyentes no pagan los cambios de sexo, agente.

—Ya lo sé; era un decir. Para explicarme.

—Mire, Garfield, he descubierto el nombre del tipo que me persiguió: Per Dagbent. Tiene un hermano gemelo.

No apuntó ni una palabra.

—El blanco de plomo hallado en el cuerpo de Sandro tiene la misma firma química que el de su estudio. Kronstadt solo lo preparaba por encargo, para un par de personas al año, y nos consta que usted es una de ellas.

—Trabajo con cuadros con siglos de antigüedad. Se pintaron mucho antes de que el blanco de plomo se considerase venenoso y, a menudo, necesito el mismo material para trabajar en ellos. Hay que manipularlo con cuidado, pero es un pigmento de una cremosidad y una luminosidad únicas, que el titanio no puede igualar. Por motivos de precisión histórica, a veces tengo que usarlo.

—Creía que usted conservaba, que no restauraba ni añadía. Pensaba que esa diferencia era clave para los de su gremio.

—Hay veces en que se necesita pintura. —No quería entrar en los detalles más minuciosos de mi trabajo; quería salir ya del coche.

—Moonelli no murió por envenenamiento por blanco de plomo, aunque con el tiempo quizá habría acabado matándola de todos modos. Solo digo que tenemos una sustancia que casi nadie usa, y que me resulta interesante que la encontremos tanto en el cuerpo de la asesinada como en su estudio. A Moonelli la estranguló una persona con manos fuertes y pequeñas, como las de alguien que hace un trabajo difícil y meticuloso, que exige ejercer mucha presión sobre una superficie a diario.

—¿Como un dentista?

—Ningún dentista tenía el código de seguridad de su estudio. De hecho, Ashby me dijo que lo cambiaron un día antes de que *Las meninas* llegase de España. Solo Fieldston, Ashby y usted sabían el número. Solo usted estaba en su estudio esa noche.

—Oiga, agente, ¿a santo de qué iba a matar a Moonelli? No lo conocía absolutamente de nada.

—El vigilante de seguridad dejó entrar a Moonelli en Claiborne's antes de fichar y marcharse. Ashby supuso que aún no estaba en el edificio. No sabía que Moonelli había llegado temprano a su... cita. —Le costó pronunciar la última palabra, con una mueca de asco—. Una vez dentro, el angelito decidió echar un vistazo, y se metió donde no debía.

—¿Y quién me ayudó? *Las meninas* mide tres metros dieciocho de largo y dos setenta y seis de ancho. ¿Cómo me lo llevé?

—No estoy diciendo que se lo llevara, ni que, si lo hizo, no tuviese ayuda: existen unas cosas que se llaman plataformas móviles. El montacargas da a la zona de descarga de las mercancías, a espaldas del edificio. Sus jefes sabrán por qué, pero el caso es que no se necesita una tarjeta magnética para entrar y salir por ahí. El montacargas es un modelo antiguo, industrial, de los que solían verse en el centro cuando los productos se fabricaban en la propia ciudad.

Ese ascensor llevaba ya tiempo a la espera de que lo sustituyesen por uno más seguro. Ashby se había quejado más de una vez, pero Fieldston, cuyo nulo concepto del peligro reflejaba su vida ultraprotegida, le tenía un apego romántico al viejo montacargas y no quería cambiarlo. Era como una caja flotante inmensa; a veces las paredes grises y abolladas se cubrían con sábanas, y había que abrir y cerrar manualmente la puerta de celosía metálica, la última de su especie.

—En su antiguo puesto de trabajo se produjo un robo importante, ¿verdad? Alguien usó el ascensor reservado para el personal, aunque pudo ser cualquiera, claro. Luego entró en su laboratorio, que se había quedado abierto, y se largó con un dibujo de Picasso.

—Lo pillaron al día siguiente con el dibujo, de camino a su coche, en el aparcamiento de un aeropuerto. Aquello no tuvo nada que ver conmigo. —Me giré y

miré a Garfield, que me respondió con una de esas miradas estilo «me pagan por hacer esto».

—Sin duda el ladrón conocía bien el museo y sabía dónde estaba el dibujo. Que usted se dejase la puerta abierta fue una ayuda considerable.

—En ese laboratorio trabajaban un montón de personas. Siempre había gente yendo y viniendo. En pleno día, la puerta rara vez estaba cerrada.

—Según el museo, en la sección de conservación solo trabajaban tres personas. Una estaba de baja por enfermedad. Otra había salido para una reunión de asesoría en la otra punta de la ciudad. Así que vuelve a quedar solo usted. Por curiosísimo que parezca, poco después del suceso la contrataron en Claiborne's. Ahí se acabó el trabajar en museos, ¿no? ¿Fue el Picasso un ensayo, un ejercicio para el Velázquez?

—¿Es usted familia del actor John Garfield?

—Es la primera vez en mi vida que oigo ese nombre.

—Pero tienen el mismo apellido.

—Como un montón de gente.

—Sin embargo, tienen varias cosas más en común. Al igual que usted, él nació en Nueva York, aunque en el Lower East Side, no en Brooklyn. Se negó a dar nombres al Comité de Actividades Antiestadounidenses. Así que no, no son iguales. A ese Garfield lo pusieron en una lista negra y murió al poco tiempo porque nadie le daba trabajo. Por curiosísimo que parezca, como usted dice, varios de sus amigos, también en la lista negra, murieron más o menos en aquella época: Mady Christians, J. Edward Bromberg o Canada Lee, por ejemplo.

—Eso no quiere decir que yo sea comunista. Ya no quedan rojos.

—Pero ¿lo ha sido alguna vez?

—Váyase a la mierda.

—Encantada.

—No tenga tanta prisa. ¿Cuánto tiempo pasó entre que salió de su estudio la otra noche y se detuvo en las escaleras antes de volver?

—Entre quince y veinte minutos. Se lo dije esa misma noche.

—Ah, otra cosa. ¿Le suena de algo el nombre de Jeannette Bender? Tengo entendido que pesaba noventa kilos y era difícil no verla.

—No la asesiné ni a ella ni a Sandro Moonelli.

—Bueno, es una posibilidad, pero quizá le interese echar un vistazo a la lista de abogados penalistas. Me han dicho que las páginas amarillas aún son una fuente fiable.

—No acabo de entenderle. Explíquese.

—Parece que van apareciendo cuerpos allá donde va. Está usted dentro de la cadena de gente que conoce a gente. Primero Claiborne's; ahora Kronstadt's. Sus huellas, y hablo en sentido metafórico, están por doquier. En los robos de obras de arte se suele seguir una cadena, donde alguien conoce a alguien que conoce a alguien, hasta llegar al origen. Tendrá usted que demostrar que, en el espectro, por así decirlo,

está más cerca del extremo de los investigadores que de quienes se han hecho con el Velázquez, por no hablar de las muertes de Sandro Moonelli y Oscar Kronstadt.

—Eso es un disparate. Si los hubiera matado, ¿por qué iba a llamar al 112?

—Para no parecer la asesina. Es una suposición. Se lo digo para que lo sepa. Los lingüistas forenses y los analistas del discurso siempre estudian las llamadas al 112 en busca de indicadores de preocupación. ¿Se acuerda del caso de JonBenét Ramsey? Un gran jurado votó a favor de acusar a sus padres del asesinato, pero el fiscal del distrito se negó a firmar el auto de acusación. —Inspiró hondo—. Yo se lo digo por su propio bien. Para más inri, su padre está en el negocio de la chatarra, y aunque estuviese limpio, y eso ya es mucho suponer, conoce a gente del mundillo, algunos condenados por tráfico de piezas de coches robados, extorsión, asociación ilícita, hurto mayor, incendio doloso... Está dentro de la cadena de gente que conoce a gente. —Garfield empezó a tararear «People Who Love People» como si fuese Barbra Streisand.

Ya no se trataba solo de mí. Me lo estaba dejando claro.

## Capítulo 10

Al día siguiente me reuní con Calvin, que accedió a quedar conmigo en un bar cerca del teleférico de la isla Roosevelt, en el East Side, a un paseo de Claiborne's. El bar ocupaba un espacio marginal en una zona de la ciudad que, por lo demás, era opulenta. Allí cerca, la Asociación Estadounidense Contra el Maltrato Animal tenía una clínica a la que Ashby llevó una vez a su Jack Russell terrier para una urgencia, pues su veterinario de cabecera estaba de vacaciones. Cuando se enteró de que las prostitutas que trabajaban en esas manzanas llevaban allí a sus mascotas, empezó a llamar a ese sitio el veterinario de las rameras. El bar que estaba al lado llevaba abierto desde que encontraran a Nelson Rockefeller muerto en brazos de Megan Marshack, pero estaba prevista su demolición para sustituirlo por el enésimo rascacielos de lujo. Calvin ya se había bebido casi todo su vaso cuando llegué. En su rostro se leía preocupación, y dudo que fuese porque la Comisión para la Preservación de Monumentos Históricos de Nueva York no había logrado salvar los refugios para animales y los viejos tugurios.

—La empresa tiene los días contados si toda esa mierda sobre obras robadas y el cadáver extravagante sale a la luz —dijo, refiriéndose a la casa de subastas y pegándole otro sorbo a su *whisky* Canadian Club. Estaba taciturno, pero, en cierto sentido, era un alivio que parte de ese jueguecito repugnante se conociese—. Estoy a punto de jubilarme y tendré que buscar otro trabajo. Si es que tú también... anda que encontrar un cadáver...

Brindamos. Lo decía en broma, o casi.

—Sabía que no deberíamos haber pasado por el aro de ese pájaro de Jack con sus jueguecitos —continuó Calvin—, independientemente de lo que dijese, de lo que pagara. —Golpeó la mesa con el índice, recalcando el punto clave.

—¿Te pagaba para que lo pillases?

—Me pasaba algo de efectivo de cuando en cuando, sí.

—A mí, ni un centavo.

—Eso es porque tú estás más arriba. Formas parte del negocio. —La palabra «negocio», en boca de Calvin, sonaba versátil y elástica. Podía entender que pensara eso, aunque yo no me sentía así, ni muchísimo menos.

—Si no hubiera salido de mi estudio, estaría muerta. Habrían entrado y me habrían enterrado bajo una montaña de terciopelo.

—Eso también es verdad.

—Calvin, necesito entrar en Claiborne's cuanto antes. Esta noche, dentro de unas horas, en cuanto Ashby se marche a casa.

—No te puedo colar, cariño. Es verdad que Jack se habrá dejado de jueguecitos nocturnos, pero si te pillan me echarán en menos que canta un gallo, si es que aún

tengo esperanza de quedarme. Descubrirán que fui yo quien te coló. Mi trabajo no es lo único que está en juego.

—A mí no me abrirían la puerta principal ni aunque hubiese un terremoto, un tsunami y un dientes de sable pisándome los talones, y no existe una puerta trasera como tal. Calvin, eres mi única esperanza.

Negó con la cabeza.

—¿Qué necesitas, para tener que volver? Si te dejaste algo, yo puedo recogerlo por ti.

—Tengo que encontrar una cosa en el despacho de Jack.

—Estás loca, Stella. Sea lo que sea, olvídate.

—No puedo. No pienso ser el chivo expiatorio de Jack. —Ni siquiera eso persuadió a Calvin; dudo que me creyese—. ¿Han arreglado las cámaras de seguridad, funcionan ya?

—Pues claro.

—¿Y qué pasaría si hubiese una emergencia con las tuberías? Tira algo por un retrete, que se atranque por completo y se inunde todo. En el baño no hay cámaras, ¿no?

—Nunca se sabe, ¿no?

—Calvin, lo digo en serio. Llámame y llego con un mono con el nombre de la empresa en la espalda, para que la cámara lo grabe. Me pondré una gorra. Así me puedes dejar entrar, pero no se verá que soy yo; lo único que verá la cámara es a un fontanero.

Se acabó el *whisky* y accedió a regañadientes. Ya solo necesitaba un mono y una caja de herramientas, y estaría metida en el negocio.

Habían pasado solo unos días desde que oyese los gritos desde el otro piso, y el despacho de Ashby no parecía muy cambiado. Detrás de su escritorio había colgados recortes de Matisse. Tras ponerme unos guantes de látex blancos, encendí su ordenador e hice clic en el icono de Caravaggio. Como la otra vez, apareció una lista de archivos sin título, pero con fecha y hora.

Ashby no era un coleccionista compulsivo, y tampoco toleraba el desorden, pero en el fondo era un sentimental y, por deformación profesional como comisario de arte, también un archivista. Ese era, en cierto sentido, el motivo de su existencia, su *raison d'être*, como dijo una vez, provocando que Fieldston se retorciese, visiblemente abochornado, al oírlo trufar su discurso con expresiones sofisticadas. Guardaba los programas de las obras de teatro que había visto hace años, sellos conmemorativos de los primeros programas de televisión, recetas sacadas de revistas o periódicos amarillentos, cajas de cerillas con diseños bonitos y resguardos de tiques que usaba a modo de marcapáginas. (En una ocasión, la mitad de una entrada de *Lawrence de Arabia* en el Ziegfeld Theatre se le cayó de una monografía de

Nevelson: ese fue el primer indicio que vi del lado sentimental de Jack Ashby). Guardaba muchas cosas que le recordaban a algún sitio o a alguien. A medida que se hizo mayor, se volvió más nostálgico, así que se iba quedando las cosas, al menos por un tiempo. «Piensa —me dijo en una ocasión— en el potencial infinito de los dispositivos electrónicos, ideales para guardar fotos, pistas de música, conversaciones ingeniosas, y sin ocupar prácticamente espacio». Lo que está claro es que todo el mundo comete errores.

El archivo más reciente de la carpeta de Caravaggio era de hacía tres días. Lo abrí. Si yo fuese Ashby, habría borrado ese vídeo de inmediato, pero a él le excitaba saber que había personas mirando, o que, si quisiesen, podrían mirar en el futuro. Vi a Moonelli de pie, justo donde yo estaba ahora sentada.

—Mira, me he puesto la ropa, como me has pedido. Ahora quiero ver ese cuadro famoso del piso de arriba. —La persona que hablaba, Moonelli, era un hombre bajo vestido como uno de los personajes de *Las meninas*. Se parecía a Sal Mineo.

—Ahora no puede ser. La conservadora está ahí, trabaja por las noches.

—Esto no era exactamente lo que esperabas, ¿no? Vale, pillo la indirecta. Si quieres me voy. Solo te pido que antes me dejes ver el Velázquez. —Moonelli se acercó a Ashby, que reculó—. Jack, no me parece que sea mucho pedir, la verdad.

—Te pagaré. Está claro que esto no va a funcionar. —En el rostro de Ashby se veía el asco que le provocaba Moonelli, por el que sentí pena, aunque no creo que Sandro se lo tomase como algo personal. Moonelli miró el fajo delgado de billetes que Ashby le entregó, resoplando.

—Estoy acostumbrado a mucho más, cariño. No te puedes hacer una idea.

—Este es el precio que pactamos. Aquí tienes el dinero. Me voy, y tú también tienes que irte.

Luego la imagen se cortaba, y la pantalla se quedaba en negro, pero seguían oyéndose las voces. Ashby debió de apagar la *webcam*, pero el sonido siguió grabándose. Se oía abrirse la puerta del despacho, y luego ruido de pasos. No pude ver si Ashby se había marchado. Aunque dudo que dejase a Sandro a solas en su despacho, era imposible cerciorarse. Luego Moonelli emitía unos sonidos ahogados que bien podrían ser «Per» y «Ove», pero ¿de verdad sabía sus nombres? Más gritos. Pocos minutos después, dejé la puerta de mi estudio abierta y empecé a bajar por las escaleras A. Ashby y los Dagbent, suponiendo que no se hubiesen encontrado, habrían usado las escaleras B y el ascensor, respectivamente. ¿O se encontraron? La grabación no lo aclaraba. Tras estrangularlo, llevaron el cuerpo de Moonelli a mi estudio, al que volví unos minutos después, tras decidir no entrar en el despacho de Ashby.

No podía subir demasiado el volumen, pero escuché la grabación varias veces. Era imposible saber con certeza si Sandro pronunciaba los nombres de los Dagbent o no, pero Ashby había estado ahí claramente. Aunque no asesinara a Moonelli, mintió a la policía. Si le enviaba el archivo a Garfield, yo quedaría libre de sospecha, pero lo

implicaría a él.

Abrí mi correo y adjunté el archivo a un borrador que tenía pensado enviar a Demetrius y a mí misma. Era pan comido. Luego iría al historial y borraría todo rastro de mi presencia en ese escritorio. A menos que uno trabajase para la Agencia de Seguridad Nacional y tuviera sus recursos, sería imposible que llegara a saberse que yo había estado ahí.

Hasta que algo cayó con muchísima fuerza sobre mi mano derecha: un Niño Jesús renacentista. La figura estaba en la mano de un hombre cuya cabeza parecía una bombilla encastrada en una camisa. El impacto de la talla de madera sobre mis dedos me hizo enviar el correo.

## Capítulo 11

Iluminado únicamente por la luz de la pantalla del ordenador, Fieldston apareció por detrás, cual Nosferatu amenazante con pajarita. Su rabia era incandescente, y no sabía cuánto había oído de la grabación de Ashby. El Niño Jesús cayó al suelo y, agarrándome de la solapa de la chaqueta de fontanero, el director de Claiborne's intentó arrastrarme por el despacho. La chaqueta se desgarró con el tirón. Me recompuse y, tras coger una de las plumas Montblanc sin capuchón de Ashby, se la clavé en el cuello. La idea de entrar en contacto físico con Fieldston era nauseabunda, como si estuviese hecho de polvo de oro radioactivo y esquirlas de diamante, que podían intoxicar y cercenar arterias con solo mirárlas. Sin embargo, hice lo que tenía que hacer: era un hombre aterrador, pálido y altísimo, pero no podía apuñalarlo sin que mis manos tocasen su hombro y su cintura. Existe cierta intimidad cuando se mata así a alguien. Los cuerpos están muy cerca. Lo único que sentí fue una repugnancia extrema. Me agarró la mano y se sacó la pluma. No estaba muerto, solo quería provocarle una herida grave. En cuestión de segundos, la agresión había pasado, y la tinta y la sangre se mezclaban, manchando su camisa blanca. El director se llevó la mano a la garganta y se puso de rodillas, con los ojos como platos. No le dije nada. Absolutamente nada. Mi intención no era hacerle daño, ni a él ni a nadie, pero quería salir viva del despacho. Necesitaba que Fieldston se desmayase, que no se acordara de nada de lo que había visto u oído. Cuando cayó al suelo, le asesté un golpe en la cabeza con la estatua. No un golpe en plan sesos desparramados por el suelo; solo lo justo y necesario para que perdiese la conciencia. Luego cogí el efectivo de su cartera para que pareciese un robo. Un recurso poco eficaz, pero en ese momento no tenía muchas más opciones. Fieldston no llevaba mucho dinero en su cartera de Prada. Sí había tarjetas de crédito, pues el dinero en efectivo debía de parecerle demasiado proletario, y uno nunca sabe quién habrá tocado los billetes antes. Arrojé la cartera al pasillo, pero no la oí caer.

Alguien la había atrapado al vuelo.

Una mano, también enguantada, pero que aún olía a aceite de linaza y aguarrás, se recortó contra la jamba de la puerta.

—No grites, o los de seguridad nos van a pillar a los dos.

Me agarró la mano herida y la apretó entre las suyas, como si así pudiese colocar los huesos en su sitio. Masuji. Parecía una aparición; se diría que no había pasado el tiempo, como si ambos siguiéramos trabajando en Claiborne's. Solo que no era el caso. Su reflejo en el suelo de mármol pulido parecía el de un *ninja*, como siempre, y tenía un aura liviana, como si pudiese colarse y saltar entre los conductos de ventilación, aterrizando sigilosamente, eludiendo los detectores de movimiento y las cámaras, burdos dispositivos de seguridad. Al mismo tiempo, era decididamente

humano. Tiró la cartera al suelo del despacho, se encendió un cigarrillo y, con suma meticulosidad, guardó la cerilla en el bolsillo.

—Llevas sangre en la chaqueta —comentó, como si fuera ketchup. Se me acercó, pero yo negué con la cabeza, así que guardó las distancias, sin dejar de hablar con parsimonia. Dada la situación, habría preferido que susurrara—. Quieres saber cómo he entrado, por qué estoy aquí, ¿verdad? Podría preguntarte lo mismo.

—Ahora lo que más deseo es salir de este edificio. Me lo puedes contar por las escaleras.

—Cada cual tiene sus motivos. Pude entrar, claro está, gracias a mi pase de invitado: resulta que nunca llegaron a desactivar la banda magnética. Me enteré de que ya no estabas en Claiborne's cuando te vi en Kronstadt's, y sin ti por aquí esto está vacío por las noches, ¿no? Así que me dije, ¿por qué no volver y echar un vistazo? La subasta de etiqueta acabó hace un buen rato. Todo el mundo se ha ido a casa. Mi pase no activa las alarmas y, al ver que el vigilante de seguridad no levantaba la mirada de su juego en el móvil, he corrido el riesgo. Al subir a la planta de las oficinas, he visto la puerta abierta.

Tenía que reconocer que colarse en un sitio prohibido en plena noche era algo que a Masuji le pegaba mucho. Cuando se enteró de lo de esa estudiante de instituto que se subió a lo alto de una de las torres del puente de Verrazano-Narrows para ver la curvatura de la Tierra de primera mano, imitó su expedición. Vio la Tierra y el río y bajó con las mismas. Nunca lo pillaban. Los riesgos estaban para correrlos y desafiarlos, y Claiborne's de madrugada ofrecía un buen puñado. Era comprensible: quien tuviese acceso a la casa de subastas podría ver todo tipo de obras excepcionales. Esos Picassos que estaba a punto de adquirir un príncipe saudí o un oligarca ruso no volverían a exponerse y, como ya apuntara Marnie, habría que hacer varias horas de cola para verlos de refilón por última vez. Masuji quería admirarlos con calma, pero estaban protegidos con códigos de seguridad infranqueables. Pero seguro que eso ya lo sabía. Y, qué sorpresa, llevaba guantes...

Echó un vistazo al despacho de Ashby.

—Los seguratas no van a creerse que entraron en el edificio a robarle la cartera. Nadie puede entrar; sabrán que ha sido alguien de la casa, y aquí se pueden robar cosas mucho más valiosas que unos cuantos billetes insignificantes. Como trabajadora recién despedida que eres, van a sospechar de ti.

—Ya sospechan de mí. ¿Cómo sabes que me han despedido?

—No puedes permitirte dejar el trabajo sin tener otro asegurado, sin estar ya trabajando en algún sitio. ¿Estabas buscando la forma de sacar tajada de las diabluras de Ashby? ¿Ibas a chantajearle para no contar a los cuatro vientos lo que pasó en la canoa micronesia de Rockefeller? No te pega nada, la verdad. —Hizo una pausa, echó la ceniza en la palma de una mano y se la frotó en los pantalones—. No voy a preguntarte qué estás haciendo en el despacho de Ashby, pero tienes un problema. — Y con un ademán de la cabeza señaló a Fieldston, que seguía respirando, pero al que

le caía un hilo de sangre.

—A lo mejor creen que se dio un golpe.

—Con la mala pata de aterrizar sobre una pluma Montblanc que estaba en vertical ella solita, ¿verdad?

—¿Qué puedo hacer? No hay huellas, no ha quedado constancia de nada.

—En la grabación de seguridad aparecerá un fontanero.

—Un fontanero no soy yo. No he mirado a la cámara en ningún momento.

—Ha sido en defensa propia. No pasa nada, Stella; yo lo he visto.

La posibilidad de que Masuji saliera de las sombras para declarar a mi favor en un juicio y evitarme una condena mayor a la que corresponde por allanamiento de propiedad privada resolvería la cuestión de Fieldston. Sin embargo, era más importante que nadie supiese que había estado en Claiborne's: a Calvin lo despedirían, y tampoco quería involucrar a Masuji. Apreciaba su discreción o falta de curiosidad, pero, cuanto menos supiese y menos relación tuviésemos, mejor. Tenía que salir de allí, y me encaminé hacia las escaleras B.

—La verdad —Masuji me sujetó del brazo, y yo le dejé— es que no he venido a ver los Picassos ni nada por el estilo. Mi intención era colarme en tu estudio. Estoy trabajando en un cuadro y tengo que hacerle una radiografía para comprobar si hay otra imagen debajo.

—Creía que solo trabajabas con dibujos. —Los conservadores solo trabajan con cuadros o con obras en papel, nunca con ambos.

—No es un trabajo, es un proyecto personal. Últimamente estoy comprando cuadros antiguos en los mercadillos para pintar sobre ellos, pero quiero comprobar si hay algo debajo de este. Es muy pequeño. —Y me indicó su mochila—. Me dije que, si un tiburón disecado se vende por 12 millones de dólares, podría sacar algo con unos cuadros alterados.

—Lo del tiburón disecado no es tan sencillo. Masuji, es muy probable que nunca vendas un tiburón, disecado o en cualquier otro formato, por millones de dólares.

—Ya lo sé. —Me hizo un gesto desdeñoso, y cuando llegamos a la puerta del tercer piso se detuvo y sacó de su mochila un pequeño cuadro con una escena del río Hudson. Parecía antiguo, pero no tanto como para ser un original de la Escuela del río Hudson—. Pasa la mano por la superficie —dijo—. La textura te sugiere que hay otra capa debajo.

Tenía razón, pero dudaba que allí hubiese algo de valor. Sentí lástima por Masuji, que huyó de la tintorería de Montreal y, al saberse con talento, siempre intentaría romper el techo de cristal que lo separaba del mundo de las exposiciones en museos y la despreocupación económica.

—Me podías haber llamado, te habría dejado entrar. Hasta hace unos días trabajaba aquí.

—No podía llamarte ni escribirte.

No le pregunté el porqué. Me limité a dejar que su respuesta flotase en el espacio

que nos separaba, de camino a mi antiguo estudio.

El cordón policial amarillo ya no estaba, pero habían cambiado el código. Esa noche no habría radiografías.

—¿Te apetece un café en Dondy's?

—Gracias, Masuji, pero no. Lo nuestro se acabó.

No le dije que estaba saliendo con alguien y que, como había sobrevivido, en cuanto saliese de allí iba a ir a verlo. No estaba segura de estar saliendo con Demetrius Pitt, pero sin duda iba a verlo. Tenía lo que había venido a buscar, el archivo de la grabación de Ashby y Moonelli, pero no sabía muy bien qué hacer con él. Era inocente del asesinato de Sandro y estaba bastante segura de que Ashby también, pero, en cuanto le enviase el archivo a Garfield, le tocaría al comisario de arte limpiar su nombre. Me sacaría a mí del embrollo, pero pondría el foco de atención sobre él. Era como pasarle una patata caliente. Lo siento, colega, te ha tocado, pero seguro que te las apañas. ¿Quería endilgarle ese marrón hediondo? Tenía mis dudas, pero al menos no se lo estaba arrojando con mala idea. Ahora me tocaba pensar en el próximo paso, y no volver al pasado, por muy tentadora que fuese la idea.

—¿Has oído esa historia de G. K. Chesterton, que fue a los acantilados de Dover a hacer unos dibujos con tiza? Llevaba tiza roja, negra y blanca.

Le dije que no con la cabeza. Los antiguos maestros, autores del tipo de dibujos con los que Masuji trabajaba, solo usaban tiza roja, blanca y negra, y durante muchos siglos esos fueron los únicos colores disponibles. Chesterton fue un escritor que vivió en una época en la que ya había tizas de muchos más colores, así que esperé a que Masuji me contase por qué él siguió usando las tres combinaciones clásicas.

—Chesterton no tardó en gastar la tiza blanca, y aquello le irritó muchísimo, pues necesitaba ese color. Empezó a caminar, de vuelta a la pensión, cuando cayó en la cuenta de que estaba pisando más tiza blanca de la que podría usar en toda su vida. Escarbó un poco, arrancó un trozo de tiza y volvió al trabajo.

—¿Y con eso qué me estás contando?

—A veces puedes estar cerquísima de un inmenso tesoro, justo encima de lo que necesitas, y no darte cuenta siquiera.

Fue bonito, pero duró solo un instante. Aún no se había disculpado por desaparecer, ni me había dado ninguna explicación. Yo había estado a punto de matar a uno de los hombres más poderosos de la ciudad. Con suerte, cuando recobrase la consciencia no se acordaría de nada, pero mientras tanto no podía entretenerme imaginando los acantilados blancos de Dover, ni siquiera como metáfora del amor perdido.

## Capítulo 12

—Envíale el archivo a Garfield, Stella. Es una prueba importante. Ashby ya es mayorcito: hizo lo que hizo, y ahora tendrá que apañárselas él. Los que te tienen que preocupar son los Dagbent. Te han visto y saben dónde vives, pero, para Garfield, son espectros. Tú eres la única que ha visto al fantasma de la foto. Además, las únicas huellas en las fotografías son tuyas. —Demetrius, sentado a una mesa del Jacky's Fifth, le dio un trago a su Coronita.

—¿Entonces crees que hice yo las fotos?

—Fueron listos y se pusieron guantes. Parece que los Dagbent saben lo que se hacen. El otro gemelo se llama Ove.

—Gracias, Demetrius. ¿Tienen antecedentes por algo?

—Están más limpios que una patena, cero.

—¿No los pueden deportar? ¿Conoces a alguien en Inmigración?

—Hasta aquí hemos llegado, Stella. Ya no puedo ayudarte más.

Oí lo que me dijo, de verdad, y debería haber sido más empática, ofrecerle el consuelo que esperaba; sin embargo, en mi cabeza seguía resonando la voz de Masuji contándome la historia de Chesterton y su tiza blanca. ¿A quién le puede seducir la historia de un gordo muerto hace muchísimo tiempo que intenta dibujar el canal de la Mancha? Marnie diría que soy un caso perdido, y llevaba razón.

Tizas aparte, le hice una última pregunta a Demetrius:

—El apellido Birdwell no te suena de nada, ¿verdad?

Demetrius negó con la cabeza. No me esperaba otra respuesta. Había buscado en internet, pero no había encontrado un nombre, así que probé combinando el apellido con IRS, SEC, ATF, NRA, PTA y otras siglas por el estilo. Nada. Necesitaba un nombre o un trabajo concreto. No tenía ni lo uno ni lo otro, y tampoco sabía cómo era físicamente.

—Mira, Stella, estás sola en esto. Yo ya tengo mis problemas. El fiscal del distrito cree que le endilgué un arma a Jasper Fullem. ¿Le metieron una pistola en el bolsillo? Puede, pero yo no fui, y todo el departamento sabía que era culpable. Para más inri, es año de elecciones y la víctima venía de una familia con dinero que quería una condena. La cosa no iba conmigo, y todas las partes implicadas me olían a chamusquina.

Acusaron a Jasper Fullem, vecino de Brownsville, de la desaparición y posible asesinato de un chaval blanco del montón, que resultó ser el hijo atribulado del don Goldman Sachs, don Lehman Brothers o don Citibank de turno. No le presté demasiada atención al caso, aunque salió mucho en las noticias. El chaval acabó viviendo en un barrio chungo, se enganchó a la droga y se cruzó con Fullem. El cuerpo apareció en las marismas al final de Avenue U; lo encontraron los vigilantes

del parque, que llamaron a la policía. Le habían disparado, pero también estaba parcialmente devorado por uno o varios animales. Era importante saber si sucedió antes o después del disparo, pero el estado de descomposición hacía difícil determinarlo. Fullem fue tan tonto que lo pillaron pasando droga a adolescentes en el distrito 19. Demetrius fue uno de los agentes que participaron en el arresto, antes de que lo ascendiesen. Condenaron a Jasper, pero su abogado solicitó la reapertura del caso porque había nuevas pruebas que respaldaban su inocencia, y entonces se presentó el cargo de fabricación de pruebas falsas.

—Si eres inocente, acabará esclareciéndose. —No sé por qué dije eso. Aunque no sonó condescendiente ni falso, nadie mejor que yo para confirmar que las cosas no siempre eran así.

—¿Ah, sí? Pues mientras tanto tendré que vivir de los intereses de mis inversiones, de mi cartera de valores diversificada...

—Perdona, no quería que sonase así. No sé cómo funciona la Policía. Da la sensación de que te cerraron la puerta en las narices mientras salías, pero si no fuiste tú... —Volví a meter la pata con mi intervención. Me respondió que por supuesto que no sabía cómo funciona la Policía, que había sacado mis ideas del cine y de esas películas que ponen mil veces en la televisión, y que trabajaba para el club de los millonarios.

¿Así era como me veía? ¿Como a la criada de una mansión? Dibujé una carita en uno de los posavasos de Budweiser de Jacky's, y el cartón absorbió la tinta. Con su sarcasmo, era como si Demetrius me arrojase un cubo de ácido a la cara; había fallado por los pelos, pero unas pocas gotas me cayeron en el cuello y chisporroteaban. Se creó un silencio incomodísimo. No sabía qué decir. Eché un vistazo a mi alrededor, y entonces me topé con un rostro conocido.

Como en *La leyenda del indomable*, Luke estaba en la barra, mirándome fijamente, con esa misma camiseta con las siglas BQE que llevaba la otra vez. Se acercó como quien no quiere la cosa, con esa actitud desenfadada que usan algunos hombres, con lo que es imposible saber si tienen interés o si solo estás en su campo de visión porque así es como funcionan los conos y los bastoncillos. Le pregunté si le apetecía echar otra partida a los dardos. Quería la revancha. Él respondió que claro, así que me levanté, casi sin decirle nada a Demetrius. Mientras esperábamos a que se quedase libre una diana, me invitó a una copa.

—Bueno, ¿y qué hace exactamente un reubicador de inquilinos? —le pregunté, intentando sonar alegre y desenfadada como Marnie. Ella tenía la virtud de hacer preguntas serias como si estuviese preguntando: «¿De verdad quieres patatas con eso?».

—Pongamos que el dueño de un edificio encuentra a unos inquilinos dispuestos a pagar un alquiler más alto. Pues yo me encargo de convencer a los inquilinos antiguos de que lo mejor para ellos es aceptar la oferta que tienen sobre la mesa y empezar a preparar la mudanza. Starbucks, Five Guys, Target, 7-Eleven, todas pagan

muchísimo más que ese montón de tiendas de todo a 99 centavos regentadas por bengalíes con cajeros salvadoreños. Quizá no suene bonito ni justo, pero así son las cosas en las ciudades. ¿Por qué un arrendador cualquiera no puede tener derecho a optimizar sus propiedades? —Lo dijo con un tono más sarcástico que desafiante. Apoyado en la pared, mientras esperaba su turno para jugar a los dardos, Luke era una especie de imán, y lo sabía. No tenía que hacer ningún esfuerzo: las cosas le llegaban solas.

—Creía que trabajabas para una empresa de mudanzas.

—Bueno, podría decirse así. Roy trabaja conmigo.

—¿No es abogado?

—Todo el mundo necesita asesoramiento legal de vez en cuando.

No dije nada, pero debí de parecer escéptica. ¿Llevaría una palanca de hierro al trabajo, para convencer al personal de que «lo mejor para ellos» era largarse? Una expresión hostil se dibujó en su rostro serenísimo.

—¿Qué tiene de raro?

Una diana se quedó libre y jugamos casi sin mediar palabra, salvo cuando Luke se sintió obligado a explicarme cómo colocarme y lanzar. Se puso detrás de mí, agarrándome de la cintura con un brazo y cogiendo con la otra mano la que yo usaba para lanzar. «Así, así», decía una y otra vez. Aunque no me gustaba que tuviesen que explicarme las cosas, apenas lo escuchaba; estaba concentrada en el calor de su cuerpo. Era como estar cayendo por una grieta en el hielo e intentar aferrarme a algo, ahora que sabía lo que encontraría en el fondo. Pero no hubo manera. Cuanto más intentaba alejarme de Luke, más se me acercaba. No me conocía absolutamente de nada, aunque, para él, conocerme era lo de menos. A veces envidio a la gente tan segura de sí misma, que tiene tan clara su posición en el mundo, aunque su labor consista en rociar ácido y les caigan gotitas en los ojos. Perdí una partida detrás de otra.

Cuando volví a mirar a la mesa, Demetrius se había ido. Luke sabía hacer que la gente desapareciese de Jacky's. Esta vez era culpa mía, debía de haber estado más lista.

## Capítulo 13

Puede que Garfield no se hubiese tomado en serio lo de los gemelos Dagbent, pero para mí era fundamental. Para él, en cambio, eran fantasmas que solo yo veía. Aunque lo último que me apetecía era volver a toparme con ellos, me subí en la línea R, rumbo a Bay Ridge y a la Panadería Svalbard. Mi idea era observar desde la distancia. No tenía ninguna intención de que el Tiburón y el Halcón me vieses. ¿Qué esperaba encontrar? ¿Cubos con blanco de plomo? ¿Tubitos vacíos de Super Glue? Quizá no algo tan evidente, pero, para que Garfield creyese que los Dagbent eran más tangibles que los fantasmas, tenía que quitarles la sábana.

Desde que me mudé a Nueva York, sentía cierta envidia por Bay Ridge. No por los casoplones con decoraciones navideñas espectaculares, sino porque era un mundo ajeno a la sociedad de Claiborne's. Allí había familias felices y a salvo; todos tenían lo que querían, y nadie se amargaba esforzándose por conseguir cosas imposibles. Sabía que en el fondo no era verdad, pero en ese barrio me invadía la curiosa sensación de que esa plenitud y comodidad existían.

La panadería estaba junto a una parcela convertida en un diminuto jardín público. Que estuviese cerrada no me sorprendió en absoluto. Era noche cerrada, pero la trastienda, donde se horneaban los productos de madrugada, estaba a pleno rendimiento. Casi toda la parte trasera del edificio, ocupada por varias puertas de garaje, estaba abierta, para que los camiones de los repartidores pudiesen entrar y salir, para cargar cajas o dejar una cantidad ingente de productos. Tras acercarme a una de las persianas subidas y colocarme detrás de una pila de bandejas y varias cajas de pan, tartas y bollería listas para cargar, pude echar un vistazo sin que nadie mirase en mi dirección: los trabajadores no tenían ninguna necesidad de prestar atención a los pedidos listos hasta que no llegase el repartidor.

Uno de los gemelos salió de la sala donde estaban los hornos. Iba cubierto de harina, pero la bolsa de basura que llevaba era enorme. ¿Cuántas cáscaras de huevo, envoltorios de mantequilla, cartones de leche y nata vacíos, y sacos de harina habría dentro? El aire olía a vainilla y canela, a comida casera, aunque esa idea de «hogar» estaba en otro punto de Bay Ridge, lejos de allí. Mediaba demasiada distancia para saber si era Per u Ove, pero quienquiera que fuese estaba hablando solo y gesticulando, como si discutiera con un rival imaginario, como un mimo. No vi ni rastro de un móvil o un dispositivo Bluetooth. Cuando volvió a entrar, me dirigí a un callejón desde el que, a través de una ventana sucia, pude ver el interior de la sala de hornos. La ventana tenía una rendija abierta, así que se oían los murmullos de lo poco que hablaban. Los panaderos trabajaban en un silencio casi absoluto. Ni siquiera tenían radio.

La Panadería Svalbard era un negocio familiar. Había cinco personas trabajando:

un hombre mayor, probablemente el señor Svalbard, padre de Juni; Per, Ove y dos mexicanos, encargados de meter y sacar de los hornos las bandejas repletas de bollería.

De pronto, y sin motivo aparente, Per cogió la mano de uno de los mexicanos y la acercó a las cuchillas de una batidora eléctrica gigante. Yo no había oído nada: ni una discusión, ni una amenaza, ni una advertencia. Todo ocurrió en silencio. El gemelo se limitó a acercarse y coger la mano del hombre, que intentaba zafarse. Sin embargo, Per era más fuerte, y cada vez lo acercaba más a las cuchillas. Me percaté de que a los dos mexicanos les faltaban dedos. Y a Svalbard también. Entonces, Ove agarró al otro mexicano, le arrancó un zapato y le acercó el pie a la batidora. Me agaché de golpe. No quería verlo, y al girarme bruscamente estuve a punto de derribar una pila de latas de aceite vacías. Tenía que alejarme todo lo posible, todo lo rápido que mis piernas diesen de sí.

Doblé una esquina, y luego otra, hasta llegar a la parte delantera de la panadería. La persiana metálica, cerrada con candado, estaba cubierta de grafitis. Con el corazón a mil por hora, me quedé un minuto escuchando, quizá dos. Solo se oía el ruido de un extractor industrial, como si el único peligro en la Panadería Svalbard fuese el riesgo de padecer el síndrome del pulmón blanco por inhalación de harina. Me apoyé en el metal ondulado, con un aura de espray rojo —una ese o un cinco, parte de la firma del grafitero— alrededor de la cabeza. Parecía un grafiti de la vieja escuela. Supongo que, en cuanto los Dagbent aparecieron en la vida del panadero, o bien se dejó de prestar atención al mantenimiento, como borrar las pintadas, o bien los grafiteros, sintiendo la presencia de auténticos criminales, guardaron las distancias. Cerré los ojos e inspiré profundamente. La línea R estaba a solo un par de manzanas: si lograba llegar al metro, podría poner tierra de por medio con aquel sitio.

Cuando abrí los ojos, estaba frente a frente con Per Dagbent. Con gran parsimonia, como si estuviese esperando al comienzo de una actuación, se metió la mano en el bolsillo de su chaqueta blanca de panadero, sacó un cigarrillo Parliament y se lo encendió.

—Manda huevos, ¿quién dice que fumar es malo para la salud? Salgo cinco minutos a echar un pito y me encuentro a una vieja amiga. —El «manda huevos» y el acento noruego eran una combinación curiosa, y dijo «vieja amiga» con el tono que usan los criminales de guerra alemanes en las películas estadounidenses, aunque aquella no era una escena de cine—. Parece que la Navidad se ha adelantado este año. ¡Eh, Ove, mira qué nos ha traído san Nicolás! —Se asomó por la esquina, antes de volver conmigo y apoyar un codo en la persiana junto a mi cabeza. Olía a mantequilla fresca y azúcar, pero era un olor empalagoso y agobiante. Me dieron arcadas—. Te buscamos. Intentamos espantarte, y eres tú la que viene a nosotros. No puedes estarte quieta. Genial.

—Papá Noel se ha equivocado.

Esquivé su brazo y eché a correr hacia el metro, en la Eightysixth Street, donde

quizá habría gente. Per se trastabilló al intentar agarrarme y me revolví, pero no llegué muy lejos. Me agarró del cuello y me tiró al suelo. Sin embargo, el asfalto es un sitio muy estable: no hace falta mantener el equilibrio, y yo siempre he tenido las piernas más fuertes que los brazos. Le pegué a Per una buena patada en el estómago, que lo tumbó, pero no lo dejó fuera de combate. Se arrastró por la acera para devolverme el golpe. Cuando se abalanzó sobre mí, intenté protegerme la cara de su puñetazo asestándole un codazo en la nariz. Sentí ceder ligeramente el blando cartílago, pero en realidad no tenía nada que hacer contra Per, que me doblaba en peso. Era como cabrear a un perro rabioso; solo conseguiría que el siguiente ataque fuese más feroz. Con un hilo de sangre en la nariz, me levantó de un tirón del pelo y, rodeándome el cuello con un brazo, me empujó hacia la panadería.

—Parece que Ove no me oye. Voy a tener que llevarte hasta él, cariño.

«Cariño». Dios.

Me sujetó de los tobillos y empezó a arrastrarme, pero tropezó con una lata de aceite vacía y se cayó. Le pegué una patada en los mismísimos con todas mis fuerzas, y eché a correr; aunque me agarró de la pierna y me volví a caer, pude revolverme y zafarme.

Doblé la esquina cojeando, con la esperanza de que algún coche con un buen samaritano al volante apareciera por allí camino del puente de Verrazano-Narrows, pero Per ya se había levantado y me pisaba los talones. Me derribó de un placaje y respondí con un puñetazo, como si me fuese la vida en ello. Y, efectivamente, así era.

Los ojos de Per se habían entornado tanto por la rabia que los picos de los halcones no podían abrirle los párpados. A pesar de estar medio grogui por mis puñetazos y patadas, me levantó, me arrastró hasta la panadería y me arrojó contra una pila de sacos de harina. No estaban blandos. Los mexicanos se me quedaron mirando, impactados y confusos, pero se retiraron a la trastienda de inmediato. El que había estado a punto de perder el pie, o al menos algún dedo, volvió a ponerse sus deportivas verdes desgastadas. Sin calcetines.

Durante unos minutos, la habitación estuvo sumida en el silencio más absoluto. Svalbard parecía un hombre apaleado. No lograba imaginarme con qué lo estarían chantajeando para que se mostrase tan dócil. El hombre estaba mezclando cerezas y sirope burbujeante en una olla, con los ojos clavados en sus profundidades color rubí, moviendo la pala con gesto insensible y ausente, como si remase camino de Groenlandia.

En un anaquel había varias cajas de esos guantes que se usan en la industria alimentaria: normal que nunca dejasen huellas. Svalbard llevaba una redecilla en la cabeza calva, probablemente por costumbre. Los otros ni se molestaban. Era evidente que habían sobornado a los inspectores de Sanidad para que no se pasaran por allí.

La trastienda de la panadería estaba tranquila, iluminada por la luz tenue de unos cuantos neones parpadeantes que colgaban del techo. Per me registró en busca de un móvil con la velocidad de un carterista consumado, encontró el teléfono de prepago y

lo lanzó a un recipiente lleno de una mezcla jabonosa de detergente y masa. Después de cachearme, parecían no tener ninguna prisa para descuartizarme poco a poco y dar un toque de sabor a los merengues. Se movían como a cámara lenta. Las bolsas de los ojos de Svalbard eran tan grandes que podrían caber hasta tapones de botella. Sus ojos se posaron en mí cuando se vieron los faros de los primeros camiones de reparto. Los repartidores habían llegado para llevarse las bandejas de pan, tartas, galletas y bollería varia, apiladas en la entrada trasera. Antes de que al primer conductor le diese tiempo a poner un pie en el asfalto, Per me metió de un empujón en un cuchitril sin ventanas. Bien pensado, «empujón» no es la palabra idónea para describir el gesto: me lanzó con tal fuerza que me di un cabezazo contra una caja con piezas de la batidora. Lo oí cerrar con llave y me quedé completamente a oscuras. Supuse que estaría en un armario, pero cuando me recobré y moví los brazos a tientas di con una cuerda que encendía una bombilla solitaria en el techo. La sala parecía una especie de oficina. Dudaba que los Dagbent se preocupasen mucho de la organización y el papeleo, y Svalbard parecía limitarse a trabajar de forma mecánica, con la cabeza en otro sitio.

En el escritorio, entre pilas de papeles rosas, amarillos y blancos de pedidos y facturas, había fotos de Juni, la hija de Svalbard. Tenía una belleza de cuento; era la típica niña que siempre hacía de princesa en la obra de teatro del colegio, mientras que las únicas princesas a las que pueden aspirar las demás, como mucho, son a las de sus mochilas. Sin embargo, la fiebre de la princesita se le pasó, y acabó jugando al fútbol. Los cajones estaban tan abarrotados de papeles y de artículos de ferretería — tornillos, tuercas, bisagras y pequeñas piezas de recambio para las máquinas de la otra sala— que costaba abrirlos sin hacer ruido. La mayoría de los documentos estaban relacionados con la panadería y se remontaban a décadas atrás; la tinta estaba descolorida y el papel se me deshacía en las manos. En el fondo de un cajón encontré un álbum de fotos de cuero azul, con narcisos plateados en la cubierta. Era el álbum de la boda de Juni. Estaba preciosa y radiante, como casi toda su familia. Su padre, con la cara roja tras pasarse con el *aquavit*, no sonreía en ninguna foto. Svalbard aún lucía un pelo rubio e hirsuto, que debió de empezar a caérsele poco después. Habían recortado al novio en todas las fotos y no había rastro de él.

Abrí la caja contra la que me había golpeado la cabeza y, entre las piezas de la batidora, encontré un gancho de amasar de quince centímetros, que bien podría hacer de mano del Capitán Garfio. Me lo metí en el bolsillo de atrás, aunque asomaba: era probable que lo vieses antes de que pudiera blandirlo contra sus tatuajes faciales. Encontré un viejo botecito de aspirinas, de una marca que llevaba tiempo extinta, enterrado bajo un montón de lápices mordisqueados y una lista de precios escrita a mano que databa de 1983. Me tomé un par de ellas, aunque estuvieran caducadas desde la época napoleónica. Detrás del escritorio había una pequeña mesa con ruedecitas, y sobre ella un monitor con un reproductor de VHS justo debajo, conectados, pero cubiertos de polvo, como algunas de las cintas que Svalbard vería

en sus ratos de ocio: *El gato conoce al asesino*, *Fat City*, *ciudad dorada*, *El camino de Cutter*, *El cazador* y *Desmadre a la americana*. Encima del monitor vi una tabla portapapeles con la lista de entregas. Aunque la primera página estaba manchada con una línea de óxido, parecía estar casi al día, y me percaté de que un buen número de pedidos iban a los aeropuertos JFK y de Newark, al arsenal naval y a varios muelles. Quizá la panadería hiciese entregas a restaurantes y otros puestos de esas instalaciones. El ordenador era viejísimo, con uno de esos monitores inmensos con forma de caja, y con una fila de cuatro troles de plástico con el pelo alborotado pegados en lo alto. Debajo del escritorio encontré una torre con ranuras para disquetes. La encendí. En la imagen del salvapantallas se veía a uno de los Tres Chiflados llevándose un tartazo en la cara. En otra época Svalbard tuvo sentido del humor, y no se le podía reprochar haberlo perdido.

El ordenador, situado sobre un protector de escritorio de piel sintética desgastada, estaba pisando un calendario de papel del año 2001. El calendario era de una empresa cuyo nombre, impreso en lo alto de cada página, estaba tapado por el viejo monitor. Lo único que se leía era el eslogan: «¡Por mar o por tierra, los del corazón te lo llevan! Desde 1972». Los cuadraditos estaban llenos de apuntes del negocio y fechas de cumpleaños, de unos tiempos más felices. Escrito con rotulador, en el cuadrado del viernes 7 de septiembre se leía: «Birdwell, inspección daños incendio». Otra vez ese apellido. Los días que seguían al 11 de septiembre de 2001 estaban en blanco, y luego volvían los apuntes. Ese vacío no tenía nada de raro. Supuse que el negocio se habría detenido durante esa histórica semana negra. Quizá habían pasado todos esos años desde que el deprimido Svalbard limpiase por última vez su oficina, que ahora parecía usarse a modo de almacén. Como me distraía a la mínima, me puse a hacer un dibujo en aquella página del calendario, casi vacía, y luego la arranqué, la doblé varias veces y me metí el papel en el bolsillo de atrás.

No se oía nada al otro lado de la puerta, que habían cerrado por fuera con una vuelta de llave. Luego oí el traqueteo de las bandejas en movimiento y los camiones arrancando y alejándose. Aunque pudiera salir, al otro lado ya solo me encontraría con los Dagbent.

Se supone que el olor a pan recién hecho es un aroma alegre y acogedor, que evoca recuerdos hogareños; sin embargo, a mí solo me hacía pensar en cuchillas que laceraban la carne, en el crujido de los huesos finos de los dedos de manos y pies. Debí de quedarme dormida, porque cuando me desperté estaba sumida en la más absoluta oscuridad. La bombilla se había fundido. Busqué a tientas en las cuatro direcciones y solo encontré paredes, que parecían estar mucho más cerca que cuando había luz. ¿Se habrían estrechado con la oscuridad, o era fruto de mi imaginación?

Descomponer los elementos en sus partes más pequeñas —en moléculas, átomos— me ayudó a evadirme, al menos por un rato, de la sensación de estar completamente atrapada. El azúcar provoca reacciones de los aminoácidos catalizadas por la caramelización, en las que el aldehído o la cetona de un azúcar se

convierte en un aldehído no saturado. La química del horneado no se diferencia mucho de la de la pintura, salvo en que el producto de una es comestible y el de otra no debe ingerirse bajo ningún concepto. Llevaba horas sin comer y estaba muerta de hambre, pero hasta el olor a pan recién hecho me daba náuseas.

No me hacía una idea de cuánto tiempo había pasado, y el viejo ordenador no me lo sabía decir. Me habría gustado volver a dormirme, pues era la única vía de escape, pero, en mi caso, las ganas de dormir y la capacidad de quedarme frita siempre han ido cada una por su lado. Pensé en Jeannette Bender, en su oscura guarida hecha con piezas de coche y hornos tostadores, ajena a qué día era, o qué hora; sin saber ni siquiera quién era presidente, aunque tampoco le importaría. No pasé mucho tiempo deseando dormirme en vano. La puerta se abrió. Un hombre musculoso se recortó contra la luz de los neones de la panadería, con un halo de harina alrededor de la cabeza y un delantal blanco con un elfo bordado ceñido a la cintura. Era el de los ojos de tiburón.

—Tú eres Ove, ¿no? —dije, intentando entablar una conversación amistosa.

El silencio fue su única respuesta.

## Capítulo 14

Llevaba el pelo trenzado, sujeto con horquillas y me había puesto un gorro de lana que rezaba AFRO-PUNK SUMMER FESTIVAL 2014, de uno de los trabajos de Marnie. Ove me quitó lentamente el gorro y las horquillas, y me soltó el pelo.

—Esta vez lo hago yo —dijo con una voz monótona a otra persona en la sala.

—No, yo la he visto primero; la he pillado yo.

—He dicho que esta es mía. —Me agarró del cuello con el brazo, apartando el de su hermano, que opuso un poco de resistencia antes de ceder ante su gemelo. Con la mano libre, Ove me agarraba de las muñecas.

—Nadie va a oírte gritar —me garantizó; luego se giró hacia los mexicanos—. Quitad el tanque de amasar.

El tanque tenía las dimensiones de una bañera pequeña. La potente batidora estaba diseñada para los lotes de masa que una pequeña panadería podía procesar cada noche.

—Pasadle un trapo a las cuchillas.

Limpiaron la masa blanca amarillenta.

—Encended la batidora.

Luego Ove apuntó con un ademán de la cabeza a un enorme altavoz, clavadito al que emitía salsa atronadora en el mercadillo que se montaba cerca de mi piso. El gesto era una señal para que Per pusiera su recopilación de canciones de *heavy metal*. Ove me cogió de la mano izquierda y me acercó a la batidora gigante.

—Empezamos lento, y luego vamos subiendo el ritmo. Mira, llega hasta el doce. Maaaadre mía, hasta el doce —dijo con un tono de sorpresa burlón—. Muy bonito. El doce va más rápido que una bala. Vamos a empezar con tu pelo precioso. —No dejaba de acariciarlo—. Y luego todo lo demás.

Para encender la máquina, tuvo que soltarme las manos. ¿Por qué no? ¿Cuándo iba a tener otra oportunidad de escaparme? En ese instante, me llevé la mano derecha al bolsillo y le asesté un golpe con el gancho al tiburón tatuado. Ove era alto, más de metro ochenta; me sacaría casi veinte centímetros. Con los músculos tensos como arcos, la articulación del hombro, espoleada por el miedo y la adrenalina, giraría rápida y contundente como una barra de acero: al menos así me lo imaginé yo. En realidad, me enfrentaba a dos gemelos despiadados que alimentaban sus máquinas con carne humana. Ove, con una herida abierta en la frente y la mejilla, me devolvió el golpe y perdí el equilibrio. La mano del gancho cayó en un tanque de chocolate semisólido. Contraataqué, esta vez en vano, con los dedos pringosos. Per se burlaba de Ove, diciéndole que una chica lo estaba enculando, y recalcaba la última palabra.

Moviéndonos en círculo, nos fuimos acercando a la olla con sirope de cereza

hirviendo que Svalbard removía. El anciano se apartó, echando mano de un trapo para secarse el sudor que le caía por la cara. Buscar sus ojos era inútil, no me miró en ningún momento. Me zafé de Ove, agarré con ambas manos las asas de la olla y le arrojé el sirope a la cara. Las asas eran de un metal distinto y, aunque estaban calientes, no abrasaban como el recipiente.

Ove pegó un grito, cegado y abrasado por el sirope pegajoso. Se llevó las manos a la cara y también se las quemó. Entonces Per se abalanzó sobre mí. Volvió a tirarme al suelo, pero me levantó al instante, agarrándome del cuello de la camisa, con lo que perdí la ventaja de estar en el suelo. Las manos me colgaban detrás de la espalda, indefensas, pero de repente sentí que alguien me acercaba algo. Svalbard me había armado con una olla vacía. Trazando un arco sobre mi cabeza, le asesté un ollazo a Per con todas mis fuerzas. Quedó aturdido, pero se recobró al instante y me placó. Los dos caímos al suelo, rodando sobre restos de harina, azúcar y alguna que otra cáscara de huevo. Noté que, para Per, el contacto de nuestros cuerpos, revolcándonos por el suelo, tenía un punto erótico, y aquello me dio ganas de vomitar. Haciendo palanca con las patas de una mesa metálica atornillada al suelo, pude zafarme de él, aunque volvió a agarrarme por detrás. Vi una fregona a pocos centímetros de mí, pero, por más que me estiraba, no podía cogerla. Per me estaba estrangulando, tirando en la otra dirección. Por segunda vez, Svalbard apareció de la nada y me acercó la fregona. Ove estaba cegado y no veía absolutamente nada, y Per tampoco se percató del gesto del anciano: llevaba tantos años ignorándolo que no iba a prestarle atención justo en ese momento. Me giré, y durante un segundo estuve frente a frente con los halcones tatuados. Per sonrió, como si estuviera a punto de acercarse para darme un beso, sin dejar de aplastarme la garganta. Le devolví la sonrisa clavándole el mango de la fregona debajo de la barbilla. Los ojos se le quedaron en blanco, y se desplomó.

Los mexicanos empezaron a hacer gestos. Al principio pensé que era porque no sabían inglés, pero luego me di cuenta: no podían hablar en absoluto, y por ende tampoco gritar. La parcela vacía no era lo único que atenuaba los ruidos infernales de la trastienda de la panadería. Cuando acabasen de usar a esos dos inmigrantes y no dieran más de sí, sin duda los sustituirían. Los Dagbent escogían a sus víctimas meticulosamente.

Luego eché a correr.

## Capítulo 15

La panadería estaba a pocas manzanas de la Eighty-Sixth Street, la calle principal de Bay Ridge, pero serían ya las dos de la madrugada —aunque bien podría ser más tarde, pues había perdido la noción del tiempo—. Bay Ridge no está como Times Square a las 2 A. M., aunque tampoco es, ni mucho menos, una zona muerta. La mayoría de las tiendas, grandes cadenas que se apoderaron de la calle hace años, estaban cerradas, así como la cafetería Narrows Coffee Shop, el salón de manicura Elite Nails y el Centro de Reclutamiento de Reservistas de las Fuerzas Aéreas. Un BMW con los cristales ahumados pasó sigilosa y lentamente, giró en la Fourth Avenue, bajó una ventanilla y vendió algo a un grupo de chavales que irían a una discoteca del centro. De una mezquita salieron varios hombres que se detuvieron junto a una gastroneta aparcada en las inmediaciones para comprar un *shawarma* de carne *halal*. Luego la vi: una tienda de veinticuatro horas forrada con varios carteles: puros importados Te-Amo, cajero automático, lotería del estado de Nueva York y lotería nacional.

Mis teléfonos de prepago estaban en el piso de Marnie, y necesitaba uno de inmediato. En aquel rincón de Brooklyn no había una cabina milagrosa, pero esa tienda me vino como caída del cielo, y compré un teléfono.

Mis llaves. Las llaves de Marnie. Las había perdido, se me caerían al suelo de la sala de tortura panadera.

Llamé a Marnie. Había mucho ruido de fondo. Diseñar espectáculos de iluminación no era como trabajar en una biblioteca, pero sonaba más bien como si estuviese en un bar. Había varios «y si» que quería compartir con ella cuanto antes: ¿y si los Dagbent encontraban las llaves? ¿Y si se imaginaban que eran mías? ¿Y si sabían que me estaba quedando en casa de Marnie, en Gowanus? ¿Y si alguien, o ellos mismos, me habían seguido? Tenía que cambiar la cerradura cuanto antes.

Oí a un hombre pidiendo una copa para ella, y luego a Marnie diciéndole que tenía que ir al baño.

«¡No te dejes la bebida en la barra!», le grité al teléfono justo antes de que colgase. Marnie sabía de sobra, claro, que una nunca tiene que perder de vista su copa. Claro que lo sabía.

## Capítulo 16

Garfield quería pruebas concretas, pero yo aún no tenía nada en los bolsillos, salvo un gancho metálico y una página de calendario doblada. La siguiente persona con la que debía hablar era Jack Ashby; era una conversación que llevaba tiempo pendiente, aunque en realidad no me apetecía lo más mínimo: sabía que me diría lo mismo que le dijo a la policía, que no había visto a Sandro Moonelli en su vida.

Sin embargo, los ruidos que oí aquella noche desde mi estudio eran los mismos que ya había oído otras muchas noches. Quienes me intrigaban eran los Dagbent. De no ser por los tatuajes y el orgullo con que lucían las cicatrices, como si fuesen medallas de honor en esas caras maltrechas, parecerían modelos nórdicos salidos del anuncio del hotel de una estación de esquí. Yo solo había conocido su brutalidad, pero, después de pillar a Ashby tantas veces, me hacía una idea de su capacidad de encontrar potencial por doquier. Quizá los gemelos habían respondido a uno de sus anuncios clasificados, no para hacer algo con él, sino para entrar en Claiborne's; quizá había sido un crimen sin premeditación. O quizá Sandro fuera el cómplice de los hermanos, el cebo para Ashby.

Ya había amanecido por el río Este, y Ashby estaría de camino al trabajo. Me aseé como buenamente pude en el baño de un restaurante y me limpié las manchas de la camisa y los vaqueros. Lo ideal habría sido una ducha, pero era un lujo que no podía permitirme en ese momento. Pese a salir con la ropa empapada, ni uno solo de los clientes, enfrascados en sus móviles en la barra y las mesas, se dignó a mirarme. Todo el mundo estaba concentrado en su café matutino, y confié en que el viento y el sol me secasen.

Ashby vivía en la West Twenty-Fourth Street, en un pequeño edificio de apartamentos de ladrillo amarillo en el extremo oeste de la ciudad. Los dos pisos del ático eran suyos, y tenía un jardín privado en la azotea. No había portero. Observé la situación desde el otro lado de la calle. Un repartidor de UPS había aparcado su camión varios edificios más abajo y estaba haciendo las entregas. Cuando llegó al portal de Ashby, coordiné los pasos para que, cuando él llamase al timbre, pareciese que yo vivía en ese mismo edificio y prefería entrar con él a buscar las llaves.

En las hornacinas de las escaleras había ramos de lilas y peonías que perfumaban los pasillos; todo estaba reluciente, del suelo a los pomos de las puertas, pasando por las lámparas, lo que sugería que era una comunidad obsesionada con el mantenimiento, así que el conserje no debería andar muy lejos: había que moverse rápido. Cuando llegué al piso de Ashby, tenía compañía: un electricista estaba trasteando con una lámpara, así que doblé la esquina del corto pasillo en forma de ele, sabiendo que allí encontraría las escaleras que subían a la azotea.

La cerradura era sencilla, y no me costó forzarla metiendo una tarjeta de crédito

entre el cerrojo y la puerta y empujando con fuerza. El jardín de la azotea aún estaba en flor, con espalderas de rosas y macetas de bambú, lavanda y romero, pero no había subido a disfrutar de las vistas. Toda la última planta pertenecía a Ashby, así que era imposible confundirse de casa. Para pasar de la azotea a su apartamento había una alarma, pero me sabía el código: 15-04-1519. ¿El día de la declaración de la renta en la Florencia renacentista? No. El código de la alarma de Ashby era la fecha de cumpleaños de Leonardo da Vinci. El año pasado, justo antes de una subasta privada de la escultura de Nevelson que pasó por su despacho, Ashby necesitaba un monográfico sobre la obra de la escultora que se había olvidado en casa. Aunque no era su chica de los recados, era urgente, y Ashby sabía que yo no tenía una fecha de entrega acuciante. Hizo una broma sobre la vez que pillaron a Fieldston comiéndose una chocolatina del suelo creyendo que no miraba nadie, y eso me hizo sentir que estábamos en el mismo bando; luego me entregó un fajo de billetes para el taxi y me acompañó hasta la puerta de su despacho. Ahí fue cuando me dio el código. El libro estaba en un *tansu* japonés, cerca de la puerta. No curioseé por su apartamento: ya había presenciado el numerito de la canoa micronesia, con Ashby en el papel de John D. Rockefeller antes de ser devorado por unos caníbales. No quería descubrir más cosas sobre él, ni harta de vino.

Sin embargo, un mes después volví para una fiesta de Navidad organizada por el comisario de arte. Solo invitó a unas pocas personas de Claiborne's y, quién sabe por qué, yo estaba entre ellas. El ático era espectacular, aunque no me sorprendió. Los camareros iban y venían con champán y bandejas de mejillones ahumados, *minikebabs* de cordero, chalotas caramelizadas y tostadas finísimas con rebozuelos. Un estudiante del conservatorio Juilliard tocó las cantatas de Bach, a las que puso voz un amigo de Ashby que acababa de llegar de Berlín. Todo el mundo iba de blanco y negro menos yo, que llevaba un vestido rojo corto y sin tirantes, con una cremallera metálica y fría contra la piel. «Qué bonito. Pareces un punto de exclamación rojo», me dijo Ashby, y supe que había vuelto a pifiarla con el modelito. En otras palabras, lo que vino a decir era: vamos a dar la bienvenida a nuestra invitada que compra en tiendas baratas, no porque no sea una artesana talentosa con un buen sueldo, sino porque no conoce otra cosa. Me fui pronto con uno de los manipuladores de arte que, vaya usted a saber por qué, también se había merecido una invitación. Acabamos en el Jacky's Fifth. Me contó que esperaba que Ashby le ayudase a exponer sus obras en algún sitio. Yo sabía que sus esperanzas eran vanas: Ashby jamás haría algo así, a menos que sacase tajada. Aquella noche volví a casa sola, pero recordaba la humillación que había sentido, y recordaba el cumpleaños de Da Vinci. El código no había cambiado.

El ático de Ashby era un pequeño museo con cuadros y piezas que no estaban expuestos la noche de la fiesta, por un buen motivo: en cada metro cuadrado de pared había una imagen conocida. ¿Cómo había acabado todo eso en su colección privada? Toqué un cuadro de Edward Hopper con una estríper con tacones azules atravesando

el escenario. En los dedos se me quedó un poco de pintura azul, y eso que Edward Hopper murió en 1967. Bien mirado, ese cuadro tenía algo ligeramente distinto. Quizá fuera una obra estilo Hopper, pero no una copia original de un cuadro del pintor.

Me limpié las manos en los vaqueros y crucé el salón hasta llegar a un pasillo. La primera puerta daba a un baño con un suelo radiante de mármol y una inmensa bañera cuyas patas tenían forma de garras rematadas en esferas. La segunda puerta daba a su estudio, donde estaban expuestos los libros de arte más increíbles que había visto en mi vida, volúmenes enormes de todo el mundo: tesoros del Vaticano que pesarían más de veinte kilos, catálogos de la Tate Modern o libros sobre Robert Mapplethorpe y Damien Hirst con dedicatoria incluida. Los anaqueles y mesas parecían no acabar nunca. Podría haberme pasado el resto de la vida leyéndolos, pero disponía de unas pocas horas, como mucho. Su escritorio parecía sacado de la sección de diseño del MoMA, y quizá era cierto. Pasé a la cocina, donde encontré un par de cuchillos e incluso un destornillador de joyero, con lo que no me costó abrir los cajones del escritorio. Además de varias declaraciones de impuestos, recibos y facturas, los documentos contaban otras historias: Ashby había intentado adquirir todo el fondo de Jaap Rietman, la famosa librería de arte que había en Spring Street. También encontré apuntes personales sobre una cena en Washington con Fieldston y el director del Instituto Smithsonian; Ashby se sintió desdeñado por él. Al final Fieldston no pudo presentarle a un senador al comisario de arte. Más notas sobre Fieldston. Ashby creía que el director de Claiborne's era un zoquete con ropa cara. Una vez, tuvo que pasar el bochorno de participar en una reunión en la que Fieldston intentó impresionar al director de un museo de Barcelona hablando castellano con lo que, según él, era acento catalán. Su acento era penoso, y los errores gramaticales, humillantes, y Ashby suplicaba en su fuero interno que pasara al inglés. Todo aquello era interesante, pero no lo que yo estaba buscando. No había fotografías, nada que hiciese referencia a los gemelos tatuados. Marnie me decía: «Está todo en el ordenador, cabeza de chorlito». Me decía que no iba a encontrar ninguna prueba física, que paso demasiado tiempo en siglos previos a la invención de la bombilla.

Y el caso es que llevaba razón. No había sacado absolutamente nada del estudio y, si esa zona estaba limpia, era poco probable que en el resto del ático encontrase algo que aún no supiese. No quería entrar en la habitación de Ashby. Juro que era el último sitio al que quería ir, pero ya había registrado todo lo demás.

Abrieron la puerta del ático. Ya era media mañana. Oí a alguien en el umbral, hablando en otro idioma; quizá el conserje les había abierto a las empleadas del hogar. Ya no me daría tiempo a volver sobre mis pasos, salir sigilosamente por la ventana y escapar por la escalera de incendios, así que entré en la habitación. Parecía sacada de *Las mil y una noches*: alfombras y cojines persas, lámparas de Marruecos, tapices de la India. Las fantasías orientalistas de Ashby estaban confinadas en aquel rincón del ático, pero no había dónde esconderse, salvo el armario, repleto de trajes

hechos a medida y zapatos. Los pasos ya sonaban en el pasillo. No me quedaba más remedio que apretujarme ahí dentro.

Y ahí, entre lana inglesa y seda italiana, estaba el jubón negro de Velázquez, con una cruz roja en el pecho. Sin saberlo siquiera, eso era lo que estaba buscando.

Se abrió la puerta de la habitación y dejaron de oírse los pasos, amortiguados por las alfombras, pero alguien estaba silbando «Danke Schoen». El zumbido de una aspiradora en la otra punta del pasillo era tan intenso que ahogó el silbido. Me aliviaba que fuesen las empleadas del hogar, pero ¿a santo de qué estaban silbando una canción de Wayne Newton?

La puerta del armario se abrió. Una mano hurgó en la oscuridad. ¿Estaría buscando un traje limpio? Uno de los dedos lucía un enorme anillo: en la parte superior, lisa, estaba grabado el escudo del Dartmouth College, y en el lateral había un número. Ashby no estudió en Dartmouth, pero llevaba un anillo de promoción que compró hace muchos años en una casa de empeños de Flatbush Avenue para que la gente creyera que sí.

## Capítulo 17

Me pegué todo lo que pude al fondo del armario, pero la mano encontró mi cara. Ashby soltó un grito, pero al instante se percató de que era un rostro femenino y me sacó del armario de un tirón. Con la otra mano cogió el teléfono, dispuesto a llamar al 112.

—Yo de ti no lo haría, Jack. —Miré la pintura azul de mis vaqueros. Era una mancha pequeña, pero aún se veía.

—¡Qué alegría, Stella! Ni siquiera voy a preguntarte qué haces en mi casa. Se lo puedes contar a la policía. —Parecía muy seguro de sí mismo. Iba a llamar a los agentes, y luego subiría tranquilamente al jardín de la azotea, copita de vino blanco de media mañana en mano, y escribiría a los otros comisarios y marchantes de arte para invitarlos a un *brunch* el fin de semana. Haría todo eso sin dignarse siquiera a mirar de refilón a las limpiadoras de su ático ni a mí.

—He visto que tienes una colección de arte enorme. —Me froté la mancha de pintura azul de los vaqueros—. Supongo que algunas piezas son auténticas y otras no; y a lo mejor las reales tampoco deberían estar aquí.

Ashby bajó el teléfono.

—Stella, eso a ti no te importa.

—Por eso lo digo, precisamente: puedo hacer que me importe. —Me la estaba jugando.

Ashby tenía los ojos clavados en la pantalla de su teléfono, como si pudiese tragárselo a él y todos sus problemas. El zumbido de la aspiradora se oía cada vez más fuerte. Las limpiadoras abrirían la puerta de un momento a otro. Echó el pestillo.

—Esto es un negocio de caballeros, Stella, como bien sabes. —Se dejó caer sobre un puf enorme y me hizo un gesto para que tomara asiento—. Como prefieras. Mira, llevas en este mundillo el tiempo suficiente para saber que, sobre todo al principio, tuve que aparentar tener un estilo de vida que no era el mío. —Se acomodó en su asiento, pero se le veía nervioso—. Estoy siendo todo lo sincero que puedo permitirme ser.

—Encontraste la forma de costearte las apariencias que tenías que guardar.

—Las deudas pueden llegar a ser despiadadas. Cuando empecé en Claiborne's, quise dar una cierta imagen; quería que la gente creyese que ese tren de vida era el único que había conocido. Tenía que ir a un sastre concreto, alojarme en hoteles de cinco estrellas, comer en determinados restaurantes y correr con los gastos de mis invitados. Mis muebles tenían que estar fabricados por ebanistas y carpinteros artesanos, con talleres en la zona cara de la ciudad. No tenía medios, pero sí tarjetas de crédito, así que no tardé en acumular una deuda mayor de la que podría pagar en toda mi vida, por altas que fuesen mis comisiones. Eso fue antes de que el precio de

las obras de arte se disparase; pero, aun así, la cuestión es que siempre surgen necesidades nuevas, que se anhelan más cosas. En mis primeros años en la casa de subastas, conocí a gente que hacía buenas copias, copias excelentes; eran profesionales y creaban piezas que costaba mucho distinguir de sus originales. En realidad, trataba exclusivamente con un hombre. Tu predecesora, que tenía un ojo excelente, me avisaba cuando un cuadro era una falsificación; así fue como descubrí al tipo. Claiborne's no los sacaría a subasta, pero yo sí podía venderlos en privado.

—La echasteis.

—Cambió de aires. —Ashby se puso en pie abruptamente, se acercó al armario, que olía a cedro, y empezó a alisar sus trajes. Negaba con la cabeza, y usaba el tono de voz con el que se habla a alguien que no tiene muchas luces—. Ya no estamos en la época del gramófono. Se ha inventado internet, y los cuadros aparecen en la Base de Datos de Obras de Arte Robadas. Yo ofrezco copias, no fomento el robo ni colaboro con él. Solo hago de intermediario porque conozco a coleccionistas, y tengo a un pintor habilidoso que trabaja para mí en un precioso chalé de Bushwick.

—¿A cuántos compradores tanteaste para el Velázquez?

—Stella, por favor... Primero: ya te he dicho que no robo obras de arte, solo uso lo que ya se ha malversado; y, segundo, *Las meninas* es demasiado conocido. No comercio con piezas tan famosas; es muy arriesgado. Todo lo que vendo en privado son obras menores, que el radar no detecta, como quien dice.

—Edward Hopper es bastante conocido. *Noctámbulos*, por nombrar alguno de sus cuadros, apareció en la cubierta de la guía telefónica de la ciudad de Nueva York, cuando aún se usaban.

—Hay diferencia entre vender algo como un original y vender una obra del estilo de... Y tercero —continuó Ashby—, soy el comisario de Arte Europeo de Claiborne's. Sería un claro sospechoso.

—Ahí voy, precisamente: tú eres el claro sospechoso, pero, quién sabe cómo, toda la mierda me ha caído a mí.

—Stella, pensaba que éramos amigos. Siempre te he cubierto las espaldas.

—No, Jack. Era al revés: yo nunca necesité que me cubrieses, salvo por lo de trabajar por las noches, y a Fieldston le daba bastante igual, siempre que los informes llegasen a tiempo. Tú eras el único que tenía algo que ocultar. Y ahora aún más. ¿Qué haces cuando aparecen los originales?

—Aún no ha sucedido, y dudo que pase en toda mi vida. El robo de obras de arte, por valiosas que sean, no es una prioridad de la policía, salvo en Italia. Y yo no vivo en Italia.

—Ya me he dado cuenta. Yo tampoco vivo en Roma, pero voy a tener que contarle esto a Garfield, Jack. Me entiendes, ¿verdad? —En cuanto al vídeo hallado en su ordenador, no iba conmigo empezar a dar saltos de alegría y reírme a carcajada limpia del exhibicionismo ajeno. Sí, era una prueba más incriminatoria que esos chanchullos artísticos secundarios, pero reírse de un hombre con los pantalones

bajados, aunque hubiese un asesinato de por medio... Si hubiese podido evitar hacer clic en enviar, aunque fuera durante unas horas, lo habría hecho.

—¿Te acuerdas del Gauguin descolorido?

—Sí. ¿Qué pasa?

—El vendedor quería que se restaurase por completo, y te negaste.

—Eso implicaba volver a pintar la boca de rojo y el cielo de turquesa, para que tuviese el mismo aspecto que recién pintado, en 1870. Hoy día ningún conservador que se precie hace esas cosas.

—Lo sé, lo sé. —Hizo un gesto brusco con la mano—. Restaurar, añadir color a un original, aunque esté desteñido y en malas condiciones, equivale, desde un punto de vista profesional, a mentir. Sin embargo, Fieldston creía que tu negativa era pura holgazanería. Quizá no te haga gracia, pero Claiborne's era famoso por su sección de restauración. Perdimos clientes por tu culpa. Tú conservaste tu trabajo gracias a mí. Me debes una.

—No voy a ir a la cárcel por ti, Jack. ¿Y qué me dices de los disfraces? —Me acerqué al armario y saqué el jubón—. Esto forma parte de tus actividades nocturnas. Conocías a Sandro, mentiste a la policía.

—Tenía mis razones, no lo entenderías.

—Vale, Jack, soy subnormal profunda. Intenta explicármelo.

Por enésima vez, volvió a jugar con su móvil. Se lo quité de un manotazo y cayó al suelo. Ese mínimo desorden lo distrajo, y yo necesitaba que estuviera concentrado, así que, aunque no acabo de explicarme por qué, le pegué un rodillazo en la barriga. Estaba hasta la coronilla de su acento falso, de sus viajes a Venecia y Miami, de su forma desdeñosa de mirar al personal, de que fuesen otros los que arreglaran sus desaguisados, de que escurriera el bulto una y otra vez. Se encorvó, llevándose las manos a la barriga. En su fuero interno siempre había pensado que yo venía de un entorno de gentuza. Le dije que ya no trabajaba para él, que necesitaba respuestas. Y rápido.

—Cancelé la cita con Moonelli cuando lo vi. No lo asesiné, ni robé *Las meninas*.

—Pero habías planeado una escena en la que usarías el cuadro de fondo. Le diste el código de seguridad porque creías que a esa hora ya me habría ido.

—Sandro medía uno setenta y ocho, según su anuncio, y tenía las manos y los pies grandes. No había nada de su descripción física que fuese verdad, aunque la gente nunca suele ser sincera al cien por cien en los anuncios. —Suspiró, y tuve que instarlo a que continuara—. Sin embargo, Sandro era muchísimo más bajo de lo que decía, aunque la foto de su cara no me hizo sospechar. El caso es que, una vez allí, antes de quitarse la ropa parecía un hombre. Bajé mucho la luz y le pedí que se pusiera el traje. Como sin duda imaginarás, hay ciertas partes del cuerpo que cuesta añadir. A algunos les va eso, pero no es lo mío. —Hizo una pausa y recolocó una almohada—. Cuando descubrí que antes Sandro era Sandra, viví mi propio *Juego de lágrimas*. Yo no iba buscando eso. Era bajo, vale, pero me gustaba hasta que se quitó

la ropa. Me sentí engañado, estafado, y le dije sin cortarme que se fuera a la mierda y no volviera a llamarme. Estaba tan cabreado que salí escopetado del edificio. Además, Sandro tenía un punto inquietante. Estaba muy sereno, como si supiera algo que yo no sabía, como ahora parece demostrarse, aunque sin duda no sospechaba que estaba a punto de morir.

—¿Te dio miedo?

—Sí.

—Pero ¿por qué no se lo dijiste a la policía? ¿Por qué me lo pusiste tan difícil a mí?

—Nadie se creería que no tenía nada que ver con el robo y la muerte del señor Moonelli. Y, aunque se lo creyesen, me echarían y no volvería a trabajar en mi vida, ni en esta ciudad ni en ningún sitio. Claiborne's contuvo la noticia del robo setenta y dos horas, con la esperanza de evitar un escándalo que supondría el final para una casa de subastas centenaria y que provocaría un conflicto internacional. Fieldston puede hacer esas cosas. Conoce a gente, y no había cuerpo. El robo no llegó a las noticias. Ni siquiera cuando sacaron del agua el cuerpo de Moonelli se dijo nada de *Las meninas*. Supongo que pensaron: «El enésimo cadáver de un transexual, ¿y? ¿A quién le importa?». Fieldston jugó sus cartas pensando que el cuadro no tardaría en encontrarse, dando por sentado que los ladrones jamás lograrían venderlo: era demasiado conocido. No sé dónde está la obra, pero sé que hay un cadáver, y tiene que haber un cabeza de turco.

—Y yo tengo todas las papeletas para serlo.

—Te puedo pagar. —Me miró con indiferencia, como si hablase del alquiler de un amarre para un yate—. Y estoy pensando en seis cifras.

—¿Para qué quiero yo todo ese dinero en la cárcel? —Me veía inclinada a creerlo. Un robo de esa magnitud, con asesinato, para más inri, era demasiado vulgar para que un hombre como Ashby se lo plantease siquiera. Pero, entonces, ¿quién contrató a los Dagbent? ¿Y cómo entraron en el edificio y en mi estudio?

—Estoy seguro de que tu padre, moviéndose en el mundillo en el que se mueve, conoce a la flor y nata de los abogados.

Era la segunda vez en muy poco tiempo que alguien hacía esas insinuaciones sobre el negocio de la chatarra. A veces mi madre, presa de la frustración, le añadía a la chatarra el epíteto «de mierda», pero ese mito de que los mafiosos acechaban entre la caja registradora y las montañas de metal no tenía ningún fundamento, aunque empezaba a ser un problema, hasta el punto de que mi padre llegó a plantearse usar de verdad sus instrumentos de trabajo contra algunas personas.

—Sí, llamamos a Saul Goodman cuando la pala excavadora saca un cuerpo de entre dos coches robados y aplastados.

—En efectivo, Stella. Lo tengo aquí, en casa. Y le añado el Hopper. Es una obra de su estilo, basada en el cuadro de la estríper; no una copia exacta. Puedes venderla por millones de dólares y nadie se enterará en la vida.

—Gracias, pero no, Jack. —Me giré para echar un último vistazo a la habitación orientalista, las lámparas marroquíes y las alfombras de Tabriz—. No hace falta que me acompañes a la puerta. —Por segunda vez en setenta y dos horas le hacía ascos a un pastizal.

La mujer de la limpieza no me miró siquiera mientras dejaba atrás todos esos cuadros.

## Capítulo 18

No encontraron a su familia porque se había distanciado de ellos. Como la mía era la última llamada perdida en el móvil de Marnie, los del hospital me llamaron a mí. Al principio, la enfermera encargada de esa planta no me dejaba entrar a verla. No podía culparla por ello porque tenía un aspecto desharrapado; además, probablemente mi ropa aún oliese a sirope de cereza y sangre, aunque, en un hospital, de la segunda hay por doquier. Las dos policías estaban a unos metros de la puerta, hablando con un médico. La planta olía a desinfectante industrial con aroma a almendras y abrillantador para zapatos blancos, y estaba impregnada de ese olorillo acre de la penicilina que lleva más tiempo de la cuenta en esas botellitas marrones. En una ocasión, Marnie me comentó que esa isla de plástico flotante en pleno océano, que según dicen tiene el tamaño de Texas, estaría formada en un 90 por ciento por botes de pastillas.

—¿Quién es usted? —La enfermera me puso la mano en el brazo para impedir que entrase en la habitación.

—Talia Sleeter, la prima de Marnie. Mire, el hospital me ha llamado. Me he pegado cuatro horas de coche desde Baltimore. —Sabía lo suficiente sobre la familia de Marnie para sonar convincente. Estaba enfadada, pero no quería levantar la voz estando la policía en el pasillo.

Me dejó pasar.

Marnie estaba en coma. Tenía los ojos cerrados, hinchados y amoratados, además un auténtico laberinto de tubos recorría todo su cuerpo.

Mostrarse conmocionado ante esa imagen era fácil, pero no tuve que fingirlo. Las enfermeras, los pasillos del hospital y los pacientes en las camas a ambos lados de Marnie desaparecieron por completo, emborronados.

Ojalá pudiera dar marcha atrás, que no hubiese pasado nada. Haberme ido a casa temprano aquel día, indiferente al misterio de quedarme a solas con *Las meninas* en plena noche; no haber encontrado el cadáver de Sandro Moonelli; no haber estudiado conservación y quedarme en la carrera de Química; no haber roto con Carter, no haberlo conocido siquiera, no haber atropellado a Jeannette Bender, no haberme marchado de Providence. Jamás. Todo conducía a este momento. Estaba convencida.

Le susurré a Marnie unas sensaciones que pensé que le parecerían reconfortantes: entrar en un café un día gélido y ventoso de Chicago y rodear con las manos una taza de chocolate caliente con un toquecito de ron, jengibre y pimienta negra. El sonido de las cigarras en una noche de verano. Ir a ver el océano Pacífico, una de las primeras cosas que ambas hacíamos cuando viajábamos a la Costa Oeste.

Quería preguntarle qué era lo último que recordaba, en qué bar había estado. Quizá había reconocido la cara del indomable Luke, o del juez de la horca Roy Bean,

antes de que le ocurriese lo que la dejó así. Si alguien le había echado algo en la bebida, quizá ni siquiera hubiese visto el gesto rápido de una mano abriéndose y cerrándose en una fracción de segundo. ¿Habría tocado siquiera el vaso esa mano? Quizá. Pero las huellas, los restos de ADN, todas aquellas células y moléculas, ya habrían desaparecido.

En caso de que le hubieran echado algo en la bebida, ¿qué sabor tendría el blanco de plomo? ¿Existía esa posibilidad, o se trataba de la típica droga usada en las violaciones? Una policía, en cuya placa leí ANGELICA LAKE, se asomó a la habitación y me preguntó quién era.

—Talia Sleeter, su prima —repetí.

—Estamos interrogando a la gente del bar, además de a sus amigos.

—Gracias, agente, me alegra saberlo. Yo estaba en Baltimore, he venido en cuanto me he enterado.

En una mesilla junto a la cama había algunos efectos personales de Marnie. Me levanté y, discretamente, me llevé la mano a la espalda para sacar las llaves de Marnie de su bolso, confiando en no tirar nada. La mujer de la cama de al lado estaba consciente, pero tenía la cabeza encastrada en un artilugio y supuse que eso le dificultaría girarla para ver mis dedos abrir la cremallera y deslizarse en el bolsillo donde sabía que Marnie guardaba las llaves. Y supuse mal. La mujer no podía hablar, pero emitió un sonido chirriante que le salió del fondo de la garganta.

Una enfermera entró corriendo. Las llaves se me resbalaron y cayeron al suelo. En medio del alboroto, pude agacharme y recogerlas, sin apartar la mirada de la paciente de ojos endiablados que intentaba señalarme.

Le dije a la agente Lake que no quería estorbar mientras atendían a la mujer histérica, que volvería dentro de unos minutos, así que me marché de la habitación y salí del hospital. Quería estar con mi amiga, pero no me quedaba más remedio, y maldije a la agente Lake, a las enfermeras y a esa entrometida con la cabeza encastrada.

Me senté en un banco de Prospect Park cubierto de ladrillos brillantes color aguamarina empapados de matarratas. Ese revestimiento color turquesa estaba pensado para frenar a las ratas pardas que invadían el parque, con lo que se creaba una frontera tóxica entre las mansiones y los patios de los bloques de edificios, entre las pistas de tenis y los grupos de percusión en círculo que ensayaban en el parque. No había oído la radio ni visto la televisión desde el robo, y me preguntaba si Claiborne's habría logrado mantener el silencio informativo. Saqué el móvil y busqué información sobre *Las meninas*. Debería haberlo hecho antes de que llegase a Claiborne's, pero creía conocer la obra. El Velázquez era uno de esos cuadros iconográficos, como *El grito* o el autorretrato de Van Gogh: ¿qué más había que mirar? Conocía el cuadro. ¿Por qué iba a tener que buscarlo en la Wikipedia? Era una experta. Me limité a seguir el protocolo previsto cuando se confirmaba un envío desde un museo. No nos exigían informarnos sobre la procedencia del cuadro ni su

historia.

Así pues, cuando busqué información sobre *Las meninas* comprendí que unos días antes había llegado un cuadro a Claiborne's, pero que no era ese cuadro. El sello debería haberme dado una pista: Göring mandaba estampar una esvástica en el reverso de todos los cuadros valiosos que saqueó durante la Segunda Guerra Mundial, pero el Velázquez no era uno de ellos. Había pasado la guerra en la relativa seguridad del Prado, en Madrid, y por ende no tenía un sello nazi en el reverso. El cuadro nunca había salido del museo; ni entonces, ni ahora. La obra en la que yo había trabajado era una falsificación. La persona o personas que enviaron el cuadro que pasó fugazmente por mi estudio no tenían ninguna relación con el Prado. Su identidad era una incógnita.

Busqué el archivo de Ashby y Moonelli y se lo envié a Garfield.

## Capítulo 19

Hacerse el tonto era una técnica de Garfield para obtener información, aunque algunas cosas ya las supiese. *Las meninas* era una falsificación. El Prado confirmó que el original no había salido de Madrid. Habían pirateado el sistema informático del museo, con lo que los correos y otros mensajes enviados a Claiborne's parecían auténticos, pero no lo eran. Garfield no podía creerse que nos hubiesen engañado a todos. Para él, nuestra candidez no hacía sino subrayar el *mierdástico* mundo de los peces gordos que se las dan de entendidos. Y luego estaba la grabación de Ashby. Garfield me llamó a las pocas horas de recibir el archivo. No es un interrogatorio, «querida». No hace falta que traigas a un abogado.

Me esperaba una sala inhóspita, una mesa, dos sillas, un tubo fluorescente en el techo, cámaras ocultas y un falso espejo, como el decorado de una obra de teatro con dos actores, donde los antagonistas se enfrentan a lo largo de tres actos y, de cuando en cuando, se giran para mirar al público y explicar un detalle destacado o una opinión de la que no puede enterarse el otro actor. Sin embargo, nuestra «charla» tuvo lugar en su despacho, diseñado para parecer cómodo, e incluso acogedor: un emplazamiento que, según me advirtió Demetrius, arrancaba confesiones con una tasa de éxito alarmantemente alta. Cuando yo no respondía a alguna pregunta, Garfield se ponía triste, y me daban ganas de añadir: «¿Qué le pasa?». Sin embargo, me abstuve de actuar en modo eco, pues así lo irritaría aún más.

—Siento lo de su mano. —Garfield sonaba, y hago hincapié en lo de «sonaba», sincero—. Eso va a dificultarle el trabajo.

—Los médicos dicen que se curará del todo, hay que darle tiempo.

—Sí, tiempo al tiempo; ya lo he oído otras veces. Su antiguo jefe tiene un mal genio de aúpa, ¿eh? —Se refería a Jack Ashby. Yo no mencioné a Fieldston, que había vuelto en sí pero no se acordaba de nada.

Me encogí de hombros. Ashby podía ser una serpiente, pero yo no diría que fuese particularmente propenso a los exabruptos. Era más del estilo «Ya te la devolveré, ya» o del «Llevar una vida opulenta es la mejor revancha».

Las paredes eran oliva claro; no vi fotos familiares, pero había varias de Garfield con Magic Johnson, el alcalde, el comisario de policía y Angelina Jolie en el rodaje de alguna película que debió de grabarse en el distrito 19. En esa última fotografía, en concreto, no se esforzaba lo más mínimo por disimular que estaba disfrutando como un enano. El mobiliario de su despacho tenía ese toque de optimismo Ikea, aunque en su mayoría serían los muebles estándar del ayuntamiento. Las plantas eran de verdad. Un pequeño Spider-Man de plástico trepaba por una planta araña, lo que demostraba que Garfield tenía, enterrado en algún lugar recóndito, sentido del humor. Lo cogí y empecé a jugar con él.

Para retrasar mi propio interrogatorio, entre otros motivos, le pregunté si no podía hacer algo por Demetrius.

—No sabía que tenían una relación tan estrecha —respondió, arrebatándome el Spider-Man y volviendo a ponerlo en la planta. Debería haberme quedado calladita—. Le voy a explicar varias cosas. Sabemos que no estranguló a Sandro Moonelli. Estamos sometiendo la grabación que sacó del ordenador de Ashby a un análisis de voz, y parece que su jefe cometió un *crime passionnel*.

Garfield pronunció la expresión con un acentazo ridículo. Se acercó a su cafetera de émbolo, regalo de su mujer, según comentó, como si necesitara explicarlo, y me ofreció una taza de café, que acepté.

—También parece lógico suponer que los cuadros encontrados en su apartamento lo vinculan al robo del Velázquez. —Añadió otro terrón de azúcar a su taza conmemorativa del 11-S, agitando antes el paquete, como si la gravedad necesitara ayuda.

—Él debería haber sabido que el auténtico cuadro estaba sano y salvo en Madrid. Esto no tiene ningún sentido.

—Pero no lo sabía, ¿verdad? Se comportó como si *Las meninas* fuera auténtico; a él, claro, le interesaba actuar así. Solo me estoy fijando en los hechos. Eso es lo que yo hago. A propósito, insiste usted en culpar una y otra vez a los gemelos Dagbent, pero la grabación indica que Ashby estranguló a Moonelli.

—La grabación determina que Ashby estaba en la sala, pero creo que se marchó antes de que empezasen los gritos.

—¿Otra vez los Dagbent?

Asentí. La expresión de Garfield reflejó tolerancia; la tolerancia de un hombre experimentado en presencia de una boba.

—Los Dagbent son como fantasmas. Popeye es más real. No hay pruebas físicas de su existencia, así de sencillo. Vio a uno bajo la lluvia, le atacaron en una panadería, pero ni siquiera podemos encontrar sus huellas dactilares. Svalbard afirma que no ha oído hablar de ellos en su vida.

—Estaba claro que iba a decir eso.

—Si son inmigrantes irregulares, no les será difícil vivir en una especie de inframundo con dinero en efectivo y un suministro inagotable de teléfonos de prepago.

—¿Qué hay de la muerte de Juni Svalbard?

—Sí, eso ocurrió de verdad, pero no hubo condena, y luego desaparecieron del mapa. En cuanto a esa historia de que quisieron dar un toque de su ADN a una tarta de plátano, me cuesta tragármela.

Estaba bloqueada. Le di un sorbo al café, decente.

—Lo que creo que pasó es lo siguiente —dije. Había visto y escuchado la grabación de Ashby muchas veces. Después de que la imagen se cortase, el audio se distorsionaba. Al igual que los sonidos emitidos por las orcas, me parecía que podía

interpretarse de varias formas. Quizá a Garfield el significado de esos sonidos no le pareciese ambiguo, pero yo no estaba de acuerdo con él—: Sandro se quitó la ropa; Ashby se cabreó y se fue pitando. No le gustaban los cuerpos de mujer, ni siquiera los parcialmente femeninos. Ashby no es una persona agradable, pero es mucho más factible que, después de cantarle las cuarenta a Sandro, se marchase a toda prisa, en lugar de asesinarlo por estar mal dotado.

—Es inverosímil que Ashby dejase a Sandro solo en Claiborne's con todas esas obras valiosas, ¿no cree? Pero qué sabré yo, que soy del burdo pueblo llano.

—La mayoría de las piezas se guardan en salas protegidas con códigos, como debería haber estado mi estudio. Además, Ashby confiaba en el sistema de cámaras de seguridad, sin saber que lo habían desconectado. Se marcha. Los Dagbent entran. Sandro esperaba llevar a los Dagbent hasta el cuadro, no que lo asesinasen. Sandro, cuya voz tenía un timbre particular, estaba aterrorizado, y lo que yo oí desde el piso de arriba fueron sus gritos. Dejé mi puerta abierta cuando bajé a toda prisa, pero me detuve en la escalera porque estaba harta de interrumpir a Ashby en plena diversión. Cuando volví, la puerta del estudio estaba cerrada y se había bloqueado con el código automáticamente. Supuse que se habría cerrado con la inercia al salir, pero los Dagbent encontraron la puerta abierta, pensaron en dejar ahí el cuerpo por el momento y la cerraron, para esperarme dentro.

—¿Por qué conocía Moonelli a los Dagbent?

—No lo sé.

—¿Planearon juntos el robo y luego asesinaron a Sandro sobre la marcha? No tiene sentido. Además, ¿por qué meterse en un berenjenal así para robar una falsificación? Y, aunque fuese el auténtico, ¿cómo sabían que *Las meninas* estaba en Claiborne's? Se supone que nadie lo sabía, era un gran secreto sobre un cuadro que valía una auténtica fortuna.

No supe qué responder.

—Hemos registrado el piso de Ashby y hemos encontrado sus colecciones varias, pero no hay ni rastro del *grand seigneur*.

—Yo no tenía una relación estrecha con él. ¿Por qué no le preguntan a Sheilagh?

—Empecé a enroscarme el pelo con el dedo. No quería parecer nerviosa, pero me dio la sensación de que mis manos eran superfluas, como si tuviera que hacer algo con ellas; con la que no estaba herida, mejor dicho.

—No, si ya lo hemos hecho, y estamos buscando en todos los sitios que nos reveló sin dilación: de búnkeres subterráneos en los Hamptons a islas frente a las costas de Tailandia.

En el pasado, Ashby había sido Julius Abramowitz. Ahora podía ser cualquiera.

## Capítulo 20

En cuanto salí a la calle, llamé a Demetrius. No estaba segura de que quisiera saber de mí, pero en su voz percibí inquietud y a la vez alivio por que lo llamara, y me pidió que nos viésemos cuanto antes enfrente de un almacén pegado a la autovía Gowanus Expressway, pasado el cementerio de Green-Wood. Iba a entregarme algo que me resultaría imprescindible antes de hablar con nadie más.

El taller de Knox Barkley, si es que podía llamarse taller, no estaba exactamente pegado a la autovía Gowanus Expressway. Allí casi no hay más que hileras de coches y furgonetas aparcadas. El almacén, al oeste del paso elevado, estaba junto a una carnicería *halal*, y se oía a los pollos y cabras berreando y dando sus últimos estertores. Dentro había montañas de radios, batidoras y hornos tostadores, como si ahí lo único que se hiciera fuese reparar pequeños electrodomésticos, enésima profesión obsoleta.

Knox era un hombrecillo enjuto de pelo largo y canoso estilo *hippie*, las manos manchadas de tinta, una visera verde en la cabeza y una voz como la de Peter Lorre. También llevaba protectores de brazos. De no ser por el estruendo de la música de Jimi Hendrix que, según nos contó, ahogaba los alaridos de los pobres animales de al lado, Barkley podría estar sacado de una película de los años cuarenta ambientada en una redacción de periódico. Marnie, a la que le encantaban las comedias alocadas de la época, lo habría mirado y habría entablado con él un diálogo enérgico lleno de citas de los hermanos Marx.

—En teoría ya no trabajo en estas cosas, Demetrius. —Estaba claro que a Knox no le hizo ni pizca de gracia verlo. Se quedó tras el mostrador cutre, hecho con madera sucia y formica reluciente y resquebrajada.

—Eso es verdad; pero en la práctica sí.

—¿Cómo va lo de tu suspensión? —La gente del círculo de Demetrius, fuera el que fuese, estaba al tanto. Yo, en cambio, solo sabía que creció al lado de un zoo interactivo en el Bronx, pero necesitaba confiar en él.

—Esta amiga tiene que desaparecer; pasar un tiempo siendo otra persona.

—¿No nos pasa lo mismo a todos? —Knox intentó plantear un debate existencial.

—Siempre y cuando no sea dinero lo que fabriques aquí, puedo hacer como si no hubiésemos venido. —Demetrius sabía ser muy persuasivo. Algo me decía que Barkley no quería encargarse, pero que acabaría cediendo—. Además —Demetrius no había acabado—, este trabajo lo vas a hacer gratis. Me debes una.

—Vale, vale. Es pan comido. —Aunque no sabía qué era, lo que Demetrius le recordó a Knox Barkley pareció predisponerlo a cooperar, no sin antes esbozar una expresión de pánico que dejó paso a la resignación de quien no tiene alternativa, y lo sabe.

Barkley pasó del mostrador a la trastienda bailando al son de «Purple Haze», y volvió con una cámara compacta para sacarme una foto. Knox era un falsificador de documentos que iba a hacerme un pasaporte y un carné de conducir nuevos. También era vegetariano y traficante de armas, y le ofreció a Demetrius una Smith & Wesson sacada de su maletero, que hacía las veces de expositor. Ahora me llamaría Star Hammersmith.

—Parece el nombre de una estríper —dije.

—Star era una persona de verdad: yo no me invento a la gente, eso es de aficionados. Ahora mismo no tengo muchas opciones, pero te voy a decir lo que hay y decides. Tengo un Huong Hoài Mi, que significa «ruiseñor rosa» en vietnamita, y suena bien. Sí, suena genial. —Sonrió—. O Edward Sciarta, aquí lo tengo. Pero mucho me temo que no podrás pasar por ninguno de los dos. Stella significa «estrella», así que, si mi opinión vale de algo, creo que es la mejor opción. Es aconsejable que haya un pequeño porcentaje de verdad en las mentiras. ¿No estás de acuerdo, Pitt?

Demetrius agarró a Barkley de la camisa y lo levantó en peso. Fue un gesto tan rápido que a mí me sorprendió y a Barkley lo aterrorizó. Un par de teteras eléctricas cayeron al suelo con estrépito. Aquello era lo más cerca que había estado de zurrar a alguien en mi presencia, pero se contuvo. Necesitábamos a Barkley y lo sabía. El hombrecillo, haciendo acopio de los pocos añicos de dignidad que le quedaban, se recolocó los protectores de brazos y se retiró a la trastienda.

Mientras Knox hacía sus manualidades, Demetrius y yo fuimos al Greenwood Diner, un local cuadrado de aluminio que estaba cruzando el paso elevado, a tomar un café. Demetrius también pidió una porción de tarta de queso con cereza.

—¿Este es de fiar? —le pregunté.

—Knox es de la vieja escuela. Sus métodos ya no funcionan por culpa de la introducción de parámetros biométricos en los documentos, difícilísimos de reproducir. Estuvo probando con escáneres e impresoras, pero le daba la sensación de que era hacer trampas, de que eliminaba el componente artístico y corrompía su trabajo, así que ahora trabaja modificando documentos robados, que son un producto más seguro.

—Como el doble al que usar la pantalla verde y los efectos especiales le parece hacer trampa.

—Sí, algo por el estilo. Podría decirse que Knox cree que hay que saltar del tren en marcha de verdad.

—El caso es que a mí me gustaría poder salir andando del tren, sin romperme la crisma —dije.

La camarera nos trajo los cafés y la tarta de queso. Demetrius me ofreció una cucharada y pareció sentirlo de veras cuando le dije que no.

—Soy alérgica a las cerezas —le expliqué.

—Bueno, ahora que estás aquí, que dispongo de toda tu atención, tengo una

noticia buena y otra no tan buena. Svalbard dijo que Per desapareció tras la muerte de su hija y que no le consta que tenga un gemelo.

—Svalbard es un pelele muerto de miedo.

—Una cámara de seguridad grabó a una persona, que creemos que es Per Dagbent, atracando una farmacia. Parece que su hermano y él son adictos a los analgésicos; al OxyContin, más concretamente. Eso no debería sorprenderte.

No me sorprendía.

—Pero ahora se desconoce su paradero.

—¿Habéis comprobado en los hospitales?

—Sí, pero esta gente no va al hospital, eso lo sabemos. A menos que tengan un 99 por ciento de posibilidades de morir no cruzan la puerta de Urgencias. La policía no puede encontrar a los Dagbent; ahora mismo es como si quisieras hacer funambulismo entre dos torres, pero no tuvieras la cuerda para pasar de una a otra, así que ni siquiera puedes empezar a andar. Sabemos por qué Sandro estaba en la casa de subastas esa noche, pero ¿cómo sabemos que el atracador es el mismo hombre que te tiró un frasco de aguarrás a la cabeza después de estrangular a Sandro?

—¿Qué se sabe de Marnie?

Demetrius se encogió de hombros y levantó las manos, como diciendo que no tenía nada sobre su caso.

—Ya te lo he dicho, Stella: estoy fuera. Suspendido hasta que acaben de investigarme. He podido enterarme de lo de Per Dagbent y la cámara de vigilancia, pero no tengo nada más. —Pasó la mano por los moratones que habían aparecido en mi mejilla por cortesía de los panaderos—. Hay un problemilla con tu historia.

—¿No crees que estuvieron a punto de pasarme por la batidora?

Sus largas piernas tocaban las mías por debajo de la mesa. No me moví.

—Si los Dagbent preparasen sus *macarons* con trocitos de ti como proteínas añadidas, se estarían buscando problemas y confirmarían tu versión sobre su culpabilidad, y eso no les interesa lo más mínimo.

—Pero sí que les interesa deshacerse de mí. Eso es lo más evidente y refuta tu razonamiento. ¿Qué más les da que los pillen por el asesinato de Moonelli? Han hecho cosas peores. Se dedican a eso. —Me fijé en el brazo de Demetrius, en el punto donde el músculo se encontraba con el codo. Sus pies buscaron los míos.

—Tienes que encontrar *Las meninas*.

—¡No me digas!

Se comió un buen trozo de tarta de queso.

—¿Crees que es seguro que me quede en el piso de Marnie?

—Supongo que es más seguro que tu casa, pero será mejor que cambies la cerradura. —Se llevó a la boca otro trozo de tarta de queso, y luego repeló la cereza de la cuchara. No se hacía una idea del asco que me daba.

—Te puedes quedar en mi casa.

—¿Contigo y quién más? —pregunté.

—Con Zeppo, un cruce de collie y perro pastor, y con Gertrude, la iguana.

—Otra vez será, Demetrius. —Quería, pero en ese momento cambiarme de barrio me parecía como viajar a Marte. Estaba cansada y necesitaba dormir, o al menos intentarlo.

—Vale. No sabes lo que te pierdes.

—La verdad es que sí que lo sé. —No quería que aquello sonase desdeñoso, sino que comprendiera que debía concentrarme en sobrevivir, en vez de mudarme al palacio del placer. Siempre me digo que algunas cosas se pueden dejar para otro momento, y luego descubro que no. Como diría el presidente Bush, «subinfravaloraba» las situaciones, y luego no había segundas oportunidades.

## Capítulo 21

Al volver a casa de Marnie aquella noche, comprobé que la habían registrado. Llamé para que cambiaran la cerradura de inmediato, pero todos sus dispositivos electrónicos, que necesitaba para trabajar y costaban un dineral, habían desaparecido. Apenas tuve energía para despachar al cerrajero; luego volví a poner el colchón en el somier y me zambullí en una maraña de sábanas. Al meter la mano debajo de la almohada, toqué algo frío y pequeño semiescondido en la funda. Al sacarlo, vi que era un mechero de plata con la inscripción R. L. Me quedé dormida, atribulada por todo lo que había ocurrido por mi culpa. Ove Dagbent tenía un largo historial. R. L. podía ser cualquiera.

A la mañana siguiente, sumida en un estado grogui y semiinconsciente, caí en la cuenta de que debería haber ido a un sitio y haber llamado a una persona. Conseguí el número de Leon Kronstadt en el teléfono de información, pues en el piso de Marnie ya no había un ordenador que funcionase. Vivía en Queens y su voz era una versión joven de la de su abuelo. Le di el pésame y le dije que sentía no haber ido al funeral, pero no le conté que estuve presa en una panadería y me colé en un ático de Chelsea. Me dio las gracias por intentar salvar a su abuelo y quedamos para almorzar en el Jackson Heights Diner. Quería darme algo. Tiré a la basura la ropa, con restos de masa y sirope de cereza, y volví a abrir el armario de Marnie: cogí unos vaqueros oliva, una camisa de algodón gris que se abotonaba por el hombro, en lugar de por delante, y unas deportivas altas negras. Lo primero que tenía a mano y me venía.

Llegué al local un poco tarde. Leon ya había hecho un viaje al bufé y tenía delante un plato de *saag paneer* con *aloo* y otro de *chana bhaji*, pero esperó a que yo cogiese una bandeja y me sirviera rápidamente un *masala dosa* y un té bien caliente con semillas de cardamomo flotando. Estaba ansioso por hablarme del funeral.

—No te creerías la de gente que apareció —dijo entre risas—. Había un par de exnovias de mi abuelo, a las que no les hizo ni pizca de gracia verse. Una me dijo: «Leon, eres clavadito a Oscar». —Puso una voz profunda de fumador, con acento de Brooklyn. La verdad era que Leon, un tipo larguirucho con el pelo castaño, largo y liso, y gafas enormes, no se parecía en nada a su abuelo—. La otra me habló de cuando mi abuelo y ella fueron a un concierto de los Fugs con un colocón de campeonato. No me sorprendió.

—¿Conocías a alguien en el funeral?

—No, absolutamente a nadie. Había gente de todo tipo, salida de debajo de las piedras. Tu jefe, Ashby, estaba por allí.

—Qué cosa más rara. —No sabía que se conocieran, pero, tras su asesinato, Kronstadt se había convertido en un auténtico icono. Si había una leyenda implicada, Ashby estaría deseando dejarse ver y, a ser posible, fotografiar por cualquier

periodista de la sección de Sociedad que pasara por allí—. Supongo que quería presentar sus respetos. ¿Qué vas a hacer con la tienda?

—Vender las existencias. Darle al dueño del local el mejor regalo de Navidad de su vida. «Oye, Broner» —cambió la voz, como si hablase con el arrendatario—, «cerramos el negocio, no hace falta que nos compres, cantamañanas».

Solté una carcajada y estuve a punto de atragantarme con el *dosa*.

—¿Sabes que mi abuelo dejó notas y cartas para la gente? Como si sospechase que iba a pasarle algo.

—Tenía casi ochenta años. No es raro que la gente deje un testamento, Leon.

—Legó su colección de pigmentos insólitos a una mujer de Santa Fe.

—¿Otra novia?

—Quizá. Le encantaban las listas y los mapas, ¿sabes? Tiene listas de pintores de hace décadas, de decenas de pintores famosos, con los materiales que querían, escritos de su puño y letra. Esas se las ha dejado al MoMA. Su colección de mapas, que incluye uno de la ciudad obra de Marcel Duchamp, me la ha dejado a mí. A él se lo pasó su padre. Y también hay una lista para ti. Cuando se enteró de que te despedieron se preocupó por ti, sin saber, claro, que a él solo le quedaba un día. Estaba al corriente de lo que pasó en la casa de subastas.

Leon me entregó tres folios de rayas grapados por una esquina. Era una lista de varios trabajos para pintores. Oscar solía recomendar artistas a la gente que quería dar un toque personalizado a alguna parte de su casa, ya fuese pintar un mármol falso o auténticos murales. Al final de la tercera página había un dibujito de Spider-Man.

Eché un vistazo a la lista: «Pintar animales en la habitación de un niño: leones, tigres, rinocerontes, perezosos. Nada abstracto, lo más realista posible». «Separador de oficina. Personajes de cómics: Krazy Kat e Ignatz, los gemelos Katzenjammer, el Pequeño Nemo en el País de los Sueños, Gertie el Dinosaurio». El primer trabajo probablemente lo encargaron unos zoólogos taciturnos. El segundo sería cosa de unos historiadores de cómics nostálgicos. «Retoque en el mural de un vestíbulo, junto a los ascensores. Pintura de estilo japonés». «Cuadro del siglo XIX. No es de un maestro. Necesita restauración».

—Gracias, Leon. —Bajé la lista antes de acabar de leerla—. Pero no soy pintora. Soy más bien un médico.

—¿Qué me dices del trabajo del siglo XIX? Podrías hacerlo. —Se acercó y lo señaló en la lista.

Me encogí de hombros.

—Sí, ya, pero mi abuelo pensó que podrías hacerlo porque trabajas con cuadros del siglo XIX y más antiguos, y eso es lo que tiene este tipo. Lo único que hay que hacer es unos retoques y poco más. ¿No? Bueno, ¿y qué me dices de este trabajo de retocar a modernistas monocromáticos? Es en ese edificio nuevo en el centro de Manhattan, donde se desplomó la grúa durante el huracán. Eso podrías hacerlo. —Y con el dedo dio un golpecito en una línea de la segunda página.

Conocía el edificio. Era uno de esos rascacielos con forma de aguja, no muy ancho, pero sí muy alto, donde se vendían apartamentos por tropecientos millones de dólares.

—Según anotó mi abuelo, por unas cuantas horas de trabajo este hombre te pagará lo suficiente para que vivas un año entero. Aprecia la habilidad y la pericia, está ahí escrito. El hombre reside en Zúrich, creo, pero viene a Nueva York de cuando en cuando. Qué remedio, ¿no? En las notas se dice que se apellida Grilke, Ilya Grilke. La *e* final se pronuncia como una *a*.

Leon tenía razón, y ni él iba a estar siempre disponible para llevarme a almorzar, ni yo quería. Claiborne's no iba a pagarme una generosa indemnización por despido, por más que Ashby, con la sinvergonzonería que le caracterizaba, me hubiera dicho que lo intentaría: una propuesta absurda. Necesitaba trabajo, no había duda.

—Quizá me ponga en contacto con la gente de Krazy Kat —dije—, pero tengo que decir que me llamo Star Hammersmith. —Mojé un trocito de *dosa* en el *chutney* de cilantro—. Leon, ¿encontraste algo en los documentos de tu abuelo sobre un tipo llamado Birdwell?

—¿Birdwell? Sí, sé algo de Birdwell. Conoció a mi abuelo a principios de los noventa, quizá antes. Iba paseando por el SoHo, cuando aún había galerías en ese barrio, y, al no conocer del todo bien la ciudad, siguió andando hacia el este hasta toparse con la tienda. Quería hablar con mi abuelo sobre el coleccionismo de arte: ¿cómo saber cuánto puede llegar a valer algo? A él le parecía completamente arbitrario, e intentaba hacerse una idea del proceso: cómo asigna un marchante, o quien sea, valor a una obra. Cuando vio el letrero de una tienda de artículos para pintar, entró y empezó a hablar con mi abuelo. Supongo que pensaría que el proveedor de los artistas tendría una respuesta o al menos cierta información. Los marchantes de arte no querían hablar con el tipo, y a mi abuelo le dio pena. Birdwell vio las fotos en la pared e insistió en que se sacasen una. Todo eso fue antes de las cámaras digitales, así que envió una copia a la tienda por correo y mi abuelo se la quedó, quizá, más que nada, porque Birdwell era completamente distinto a todo el que entraba a la tienda. Era muy inocente, recuerdo que decía el abuelo, muy inocente.

—Supongo que no guardaría el sobre en el que iba la foto, ¿verdad? Podría tener la dirección del remitente.

—Mi abuelo guardaba un montón de recuerdos, pero no tenía el síndrome de Diógenes. Imagino que lo tiró hace tiempo. No obstante, aún estoy encontrando y ordenando cosas. Si veo algo sobre Birdwell, te aviso.

Leon pagó el almuerzo, cosa que le agradecí muchísimo.

## Capítulo 22

El andén de la parada Jackson Heights-Roosevelt Avenue de la línea F de metro, dirección centro, estaba más abarrotado que de costumbre a media tarde. La línea F, que tiene una forma de *c* alargada y se extiende por tres distritos, atravesaría Manhattan para luego zambullirse en Brooklyn. Esperé. Un altavoz anunció que la policía estaba investigando en la parada de Forest Hills-Seventy-First Street: podía ser cualquier cosa. Por fin, apareció un tren relativamente lleno. En algunas de las siguientes paradas más concurridas de la línea la gente llevaba aún más tiempo esperando, así que cuando el metro entró en la estación de Sixty-Third Street-Lexington Avenue, la primera de Manhattan, no cabía un alfiler, y yo me quedé encastrada hasta llegar a Jay Street-MetroTech, en Brooklyn. Sin embargo, unas paradas antes, en Delancey, había subido al metro una mujer más o menos de mi altura, con unas mayas de gimnasio color verde loro y el pelo recogido en dos pequeñas coletas engominadas y puntiagudas, como un personaje de *anime*. Me levanté para dejarle mi asiento a un hombre con un niño y, sin pensar, me moví hasta un hueco del vagón con algo más de espacio y una barra para agarrarme. La pájara de gimnasio también cambió de posición, haciéndose la ensimismada. La línea F se detiene en el túnel entre Jay y Bergen para dejar pasar al tren de la línea G, y en ese momento volví a moverme para colocarme justo enfrente de ella. De cerca, sus uñas turquesas parecían teselas de piscina. Fingía estar completamente absorta en lo que salía de sus auriculares, moviendo la cabeza y haciendo un bailecito estático, doblando un poco las rodillas y girando las caderas. La gente suele hacer eso cuando escucha música, creyendo que nadie se da cuenta, pero su baile parecía consciente, como si supiera que me había percatado e intentara hacerse pasar por una persona cualquiera rumbo a Coney Island. Estábamos en el último vagón, y al llegar a Bergen me bajé y empecé a rotar. Rotar consiste en pasar de un vagón a otro, cambiando en cada parada. Es lo que hacen los mendigos y los músicos, y se supone que es ilegal, aunque no tengo ni idea del porqué.

Cuando llegué al primer vagón, ya no tenía dónde rotar. La línea F ya había salido al aire libre, y zigzagueaba entre talleres mecánicos, *yeshivás*, salones de celebraciones y el cementerio Washington. Me encanta que el metro salga al aire libre. El paisaje se allanaba a medida que el tren se acercaba a la costa y, cuando las puertas se abrían, entraba un ligerísimo olor a mar. Al aire libre también hay cobertura, y los pocos pasajeros que quedaban iban a lo suyo, charlando y enviando mensajes. Debería haber sido una señal. Debería haber caído en lo que significaba, pero no. Solo pensaba en que había dado esquinazo a la pájara de gimnasio.

Iba mirando por la ventana la Neptune Avenue, los edificios de protección oficial que dejábamos atrás, los parques, el McDonald's gigante, sin prestar atención al resto

de pasajeros, hasta que llegamos a la parada del Acuario de Nueva York, cuando por fin me giré para echar un vistazo al vagón. El hombre de barba, el mismo de la tienda Mubarez Alomari, estaba a unos metros de mí. Llevaba unas gafas de sol polarizadas que parecían sacadas de la sección de atrezo de *Canción triste de Hill Street*, así que no sabía exactamente a qué estaba mirando, pero no podía ser casualidad, era imposible, que coincidiésemos en el vagón. La chica loro lo había llamado. Sabía la parada y el vagón. Ya era mala suerte que estuviese en las inmediaciones.

La siguiente parada, fin del trayecto, era Coney Island-Stillwell Avenue, y en cuanto se abrieron las puertas eché a correr hacia la salida de Stillwell Avenue-Mermaid Avenue. A mi izquierda se erigían las enormes atracciones con forma de esqueleto de dinosaurio: el Cyclone, el Thunderbolt y el Steeplechase. Pasé como una flecha junto a una oficina de cobro de cheques abierta las veinticuatro horas, y luego por la pizzería On the Run. El edificio de la esquina era un cine, o, mejor dicho, otrora fue un cine y ahora estaba a medio camino entre la construcción y el abandono. Las láminas de contrachapado que debían cerrar la planta baja estaban arrancadas, y un camino de tierra conducía a una escalera de incendios que se encaramaba al lateral del edificio. Probé a abrir la puerta en cada planta, pero estaban cerradas a cal y canto, y no tenía ni un segundo que perder intentando forzarlas. Los pasos en las escaleras metálicas, quizá un par de plantas más abajo, iban acercándose. No necesitaba girarme para saber de quién eran.

Al llegar a la última planta, sin acceso a la azotea ni más sitio adonde ir, tiré de la lámina de metal que separaba las escaleras de incendios y el interior. Los clavos colocados estratégicamente se soltaron y cayeron al suelo, y la lámina se desprendió como el plástico de un envase de helado. La última planta estaba en un cuarto piso y parecía que se usaba a modo de almacén. Algunos rayos de sol se filtraban por las ventanas donde se habían caído varias de las tablas con las que, en su momento, las tapiaron. Por doquier había estuches de películas desperdigados, muebles rotos y filas de butacas. Lo único que rompía el silencio era el sonido de unas gotas al caer. No estaba segura de lo resistente que sería el suelo, pues había zonas donde la madera estaba podrida. Supuse que las partes alrededor de las columnas eran las más seguras, con lo que pasé de ahí a una zona que soportaba el peso de un proyector del tamaño de un tanque volcado, y luego a una fila de antiguas butacas, unidas entre sí cual oruga de piel sintética. Me asomé a una parte donde el suelo había cedido. A mis pies dormían tres plantas de abandono: vigas oxidadas, el mostrador de las palomitas, huellas de ratones y ratas que escribían un guion roedor en el polvo, cariátides cubiertas de musgo que antaño flanqueaban una pantalla. Apenas pude detenerme un segundo: mi perseguidor había entrado en el edificio. Hay cosas que no se pueden controlar, y las toses secas me alertaron de su presencia. Llegué hasta una escalera de caracol que subía a la azotea y me siguió, zigzagueando como había hecho yo. Sin embargo, unas tablas podridas, junto a una de las filas de butacas, cedieron bajo su peso. Una pierna se le coló por completo en el piso de abajo, y lo vi bracear,

esforzándose con el resto del cuerpo para salir. ¿Debería haber vuelto a echarle una mano? Quizá, pero no lo hice. Mientras subía por las escaleras de caracol, al percatarme de que no gritaba pidiendo ayuda, eché la vista atrás y vi que las butacas empezaron a colarse por el agujero, cual remolino de mobiliario abandonado. Si la trampilla de la azotea no se abría, me quedaría atrapada en aquel edificio destartado y no podría volver sobre mis pasos. Por suerte se abrió. Ya estaba en la azotea. Vi gaviotas, el sol radiante y el océano al fondo. Salté al edificio contiguo, una galería de tiro un piso más baja, y me detuve a admirar el paisaje. Un DJ que pinchaba en los soportales de la planta baja puso «My Way», de Sinatra, seguida de la versión de Sid Vicious. Ese fue todo el tiempo que tuve —los cuatro minutos de esas dos versiones— hasta que oí la tos y me percaté de que no estaba sola en la azotea.

El siguiente edificio estaba demasiado bajo y no era seguro saltar. No obstante, un letrero giratorio pasaba lo bastante cerca como para, coordinando el salto, caer sobre él, y de ahí bajar al tejado de esa pista de coches de choque. En lo alto del letrero giratorio había un Corvette rojo descapotable. No había que ser un experto *yamakasi*, pero tampoco era como bajar un bordillo. Me inspiré en el dibujo de Spider-Man que había hecho Oscar, sincronicé el saltó y caí en el asiento del conductor. El dueño de los coches de choque había puesto ahí arriba un coche de verdad, y, en teoría, si no estuviese ensamblado a una columna de hierro, podría arrancarse y enfilarse con él la Surf Avenue.

Mi amigo don Moño, que me pisaba los talones y también saltó, fue a parar al capó del vehículo, inclinado y resbaladizo, con lo que empezó a deslizarse. El Corvette seguía dando vueltas: si el hombre acababa cayendo al tejado, lo más probable era que se lesionase; pero, si caía al vacío cuando el morro del coche estaba sobre la acera, se mataría. Agarró con una mano el borde del parabrisas, que se hizo añicos bajo su peso. Había cristales por doquier, en mi regazo, en los asientos y en el salpicadero. Se impulsó aún más, hasta que su cara estuvo a pocos centímetros de la mía, pero tenía las piernas muy largas y le costaba meterse en el asiento del copiloto. Las gafas polarizadas habían desaparecido en algún momento de la persecución. Tenía los ojos marrones oscuros, casi negros, e inofensivos; o quizá, como se veía a punto de irse al otro barrio, su lado de tipo duro estaba de baja. Le tendí la mano. La agarró, y pudo sentarse a mi lado. Me pasó una mano por encima del hombro, pero no esperé a saber si quería darme un abrazo o hacerme daño y, tras mirar a mi espalda, me armé de valor y volví a saltar. Aterricé en una marquesina de aluminio, alargada y caliente, y de ahí me descolgué al suelo, a unos dos metros. Me había torcido un poco el tobillo izquierdo y me dolía al apoyar el pie. Si mi perseguidor lograba bajar, no tendría escapatoria, pero empecé a alejarme cojeando todo lo rápido que pude, unos pocos metros. Pero eché un vistazo a mi espalda. No pude evitarlo.

El hombre se asomó antes de saltar y cayó a plomo sobre la marquesina. Aunque estaba delgado, el aluminio no pudo soportar su peso y cedió. Debajo había un contenedor gigante. Volví cojeando sobre mis pasos y miré dentro.

El hombre tenía espasmos; estaba inconsciente. Vaya pestazo. Aquel barrio no invertía muchos recursos en concienciar a los vecinos sobre los beneficios del reciclado y compostaje. Como nadie separaba el cristal y el metal, varios objetos afilados le habían provocado cortes en los brazos y las piernas, que sangraban bajo unos vaqueros planchados a conciencia. Además, se había golpeado la parte de atrás de la cabeza contra ladrillos y fragmentos de bloques de hormigón. Contuve el aliento y me encaramé al contenedor, decidida a hurgar en sus bolsillos. Quería encontrar un nombre o alguna pista sobre quién era ese tipo y para quién podía estar trabajando. Estaba de basura hasta las rodillas cuando oí un grito. Mi momento de intimidad estaba a punto de verse interrumpido.

—¡Eh! —Era la voz de un hombre joven, a pocos metros del contenedor.

—¿Qué? —dije, levantando la cabeza. Era un chaval de veintipocos años, con un monopatín cubierto de calcomanías de calaveras.

—¿Has encontrado algo bueno?

—No, está todo podridísimo. —Mi nuevo amigo era un hurgador de basura—. ¿Por qué no pruebas en el callejón que hay detrás del restaurante Applebee's, en Surf Avenue?

—Allí no hay ningún callejón. Nadie sabe dónde tiran la basura.

Sabía que la fiebre de la construcción y el afán de globalización abrió un Applebee's en Coney Island, pero no tenía ni idea de si había un callejón trasero. En algún sitio tendrían que tirar los restos de comida. Los pasos se acercaron.

—¿Estás seguro? Normalmente encuentro mierda decente por allí. Pizzas tropicales que la gente pide a On the Run y luego no recoge; cosas así. —Tenía que decir algo para que el tipo se largase.

—En On the Run no tienen pizzas tropicales. —Ahí me había pillado, pero quizá daba igual: el chaval parecía colocadísimo.

—¡Dios santo! ¡No te acerques! ¡Qué asquerosidad, joder!

—¿Qué es?

—Un beagle muerto. Ya tiene gusanos. —No había visto ningún mamífero peludo vivo o muerto en aquel amasijo de bolsas de plástico azules y negras desgarradas, pero tenía que ahuyentar al patinador como fuera. Funcionó. Lo oí alejarse, y me vino bien que no me ofreciese ayuda para salir del contenedor. Ayuda que, la verdad sea dicha, ni necesitaba ni quería. El caso es que, al final, el hurgador pasó de mí. Nada nuevo.

Hurgué en los bolsillos de don Moño. Encontré un cupón del 15 por ciento de descuento en una trituradora de papel, un carné de socio de la filmoteca y una factura de un restaurante mexicano —seguro que había pensado deducirse la comida en la renta—. En otro bolsillo encontré un paquete de cigarrillos Parliament extralargos. Empezó a formarse un charco de sangre debajo del cuerpo. Usando a modo de guantes dos bolsas de patatas fritas vacías y libres de meados de perros y humanos, lo giré con sumo cuidado. Llevaba una Glock 18 enfundada en el cinturón, entre los

vaqueros y la sudadera, que lucía un discreto logo de los Brooklyn Cyclones en la espalda. Cogí la pistola. Al darle la vuelta, vi que había otros dos bolsillos donde buscar, uno más empapado de sangre que el otro. El primero estaba vacío. Tuve que limpiarme las manos en los vaqueros —no fue una idea genial, pero era lo único que tenía a mano—. En el otro bolsillo había un papelito manchado de sangre, con un corazón estampado y un número de teléfono. Me imaginé que sería de alguna novia: nuestro momento de intimidad en un Corvette giratorio en lo alto de un anuncio de coches de choque no quedaría en nada, pero me guardé el papelito de todas formas.

Vi un teléfono entre un cartón de pizza aplastado y una torre de tazas de café del Dunkin' Donuts. Debía de ser el suyo. Además de estar encendido, ni siquiera tenía contraseña, así que podía mirar lo que quisiera. Lo primero que vi fueron mis fotos. Un montón. Entre ellas las que habían dejado a mi puerta.

El arma iba cargada, pero no estaba segura de saber usarla en caso de necesidad. Mi padre guardaba una Sig Sauer P226 Equinox 40 de Smith & Wesson con mirilla nocturna en la caravana del desguace y tenía buena puntería, pues solía practicar en un campo de tiro. Yo lo acompañaba de cuando en cuando, pero había pasado tanto tiempo que cualquier noción que tuviera se me habría olvidado ya.

Hice una llamada anónima al 112 para decir que había un hombre herido en un contenedor; luego llamé al número del papelito y saltó el contestador automático de la empresa Transportes Valentine, pero no dejé un mensaje después de la señal. Salí del contenedor y, observando la noria de Coney Island, cuyas luces empezaban a encenderse, abrí la página del calendario que había encontrado en la Panadería Svalbard, con la inspección de Birdwell apuntada en un cuadradito. El nombre de la empresa que distribuía el calendario estaba arrancado —seguiría encastrado bajo el monitor de la oficina de Svalbard—, pero el número de teléfono coincidía. Así pues, el calendario era de Valentine, una empresa que, como otras muchas, regalaba artículos para promocionar sus servicios. Era un nombre estrambótico y romántico para una empresa de transportes, pero el eslogan encajaba: «¡Por mar o por tierra, los del corazón te lo llevan!». No me había dado tiempo a ver bien los camiones que recogían los productos horneados de la Panadería Svalbard, pero recordaba vagamente el logo de un corazón en el lateral. Sin embargo, a juzgar por su tamaño, cabría pensar que la de Svalbard sería una de esas panaderías con su propia furgoneta o camión de reparto; no tenía sentido que contratase a Valentine, que debía de ser una empresa grande, que incluso hacía envíos internacionales.

No sabía dónde meterme la pistola para que no se notase: eso era un problema. La opción del bolsillo de atrás, tapándola con la camisa, me pareció aceptable por el momento. Intenté recordar lo que me enseñó mi padre sobre las armas. Él era un autodidacta precoz, y llegó a fabricar sus propias balas. Como quería que yo entendiese cómo funcionaban las cosas, trabajamos juntos en ese proyecto en su taller, vertiendo plomo en un molde fijado con un tornillo de banco. Fue mi primer contacto con ese elemento con el que se elaboran tantísimos pigmentos.

Volví a montarme en la línea F de metro, bajé en Smith-Ninth y me compré un expreso en Bean & Heard. Luego esperé al autobús B61 con destino Red Hook, que pasaba por la dirección de Transportes Valentine. En verano los días eran más largos, pero en una hora empezaría a oscurecer. No tenía claro si quería que Valentine hubiese cerrado ya o no.

Recibí un mensaje en mi teléfono: «El verdadero nombre de John Garfield era Jacob Julius Garfinkle. Julie para los amigos. No somos familia».

¿Cómo había conseguido Garfield el número del teléfono de prepago que estaba usando en ese momento? Eso implicaba que también sabía dónde estaba. Quité la batería, rompí la tarjeta SIM, partí en dos el teléfono y lo tiré a un solar justo antes de que el B61 apareciese rugiendo por Ninth Street.

## Capítulo 23

La sede de Transportes Valentine estaba en un edificio renovado, no en un contenedor de carga junto al muelle, como me esperaba. El vestíbulo estaba revestido de madera rubia y aluminio bruñido, pero también había esculturas de bronce de Tom Otterness desperdigadas aquí y allá: hombrecillos con sombreros de copa cargando sacos llenos de billetes, bebiendo martinis, rascándose la bolsa de dinero que tenían por cabeza, deteniéndose para echar un vistazo a un par de monedas gigantes. Esas figuras de Monopoly eran del mismo estilo que las que había en el andén de la estación de metro de Fourteenth Street, por donde pasaban las líneas A, C y E. Siempre me habían encantado esos pequeños capitalistas. Si había arte en el vestíbulo, y en particular esculturas como esas, era muy probable que hubiese obras de arte por todo el edificio. Le dije al vigilante de seguridad que me llamaba Star Hammersmith y que me enviaba Claiborne's para elaborar un informe sobre el estado de un cuadro del piso de arriba. Le mostré mi carné de conducir, cortesía de Knox Barkley.

—Séptimo piso —dijo—, tengo que desbloqueártelo. —Salió de detrás del escritorio, estuvo a punto de tropezar con un diminuto hombre de bronce, llamó al ascensor y, desde dentro, desbloqueó el acceso a esa planta.

Era un ascensor del tamaño de un ataúd, y la idea de no poder ir y venir a menos que alguien con una llave te desbloquease una planta no era muy tranquilizadora. Si tenían un cuadro en el que pudiese fingir trabajar, pondría el piloto automático y haría lo que sabía hacer.

La página del calendario de Svalbard se remontaba al 2001, y a la sazón el presidente de la empresa era Jake V., cuyo nombre aparecía justo debajo del número de teléfono. Supuse que seguiría vivo y en el negocio, y que era el hombre al que iba a ver.

Las puertas del ascensor daban a un pasillo corto, que olía a madera recién cortada. Era la planta más alta del edificio. Se decía que el arrendador estaba esperando a que Valentine perdiese su último portacontenedores a manos de algunos piratas somalíes, y apenas necesitaría retocar las instalaciones para albergar a un puñado de empresas emergentes de quita y pon, dispuestas a pagar un alquiler alto por tener una sede en Brooklyn, junto al mar, con un aparcamiento más que decente y unas vistas de la puesta de sol que quitaban el hipo. ¿A quién le importaban el nivel del mar creciente y los huracanes?

El despacho de Jake Valentine estaba tras una puerta doble de cristal. Era un joven rubio con una complexión de jugador de fútbol americano, y estaba sentado detrás de un cúmulo de pantallas, comiendo pollo frío que olía a hierbas frescas, tomillo y orégano, en un envase de mimbre de usar y tirar. No era del KFC, y justo al lado tenía una lata de cerveza Ballantine. Parecía demasiado joven para ser el director

de la empresa en 2001. ¿Quién era pues? A su espalda había un cuadro de Jeff Koons de un perro hecho con globos. Koons hacía, o, mejor dicho, encargaba que le hiciesen, enormes perros de acero inoxidable cromado con una capa de color transparente, cuya venta rondó los 60 millones de dólares la última vez que se subastó uno. Los cuadros que reproducían esas esculturas no costaban tanto, pero tampoco eran una ganga. La mirada del hombre se cruzó con la mía, pero siguió hablando por teléfono.

—Fue un detalle por su parte... Le dije que se lo metiera por el culo. —Se rio de su propia gracia mientras hablaba con la persona al otro lado del aparato, quienquiera que fuese—. Y va la tipa y me llama soplaitas. ¿Qué es eso? Ni puta idea. Oye, tengo que colgar. Ha venido alguien.

Procuré hacer como que no lo había escuchado. ¿Qué iba a decirle? Efectivamente, sonaba como un soplaitas. En la séptima planta hacía calor. El aire acondicionado estaría estropeado, porque en el despacho había varios ventiladores conectados. Junto a las puertas de cristal estaba la escultura de dos metros y medio *Chico con rana*, de Charles Ray. La original es de acero inoxidable pintado de blanco, pero hay al menos una copia, en el Museo Getty, hecha con un armazón de acero recubierto de fibra de vidrio. Desde mi posición, me resultaba imposible saber si era la original o una de las copias. Alguien había puesto unos pantalones cortos de nailon blancos y negros, de los Brooklyn Nets, en la cabeza gigante del niño: la tira elástica le rodeaba la frente, y los pantalones colgaban, tapándole el pelo ondulado. El hombre dejó el teléfono. No estaba sudando. Se levantó, se limpió las manos en los pantalones caqui, se acercó y se presentó: Jake Valentine. Hijo.

—Siento estas pintas, vengo directa del estudio. —Iba improvisando sobre la marcha—. ¿Quería un informe sobre el estado de una obra?

—Por fin la envía Claiborne's. Mi secretaria llamó hace más de un mes. El Koons fue una de las últimas compras de mi padre.

En el escritorio de Jake había una revista que me habría encantado usar como abanico. En el despacho hacía tanto calor que podrían criarse orquídeas, pero a Jake hijo no se le veía ni una gota de sudor. Parecía uno de esos niños cuyo padre le ofreció todas las cosas materiales que quiso, incluida la matrícula en prestigiosas universidades. Si el joven Jake atropellaba al jardinero con su BMW, el padre sabía a quién sobornar. (Fieldston, en una situación así, no sabría exactamente con quién ponerse en contacto; necesitaría varias llamadas, pero el resultado acabaría siendo el mismo). Los Valentine no pertenecían al círculo de Claiborne's, y no entrarían hasta pasada una o dos generaciones más, pero, entretanto, tenían a alguien que les aconsejaba qué comprar. Un calendario del restaurante Curry Flavor, con fotos de actrices de Bollywood, ondeaba cerca del cuadro, al igual que varios documentos sujetos en una tabla portapapeles. Si un cuadro multimillonario se exhibía así, rodeado de objetos mundanos, es probable que en realidad no hubiese salido de la galería de Koons o de una casa de subastas. Quizá fuera una copia comprada a Ashby,

aunque él afirmase que no traficaba con artistas de renombre. O quizá se lo habría vendido otro mediador por el estilo. Era imposible determinarlo desde donde me encontraba. ¿Tendría esta gente obras originales? Costaba saberlo.

Si el Koons era original, quizá los tubos fluorescentes que colgaban del techo formando un paralelogramo fuesen un auténtico Dan Flavin, y no un mero grupo de luces dispuestas con ingenio. Uno podía volverse loco haciéndose esas preguntas, y yo lo cuestionaba todo. Había cierta controversia, desde la muerte de Flavin, sobre la pertinencia de sustituir o no los tubos cuando se fundían. He ahí otra pesadilla material de los conservadores, aunque no era mi campo.

A mitad de nuestra conversación, Valentine gritó:

—¡Doctor Livingstone! ¡Doctor Livingstone!

¿Cómo no había visto al Doctor Livingstone? Él era la razón de que hiciera tanto calor en el despacho. Un enorme chimpancé sarnoso que tiraba de un collar de ahorque salió de detrás de una hilera de archivadores, donde estaba durmiendo. Jake le dejó comerse los restos del pollo frito, aunque no quedaba mucho.

El Doctor Livingstone no parecía un animal feliz. Tenía los ojos inyectados en sangre y enseñó unos incisivos largos y amarillos, afilados como cuchillos. Confié en que luego le dieran algo más que unas sobras de pollo.

—¿Tiene un mono aquí?

—Un chimpancé, sí. Antes también había un gato, pero ahora solo el primate.

No quise preguntarle qué le pasó al gato.

—¿De dónde lo ha sacado? —No sé por qué, me era imposible imaginar a Jake Valentine hijo en un safari por África, lejos de la comida para llevar y los clubes de golf.

—Rescaté al Doctor Livingstone de un circo en Ámsterdam. Es mucho más feliz aquí. Aunque una vez, mientras estaba viendo la Super Bowl, el pobre se soltó. Correteó por todo el barrio, hurgando en la basura de la gente y le cosió la cara a zarpazos a un tipo que intentó capturarlo. Hay que tener cuidado con los chimpancés. Son listos. Saben comunicarse en su propio lenguaje limitado, fabrican herramientas para llegar a la comida y tienen complejas jerarquías de clan, pero son animales salvajes. Y, de hecho, nosotros, que somos sus primos, como quien dice, no les gustamos un pelo. ¿Cómo vamos a gustarles? El tipo al que el Doctor Livingstone le mutiló la cara me denunció y pidió que lo sacrificasen.

—¿Qué pasó?

—Bueno, el Doctor Livingstone está vivito y coleando, ¿a que sí? Yo diría que lo solucionamos.

Eché un vistazo al despacho, confiando en poder hacer el «encargo», descubrir alguna que otra cosa y alejarme cuanto antes de ese lugar y de la mirada furiosa y triste del Doctor Livingstone.

—Si tiene una superficie despejada, puedo colocar el cuadro y echarle un vistazo —dije.

No llevaba instrumentos, y debería haberme puesto guantes, pero al tratarse de un informe de estado solo tenía que convencer a Valentine de que sabía lo que estaba haciendo. No puso objeciones, muy probablemente porque no sabía del tema. El cuadro era un óleo sobre lienzo y parecía pintado hacía pocos años, pero eso encajaba con la época en que Koons había realizado la serie. El artista pintó la secuencia de perros de globos sobre mediados a finales de los noventa, así que este no tenía nada raro. Me planteé preguntarle a Valentine si tenía los documentos sobre propiedad, algo que forma parte del procedimiento habitual, pero me dije que mejor no. No porque no quisiese ofenderlo, sino porque los acuerdos en el mundo del arte, incluso los legítimos, a veces se cierran con un apretón de manos «entre caballeros», sin papeleo de por medio. Y la ausencia de papeleo en un informe privado es irrelevante.

Aunque era reciente, el cuadro tenía señales de desgaste y deterioro por exposición a la luz del sol. La sala estaba orientada a poniente y tenía persianas, pero quizá nunca las habían bajado. Valentine echó un vistazo por encima de mi hombro, y le mostré los daños.

—¿Puede restaurar esta sección? —Señaló una de las patas del perro y el fondo, pintado para que pareciese tereftalato de polietileno plateado—. ¿Darle un pelín de brillo?

Normalmente, la respuesta sería que no, pero como en realidad nunca iba a trabajar con ese cuadro, podía decir lo que quisiera. El chimpancé estaba poniéndome nerviosa, y el expreso me había acelerado un poco.

—Hay un pigmento que haría maravillas con este cuadro. El violeta de la China, un tono que se registró por primera vez durante la dinastía Zhou. Desapareció sobre el 220 d. C. Luego, cuando las técnicas de fabricación se refinaron en el siglo XIX, descubrieron algo que se asemeja al violeta de la China. Algunos pensaban que el pigmento provenía de Egipto, que era un color conocido como azul egipcio y llegó a China por la Ruta de la Seda, pero resultó que no. Los creadores de pigmentos chinos usaban plomo para rebajar el punto de fusión del bario en su versión del violeta. Esta es una de las propiedades más interesantes del pigmento, que están analizando los físicos cuánticos: debido a su estructura con capas de bario, cobre y silicato, por debajo de temperaturas muy frías el pigmento se extiende solo en dos dimensiones, dejando atrás el mundo tridimensional. Es algo hartito insólito, muy pocas sustancias lo hacen. Quizá ninguna.

—No me interesa la física cuántica, pero, si puede resaltar los colores de este perro, el cuadro me gustará más. No sé lo que le vio mi padre, francamente, pero decía que costaba un pastizal. Algunos clientes, al verlo, piensan que somos tontos; otros creen que nos alojamos en el Ritz-Carlton. ¿Cómo puedo conseguirle esa cosa de la China? Por lo que dice, me suena a una especie de mezcla molecular.

—Solo conocía a una persona que pudiera hacerse con la materia pura, y falleció hace unos días. —Jake sénior debía de ser coleccionista, y Jake hijo era de los que pensaban «mi hijo de tres años hace esto en el colegio»: una curiosa inversión

generacional. Normalmente, los coleccionistas más veteranos preferían los cuadros del tipo «lo que ves es lo que hay», los que captaban un momento o contaban una historia. Pero Jake hijo no sabía por dónde coger el *kitsch* irónico que te ponía en un aprieto, como los perros de globos. Aunque daba igual, porque costaba un pastizal.

—Lleve cuidado con eso —me advirtió—. Parece una mierda pinchada en un palo, pero el puto dibujo es una mina de oro. Hablando de la transición de las dos a las tres dimensiones, la pintura plana se traduce en dólares tridimensionales. —Se acercó a la puerta—. Estoy en el muelle. Vamos, Doctor Livingstone. —Abrió las puertas de cristal, tirando del chimpancé, y desapareció en el ascensor.

Le di la vuelta al cuadro y examiné el bastidor. No vi ninguna señal concluyente de que fuese auténtico o una falsificación. La firma parecía real, pero no soy experta en firmas, y tampoco había ido a Red Hook para eso.

Por la ventana vi cómo descargaban de los camiones cajones de embalaje, que luego meterían en contenedores y cargarían en barcos. Valentine, que de cuando en cuando le daba un tirón a la correa del Doctor Livingstone, supervisaba a un grupo de estibadores. Algunos llevaban monos con el nombre de la empresa en la espalda. Otros, y eso se distinguía incluso desde mi posición, lucían tatuajes de presidiario. Uno tenía el contorno de los ojos de un tono oscuro, pero estaba demasiado lejos para saber si eran tatuajes parecidos a los de los hermanos Dagbent. En uno de los cajones había una inscripción con espray que decía no sé qué de pelucas. ¿Envío de extensiones de pelo y pelucas? Era imposible distinguirlo desde allí.

Valentine estaba hablando por el móvil. A algunos de los hombres, aunque tuvieran pinta de matones, les asustaba el Doctor Livingstone, y se mantenían a una distancia prudente, reculando cada vez que el animal tiraba de la correa. Tenía la tendencia a saltar en cuanto alguien intentaba hablar con Valentine o se acercaba más de la cuenta a su dueño: era un guardaespaldas atentísimo. El chimpancé intentó encaramarse a un hombre que bajó de un camión, pero Valentine le pegó un tirón a la correa, sin dejar de reírse al teléfono.

El Doctor Livingstone era inteligente. Aunque volvió sin rechistar junto a su dueño y empezó a mordisquear algo que Valentine se sacó del bolsillo, a los pocos minutos el chimpancé se quitó el collar de ahorque y volvió a toda prisa donde estaban aparcados los camiones. Se encaramó a su presa, que le estaba dando la espalda y no lo vio ni lo oyó llegar. El hombre pegó un grito e intentó defenderse, pero el animal era fuerte y estaba cabreado. Se diría que el conductor y él tenían cuentas pendientes. La otra docena de hombres, entre ellos Valentine, que seguía al teléfono, se limitó a mirar. El chimpancé se había abalanzado sobre el conductor y le estaba mordiendo el brazo, mientras el hombre intentaba zafarse. Empezó a sangrar, pero nadie lo ayudó ni intentó quitarle al animal de encima. ¿Y yo, llamé al 112? He de admitir que no, aunque el teléfono del despacho no me delataría. Como con el hombre del contenedor, no hice lo que tenía que hacer inmediatamente. ¿Era como uno de esos mirones que hacen fotos mientras otros sufren? Si me sometieran a la

prueba de Giacometti, en un incendio, ¿salvaría un cuadro valiosísimo o a un gato? Quiero creer que salvaría al gato. Cogí el teléfono fijo y marqué los dos primeros unos, pero, justo en ese momento, Valentine, que parecía irritado con todos, primate y humanos por igual, se llevó el móvil al muslo y llamó con un silbido al chimpancé, que giró la cabeza, brazo en alto, cuando estaba a punto de soltar el enésimo zarpazo en la cara del hombre. Volvió junto a su dueño al instante, arrastrando los nudillos.

Todo el mundo ignoró al hombre ensangrentado del aparcamiento. Sin duda, Valentine sabía que el Doctor Livingstone podía quitarse el collar —ese no era un caso aislado, habría pasado más de una vez—, y aquello parecía un jueguito que el animal hacía de cuando en cuando, una actuación cuyo guion se sabía todo el mundo, incluso los matones. El hombre ensangrentado se levantó como buenamente pudo, volvió cojeando al camión, abrió la puerta y se tumbó en la cabina. ¿Era un ataque fortuito o un capítulo en la historia de venganza entre Valentine o el chimpancé y ese hombre? ¿Quizá era un numerito, una forma de mantener a raya al personal? Como no podía oírlos, me resultaba imposible saberlo con certeza. Sea como fuere, el Doctor Livingstone era un arma poderosa en el arsenal local de Transportes Valentine.

Un camión salió del aparcamiento y pude ver la inscripción del lateral, aunque era difícil distinguir todas las letras: «¡Por mar o por tierra, los del corazón te lo llevan! Desde 1972». Seguía aguzando la vista para ver algo por la ventana cuando Jake hijo y el Doctor Livingstone volvieron. No había oído las puertas de cristal. Iban de la mano, moviéndose con un sigilo felino. Fingí volver al cuadro.

—Solo quería comprobar cuánta luz natural me queda —dije, justificando mi posición junto a la ventana—. Quizá tenga que volver mañana para acabar. La luz natural es mucho más reveladora.

—Por mí, perfecto. Antes de que se vaya, tengo curiosidad por saber más sobre el color que ha mencionado. ¿Violeta de la China?

—Sí, así se llama.

—¿Y se elabora con plomo? —Su tono de voz se volvió tranquilísimo, sosegado. El Doctor Livingstone acariciaba la costura de sus pantalones con cariño, con un dedo que subía y bajaba, mirándolo como si esperase un premio.

Asentí.

—El caso es que tenía curiosidad por el color, y he llamado a Claiborne's para hablar con alguien del laboratorio de conservación. Me ha dicho usted que la mandan de ahí, ¿verdad?

No esperó a que respondiese.

—Y ¿a que no sabe qué? Dicen que no conocen a ninguna Star Hammersmith. Dicen que no trabaja, que nunca ha trabajado con ellos.

—Pues claro que trabajé, y que trabajo con ellos. ¿Con quién ha hablado? Si ha sido con recepción, suelen hacer contratos temporales a universitarios que se pasan el día estudiando y no conocen a nadie. Vuelva a llamar y pregunte por Jack Ashby, es

mi jefe.

Ashby no tendría la más remota idea de quién era Star Hammersmith. Solo quería ganar tiempo para intentar largarme del edificio.

—Jack Ashby es precisamente la persona con la que he hablado. Los de conservación me pasaron con él. Así que estoy a cuadros, y ahora le voy a pedir que ponga las manos en la cabeza.

Saqué la Glock 18 y apunté a Valentine. Antes de que me diera tiempo a decir algo o dirigirme a la salida, el Doctor Livingstone pegó un grito y se abalanzó sobre mí. En el segundo que tardé en decidir si dispararle o no, el chimpancé me quitó de un manotazo el arma, que cayó al suelo y se disparó. Las balas se clavaron en la escultura del chico que sostenía una rana: a juzgar por el sonido, supuse que era una copia autorizada de fibra de vidrio. El Doctor Livingstone y yo corrimos a por la pistola, pero él llegó primero y me tiró al suelo de un potente empujón, antes de entregarme la Glock a su dueño. Era un mono muy bien entrenado.

En la expresión de Valentine podía leerse «vaya una aficionada», y así era justo como me sentía.

—No parece de esas chicas que van por ahí con una Glock 18, sobre todo sin número de serie. ¿De dónde la ha sacado?

—La encontré en un contenedor.

—O mucho me equivoco, o esta arma, incluso sin número de serie, me suena de algo. A lo mejor me estoy colando, pero creo que conozco a su dueño, ¿sabe? Trabajaba para mí. No me gusta perder trabajadores, señora Hammersmith, y doy por sentado que si tengo esta arma en las manos es porque he perdido uno. Los valoro muchísimo a todos, incluso a los que cedo a otras empresas. —Se giró hacia el chimpancé—. ¡Teléfono!

El Doctor Livingstone me hurgó en los bolsillos, encontró el móvil, volvió junto a Valentine y se lo entregó.

—Supongo que aquí encontraré toda la información. —Le dio las gracias al chimpancé—. ¡Pero, bueno, señora Hammersmith!, si así es como quiere que la llamen. La estaba buscando, y resulta que viene usted a mí. Se lo agradezco. Lo digo en serio, así que quizá podamos llegar a un acuerdo.

Estaba segura de que, bajo su tono tranquilo, se escondía un hombre que disfrutaba muchísimo causando dolor.

—¿Qué acuerdo?

—Un buen acuerdo. Muy sencillo. Voy a dejarla en mi despacho con el Doctor Livingstone. Aquí hay un teléfono, y ordenadores, pero hay que llevar cuidado con los chimpancés, sobre todo con este, que es muy temperamental. Le doy un consejo: nunca, jamás, se le ocurra darle la espalda a un chimpancé cabreado o pasar un segundo sin prestarle su total y absoluta atención. Además, no estoy seguro de que hoy haya comido bastante. Le he dado un Xanax hace un rato para tranquilizarlo, pero a veces el sedante le causa el efecto contrario. Nunca se sabe.

—Su hombre está vivo, no lo maté. Y es verdad que está en un contenedor.

—Ya no me sirve de nada. Escúcheme bien, señora Hammersmith. Si sigue aquí por la mañana, chapó. Podría dispararle ahora mismo, meterla en un portacontenedores y tirarla en el estrecho de Ormuz, y nadie se enteraría en la vida. Le estoy dando una oportunidad; una noche con el Doctor Livingstone. Hay chicas que matarían a cambio de eso; y usted, al parecer, acaba de hacerlo. Sus medidas: mide uno sesenta y siete y pesa sesenta y ocho kilos. En fin, tengo entradas de los Knicks y un ligue que exige mi atención de inmediato. Nos vemos por la mañana.

El hombre de polo azul y pantalones caqui se perdió por el pasillo y entró en el ascensor. Me quedé a solas con el Doctor Livingstone, de la especie *Pan troglodytes*.

El chimpancé se subió a un archivador y empezó a aporrear el metal con los puños cual percussionista esquizofrénico, sin quitarme la mirada de encima, gruñendo y enseñándome los colmillos si hacía amago de tocar el teléfono o un teclado. Tras saltar del archivador al escritorio, y de ahí al suelo, empezó a dar vueltas alrededor de su presa: yo. Las luces estaban encendidas, y pensé en la forma de hacerle saltar a los supuestos neones de Dan Flavin que colgaban del techo. En las películas antiguas se ve a chimpancés escalando como Spider-Mans simiescos, balanceándose de una lámpara de araña a otra. Si pudiese tentar al Doctor Livingstone para que agarrase los cables o los tubos fluorescentes, quizá se electrocutase. Una idea disparatada. Además de que los cables o las luces no soportarían su peso, la única tentación era yo misma, y no tenía forma de llegar al techo.

Seguía de pie, en medio de la sala, mientras el Doctor Livingstone iba estrechando el círculo. Se cabreó cuando me acerqué al cuadro, y de un salto se encaramó a la cabeza del *Chico con rana*. Sin dejar de chillar, le arrancó la rana de la mano y me la arrojó. Yo procuraba ir girando con él, para no perderlo nunca de vista. De cuando en cuando volvía a gruñir, enseñando los colmillos y abriendo los ojos de par en par. Hasta que de repente su actitud cambiaba, y parecía un mono curioso, cogiendo ora una estilográfica, ora una pelota de papel, que me lanzó.

Giraba a un ritmo extenuantemente lento, y siguió haciéndolo durante más o menos una hora. Perdí la noción del tiempo. Al fin, llegó a unos pocos centímetros de mí. Lo había visto balancear sus potentes brazos como péndulos y usarlos a modo de martillo, implacables. Si un camionero de noventa kilos no pudo zafarse de él, cuando Valentine abriese la puerta tarareando alegremente «We will we will rock you», a la mañana siguiente, yo estaría hecha papilla.

—Vale, lo pillo —le dije al Doctor Livingstone—, tú eres el dominante.

Parecía el momento menos indicado para dar una cabezada, pero sentí que una extraña somnolencia se apoderaba de mí, alterándose con el puro pavor. Estábamos cara a cara, pero me costaba mantener los ojos abiertos.

El chimpancé soltó un chillido desgarrador y abrió la boca de par en par, como si fuera a morderme. El extremo útil de sus colmillos estaba afiladísimo, y su mordisco ejercería una presión inexorable.

Con un gesto rápido cogí el cuadro de Jeff Koons de la mesa que tenía al lado y lo encastré en las fauces del chimpancé. El bastidor le dio un buen golpe en la comisura de la boca y la articulación de la mandíbula. Estaba aturdido, con los ojos cargados de pura ira. Empujé con más fuerza. Millones de dólares para atiborrar a un *Pan troglodytes*. El animal agarró los laterales del cuadro, pero yo empujé aún más. Estaba por ver si esa cena tendría efectos tóxicos o no, pero no se me pasaba por la cabeza quedarme para averiguarlo. Salí corriendo del despacho y cerré las puertas de cristal. El Doctor Livingstone arrojó el cuadro al suelo; no le costaría nada abrirlas. El ascensor estaba justo ahí, pero él también. Las puertas metálicas estaban cerrándose rápidamente, pero, con la misma rapidez, la mano del Doctor Livingstone impidió que se encontrasen. En un ascensor moderno, las puertas deberían haberse abierto de golpe al más mínimo contacto, pero eso era lo que pasaba cuando alguien, presuntamente Valentine, sobornaba al inspector: aparecen fallos técnicos en procesos que deberían ser automáticos. La zarpa del chimpancé quedó atrapada entre las puertas, que la aplastaban como si fueran un tornillo de banco. Los dedos negros y curtidos se retorcían, cual babosas con hueso, y uno de ellos, cercenado, cayó al suelo del ascensor. El Doctor Livingstone pegó un grito desgarrador y retiró la mano, y el ascensor empezó a bajar.

Jeff Koons, en su serie *Banalidad*, diseñó una escultura de porcelana a tamaño natural de Michael Jackson con su chimpancé, Bubbles. Se fabricaron tres originales. Uno acabó en un museo y otro en una colección privada; Sotheby's subastó el tercero en 2001 por 5,6 millones de dólares. Debería haberle contado al señor Valentine esa anécdota antes de que se marchase. Respiré hondo mientras el ascensor llegaba a la primera planta, pero la puerta no se abrió: la ranura de la llave junto al botón con el número 1 estaba vertical, lo que significaba que el acceso a la planta estaba bloqueado, como el de todas las demás salvo la séptima, el último sitio del mundo al que quería ir. Eso explicaba por qué la seguridad parecía tan laxa. A pesar de la ley de protección contra incendios, no había escaleras por ningún sitio. El ascensor, bloqueado, era la única forma de entrar y salir. Estaba atrapada.

## Capítulo 24

Al no llevar teléfono, no tenía ni idea de qué hora era o cuánto tiempo pasó hasta que empecé a oír voces al otro lado de las puertas del ascensor.

—A DeJesus no lo jode nadie.

—No quería joderte, Jimmy. Solo estaba divirtiéndome un poco, enróllate.

—No, si yo me enrolló. Me apodan el Enrollado, no te jode.

El ascensor se zarandeó cuando algo, cual carnero a la carga, golpeó la puerta.

—No le hagas nada al mono, te lo pido por favor. Es un animal inocente. Tuvo una vida difícil: le ponían ropa humana, lo lanzaban con un cañón, lo obligaban a mear en público y se reían de él.

Oí un grito, y un hilo de sangre empezó a entrar en el ascensor por la rendija bajo las puertas, formando un charquito alrededor del dedo del chimpancé. Por si no hubiese sentido ya la necesidad de salir de ese lugar angosto, ahora, además, tenía la sensación de estar ahogándome.

—Tú nunca has tenido reparos en reírte de la gente, Valentine. Nunca tuviste reparos en humillar a Per y Ove.

—Esos chavales me adoraban. Eran muy fieles.

—Eran fieles porque eran esclavos que vivían en la casa, consagrados a su amo, engañados, creyendo que se llevaban su porción del pastel. Te hacían el trabajo sucio. Y luego los cediste.

—Los entrené, exactamente igual que a ti.

—Nos llamas compañeros como en Walmart llaman asociados a sus trabajadores, en vez de reponedores de cereales y detergente de quita y pon que cobran el salario mínimo. No hay compañerismo. Nos tiras cacahuets como si fuésemos animales de circo. Pues la fiesta se ha terminado, Dr. Dolittle. Dame las llaves para que abra el ascensor.

—No las tengo.

El ascensor volvió a retumbar. Bajo la puerta el charco de sangre seguía creciendo.

—Joder, pero ¿cómo puede ser? ¿Eres el jefe y no tienes las llaves? —La voz rezumaba un estupor corrosivo—. ¿Se puede saber en qué empresa pasa eso?

Oí el sonido de alguien hurgando en unos bolsillos, también un batacazo, como si arrojasen un cuerpo a un rincón. Luego, solo silencio. Las luces del ascensor parpadearon y se apagaron. Me sentía como si estuviera en el centro de la tierra. Nadie sabía que estaba ahí, y empezaba a faltarme el aire. Me acurruqué en un rincón de ese espacio estrechísimo, alejándome todo lo posible de la sangre y el dedo flotante del chimpancé. No sabía si gritar pidiendo ayuda, pues no quería que el hombre al que acababa de oír dando una paliza y profiriendo amenazas al otro lado de

las puertas supiese que había una testigo. ¿De qué iba a servir, de todos modos? Lo que estaba claro es que yo no tenía la llave.

—Levanta, alfeñique. ¡Hombre, mira! ¿Esto qué es? —Había encontrado el metal tintineante en el bolsillo de Valentine—. Coño, ¡si se te había olvidado que las tenías! ¿Crees que soy gilipollas?

Se oyó un murmullo que sonaba a «No, claro que no, señor».

Las puertas se abrieron, y vi al hombre al que había atacado el chimpancé en el aparcamiento. Jimmy DeJesus tenía la cabeza rapada y dos cobras tatuadas en los ojos, con la boca abierta y los colmillos a punto de arrancarle los globos oculares. Servía para hacerse una idea del umbral de dolor que podía soportar, pues la aguja le había cosido los párpados a picotazos. Tenía el brazo vendado a la buena de Dios, y una gran herida abierta en la cara, donde el Doctor Livingstone le había golpeado. En una mano llevaba una bolsa de plástico con carne del mismo tono aguamarina que el matarratas del parque, y con la otra arrastraba el cuerpo de Valentine, mutilado y semiinconsciente, agarrándolo del cuello del polo. Tenía los pantalones caqui desgarrados en la rodilla y había sangre por doquier. DeJesus le hizo a la cara de Valentine lo que el chimpancé le había hecho a la suya. Milagrosamente, aún podía hablar; aunque, aparte de la boca, no había mucho más intacto.

—Y tú ¿quién coño eres?

—Ya me iba. Me he quedado encerrada en el ascensor.

Valentine soltó un gemido.

—Tú no vas a ningún sitio.

Cuando las puertas iban a cerrarse, Jimmy las bloqueó con el cuerpo de Valentine. Habría caído en la cuenta de que, a pesar de estar atrapada en el ascensor, era una testigo.

—Mira, no voy a delatarte a la policía. No puedo.

—Claro, las excusas de siempre: te pago mañana, no voy a correrme en tu boca... Al ascensor.

Me volvió a meter de un empujón, arrojó la bolsa de carne envenenada a un rincón y empezó a arrastrar el cuerpo grogui de Valentine.

—Si no vuelvo a casa, mi marido llamará a la policía. —No era convincente, pero, al no ocurrírseme nada sobre la marcha, empecé a improvisar.

—No veo el anillo, cariño. Además, y no te ofendas, se diría que has pasado la noche con un mono.

Ni un ápice de piedad al que poder acogerme. Solo quedaba una cosa: dinero.

—En el despacho encontrarás unos cinco millones de dólares, ¿sabes? Son tuyos. Pero deja que me vaya. No sé cómo te llamas, no sé nada.

—Cariño, Valentine no guarda tanto efectivo así, como si nada.

—No es efectivo. Es el cuadro de un perro hecho con globos. Tendrá marcas de dientes, quizá algunas imperfecciones, pero puedes arreglarlo, venderlo y largarte a la isla de tus sueños.

—¿Un cuadro de un perro cuesta cinco millones de dólares? No me mees encima y digas que llueve.

—Te lo digo en serio. ¿Llevas móvil?

Tanto su cuerpo como el de Valentine bloqueaban las puertas, que seguían intentando cerrarse a espasmos, como si después de arrancar un dedo tuvieran más hambre. Apartarlo de un empujón y huir corriendo era inconcebible.

—Estás de broma, ¿no? A santo de qué iba a dejarte mi móvil. —La última frase no era una pregunta.

—¿A quién iba a llamar? No me fastidies; estaría muerta antes de que llegase la ayuda.

Sacó su móvil y le dije que buscara el nombre del artista y del cuadro, que comprobase en cuánto estaba valorado.

—Hay que joderse. He visto cosas raras, pero ¿quién coño iba a pagar tanto dinero por ese zurullo? Te puedes comprar un perro de globos de verdad por un dólar.

Sus palabras no se diferenciaban mucho de las del propio Valentine. La diferencia, una de las diferencias, era que Valentine podía gastarse millones a espuestas, mientras que Jimmy DeJesus estaba pelado.

—Llévalo a Claiborne's, en Manhattan. Ellos repararán los daños y lo venderán por ti. Sin hacer preguntas.

DeJesus sonrió, con los ojos clavados en la imagen del móvil, como si estuviese viendo dólares, en vez del reflejo del interior del puto ascensor. Cuando me dijo que me largara, sosteniéndome las puertas espasmódicas como un auténtico y genuino caballero, le obedecí con mucho gusto. He de admitir que estaba más preocupada por el destino del Doctor Livingstone que por el de su Stanley. Un falsificador de arte al que pillaron trabajando en un almacén de Babylon, en Long Island, defendió su inocencia afirmando que había fabricado el cuchillo para cortar fruta, y que no podían culparlo por los otros usos que le diera. Es un razonamiento lógico, pero, a diferencia de un cuchillo o una pistola, y a pesar de ser agresivo, no se debería castigar al animal por la forma en que lo usaba su dueño. En cuanto a Jake Valentine, había una buena dosis de libre albedrío en sus actos. Si le estaban dando su merecido, no sería yo quien lo impidiera. Salí a Van Brunt Street y respiré hondo, contentísima de que sobre mi cabeza solo estuviese el cielo, las nubes y los restos matutinos de una luna gibosa.

Necesitaba darme una ducha, ponerme ropa limpia y comerme un plato vegetariano con queso fundido, aguacate, un sinfín de chiles ahumados, arroz y judías: no quería ni ver un producto animal.

## Capítulo 25

Móvil nuevo. Mediante conexión remota, comprobé los mensajes del contestador automático de mi apartamento, que sería de lo poco que aún funcionaba. Solo había uno de Leon Kronstadt, en el que me daba su número muy lentamente. Típico de Leon: sabía que no recordaría su teléfono, y ya no tenía su información de contacto, perdida hacía muchos móviles. Le devolví la llamada.

—Hola, Stella. Me alegro de que te hayas puesto en contacto conmigo. Estaba revisando los efectos personales de mi abuelo y he encontrado una postal de un tal Rodney Birdwell fechada en julio de 2001.

—¿Qué dice?

—Estaba dentro de un ejemplar de la autobiografía de George Grosz, en un capítulo sobre pinturas de los bajos fondos de Berlín.

—¿Qué dice la postal? —Leon podría tirarse una vida hablando antes de ir al grano.

—Es un autorretrato de Van Gogh, con oreja, enviado desde la Galería Nacional de Arte de Washington D. C.

—Sí, pero ¿qué escribió en el reverso?

—Que estaba de vacaciones con su familia, intentando convencerlos para visitar el museo, pero que sus hijos no querían ir, así que acabó yendo solo. Las vacaciones estaban a punto de terminar y le tocaba volver a la rutina de las oficinas de EG. También le daba las gracias a mi abuelo por toda su ayuda y asesoramiento.

«EG». Poco antes de morir, Oscar me dijo que Birdwell se refería a su trabajo por las siglas, pero no supo decirme las letras exactas.

—Bueno, ya tenemos un nombre —dije yo.

—¿Qué? No te oigo. ¿Hola?

—¿Leon?

—Es una broma de Van Gogh.

Se me había olvidado que Leon y Oscar tenían sus momentos Abbott y Costello. De hecho, cuando atraparón a Osama bin Laden en Abbottabad, Oscar bromeaba diciendo que esa localidad no quedaba muy lejos de Costellobad.

—¿Puedes leer el matasellos?

—Sí, se ve bastante bien.

Me preguntó si iría a cenar con él, pero bajo ningún concepto tendría una cita romántica con Leon: ni aunque no hubiera un asesinato pendiente sobre mi cabeza; ni aunque conservase el trabajo; ni aunque no tuviera dónde vivir.

Me aseé como buenamente pude en el hediondo baño de la primera planta de la Biblioteca Pública de Brooklyn, en Grand Army Plaza. Una judía jasídica dejó una pila altísima de libros del Dr. Seuss junto al lavabo, lanzó un profundo suspiro y se

ajustó la peluca. Más de una vez me he cuestionado por qué todas las pelucas son de pelo liso, pero ese no era el mejor momento para preguntarlo. El pelo rizado se considera símbolo de un carácter indómito, pero, aunque el pelo se rape o se cubra, en teoría el carácter se conserva. Los baños son curiosos: estás muy cerca de perfectos desconocidos; oyes conversaciones telefónicas, o a madres discutiendo con sus niños, y luego te esfumas. Miré de reojo la pila de libros. Las aventuras de Lorax y Horton casi llegaban al barrio de Crown Heights, enclave del movimiento ultraortodoxo Lubavitch.

En la biblioteca, escudriñé internet en busca de «EG». Aparecieron todo tipo de entradas inútiles: varias páginas de educación general, estudios gastrointestinales, equitación gratis y, en fin, Empire & Gloaming, una aseguradora que echó el cierre poco después del 11-S. La postal era de julio de 2001, un par de meses antes del apunte en el calendario de la Panadería Svalbard. A pesar de saber su nombre, no había mucho sobre Rodney Birdwell. Quizá murió en 2001 y, siendo un tipo corriente y moliente, no encontrase absolutamente nada que me sirviera. Lo que descubrí fue que Birdwell era perito de seguros. Según el calendario de Svalbard, se produjo un incendio en la panadería, y sin duda su nombre aparecía apuntado porque le tocó investigarlo. «Eso por hacer tartas de cumpleaños de la Antorcha Humana», fue lo primero que pensé. Pero en realidad el incendio no tenía ni pizca de gracia. Hubo un muerto, un sintecho que se coló en la panadería y murió por inhalación de humo, y el suceso salió en el periódico. Cuando se publicó el artículo, aún no se sabía si el incendio fue provocado o se debió a un fallo de la instalación eléctrica por un uso excesivo de los hornos.

Me senté en la escalinata de la biblioteca, sintiendo el sol en la cara, y presencié una riña entre un ciclista y el dueño de un Chevrolet Volt que llevaba a un par de niños con su cinturón en el asiento de atrás. Llegó la policía. Hora de largarse. Mientras bajaba por Eastern Parkway, le envié un mensaje a Demetrius: «Birdwell, Rodney».

## Capítulo 26

Fue un gran alivio poder registrarme como Star Hammersmith en la planta de Marnie, hasta que vi a la enfermera a la que me había presentado como Talia Sleeter, su prima. La mujer me miró como si le sonase de algo y cogió el registro en el que acababa de firmar, mientras yo me metía en la habitación como una flecha. Marnie no tenía familia. Su madre había fallecido y no se hablaba con su padre ni con sus hermanos. Por lo tanto, era del todo imposible localizar a la prima o los primos. ¿Habría ido a visitarla alguno de los músicos con los que trabajaba? Era hartamente improbable. Podías ser un auténtico animal social como Marnie y aun así acabar sola y olvidada. Merecía la pena correr el riesgo de visitarla: yo era prácticamente lo único que le quedaba.

Marnie seguía en coma. La hinchazón de los ojos había bajado un poco, como recalco la enfermera mientras trasteaba con los tubos y las bolsas de fluidos. Se había quedado sorprendida con los nombres de los grupos de música que enviaron flores, y leí las tarjetas en voz alta. Hasta llegar a un ramo de lirios que solo decía: «DE ROY».

—¿Recuerda algo del hombre que mandó estas? —le pregunté a la enfermera.

—No ha venido un repartidor, las ha traído él. De hecho, ha salido justo antes de que usted entrase. Me ha preguntado dónde estaba el baño, y luego me ha guiñado el ojo. ¿A quién se le ocurre guiñarle el ojo a alguien cuando le dice dónde está el baño?

Probablemente habría salido ya del edificio, a no ser que hubiera pasado un buen rato en el aseo de hombres. ¿Era el de enviar flores un gesto parecido al del asesino que llama al 112 para cubrir sus huellas?

Crucé el pasillo a la carrera, pero solo alcancé a ver la espalda de Roy entrando en el ascensor.

—¡Roy! —grité—. ¡Espera! ¡Aguanta las puertas!

El hombre no aguantó las puertas, que empezaron a cerrarse mientras él se daba la vuelta. No era Roy. Era Luke.

Pulsé el botón de bajar al instante, pero las puertas no se abrieron. ¿Cómo se había enterado de que Marnie estaba en el hospital? Intenté buscar las escaleras, pero los pasillos repletos de recodos solo desembocaban en salidas de emergencia con la alarma activada, y por ende inútiles —solo me faltaba que se activasen las sirenas—. Cuando llegué a la calle, Luke se había esfumado.

Recibí un mensaje de Demetrius: una dirección. Luego, ese teléfono, como los muchos que lo habían precedido, entró en el mundo de la basura tecnológica y se sumó a las flores secas, los envoltorios de chocolatinas de las máquinas expendedoras y los residuos médicos inocuos que había en una papelería cerca de la entrada.

## Capítulo 27

Golpeé la ventanilla del coche de Demetrius, aparcado junto a Atlantic Boulevard, en Rockaway. Había encontrado a Birdwell, o, mejor dicho, no lo había encontrado: Rodney Birdwell llevaba desaparecido desde el 11-S. A nadie le constaba que ese día estuviera en el World Trade Center, pero, tras el derrumbamiento de las torres, la ciudad estaba tan abrumada que el resto de investigaciones se retrasaron semanas, y el rastro de Birdwell no tardó en borrarse. Linda Birdwell, su mujer, seguía viva y había accedido a hablar con nosotros. Demetrius me había comprado una bolsa de *samosas*, un café turco, unos pantalones negros y una camisa de botones blanca. Me cambié en el asiento de atrás.

—¿La idea es que parezca una camarera?

—No, mi ayudante.

—¿De dónde has sacado esta ropa?

—Mi exnovia la dejó en mi piso. Tenéis más o menos la misma talla.

—¿Era tu ayudante?

—No, era veterinaria.

—¿Y no te dejó ropa interior?

—Eso se lo llevó.

La señora Birdwell vivía en una coqueta casa de ladrillo con un jardín delantero con más cemento que césped. Llamamos al timbre, y en el interior oímos música a todo volumen y a alguien diciendo «¡Coño!» al tropezar con algún mueble. Nos abrió la puerta principal una mujer de sesenta y pico años muy en forma, que llevaba una camiseta negra con una imagen de Patti Smith con una camiseta cuyo lema rezaba: A la mierda el reloj. Demetrius se presentó diciendo que era el detective Pitt y que yo era su ayudante, la señora Hammersmith. Me alegré muchísimo de que no quisiera ver nuestras placas invisibles. Le dijimos que queríamos preguntarle varias cosas sobre su marido. Pareció sorprendida, como si quisiéramos resucitar a un muerto, pero también muy contenta de que el departamento reabriese, o fingiera reabrir, un caso que todo el mundo había olvidado hacía tiempo.

—Pasen, por favor. Siento todo el follón que hay. —Pronunció «hay» como si tuviese dos sílabas—. Estaba con mi entrenamiento matutino.

Al parecer, la mujer entrenaba en su salón. Eran las dos de la tarde.

Cada centímetro cuadrado de pared estaba cubierto de pósteres de famosas exposiciones de museos, y las estanterías estaban abarrotadas de chismes varios comprados en ellas: tazas con *El grito* de Munch, el *Liz Taylor* de Warhol, calendarios anticuados de Cézanne y bolsos de Jasper Johns. A Ashby y Fieldston les daría un infarto si los obligasen a pasar cinco minutos en aquel salón. Linda despejó una zona del sofá a cuadros y nos ofreció café. Demetrius declinó y yo dije: «Sí,

gracias». Era negrísimo, y estaba fuerte y muy bueno.

—¿Esta es su colección? —pregunté, indicando con un gesto la sala—. A mi madre le encantarían todas estas cosas. —Pretendía que fuese un cumplido, y lo decía en serio, aunque mi padre se habría opuesto: ya tenía suficientes bártulos en el desguace.

Linda se rio.

—No, todo esto era de Rod. Como no podía ser donante de un museo, apoyaba a las tiendas de suvenires, una forma de invertir dinero en lo que, durante un tiempo, le pareció una buena causa. Las cosas están tal y como él las dejó, porque nunca lo encontraron, ya ven, y podría volver. Nadie ha descartado esa posibilidad. Muy en mi fuero interno, aún tengo un ápice de esperanza de que aparezca en una aldea de pescadores de la costa de Borneo o en las islas Shetland; como una especie de náufrago, ya ven. Siempre puede haber motivos para que alguien se marche, y luego vuelva, ¿verdad? —El tono de voz subió al final de la frase, pero no estaba segura de que fuese una pregunta.

—Hay casos en que un desaparecido aparece muchos años después. —Demetrius intentó mostrarse empático, pero yo sabía que esos finales eran extremadamente insólitos—. Investigué el caso de una mujer que llevaba quince años desaparecida y que apareció en Canarsie, trabajando en una tienda de artículos deportivos.

—Me alegro muchísimo de que la policía haya vuelto a interesarse por el caso. En aquella época vinieron a preguntarme por sus amigos y sus socios, sus idas y venidas, pero no sacaron nada en claro, y yo no me creo nada. En algún sitio tiene que estar. Por aquel entonces, nuestro hijo mayor tenía leucemia. Queríamos llevarlo a Arizona para un tratamiento que no nos cubría el seguro. No encontrábamos un donante de médula compatible y no funcionaba nada de lo que le hacían, así que estábamos desesperados por probar el otro tratamiento, que era carísimo. Murió un año después de la desaparición de Rodney.

Demetrius y yo le dijimos que lo sentíamos mucho. No tenía ni idea de qué más podríamos preguntarle. La mujer sirvió más café. En una de las estanterías repletas de objetos vi varias fotos de dos niños, y luego unas cuantas en las que solo aparecía uno, en la graduación del instituto y la universidad, en una playa, haciendo paracaidismo y en un restaurante con su madre y sus amigos.

—¿Siempre le interesaron a su marido los museos y las galerías, señora Birdwell? —preguntó Demetrius con voz sosegada.

—Podemos tutearnos. No, ni mucho menos. No tenía una formación reglada, pero, como ya sabréis, Rodney era perito de seguros; el caso es que, en los años noventa, tuvo que investigar una reclamación por el robo de un cuadro cuyo valor rondaba los 120 millones de dólares. No podía dejar de pensar en ese caso, ni siquiera después de que se cerrase y de que los dueños cobraran. El robo había sido sencillísimo. Estaban dando una fiesta en una finca de Connecticut, y el ladrón, o los ladrones, entraron y salieron tan campantes. Era una fiesta grande, y puede que los

ladrones estuviesen en la lista de invitados y conocieran al dueño, pero esa noche había tanta gente yendo y viniendo con plena libertad por la casa que era imposible saberlo con certeza. La policía interrogó al personal, a los encargados del cáterin y a los aparcacoches. ¿Os hacéis una idea? —Linda hizo un gesto amplio con la mano indicando toda su sala de estar reconvertida en gimnasio, como si por arte de magia pudiera representar todo ese lujo y esplendor—. Rodney pensaba que podía ser una estafa, pero era imposible descartar la otra posibilidad, así que la aseguradora pagó. Sin embargo, desde ese caso, mi marido empezó a interesarse por los cuadros; por algunos cuadros, los que contaban una historia: Vermeer, El Greco; estaba prendado de *Lección de anatomía de Tulp*. No comprendía el arte abstracto; eso no le interesaba.

—Sí, en plan ¿a quién se le ocurriría pagar por algo que podría hacer mi hijo de tres años? —dijo Demetrius, asintiendo.

Era una frase manida, pero al instante me pregunté: ¿tendría Demetrius un hijo de tres años? Hasta donde yo sabía, podía ser.

—Luego algo cambió en él, y empezó a verle sentido al arte que había en una serie de cajas de contrachapado, en un montón de pedruscos desperdigados o en un orinal. Me alegro de que no fuésemos millonarios, porque a lo mejor habría comprado alguna mierda de esas.

Levanté un momento la mirada del bloc de notas.

—Perdón. Soy profesora de Primaria jubilada. Me he pasado toda la vida defendiendo que deberíamos usar todas las palabras a nuestra disposición.

—No te he mirado por eso; me parece muy bien que hables como quieras —respondí, justificándome.

—¿Qué más cosas puedes contarnos? —Demetrius volvió a encarrilar la situación.

—Bueno, Rod era un hombre muy confiado, como si viviese en los mundos de Yupi, aunque fumaba como un carretero y eso no encaja mucho con ese perfil. —Lanzó una mirada a una foto en la que aparecían su marido y ella, mucho más joven. Llevaba medias negras, un suéter enorme y el pelo rubio alborotado, y era perfectamente posible que, una noche de fiesta de los setenta, al salir del CBGB, conociera a Rod, un tipo delgado de ojos enormes, al que no le importaba cómo vestía y que era agradable y decente, y le pareciese buen momento para sentar la cabeza y dejar atrás la vida del East Village—. Llegó un punto en el que Rod se volvió depresivo e introvertido.

—Has dicho que «durante un tiempo» creyó que los museos eran una buena causa. ¿Qué pasó?

—Pues que se volvió muy cínico. No lo puedo explicar muy bien, la verdad. En su tiempo libre seguía trabajando en el caso de Connecticut. La aseguradora ya había pagado, el caso estaba cerrado. A principios de septiembre, recuerdo que era el Día del Trabajo, una semana o así antes de su desaparición, Rod hizo un comentario

curioso: dijo que, desde un punto de vista biológico, el champiñón está más cerca de los camarones que de las plantas fotosintéticas; dijo que, atendiendo al ADN, estaba incluso más cerca de los seres humanos que de un rododendro, por poner un ejemplo. Lo que quería decir es que hay cosas que no son tan ajenas a nosotros como nos puedan parecer.

—¿Se te ocurre a qué podía referirse?

La casa se sumió en un silencio absoluto. Linda jugueteaba con una taza de Cézanne.

—Mirad, voy a daros algo que probablemente esté relacionado con la desaparición de Rodney.

Se perdió por un pasillo y volvió al cabo de unos minutos con dos cintas de vídeo, una negra y otra azul.

—Esta cinta —y levantó la de la funda azul— estaba en una caja de seguridad de la que no se me informó hasta un mes después de la desaparición. Abrí el sobre y había una nota que decía que debería verla en caso de que muriese. La cinta negra llegó por correo aproximadamente un año después. Era anónima. Estaba ahí sin más, en el buzón, con mi dirección.

—¿Viste alguna vez lo que grabó?

—No, porque no tengo la certeza de que Rodney esté muerto.

—¿Por qué no se lo dijiste a la policía?

—¿Habéis visto la película *Grizzly Man*, de Werner Herzog?

Demetrius negó con la cabeza. Yo asentí.

—Se *zebe* respetar al oso —dije con acento alemán, imitando al director.

Marnie y yo habíamos visto la película en Chicago. Aquella noche, cuando salimos del cine, hacía tantísimo frío que nos pareció estar en la isla Grizzly, como si todos los osos estuvieran hibernando a nuestro alrededor, pero pudiesen aparecer en cualquier momento. Linda Birdwell era de esa gente que en una conversación puede pasar atolondradamente de Vermeer a los champiñones, y de ahí a los *grizzlies*. Se había pasado toda la vida intentando mantener el interés de los niños de Primaria, con una capacidad de atención cada vez más reducida.

—Bueno, agente Pitt, pues era un documental sobre un hombre obsesionado con los osos *grizzly* que cada año, durante trece, pasó un tiempo viviendo entre ellos en un lugar recóndito de Alaska. Un año se quedó más de la cuenta, hasta ya entrado el otoño, cuando los osos están hambrientos y se preparan para hibernar. Un *grizzly* los encontró a él y a su novia en su campamento. Se había dejado la cámara de vídeo encendida, pero lo único que se oía en la grabación eran los gritos y los ruidos de dos seres humanos siendo devorados. Al parecer, el audio es tan espeluznante que casi nadie ha podido escucharlo. Está custodiado en la cámara acorazada de un banco y es imposible acceder a él. Para mí, esta cinta es como esa grabación de audio. Nunca la vi, y ahora no puedo. ¿Quién tiene un reproductor de VHS para poner esta pequeña antigualla?

Linda me recordó a algunos familiares de los pasajeros del vuelo que desapareció en el océano Índico. Se negaban a creerse lo peor. Mientras no se encuentre un cuerpo, el mundo es enorme. Los pasajeros podrían haber acabado en el desierto de Gobi, en el Yukón o en una isla vista por satélite que nadie ha pisado nunca, con lo que sería imposible saber si en realidad había un puñado de gente viviendo en ese lugar recóndito e imaginario. A veces se dan casos de amnesia. Otros contaban la historia de los dos niños barridos por el tsunami de 2004: los encontraron diez años después en otra isla y volvieron con sus padres.

—Alguna gente buscaría hasta debajo de la última piedra —continuó Linda—. Yo no, o digamos, más bien, que fui más selectiva. Podría llamarse negación. A lo largo de todos esos años tenía que ir cada mañana al trabajo y dar clase a niños de Primaria, o mis hijos y yo nos quedaríamos en la calle. Luego mi hijo mayor murió. Yo era consciente de la información que era capaz de soportar y de la que no; sabía lo que me ayudaría a seguir avanzando y lo que me hundiría. Rodney era un alma cándida. Creo que era muy fácil que acabase metiéndose en algo que lo superase. Voy a daros esta cinta, pero no quiero que me digáis lo que hay en ella, ni quiero volver a veros ni saber nada de vosotros en la vida. No lo digo de malas: parecéis buena gente y aprecio vuestro interés, lo digo de corazón, pero es lo mejor para mí.

La dejamos volver a sus ejercicios y fuimos en busca de un reproductor VHS para poder ver esa «pequeña antigualla». Sabía dónde podíamos encontrar uno: en la oficina de Svalbard.

—Será coser y cantar —dijo Demetrius, ya en el coche.  
Maldita la hora en la que se me ocurrió.

## Capítulo 28

Cuando llegamos a la panadería, de madrugada, estaba desierta, como si el negocio hubiera cerrado y llevase años abandonado. La persiana cubierta de grafitis estaba echada, y la parte trasera, cerrada con una cadena y un candado. Demetrius sacó una cizalla de su maletero y cortó el metal en un santiamén. Aunque él no lo sabía, Werner Herzog tiene veinticuatro máximas. La número nueve es: lleva siempre una cizalla. La número veinticuatro reza: acostúmbrate al oso que hay detrás de ti.

—¿Vas siempre así de preparado? —le pregunté.

—Siempre.

Se metió la cizalla debajo del brazo y subió la persiana.

—¿Qué hacemos si aparece alguien?

—Estamos aquí por una investigación policial.

—Sin placa ni orden de registro.

—Te sorprendería las pocas veces que la gente exige verlas.

Demetrius arrojó la cizalla al suelo y sacó una Smith & Wesson M&P, del estilo de la que le había ofrecido Knox Barkley, pero en ese momento no procedía preguntarle si la había sacado de su maletero-expositor. En ese instante me dije: sí, efectivamente, la ha adquirido de manera ilegal, ¿qué más cosas podrían ser verdad? Quizá sí que había fabricado pruebas falsas. No podía evitar meterme en esos mares de dudas en los momentos más inoportunos. Confiaba bastante en Demetrius, pero no sabía por qué estaba ayudándome; sobre todo teniendo en cuenta que, como él mismo me había reconocido, tenía otros fantasmas soplándole en el cogote. Su presencia debería tranquilizarme, pero al mismo tiempo no podía evitar acordarme de un contable que había trabajado en el desguace y que solía decir, con su acento de Boston: «Si un granuja miente en la declaración de la renta, ¿en qué más cosas estará mintiendo?».

La panadería era un auténtico caos, parecía un manicomio, solo que no había un alma. Las batidoras y las bandejas estaban por el suelo, había montañas de harina como cúmulos de nieve, pilas de moldes, frascos de azúcar cristalizada y virutas de colores hechos añicos, charcos de mantequilla rancia y trozos de barritas de chocolate gigantescas desperdigados por doquier como maquetas de rascacielos. Se diría que unos Umpa Lumpa rebeldes habían destrozado la fábrica. Lo que quedaba era un banquete para ardillas, ratones y todo tipo de bichos. Antes de que me diese tiempo a tocar nada, Demetrius me pasó unos guantes. De hecho, los guantes y redecillas, fuera de sus cajas, destrozadas y volcadas en el suelo, tenían su propio rincón.

—Parecen cientos de manos atrapadas en una red de pesca —dijo Demetrius, indicando la montaña, que podría pasar perfectamente por una instalación artística.

Nos fuimos abriendo paso entre el caos hasta llegar a una puerta metálica gris, al

fondo: la oficina. Demetrius tiró la puerta abajo con un par de patadas contundentes. La panadería estaba tan sumida en el silencio que el ruido de la madera al astillarse me arrancó de la convicción optimista de que quienquiera que hubiese destrozado el lugar no volvería. La oficina estaba intacta. O a lo mejor los intrusos no se habían percatado de la puerta y creían que no habría nada de valor allí dentro.

—¿Estamos en una máquina del tiempo que lleva a los años noventa o qué?

Demetrius agitó una mano delante de la cara intentando disipar la polvareda, el gesto más inútil por antonomasia. Luego, con gran caballerosidad, me invitó a sentarme en la silla mientras él se apoyaba en una caja de cartones de leche volcada.

No tenía ni idea de si el reproductor de VHS funcionaría; además, a lo mejor las cintas se habían deteriorado, aunque llevaran cerradas todos esos años. Cuando pulsamos el botón de encendido, la pantalla del monitor se puso azul. Introduje la cinta azul en la ranura y oí ese clic antiguo y casi gratificante. Demetrius le dio al *play*. Se oyeron unos ruiditos prometedores, pero no pasó nada.

—Tu amiga Marnie nos vendría de perlas.

—Sus conocimientos no se remontan tan atrás —dije—. No es paleontóloga.

—Los cables de entrada y salida están cambiados.

Demetrius trasteó con los cables, desconectando aquí y conectando allá.

Volví a darle al *play*. Como en una vieja televisión parpadeante, tras un segundo estático, la cara de Rodney Birdwell se enfocó con nitidez, y el hombre empezó a hablar.

El principio se parecía al de un programa educativo sobre arte, como los que ponen en el instituto a los estudiantes para matarlos de aburrimiento. A diferencia del acento refinado de Ashby, el de Rodney era vulgar. Llevaba pantalones de pinza azul marino, holgados en sus piernas esmirriadas, una camisa a cuadros y gafas de aviador. Estaba delante de una galería de Chelsea a la que no le habían dejado entrar.

—La mayoría de las galerías son gratuitas y están abiertas al público, pero la galería Ludwig-Sinclair es como un hotel muy privado y exclusivo en el que tienen que darte el visto bueno para entrar. ¿Por qué? Esta galería, con obras de arte que se venden por millones de dólares, es la proveedora de algunos de los bienes de lujo más exclusivos del mundo. Entre su clientela se encuentran desde presidentes de Wall Street, que rara vez se dignan a bajar al suelo que pisamos, hasta líderes déspotas y cleptócratas del tercer mundo, pasando por príncipes y oligarcas.

»A pesar de que las cifras de ventas deben ser estratosféricas, en realidad hay muy pocas pruebas escritas que reflejen estas transacciones, que suelen hacerse en efectivo. Ante esta ausencia de documentación, cabría pensar que vivimos en un lugar del mundo en el que aún no se ha inventado el lenguaje escrito; pero nada más lejos de la realidad, claro.

En ese momento, Rodney mostraba un periódico para dejar constancia de la fecha y señalaba el cartel de Zaki, un restaurante al otro lado de la calle, famoso porque su pescado llegaba en avión desde un mercado de *sushi* en Japón. Pronunciaba

«Sinclair» rápidamente, como si no quisiera pasar demasiado tiempo delante de la galería.

—O quizá pensemos que estamos en una sociedad previa al Código de Hammurabi, donde no hay leyes, o solo unas pocas y muy exclusivas; una sociedad sin regular. Pero, evidentemente, este tampoco es el caso.

Se giró e indicó un cartel de PROHIBIDO APARCAR.

—Las leyes se pueden burlar, y, si hablamos de obras de muchos millones de dólares, la ingeniería fiscal puede llegar a ser muy creativa y hacer maravillas con los impuestos. Pongamos que soy un coleccionista con una declaración tributaria por las nubes. Pues dono mis obras de arte a un museo y me las desgravo. Pero, ¡tachán!, de repente están otra vez colgadas en mi pared.

La cámara volvía a enfocar en un primer plano a Birdwell, que se convirtió en una cabeza parlante.

—Dinero. A fin de cuentas, es mucho más fácil hablar de eso que del cuadro de un perro hecho con globos. Cuesta determinar con certeza qué son estas cosas y quién les asigna un valor. Un cuadro que parece poco más que una hoja con rayas puede ser en realidad un Bridget Riley que vale una millonada. Pero ahora mismo no quiero entrar en ese debate.

»Lo digo en serio: pongamos que soy multimillonario, ¿dónde voy a meterlo todo? En todo el estado de Texas faltan colchones para guardar mi dinero. ¿Qué tal en bienes inmuebles y en arte? Dos de las mejores opciones, que, de hecho, están vinculadas. El arte te confiere un toque de glamur, es transportable y goza de las ventajas fiscales ya mencionadas.

La cámara volvía a moverse. Ahora Rodney estaba delante de un rascacielos de lujo. Un portero lo observaba desde detrás de una fuente, sin saber muy bien qué era aquello, pero Rodney no le hacía caso.

—Hay coleccionistas que parecen pilares legítimos de nuestra sociedad, a los que invitan a la Casa Blanca, que cenan con senadores y directores de museos. Luego está la otra cara de la moneda, el mundo criminal oculto. Los objetos que valen millones de dólares, a fin de cuentas, son solo eso: objetos. Se pueden robar y, a menudo, se roban. Si la obra es famosa, como por ejemplo un retrato de Van Gogh, es imposible venderla, pero aún puede usarse como efectivo, para cubrir una deuda. Un cuadro se puede cambiar por un cargamento de drogas o un alijo de armas de destrucción masiva. ¿Por qué no?

Un corte abrupto, y vuelta a la calle de Chelsea.

—Todo esto me lleva, Linda, al caso de la finca de Connecticut. Según los registros, la finca pertenecía a la galería que hay a mi espalda. Era una de las muchas propiedades que tienen repartidas por el mundo: en Toscana, París, Tokio... No son casas como las de la gente corriente, con sus hipotecas y sus reformas. En esas mansiones o propiedades casi nunca vive nadie. Son cajas fuertes, inversiones, paraísos fiscales, igualito que los cuadros. Fue precisamente intentando descubrir

quién había robado su cuadro cuando descubrí algunas cosas sobre sus prácticas empresariales.

Birdwell respiró hondo, con gesto teatral.

—Aquí huele a dinero recién blanqueado. Mis amigos quieren que me esté calladito, y yo lo hago con mucho gusto, siempre y cuando ingresen un pellizco en mi cuenta del Astoria Federal. ¿Que por qué lo hago?

El hombre enseñaba a la cámara una fotografía de su hijo, el que dejaba de aparecer en las fotos de su casa de Rockaway a los doce años. Luego la pantalla se quedaba en negro. La grabación parecía acabar ahí.

—Birdwell no llegó a recibir el dinero —dijo Demetrius—. Lo único que consiguió fue que lo mataran. Su mujer llevaba razón: era un ingenuo. Aunque hubiese visto el vídeo y lo hubiese llevado a la policía, al fiscal, a quien sea, su marido no ofrece pruebas que respalden sus declaraciones. —Demetrius señaló el monitor, como si Birdwell pudiera volver y seguir explicándose—. Lo que sí hace es aclarar por qué hay todo tipo de gente interesada en robar cuadros demasiado famosos para venderlos. Si necesitas una cantidad importante de dinero y tus recursos son limitados, ahí tienes *Los lirios* de Van Gogh, o su oreja, o lo que sea. Problema resuelto. —Me aparté de la mesa—. Ladrones o coleccionistas, para él son todos iguales. En su opinión, todos roban.

—¿Has oído eso? —Pulsé el *pause*.

—No. Esto está lleno de roedores dándose un festín —dijo Demetrius, sin hacerme mucho caso—. Mira, Stella, parece que hay más. Deberíamos verlo todo.

Volví a darle al *play* y la pantalla siguió unos instantes en negro, hasta que apareció en primer plano una foto del panadero Svalbard, mucho más joven, tumbado en un barco junto a un par de tipos. De fondo volvió a oírse la voz de Birdwell:

—En agosto de 1999, me llamaron para investigar un incendio en la Panadería Svalbard de Bay Ridge, en Brooklyn, que se había cobrado una víctima. Svalbard solía dejar a un sintecho dormir en la trastienda cuando no estaban trabajando, y el hombre murió por inhalación de humo. Tras investigarlo, llegué a la conclusión de que el incendio no había sido provocado: creo sinceramente que Svalbard estaba consternado; era un tipo decente, y solo quería reparar los daños y volver a trabajar. Caso cerrado. Sin embargo, observando más detenidamente las fotos que saqué en la investigación, vi esta fotografía, pegada a la pared junto a otras instantáneas familiares y postales. Al ampliarla, reconocí la cara de alguien relacionado con un robo de arte que se había producido varios años antes.

»En 1994 robaron *El grito* del Museo Munch de Oslo. En la grabación de seguridad se veía que los ladrones habían sido un poco bufonescos, como Buster Keaton intentando llevar un tren sin combustible. Apoyaron una escalera en una de las paredes del museo, se cayeron, volvieron a intentarlo, rompieron una ventana, se colaron y cogieron el cuadro. Tardaron menos de un minuto, y dejaron una nota que decía: «Gracias por la poca vigilancia». Charley Hill, un agente de Scotland Yard,

dijo: «En eso consiste el crimen organizado noruego: dos hombres y una escalera». Sin embargo, era la inauguración de las Olimpiadas de Lillehammer. El cuadro había desaparecido. Para aumentar el bochorno, un grupo antiabortista se atribuyó el robo y afirmó que devolvería la obra si la televisión noruega emitía *El grito silencioso*, un documental en contra del aborto. Sin embargo, resultó que el grupo no tenía el cuadro. La foto de arriba es de Karl Dagbent, uno de los sospechosos, que nunca fue condenado.

—¿El padre de los gemelos? —preguntó Demetrius.

—Se le parecen.

—¿Svalbard estaba directamente implicado en el robo? —continuaba la voz de Birdwell—. Lo dudo, pero como conoce a Dagbent tiene contactos con la banda responsable. Me paga una pequeña cantidad todos los meses, en efectivo, que encontrarás en un ejemplar hueco de *La dieta ideal para el corazón*. Eso también es para el tratamiento de Arizona.

Ahí acababa la cinta.

—¿Así que intentó chantajear a la galería por lavar dinero, y al pobre Svalbard porque conocía a alguien? —pregunté.

—Svalbard es como el tipo que alquila el coche para la fuga. Tiene la punta del dedo dentro y preferiría estar fuera; pero, una vez que te has metido, no hay marcha atrás, aunque solo hayas prestado tu tarjeta de crédito bajo coacción y no estés en las inmediaciones del banco.

—Si Linda encontró el dinero en el libro, no tendría ni idea de dónde venía; pero también es posible que el libro y el dinero sigan en alguna estantería de la casa. Tras la desaparición de Birdwell, Svalbard pudo dejar de hacerle los pagos, y tan contento.

—¿Con quién trataba Birdwell en la galería Ludwig-Sinclair? ¿Podemos encontrar un nombre? —preguntó Demetrius, sacando la cinta del reproductor.

—Quizá sea un consorcio de propietarios, una empresa fantasma; quizá no haya un señor o señora Ludwig-Sinclair. —Esa era la vaga idea que me había hecho trabajando en Claiborne's: a veces no sabías a quién pertenecía un cuadro; solo cuánto valía, y el primer dato era imposible de conseguir—. Y todo por salvar a su hijo... —Se me entrecortó la voz—. Pobre hombre. Se metió en algo que le quedaba grandísimo.

Me sentía fatal, pero no habíamos acabado.

—También tenemos esta. —Demetrius introdujo la segunda cinta, la de la funda negra.

Linda nos había dicho que *Lección de anatomía de Tulp* o, mejor dicho, *Lección de anatomía del Dr. Nicolaes Tulp*, pintada por Rembrandt en 1632, intrigaba a Rodney. Al parecer, sus asesinos también lo sabían. Se vistieron como médicos y estudiantes del siglo XVII y rodeaban un cadáver, mientras el doctor Tulp hacía incisiones. En rigor, en el cuadro no aparecen instrumentos cortantes, pero ese detalle histórico se obvió en esta versión. Todos llevaban la cara cubierta, y el cadáver era el

de Rodney Birdwell. Solo que no era un cadáver. Aún estaba vivo. Un rato más. Hasta que dejó de estarlo.

## Capítulo 29

Los pequeños troles de plástico pegados hacía mucho tiempo en lo alto del monitor empezaron a temblar, como si estuviésemos en pleno terremoto, y luego se oyó el impacto de un vehículo. Salimos corriendo de la oficina y vimos que uno de los camiones de Valentine se había empotrado contra la pared de ladrillo. Dos hombres bajaron y empezaron a echar gasolina en las cintas transportadoras, en los hornos, por doquier. Estaban tan concentrados que no nos vieron hasta que uno levantó la mirada. Demetrius los observaba muy tranquilamente, pistola en mano. Llevaban la cabeza rapada y los ojos tatuados, como los miembros de la realeza del antiguo Egipto, algo que a todas luces no eran. No estaba lo bastante cerca para determinar qué animal se abalanzaba o saltaba de sus caras. O a Valentine se le apareció la Virgen, logró vencer a DeJesus y había enviado a sus matones, o dio la orden antes y la banda se había tomado su tiempo para cumplir el encargo, haciendo una parada para comer algo en un McDonald's o para admirar la puesta de sol sobre el puente de Verrazano-Narrows. Sea como fuere, no iba a preguntárselo.

Demetrius les dijo a los dos que tirasen sus armas al último tanque de masa que quedaba en pie. Tenía moho incrustado en los bordes, olía muchísimo a levadura y había una rata ahogada flotando en él —muerta por empacho de un auténtico manjar roedor—. Oí las armas contra el fondo de acero inoxidable. Luego les dijo que se pusieran contra la pared, y la pareja apoyó las manos en un fragmento que quedaba en pie. Uno giró la cabeza y miró hacia arriba, solo un segundo, y yo seguí su mirada. Demasiado tarde. Un hombre, subido a uno de los hornos, se abalanzó sobre Demetrius y el arma cayó al suelo. Era Jimmy DeJesus.

—¡Qué alegría volver a verte, Stella! —dijo, dejándome claro que había descubierto mi verdadero nombre desde que nos cruzamos en el ascensor, cuando iba de camino a entregar un paquete de carne—. Tengo un mensaje para ti de parte de Per.

Corrí para hacerme con el arma, pero a uno de sus colegas se le ocurrió lo mismo. Nos estrellamos y ambos caímos al suelo, forcejeando, pero seguía sin poder alcanzar la pistola. Parecía que estuviese viva.

Demetrius había agarrado a DeJesus por el cuello y lo estaba estrangulando. Era ilegal que un policía usara esa llave, aunque, bien pensado, él ya no pertenecía a las fuerzas del orden. El segundo hombre llegó por detrás y pudo librar de los brazos de Demetrius a un DeJesus semiinconsciente. Pitt le propinó un puñetazo en la quijada al atacante, que se desplomó, completamente noqueado. Sin embargo, desde el suelo, el hombre contra el que yo me había estrellado le pegó un codazo en el estómago, y Demetrius cayó sobre una mesa metálica con ruedas, que se deslizó hasta un cubo lleno de bolsas de plástico. Demetrius agarró una y, con un gesto ágil, pudo enfundar

la cabeza del hombre, que volvía al ataque. Era como meter un repollo en una bolsa, solo que el repollo venía con noventa kilos de fuerza. El hombre, en un exceso de confianza ante la cercanía de su objetivo, había cerrado los ojos para el impacto y no vio la bolsa con el lema GRACIAS POR SU VISITA Y HASTA PRONTO en la que estaba a punto de embutirse. Forcejeó para quitársela, al tiempo que intentaba zafarse de Pitt. Sin embargo, con una velocidad pasmosa, Demetrius dio varias vueltas de hilo bramante alrededor del cuello del hombre, que también perdió el conocimiento por la falta de aire.

Ahí podría haber acabado la cosa, pero ahora yo estaba junto a la puerta trasera, o lo que quedaba de ella, con una pistola en la sien. DeJesus nos hizo a ambos un gesto para que pasáramos de la sala de los hornos a la tienda. En la zona de la panadería de cara al público no había ni rastro de productos horneados. La caja registradora estaba en el suelo, desvencijada, y la puerta de un frigorífico, donde antes guardarían la leche y los zumos, estaba abierta, con los goznes rotos. Encastrado en el expositor horizontal, en lugar de pan y tartas, estaba ahora el cuerpo de Svalbard, con tres disparos en el pecho.

Nuestro captor intentó encerrarnos, pero la cerradura estaba rota. Con la pistola en la mano derecha, trasteó un poco más con la puerta, y al final dio un portazo frustrado, pero la puerta volvió a abrirse. Retrocedió sin dejar de apuntarnos con el arma. Supongo que su intención era marcharse cuanto antes, pero en su retirada pisó una bandeja, se resbaló y, en la caída, se pegó un cabezazo contra una columna de hierro. Sin lugar a dudas, el espíritu de los Tres Chiflados, además de estar en el salvapantallas del ordenador, impregnaba el lugar. DeJesus se quedó inconsciente y yo aproveché para coger el arma y devolvérsela a Demetrius; a fin de cuentas, era suya. DeJesus no tardó en volver en sí, pero ya lo habíamos atado a la columna de marras, en el centro del caos. Tenía los pantalones manchados de sangre seca, y me pregunté quién habría sido el malhadado, simio o humano; sin embargo, sus ojos de cobra estaban bien abiertos y atentísimos.

—¿Cómo sabes cómo me llamo? —le pregunté en primer lugar.

—Mientras estaba en el despacho de Valentine descargando la rabia contra ese perro de globos, al que, por cierto, el mono había dejado en tal estado que nadie lo compraría ni por 5,99 dólares, no digamos ya por cinco millones, llamé a Per y me enteré de varias cosas. Está muy enfadado contigo, Stella, y yo también. Me dije que me la ibas a pagar, pero no sabía que estarías aquí. Ha sido una agradable sorpresa.

—¿A qué has venido a la panadería? —le preguntó Demetrius.

—A por una docena de magdalenas para el grupo.

Demetrius le pegó un tortazo, y le salió un hilo de sangre de la boca.

—Vale, vale, lo pillo. Esta tarde me he pasado a buscar algo que Jake me prometió si le perdonaba la vida al chimpancé.

—Y no lo has encontrado.

—Pues no. Pero no me he dado por vencido, de ahí que haya vuelto.

—¿Qué estabas buscando?

—Por lo general, tengo la política de no responder a preguntas por el estilo, pero, como tienes un arma, te lo digo. Un alijo de metanfetamina con el que rellenaban tartas que luego enviaban adonde fuera, por el aeropuerto Kennedy, por mar o por tierra. Valentine dijo que el último lote estaba a punto de salir y sería todo para mí, pero cuando llegué la panadería estaba prácticamente abandonada. Ha sido un día de perros: todo quisque prometiéndome cosas que parecen la rehostia, y luego pollas en vinagre, como si fuera subnormal.

Me daba un poco de pena. Últimamente había pasado mucho tiempo en la Panadería Svalbard, y no había visto indicios de que allí se cociese algo así, aunque eso no quería decir nada. O quizá Valentine quiso ganar tiempo y vio en la codicia de DeJesus una forma de deshacerse de él.

—No te importa que te dejemos aquí un ratito, ¿verdad? —preguntó Demetrius—. Hay un porrón de comida. Sí, ya sé que no llegas, es una pena. Luego llamamos a la policía por ti.

Nos suplicó que no lo hiciésemos, pero DeJesus, con sus cobras tatuadas, no estaba para negociaciones.

—Per sabe dónde estoy. Va a soltarme y os vamos a encontrar.

Le creí.

Cerca de uno de los charcos de gasolina se produjo una chispa; quizá fuera el mismo fallo de la instalación eléctrica que se remontaba a la inspección de Empire & Gloaming, o quizá había saltado del camión de Valentine empotrado. Primero se elevaron finas volutas de humo serpenteante, pero luego aumentó su tamaño y su intensidad. Aunque olía a humo, el fuego quedaba oculto tras las estanterías y las montañas de herramientas desperdigadas por doquier. La entrada trasera pronto quedó envuelta en llamas. Jimmy empezó a gritar para que no lo dejásemos achicharrándose en Bay Ridge y, sin titubear un instante, Demetrius cogió un cúter y empezó a cortar las cuerdas, gastando unos minutos preciosos, de los que no disponíamos, porque el cúter, de hoja corta, no era tan eficaz como otro instrumento de hoja más larga. Justo cuando le grité que teníamos que salir por piernas, la cuchilla atravesó las cuerdas e hizo un corte profundo en el brazo de DeJesus, que quedó libre. Salimos escopetados en direcciones opuestas: Demetrius me agarró de la mano y saltamos las llamas, que aún no eran muy altas junto al camión que los tres matones, colocados o borrachos, habían estampado contra el edificio. DeJesus corrió hacia la puerta que conducía a la tienda, pero la persiana estaba cerrada con candado desde fuera.

En cuestión de segundos, la panadería voló por los aires.

## Capítulo 30

—Cuando entremos, déjame hablar a mí.

Estábamos aparcados frente a la galería Ludwig-Sinclair, prácticamente en el extremo oeste de la Twenty-Fourth Street, justo antes de llegar a Nueva Jersey. A Demetrius no le hizo gracia.

—Creo que no deberías usar tu identificación de Claiborne's con el nombre de Stella da Silva —dijo—. Has salido en las noticias. Basta una búsqueda de Google, y lo primero y casi lo único que aparece es tu cara. Usa el carné de Hammersmith.

—La gente de ahí dentro, a la que estamos a punto de engatusar para que nos abran las puertas de su institución financiera, no se mancha leyendo artículos sobre burdos homicidios. Esas cosas no tienen cabida en su mente, ni como acontecimientos reales ni como sucesos que puedan ver en las noticias. Las noticias son para los comunes mortales. Fíate de lo que te digo: no tienen ni idea, pero es que ni siquiera les importa.

—¿Y qué pasa con la desaparición de *Las meninas*? Esa noticia les importará, ¿no?

De eso no estaba tan segura, pero era un riesgo que tendría que correr.

—La identificación de Claiborne's es lo único que nos permitirá pasar de recepción. Si no, podemos tirarnos toda la vida en este coche. Y, por favor, no digas que se te ocurren cosas peores.

Tras el incendio de Bay Ridge, no habíamos ido directamente a las callejuelas opulentas y escondidas de Chelsea, sino que primero volvimos a casa de Marnie para darnos una ducha —si me preguntasen, diría que acabamos compartiéndola para ahorrar tiempo, pero dudo mucho que la excusa fuese convincente— y descansar unas pocas horas.

A la mañana siguiente, volví a tomar prestada ropa de Marnie para la expedición a la galería Ludwig-Sinclair: una falda de tubo fucsia y una chaqueta negra, atuendo *vintage* de la era Jack Paar. Para el sitio al que íbamos, probablemente fuera mejor opción que lo que pudiese encontrar en una de las tiendas de Atlantic Avenue. Demetrius compró ropa limpia en un Army Navy, ajustándose a su papel. Puede que aquello no funcionara, pero era nuestra mejor opción.

En ocasiones me dan ganas de parar el reloj, de no dar el siguiente paso, de aplazarlo todo y dejar que la música siga sonando. Estábamos muertos de hambre, así que al menos tendríamos que comer, aunque eso solo retrasase lo inevitable. Aprovechamos la parada en Atlantic Avenue para comer los platos de la abuela: pollo con limón y aceitunas en conserva, *kibis* muy especiados con semillas de comino tostadas y pimienta ahumada, *böreks* crujientes recién hechos, rellenos de berenjena y tomate, y para acabar café turco con semillas de cardamomo. Debería estar muerta de

sueño, pero estaba despiertísima. Mi burbuja de calma tocaba a su fin: había llegado la hora de convertirse en una Stella da Silva que no tenía casi nada que ver con quien yo era realmente. En alguien que tenía los mismos conocimientos profesionales, pero se sentía como pez en el agua en un lugar que, si Birdwell estaba en lo cierto, hacía que Claiborne's, en comparación, pareciese una reliquia de la época en que Gertrude Stein posaba para Picasso, quien la consolaba diciéndole que acabaría pareciéndose a su retrato —todo quedaba entre amigos, pero ahora el retrato tiene un valor incalculable—. Tenía que llamar a la galería para concertar una cita: no era un sitio al que se pudiese entrar sin más, como quien va a comprar unos zapatos carísimos.

Salí del restaurante para hacer la llamada. Sabía por quién preguntar y cómo contar la historia, y me resultaba más fácil por teléfono que cara a cara. Sabía que me darían cita para el mes siguiente, y tendría que persuadir a mi interlocutor para que nos recibiesen antes. Sin embargo, una mujer de voz agradable me dijo que la obra en cuestión, la que quería examinar, se había vendido y estaban a punto de enviarla al comprador. Le dije que estaba en ese barrio, acabando de almorzar en Le Moulin Invisible, y que estaría ahí en menos de una hora. Les valió.

—Vale —le dije a Demetrius—, la historia es la siguiente: soy de Claiborne's, como ya sabemos, y estoy trabajando en la subasta de la finca Goldman-Rosen, cuya fecha aún no se ha fijado, pero es inminente. Así, lo más probable es que no lo comprueben.

—¿Quién es Goldman-Rosen?

—Nadie, pero suena auténtico, como Goldman Sachs. Si uso uno o varios nombres reales, lo pueden comprobar rápidamente. Les he dicho que la subasta es privada, que no se ha publicitado, y se lo han creído. La colección incluye un cuadro de Jean-Michel Basquiat que está dañado y necesita algunos retoques. Ludwig-Sinclair organizó una exposición con algunas de sus obras, y como fue hace solo unos días los cuadros siguen en las instalaciones, en la parte de atrás. Les he dicho que me gustaría echar un vistazo a lo que tienen, para compararlo con el Basquiat imaginario de Claiborne's.

—¿Por qué no les dices que soy tu marido o tu pareja?

—Porque para eso tendríamos que comprarte ropa nueva, y costaría lo que ganas en un año.

—Ahora mismo eso es cero dólares.

—Además, tendrías que hablar como ellos: una lengua que, a pesar de todo el tiempo que llevo en Claiborne's, ni siquiera yo hablo con una fluidez perfecta. Tendrías que tener un nivel de esnobismo que no eres capaz de imaginar. Además, todos son blancos.

—¿No crees que podría pasar por un aristócrata? El príncipe de Trinidad, por ejemplo.

—¡Pero si me has dicho que lo más al sur que has estado es en Perth Amboy! Bueno, a lo que íbamos: supongo que la recepcionista será una mujer joven que me

acompañará a la parte de atrás, donde guardan los cuadros hasta enviarlos a quien los ha comprado por una millonada. Habrá mucha seguridad. En ese momento, cuando la mujer deje la mesa, intenta encontrar algo.

—¿Qué tengo que buscar?

—Ojea los catálogos; suelen estar a la vista. Busca algún nombre conocido: Valentine, Ashby, Fieldston. Si Ludwig-Sinclair blanquea dinero, necesito algo que los vincule a Claiborne's.

—Y si no soy tu pareja, ¿qué soy? ¿Tu guardaespaldas?

—Un manipulador de arte, mi ayudante, por si hay que mover algo. Aunque ellos tienen sus preparadores de arte, muy bien seleccionados y cubiertos por el seguro, al traerte estoy mostrando consideración.

—Muy bonito. Me siento como una mangosta en una ceremonia japonesa del té.

—Eres eso, más o menos. Cuidado con las serpientes, plato predilecto de la mangosta, pues podrían estar escondidas en el lugar más insospechado. Y otra cosa: te hiciste esos moratones moviendo una escultura de Frank Stella que se te cayó encima. Ahora que lo pienso, a mí también me golpeó. —Parece que no había estado del todo fina a la hora de cubrir las marcas negras y azuladas.

—¿Quién es Frank Stella?

Cogí el teléfono de Demetrius y le enseñé imágenes de enormes esculturas coloridas de metal. Destilaban optimismo, parecían de otro mundo, pero pesaban lo suyo y es probable que fuesen inestables si no se manejaban con sumo cuidado. Era una explicación para nuestras heridas que podía tener sentido.

Salimos del restaurante, nos montamos en su coche y pusimos rumbo a Manhattan. Había mucho tráfico, íbamos a llegar tarde, y eso era un problema, pues les había dicho que estaba en el barrio. Nos quedaba un buen trecho hasta Chelsea. Mientras dejábamos atrás las torres grises del puente que cruzaba a Manhattan, reprimí la sensación de angustia.

—¿Por qué no has concertado la cita para más tarde? —preguntó Demetrius, disfrutando de la brisa del río que entraba por la ventanilla. Con suerte, lo único que tendría que hacer sería cruzarse las frases de rigor con una recepcionista y ojear un puñado de papeles.

—No sé, no se me ocurrió. Me haces pensar en otras cosas.

Demetrius soltó una carcajada, pero ese lapsus podría habernos costado la posibilidad de explorar la galería. Era un paso previo determinante que podía tener consecuencias, pero no caí.

Aparcamos con una media hora de retraso. Tras la breve discusión sobre mi identidad, Demetrius cerró el coche y cruzamos la calle, para entrar sin dilación en la galería Ludwig-Sinclair. Yo iba taconeando con mis Louboutin de imitación, unos zapatos de aguja negros con suela roja que acababa de comprar y con los que me sentía como si llevara los zapatos de rubíes de *El mago de Oz*. El edificio era enorme, una mole de ladrillo pintado de gris acorazado que no se contradecía con el tipo de

empresas que alquilaban su interior. Quizá albergara otras galerías, pero tampoco podía descartarse que el consorcio fuese dueño de todo el edificio. Al igual que en la grabación de Birdwell, años atrás, no había ningún cartel que indicase que la galería estaba ahí. Tenías que saberlo, como yo, gracias a mi antiguo trabajo. Ajustándome en la nariz unas gafas de sol tamaño *Desayuno con diamantes*, miré a la cámara de vigilancia y entramos.

Había varios niveles de seguridad en la galería, y solo unos pocos apreciables a simple vista. En la entrada, un vigilante nos hizo una foto tras comprobar que teníamos cita. Luego había un ascensor bloqueado con llave que subía al piso de arriba, donde aguardaba un segundo vigilante; y puertas que no se abrían a menos que usáramos los pases temporales que nos habían entregado al entrar.

La galería era un espacio blanco inmenso, con más salas a los lados y en la parte de atrás. La recepcionista era el vivo retrato de la secretaria de Ashby, Sheilagh, aunque llevaba las uñas salmón y el pelo era más platino que dorado. Se veía claramente que ambas sentían devoción por sus jefes. Era una fidelidad sin fisuras: las raíces de Sheilagh y su doble daban igual, pues habían encontrado un hogar en el mundo de sus superiores, aunque jamás lograrían ser miembros de pleno derecho. Se me olvidó el nombre de Sheilagh II en cuanto se presentó. En lugar de acompañarme a la parte de atrás, llamó a un hombre joven, que salió de una de las salas laterales. Hablaba con acento alemán y no perdió ni un segundo en llevarme ante Basquiat. El plan no era ese, pero no podía hacer otra cosa. Miré hacia atrás un instante y le dije a Demetrius, moviendo los labios: «Se *zebe* respetar al oso».

Atravesamos el espacio dedicado a la exposición, en el que estaban empezando a instalar una nueva muestra. Los manipuladores de arte tenían que estar en forma; vi a cuatro tomando medidas y moviendo cajones de embalaje. Aunque suelen tener cuerpos de jugador de *hockey*, también han de saber manipular e instalar objetos muy frágiles. Uno de los cuatro era una mujer altísima, antítesis de la recepcionista, pero no nos intercambiamos ni una sonrisa. Aquí los manipuladores parecían más serios que en Claiborne's, que contrataba en su mayoría a trabajadores temporales que iban y venían. Al pasar junto a uno de ellos, me percaté de que tenía tatuados los rabillos de los ojos: panteras.

Pasé una media hora con los Basquiats. Eran varios. Uno tenía una zona cosida, y pegados al lienzo había «objetos encontrados», una pesadilla para su futuro conservador. En otro, el artista había escrito «asbesto, radio, arte de valor incalculable, 400 yenes», entre otras palabras y referencias. Un vigilante se quedó conmigo mientras fingía examinarlos. Estaban en buenas condiciones. El óleo en barra y la pintura acrílica y en espray provocarían vicios inherentes con el tiempo. Los dibujos hechos con carboncillo y grafito eran otra historia. Se trata de materiales muy friables, que se desmenuzan en capas de polvo. También había un dibujo en un estado particularmente alarmante, con los bordes dañados: cuando el papel se expone a la luz, se oscurece y puede desgranarse al más mínimo contacto. ¡Puf! ¡Y adiós!

Eso ahora no era de mi incumbencia, pero me preguntaba cómo habría sido la exposición y la venta de esas obras tan dañadas. La galería confiaba en que, al ser tan altos los precios de los Basquiats, podría venderse cualquier cosa, y llevaban razón. Fingí tomar apuntes. Cuando acabé, el vigilante llamó al joven de acento alemán para que me acompañase a la entrada.

Demetrius estaba apoyado en la mesa de recepción, ligando con la rubia. Debería haberle dicho que no hablase con nadie. Si ella le preguntaba cuál era el próximo lote de Claiborne's, por ejemplo, él no tendría la menor idea, pero es que además su concepto de «lote» podía estar relacionado con drogas u objetos incautados; nada que ver con la venta de un Courbet o un Hopper. Los ojos del Pantera pasaron de su móvil a Demetrius, y luego a mí. Teníamos que largarnos cuanto antes.

Respondiendo con un «Vale, volvemos ahora mismo» a una presunta llamada urgente a mi móvil en silencio, di las gracias al alemán y a la recepcionista, que dedicó una sonrisa monísima a Demetrius. Este aprovechó para alargar unos segundos más la cháchara, y me dieron ganas de matarlo. El Pantera se dirigía a nosotros cuando la mujer dijo: «El ascensor está aquí, os lo he desbloqueado». Correr no era buena idea, pero caminé con el paso más ligero y empresarial que me permitían los tacones de trece centímetros. El alemán se dirigió con un tono cortante y hostil al manipulador de arte de ojos tatuados, agarrándolo del codo. Además de estar con el teléfono cuando debería estar trabajando, había colocado una escultura compuesta por partes móviles de forma precaria, poniendo en peligro toda la obra, de varios millones de dólares.

«Lleva más cuidado la próxima vez, si quieres que haya una próxima vez». Oí la frase mientras las puertas del ascensor se abrían, para luego cerrarse a nuestra espalda. Juraría que era la voz del alemán, pero tampoco estaba muy claro desde nuestra posición, y no descartaba que la frase la hubiera pronunciado el hombre con ojos de pantera, al que no le importaban una mierda ni la escultura ni el trabajo. Borrarme del mapa era, para sus auténticos jefes, la prioridad, y tenía que evitar cualquier interferencia.

«¡Imbécil!», le susurré a Demetrius mientras bajábamos, ya a salvo. Él creía, cómo no, que estaba celosa. Me llevé un dedo a los labios: no se podía hablar, pero besarse quizá sí. A las cámaras de vigilancia les daría igual. Como cuando Eve Kendall besa a Roger Thornhill en el tren para esconderse de sus perseguidores en *Con la muerte en los talones*. Los de seguridad se reírían de esos dos tortolitos a través de la cámara, pero por lo pronto no estaban viéndonos las caras. El hombre de Valentine podría bajar con el siguiente ascensor, así que cruzamos la calle corriendo y nos montamos en el Audi de 1990 de Demetrius, pero no abrí la boca hasta que el coche enfiló la autovía West Side Highway. Íbamos en silencio, sin saber muy bien cuál sería el próximo paso.

—Esto no ha servido de nada —dije, mientras abría y cerraba de manera compulsiva la guantera, como si fuese a encontrar respuestas ahí.

—¿Puedes parar, por favor?

—Ni siquiera voy a preguntarte si le has sacado algo a la recepcionista.

—No había mucho que sacar. Lo más probable es que lo que buscas esté en el ordenador. Solo se ausentó unos minutos para ir al baño, y esos tipos que preparaban la exposición casi siempre estaban rondando por ahí. Pero he podido coger esto.

Me pasó una lista de nombres impresos en un papel color marfil tan grueso que era casi cartulina, áspero y con el borde dorado. Era una exposición privada para una docena de clientes selectos, programada para justo antes de la exposición Art Basel de Miami Beach. Ni Valentine, ni Ashby, ni Fieldston aparecían en la lista. Debía de estar loca si pensaba encontrarlos: Valentine era un matón al que le habían dado algunos consejos sobre arte, con un patrimonio con el que no sabía muy bien qué hacer. Y Ashby y Fieldston eran meros mayordomos de lujo. Ninguno de los tres manejaba el dinero del que disponía la gente de la lista. Sin embargo, había un nombre que me sonaba de algo: Ilya Grilke. Estaba en la lista de trabajos que Oscar Kronstadt me había dejado.

—Te habrás dado cuenta de que lo que iba y venía no era solo arte contemporáneo, ¿verdad? —Demetrius sacó un cigarrillo de una cajetilla de Marlboro que no había visto hasta entonces.

—¿Cómo dices?

—Coño, ¿no los has visto llevar cosas a la sala de atrás?

—No, Demetrius, la verdad es que no. Había varias salas más pequeñas junto al espacio principal de la exposición. Eso ya lo sabíamos; te he explicado la disposición del edificio.

—¿Así que no has visto el Tres Mosqueteros envuelto en papel de burbujas?

—Pues no. —Repasé mentalmente una lista de artistas pop que podían haber pintado barritas de chocolate gigantes de la marca a la que se refería Demetrius—. Que yo sepa, ningún artista ha pintado un Tres Mosqueteros, ni tampoco un KitKat o un Mars, dicho sea de paso.

—Hay que joderse: no era el cuadro de una barrita de chocolate. Mientras estabas por ahí, unos tipos trajeron un cuadro. Costaba verlo a través del papel de burbujas, pero parecía el retrato de una princesita: estaba justo en el centro, con el pelo rubio y un vestido enorme, y había una enana, y un par de tipos vestidos como los Tres Mosqueteros.

## Capítulo 31

Con un gesto, Garfield me invitó a seguirlo por un pasillo que conducía hasta un ascensor que bajaba al sótano donde estaba el depósito de pruebas. El vigilante de la entrada saludó al veterano agente con un ademán de la cabeza, pero nos registramos de todos modos, mientras nos entregaba una caja con guantes de plástico. El depósito de pruebas era espectacular: un purgatorio de antiguos ordenadores cuadrados, armas de fuego de todo tipo y de todas las nacionalidades, bolsitas herméticas con casquillos de bala, un par de prótesis de pierna, o guitarras eléctricas rotas que parecían usadas a modo de porra. No me habría extrañado ver un par de cerebros en formol conectados con una Escalera de Jacob, como en la película, y hablando a través de un altavoz polvoriento. Las luces de los sensores de movimiento se encendían y se apagaban a medida que avanzábamos por el pasillo central, flanqueado por estanterías metálicas que iban del suelo al techo. Ese inmenso almacén subterráneo parecía no tener fin, como si fuesen una especie de catacumbas bajo la ciudad que albergaban las pruebas de todos los crímenes cometidos desde los tiempos en que los indios lenape comerciaban con los holandeses. Sabía que no era estrictamente así, pero me lo parecía.

Detrás de un estante con teléfonos móviles, apoyado en una pared, estaba el desdichado cuadro de *Las meninas* envuelto en papel de burbujas. El cuadro había llegado a Nueva York con un auténtico séquito de seguridad, en un cajón de embalaje de madera reforzada, digno de la obra de valor incalculable que supuestamente contenía. Ahora era una mera prueba sobre lienzo, poco más que basura, una curiosidad, en el mejor de los casos, cuyo valor monetario rondaba el cero. De hecho, quizá la falsificación ni siquiera procedía del extranjero. La pegatina del aeropuerto JFK y el conocimiento de embarque también podrían ser falsas, una parte del engaño. El cuadro podría haber llegado en la línea 6 de tren. Garfield reconoció que quizá yo tuviese un conocimiento arcano, que trascendía los análisis químicos que realizaría el laboratorio forense, y por eso me dejó intentarlo.

—No puedo dejarla aquí sola, pero si necesita algo dígamelo e intentaré conseguírselo —me explicó.

Despegué la cinta adhesiva del papel de burbujas, lo quité con sumo cuidado y lo dejé en el suelo. La falsificación estaba en malas condiciones: la habían manipulado sin cautela, una parte de la pintura se había emborronado y aquello parecía un batiburrillo de españoles del siglo XVII mirando a través de una niebla del siglo XXI. La nueva reina había muerto; larga vida a la vieja reina.

—¡Qué bajo han caído los poderosos! —dijo Garfield.

—¿La gente de Ludwig-Sinclair va a ir a la cárcel?

—¿Usted qué cree? Quizá en un futuro, pero por ahora no; no hay nadie en libertad bajo fianza. Como sabe, Ludwig-Sinclair no son una o dos personas. Los propietarios están fuera del país y los abogados están recopilando montañas de documentos que nadie leerá jamás.

Aunque se había recuperado *Las meninas*, en realidad no era la obra original. Hay muchas copias de *Las meninas*. Goya pintó su versión de la familia de don Luis de Borbón, hermano del rey de España, donde lo retrata como un anciano que juega a las cartas mientras a su mujer, mucho más joven, le retocan el pelo. Como en el original de Velázquez, Goya se incluyó en el cuadro. Picasso pintó una versión —una serie de cincuenta y ocho versiones, mejor dicho—, que Richard Hamilton versionó a su vez. Sin embargo, ninguna podía confundirse con el original, ni lo pretendía.

Quienquiera que enviara la copia a Claiborne's pirateó el servidor de correo electrónico del Prado y se hizo pasar por su director y otros miembros de la institución. Como todos los contactos se habían realizado de forma electrónica y por correo postal o fax, nadie de Claiborne's —ni siquiera Ashby, ni Fieldston— mantuvo una conversación en persona con alguien del museo. Ninguna de las disposiciones, acuerdos o contratos se cerraron cara a cara, ni por teléfono, ni por Skype. Y, como el envío del supuesto tesoro nacional era hartamente controvertido, el secretismo lógico en torno a su viaje benefició a los falsificadores. Lo que me asustaba era el motivo por el que habían escogido Claiborne's para la «restauración» que pondría la copia en el mercado: yo. Los piratas artísticos pidieron expresamente a Stella da Silva, cuya reputación como «una de las mejores» la precedía. No lo digo por falsa modestia, pero eso, simple y llanamente, no es cierto. Me escogieron por algún motivo, pero lo ignoraba.

Aquella noche, en Claiborne's, solo tuve unos minutos para observar *Las meninas* antes de que el cuadro desapareciese. De haber podido hacer un informe exhaustivo, quizá habría descubierto que la obra no era original. No obstante, si di por sentado que el sello nazi formaba parte de la historia de la obra auténtica, no sé cuánto tiempo habría tardado en llegar a esa conclusión; quizá demasiado. Lo natural era pensar que, al llegar del Prado —y nadie cuestionó el envío, el transporte y el embalaje—, venía de Madrid y era, por ende, la original. Para dar el pego, el lienzo, el bastidor de madera, el forro, el marco, todo tendría que estar reconstruido con una atención meticulosa a los detalles históricos. Investigar cómo se ha creado un objeto equivale a observar su historia, y también la de su creador.

El cuadro debería haberse sometido a rayos X para determinar si había algo debajo. A veces, los falsificadores compran cuadros antiguos en los mercadillos y luego pintan encima, para que así el lienzo, el bastidor y el marco sean originales. Pero encontrar un cuadro del siglo XVII de esas dimensiones en un mercadillo era prácticamente imposible.

Observé los clavos y los ganchos; parecían muy antiguos. Sin embargo, en un mercadillo pueden encontrarse clavos de cien años de antigüedad: son antiguos, pero

no tanto, y sin duda no del siglo XVII, antes de que se inventasen las ferreterías. ¿En qué momento el número exacto de años se vuelve irrelevante? Doscientos años son un suspiro. ¿A quién le importa si los clavos datan de 1650 o de 1850? Probablemente no haya mucha diferencia entre ellos. Sin embargo, la diferencia entre 1810 y 2010 es un abismo tecnológico como la Fosa de las Marianas.

—Al no disponer de los medios necesarios para realizar un análisis químico, tengo que confiar en lo que veo a simple vista —le dije a Garfield.

—Pues que no se le nuble. —Estaba pegado a la cara de Maribárbola.

—Hay varios instrumentos que me vendrían de perlas.

Yo estaba pensando en máquinas gigantescas, a las que solo podría recurrir si se trasladase el cuadro a la sección científica de un museo equipado con cromatógrafos de gases y espectrómetros de masas que me dirían la composición química exacta de los pigmentos usados. Pero Garfield no quería ni oír hablar de la posibilidad de que la obra saliera del depósito.

—Si estos pudiesen hablar —y señaló a la enana, a la infanta y al propio pintor—, tendríamos todas las respuestas.

—La verdad es que, en cierto sentido, sí que pueden hablar. Si me consigue un microscopio de luz polarizada, un espectrómetro de fluorescencia de rayos X y un espectrofotómetro de infrarrojo FTIR, infrarrojo por transformada de Fourier —le dije, explicándole las siglas—, sería un comienzo: así podría identificar los elementos químicos, las proteínas derivadas de animales y los barnices.

—Cuenta con ello. —Garfield anotó mis peticiones y los proveedores de los aparatos que necesitaba, y sacó su teléfono. En el sótano no había cobertura, y me dijo que iba a salir unos minutos.

—Puede llevar un tiempo identificar los elementos —le advertí.

—Tiempo es precisamente lo que no tenemos.

No hacía falta que me lo recordase.

Mientras Garfield estaba fuera, busqué algo con lo que cortar una fina capa de pintura, una esquirra que pasara desapercibida. Había una estantería con cúteres guardados en bolsitas, muchos aún manchados de sangre seca. Me quité uno de los guantes y abrí la bolsa rápidamente, saqué el cúter y corté un centímetro de pintura. Nadie se daría cuenta, pero ahora mis huellas estaban en el cúter y la bolsa, así que, para no ponerlo todo perdido de pruebas, me los metí en el bolsillo, confiando en que no hubiera cámaras de vigilancia o detectores de metal a la salida. Luego le di la vuelta al cuadro y saqué una foto del sello. Mirándolo con más detenimiento, vi que el contorno estaba amarillento, como con una especie de halo en la tinta, que parecía aplicado a mano para dar la sensación de que la tinta negra se había desteñido con el paso del tiempo. Esa especie de halo amarillento que rodea la tinta negra, o ferrogálica, está en la raíz de la polémica en torno al mapa de Vinlandia, que supuestamente data del siglo XV y da fe de la pericia cartográfica y exploradora de los vikingos. Aunque se analizó la tinta, sigue habiendo dos bandos enfrentados acerca

de la autenticidad del mapa, que entre otras cosas gira en torno a la composición química de la tinta ferrogálica y su halo amarillento. A mí me preocupaba bastante más el sello que la tinta.

—Va a llevar unas horas. —La voz de Garfield llegó del fondo del pasillo, con eco.

—Vale —dije—, entonces vuelvo luego.

## Capítulo 32

El tipo, un hombre ya entrado en años, tenía una nariz brillante y picada que hacía pensar en la palabra «vermiculita». Los enchufes que le colgaban de las orejas alargaban varios centímetros los lóbulos, y quien crea que era demasiado mayor para llevar ese *look* se equivocaba de plano. Gillespie «Gil» Trunk era el único fabricante de sellos de caucho que quedaba en la ciudad, y tenía una tienda en el centro de Brooklyn. ¿Habría más en otra época? Es probable, pero dudo mucho que la fabricación de pequeños sellos de caucho fuese alguna vez una mina que atrajese a turistas y curiosos. Así y con todo, había que reconocer el mérito de alguien que mantenía abierta su tienda mientras las bolas de demolición y los edificios altísimos amenazaban por doquier. El local de Trunk era una rodaja estrechísima emparedada entre un Dunkin' Donuts y una tienda que vendía documentos legales, formularios y material de oficina a los abogados de Court Street. Esta también estaba en las últimas: casi todos los formularios se pueden descargar e imprimir de internet, y muy pocas personas, aparte de profesores de Primaria, necesitaban sellos de caucho para usarlos con fines lúdicos o empresariales. Si la gente ya casi no usaba el papel, los fabricantes de clips, grapas, sellos y todos esos complementos tenían los días contados, como cualquier pequeño negocio.

Supuse que el falsificador, si trabajaba fuera de Nueva York y quería un sello nazi, se habría dirigido ahí para encargarlo. No había más sitios. Podía haber comprado uno original por internet, pero eso resultaría caro e innecesario. El sello era una señal; no tenía por qué ser el no va más de la autenticidad.

La tienda de Trunk estaba abarrotada de arriba abajo con toda clase de sellos. Las cajas encargadas por empresas que nunca fueron a recogerlas seguían allí, tristemente cubiertas de polvo. Se sabía que eran viejas porque la dirección indicada —el sello aparecía en la tapa de la caja— tenía números de teléfono y códigos postales anticuados, y no había ni rastro de la página web. Había mercancía antiquísima, aunque si uno se tomaba el tiempo de buscarlos también podía encontrar productos de calidad. Había sellos novedosos con forma de dedos, tazas de café con hilillos de humo, armas, caritas sonrientes y con el ceño fruncido, zapatos de tacón, bicicletas con bigotudos al manillar, la famosa cara risueña emblema de Coney Island, en diferentes tamaños, así como la de su retoño, Alfred E. Neuman, logo de la revista *MAD*, o una caja repleta de sellos de RECHAZADO, que se leía invertido. Trunk grababa los sellos a mano en la trastienda.

Cogí un sello de un rollo de película, con sus muescas de engranaje y todo; era bonito y pesaba lo suyo, aunque no tenía ni idea de qué podría hacer con él.

—¿Sabe que algunos chavales que entran ni siquiera saben lo que es la película?

Discos de vinilo, vale, piezas de máquinas de escribir, todavía, pero cuando me preguntan «¿Qué es eso?» y no saben diferenciar una tira de película de las señales de una carretera me dan ganas de echarlos de la tienda.

Algunos viejos cascarrabias reconocerían que ese tipo de incidentes eran señal de que les tocaba jubilarse, pero Trunk no. Él prefería mostrarse arisco. Saqué 20 dólares y dije que quería el sello de la película. Metió el billete en una vieja caja registradora y no me dio cambio: ese sello era un picahielos caro de narices. Le enseñé la foto del reverso del cuadro de Velázquez que había hecho con el teléfono. La resolución no era ideal, pero al aumentar la imagen se veía claramente el contorno del sello.

—¿Puede ser que alguien le encargase esto? —Tuve la prudencia de enseñarle a Gil Trunk mi teléfono, sin entregárselo. Echó un vistazo y entornó los ojos, frunciendo el ceño.

—¿Mierda nazi? Yo no hago esas cosas. —Tras sus enormes gafas para cataratas parecía en un estado de perplejidad permanente; pero no estaba confundido, ni muchísimo menos.

—¿Conoce a alguien que lo haría?

—Podría ser cualquiera, aunque yo soy el único artesano de la zona que hace trabajos personalizados con poca antelación.

—Eso me parecía.

—¿Quién es usted, señorita? No la conozco. Es la primera vez que la veo. —Un tono arisco se apoderó de la voz de Trunk mientras me escudriñaba como si fuese un veneno nuevo; otra persona que entraba en su tienda para dificultarle la vida, cuando lo único que él quería era que lo dejaran en paz con sus extravagancias—. ¿Cómo es que mis asuntos son de repente asunto suyo, en esta tarde de viernes que hasta ahora era perfecta? No puedo acordarme de todos los sellos que hago. —Hizo una pausa y miró su teléfono—. Se lo pido por favor, cariño, lárguese.

—Estoy intentando encontrar al hombre que pintó el cuadro que tiene este sello en el reverso. Así de sencillo.

—A lo mejor ese hombre no quiere que lo encuentren. —Levantó la mirada, como diciendo «¿Aún no te has ido?».

—Eso por descontado, pero tengo que hablar con él.

Trunk se encogió de hombros.

En el expositor que tenía delante, tras el que estaba el anciano, vi toda una gama de letras sueltas, la mayoría del alfabeto romano, pero también algunas cirílicas, varias vocales con diéresis, y la letra con forma de *b* que representa la *s* doble en alemán, algo curioso, pues creía que ese era un carácter antiguo. Junto a los sellos del alfabeto había sellos con imágenes de *Las aventuras de Alicia en el País de las Maravillas*: Alicia con un flamenco en la mano para jugar al cróquet, el Sombrerero Loco con una taza de té y el Gato de Cheshire. Más a la izquierda vi sellos de calaveras y tibias cruzadas, cosas de piratas, que la gente quizá le comprara a sus hijos. Sin embargo, las calaveras dejaban paso a sellos de banderas confederadas y

caricaturas racistas. Estas últimas eran repugnantes, y parecían nuevas: no eran sellos *kitsch*, que uno conservaría con la misma ironía con que el diseñador Patrick Kelly coleccionaba muñecas de chachas negras y figuritas de criados de color para el jardín. Trunk vio dónde estaba mirando.

—Intento mantener la tienda a flote. No puedo permitirme escoger; tengo que aceptar a todo tipo de clientes.

—Pero no tiene por qué mostrar los sellos; eso es opcional.

—Ese sello, el que me ha enseñado, era un pedido que nunca recogieron, así que fue una reventa. Ya ha comprado. Ahora lárguese de mi tienda y no vuelva.

No le creí. Sospechaba que, quienquiera que encargó el sello, pasó a recogerlo.

—Sí, podría irme, pero una mala publicidad sería la puntilla definitiva para un negocio precario de por sí.

—No se corte. ¿A mí qué me importa? Vaya a Facebook y desahóguese. Me ha difamado todo tipo de gentuza, y aquí sigo. —Le dio un trago a una lata de Coca-Cola y pareció que iba a tirármela. Saqué el móvil y empecé a hacer fotos del expositor—. No estamos en Alemania, estas cosas no están prohibidas. No es ilegal hacer sellos nazis.

—Me gustaría ver ese, para sacar una foto clara. —Indiqué un sello escondido detrás de una de las caricaturas racistas. Aunque solo se veía parcialmente, parecía un niño haciendo el saludo nazi; aunque también podría ser un *boy scout* que se había mezclado con el surtido de Trunk. La verdad es que no lo sabía—. ¿Puede moverlo para que le haga una buena foto?

Trunk ni se inmutó.

—Así que no tiene una firme convicción en sus ideales, ¿eh? No me parece mal. Para empezar, no son unos ideales fantásticos, ¿sabe? Hace estas cosas, pero no quiere que se entere nadie, ¿verdad?

—Mire, solo intento ganarme el pan. Si alguien me paga en efectivo, yo no pregunto.

—¿Puede describir a quien le encargó el sello?

Le puse el teléfono en las narices, para refrescarle la memoria.

—El tipo parecía asiático, sin un acento particular. Llevaba un sombrero Pork Pie y gafas de sol, aunque estaba lloviendo. Lo recogió hace unas semanas. Fue un trabajo exprés, con un plazo de entrega muy corto; hago esos encargos cobrando un extra por urgencia, que él prometió doblar, aunque al final no lo hizo.

—¿Por qué?

—No quedó satisfecho con el resultado. La letra era diminuta, y el corte poco profundo, así que el sello manchaba un poco, pero siempre pasa con los detalles a pequeña escala. Yo no uso técnicas láser ni fotográficas, lo hago todo a mano; este oficio es una artesanía que ya no se ve, y eso se paga. Él quería que lo hiciese prácticamente gratis. Ni de coña, ¿es que estamos locos?

Encargar el sello debió de ser una de las últimas cosas que hizo el falsificador, la

guinda del pastel, el toque final al cuadro. Si recurrió a los servicios de Gil Trunk, era muy probable que trabajase en Brooklyn.

—¿Asiático cómo? ¿Camboyano? ¿Nepalí?

—¿Y yo qué sé, joder? Chino. Digamos que chino. Una mezcla entre Oddjob y el puto Doctor No. Se dejó el paraguas.

—¿Aún lo tiene aquí?

—Espere un momento.

Desapareció en la trastienda, y pude ver de refilón la maquinaria que usaba para cortar los sellos de caucho y elaborar los mangos de madera.

Volvió con el paraguas y un arma, con la que me apuntó al tiempo que me lanzaba el paraguas. Lanzar un objeto así no es sencillo, pero el tipo tenía buena puntería, y tuve que esquivarlo; luego lo recogí.

—Se lo digo por última vez, ¡váyase cagando leches de mi tienda!

Resultó muy convincente, pues el arma no era ni mucho menos de fogeo. Me marché *ipso facto*, y de camino a la puerta estuve a punto de tropezarme con los sellos desperdigados por el suelo. Hoy día la existencia de un paraguas búlgaro es casi tan inverosímil como la de la Inquisición, pero en cuanto salí a la calle comprobé si había una jeringuilla escondida en el mango. Ni rastro de un mecanismo por el estilo. El paraguas era normal y corriente, aunque tenía un logo curioso en la funda de nailon. Sin embargo, el tipo podía haberlo cogido en un autobús, y cualquier huella que se encontrase en él no tendría por qué significar nada. Ya sabía un par de cosas del falsificador. Podría decirse que los sospechosos se reducían a varios millones de personas. Cuando levanté los ojos del paraguas, vi a un hombre mirándome fijamente desde el otro lado de Court Street. Era la hora punta de la tarde y la calle estaba repleta de gente, pero me miraba a mí y juraría que tenía los ojos tatuados. Me monté volando en un taxi. Garfield cubriría los gastos.

## Capítulo 33

Un agente que no había visto hasta entonces trajo el equipo y, siguiendo las instrucciones de Garfield, se quedó conmigo en el depósito de pruebas mientras trabajaba. Por mí no había problema. A cualquiera interesado en los aparatos le encantaría el aspecto futurista del espectrofotómetro de infrarrojo por transformada de Fourier portátil de la marca Agilent. Cuando empecé a desempaquetar mis instrumentos de trabajo, el tipo que me habían asignado no sabía dónde mirar. Estaba deseando que yo acabase para poder usar todos esos artilugios con las pruebas que no estaban en bolsitas, como las guitarras eléctricas relucientes —algo que, claro, no era muy recomendable—. Me alegraba volver al trabajo, si podía llamarse así: en realidad, no era un encargo de conservación. La prueba del espectrofotómetro de infrarrojo fue la primera que hice a *Las meninas* dañado. Dio un resultado rápido y exacto.

La pantalla de Agilent reveló la presencia de codeína, morfina y nicotina en cantidades nimias, pero detectables. A veces aparecía nicotina en cuadros realizados antes de la invención de los cigarrillos, porque hubo un tiempo en que se podía fumar en los museos, y encenderse un Lucky delante de un Caravaggio no era tan descabellado. A tenor de la superficie, yo diría que ese cuadro nunca había estado en un museo. Mi falsificador tenía problemas respiratorios, pero seguía fumando y se medicaba. También había restos de metales, probablemente causados por gases de escape: o trabajaba en un garaje, algo poco probable, habida cuenta de la calidad de la obra, o su estudio estaba cerca de una calle o un aparcamiento.

Luego examiné el lienzo con el espectrómetro de fluorescencia de rayos X, parecido a un taladro sin broca. Tengo un ritual para cuando hago la prueba de los rayos X: escucho uno de los grupos favoritos de mi padre, X-Ray Spex. Él solía tomarme el pelo diciendo que cuando nació quiso ponerme Poly Styrene, como la cantante principal del grupo. Poly Styrene da Silva sonaba bien, pero ni a él ni a mi madre les gustaba el simple Polly al que me habrían reducido profesores, colegas de trabajo y amigos cuando se cansaran del Styrene, y descartaron el nombre. Me puse a cantar, ajena a la expresión que se dibujó en la cara del agente, que decía claramente: friki. Aunque un agente encargado de vigilar un depósito de pruebas no era la persona más rara que me había tildado de friki.

*And watched the world turn day-glo  
You know you know*

Los rayos X revelaron una cantidad elevada de plomo, entre otros venenos, como

cadmio, antimonio, cromo y arsénico. Si el pintor intentó usar pigmentos del siglo XVII, habría blanco de antimonio y blanco de plomo en la cara y las manos de todos los personajes de *Las meninas*, así como en el vestido blanco de la infanta. El plomo también estaría presente en el amarillo de Nápoles, y el cadmio en los rojos y naranjas usados para los ornamentos de las muñecas de las niñas. El azul de Prusia del vestido de Maribárbola contenía cromato de plomo, y el fondo estaba lleno de óxidos de hierro en forma de tierra de sombra natural y tostada. Cuando se secaba, la pintura dejaba de ser tóxica, pero si ese doble de Velázquez no se puso mascarilla cuando la pintura estaba en estado húmedo o en polvo... en fin, se exponía a una muerte lenta. Los niveles de plomo ya eran altísimos de por sí. El cuadro no sería más tóxico ni aunque se pintase en el recinto de ensayos nucleares de Nevada justo después de una detonación.

Velázquez era un maestro de las veladuras, y por lo tanto debería haber barnices elaborados con resinas de árboles y un disolvente, como aguarrás y aceite. Su esclavo, Juan de Pareja, se encargaba de mezclarlos. El barniz se vuelve amarillento con el paso del tiempo, y el falsificador había hecho un buen trabajo imitándolo, pues las pátinas son las superficies más difíciles de reproducir. También había restos de materia orgánica, quizá una tira de cebolla añadida a la veladura de aceite de linaza. Aunque el espectrofotómetro de infrarrojo confirmaba la presencia de elementos modernos, quizá el falsificador quiso ponerse en la piel de Velázquez hasta en el más mínimo detalle. En el capítulo titulado «Cromio» de la obra *El sistema periódico*, de Primo Levi, hay una referencia a esa técnica para comprobar la temperatura del aceite al elaborar el barniz: si la cebolla se fríe, el aceite está lo bastante caliente y se puede apagar el fuego. Es una técnica antiquísima, que Velázquez pudo haber usado perfectamente.

Aprovechando un momento en que el vigilante no miraba, saqué la esquirla de pintura de la bolsita del cúter. Garfield no habría visto con buenos ojos esa alteración del lienzo, pero era indispensable hacerlo. Coloqué la esquirla de pintura entre dos láminas de cristal y la puse bajo una de las lentes del microscopio portátil que Garfield me había conseguido. El fragmento parecía una porción de tarta a capas y, aunque debería haber preparado esa lámina con una técnica para la que no tenía ni el tiempo ni los instrumentos necesarios, tampoco esperaba descubrir mucho más de lo que ya sabía. Al ajustar el polarizador superior y mirar por el ocular, vi una imagen que parecía una representación del esquisto de Burgess, un registro prehistórico de vida microbiana, callejones evolutivos sin salida que parecían adornos con patas para un árbol de Navidad. Las figuras que no reconocía eran espirales, cúmulos en forma de vaina o cápsula, microbios que parecían cangrejos herradura y masas amorfas que probablemente fuesen amebas. ¿Qué eran esos microbios y qué hacían en la superficie del cuadro? Le pregunté al vigilante si había forma de tener cobertura en el sótano y me confirmó que los sótanos del edificio, pues había varios, eran decimonónicos en lo que al wifi se refería. Subí las dos plantas, microscopio en

mano. En mi ausencia, el agente podría probar los otros artilugios sobre hachas, hachuelas y paragüeros de pata de elefante. El pobre debía de estar muerto de aburrimiento.

Había perdido la tarjeta de la doctora Korenev y no tenía ni idea de dónde estaría, pero me acordaba de Aegir Labs y busqué el teléfono. Su logo era Ægir, dios de los mares de la mitología nórdica, y la bióloga forense marina aún estaba en el trabajo. De hecho, fue ella quien respondió al teléfono. Me imaginé al forense a su espalda, poniéndole la mano en la cintura y esbozando una sonrisa mientras ella me decía «Sí, me acuerdo de ti», y yo le repetía mi nombre y mi pregunta. Lo más probable era que el forense estuviese en la morgue, quizá incluso en el mismo edificio que yo, pero no pude evitar sentirme cohibida. Le expliqué lo que había visto en la pintura y ella me preguntó si podía enviarle un correo electrónico adjuntando las fotografías del microscopio. Lo hice sobre la marcha, y esperé al teléfono mientras ella abría el correo. Pude oír su «Ajá...» con acento ruso.

—Identificar estos organismos es sencillo —dijo—. Lo que estás viendo son espiroquetas, bacterias coliformes y giardia. A bote pronto, pensaría: «¿Qué es esto, una muestra de agua tras la limpieza de un lugar altamente contaminado?».

—No, están fosilizados, por así decirlo, en un fragmento de pintura seca.

—Sí, no se mueven, eso ya lo veo. —La doctora Korenev parecía irritada, como si le estuviese haciendo perder el tiempo—. Lo que está claro es que se usó agua muy, pero que muy contaminada para mezclar los pigmentos.

—¿Dónde hay agua así?

—En muchos sitios: en China, en Brasil, en algunos lugares de la antigua Unión Soviética...

Así que el falsificador, un fumador nihilista con problemas respiratorios, formado en la pintura representativa realista y que leía a Primo Levi, químico que sobrevivió a Auschwitz y siguió trabajando como escritor y fabricante de barnices, se estaba matando poco a poco y podía estar en cualquier sitio entre Calcuta y Río de Janeiro.

—Cuando descubras su procedencia, dímelo, por favor. Tengo curiosidad por saber dónde hay un nivel tan extremo de contaminación.

Tras esa frase, le di las gracias por su ayuda y colgué.

Garfield quería respuestas, pero a pesar de todos esos análisis punteros no había encontrado prácticamente nada.

Los viernes, el Museo Metropolitano abre hasta tarde, así que fui a ver el retrato de Juan de Pareja, el esclavo que trabajaba para Velázquez. Nacido en España, pero de origen africano, probablemente marroquí, mira fijamente al espectador, como diciendo «Sí, comparto esta sala con nobles, caballeros y el mismísimo rey Felipe de España, gente que en vida me trató como a un perro, pero a la que ahora puedo mirar y decirles: “¿No os gusta convivir conmigo en Manhattan? Pues os largáis a otro sitio, so capullos”». Pareja tenía motivos para estar enfadado. Era ilegal que los esclavos se hiciesen pintores, pero a pesar de eso su maestro lo formó en su taller, y

ahora sus cuadros también están expuestos en el Prado. Tanto él como Velázquez descendían de moros y sefardíes, otrora expulsados de España y Portugal, pero a este le fue mejor que a aquel. La cartela junto al cuadro explicaba que Velázquez concedió la libertad a Pareja en 1654, cuando ambos hicieron un viaje a Italia financiado por la Corona. Estando en Roma, Velázquez pintó el retrato de Juan para impresionar a sus colegas italianos. Del cuadro se dijo que «fue acogido con un aplauso tan absoluto que, en opinión de todos los pintores de las diferentes naciones, todas las obras eran pintura, pero solo esa parecía “la verdad”».

Me acerqué todo lo posible al cuadro sin llamar la atención del vigilante, pero apenas podía distinguir las pinceladas, solo algunos rastros gestuales en la manga y el cuello. La verdad, tal y como la entendían aquellos artistas del siglo XVII, parecía escasear a la sazón, pero había una obviedad mirándome a los ojos. ¿Dónde adquiriría Velázquez sus pigmentos, veladuras y barnices? Pareja molía, hervía y mezclaba los materiales por él. ¿Dónde elaboró el falsificador los suyos? Independientemente del lugar del mundo en el que viviese, era probable que encargara sus materiales a Kronstadt. No había nadie con esa variedad y pericia; además, no tenía presencia en internet, y casi todas las transacciones se hacían en efectivo y se registraban a mano. Igualito que en la tienda de sellos de Trunk. Todos los caminos conducían a una tienda tapiada en el centro de la ciudad. Tenía que ver los registros de Oscar. Sabía que una parte estaba en casa de Leon, en Queens, pero aún no se los había llevado todos, y algunos seguirían en la tienda, cerrada con candado. Aunque ya habían quitado el cordón amarillo, no había forma de entrar.

Me senté en el banco que había frente al cuadro y le escribí un mensaje a Demetrius.

«¿Puedo usaros a ti y a tu cizalla?».

«¿Para qué?».

«Para entrar en la tienda de Kronstadt. Necesito ver unos documentos».

Pensé en añadir una carita sonriente, pero luego borré el icono: nadie en toda la historia de los emoticonos ha convencido a alguien para hacer algo ilegal con una carita sonriente.

«Ni de coña. Es muy arriesgado. Mi vista judicial es la semana que viene. Olvídate».

«¡¡¡DEM, ES IMPORTANTE!!!».

«Los documentos clave están en el depósito de pruebas, idiota. Quizá en la misma zona que el cuadro».

Estaba ahí, mirándome a los ojos. Demetrius tenía razón: era probable que los archivos estuviesen a pocos metros, en una serie de cajas de cartón, perfectamente etiquetados y fechados.

Las colecciones europeas de la segunda planta del museo pueden ser un auténtico laberinto, pero sabía que la entrada estaba hacia el este. Atravesé las salas del *Marte y Venus unidos por el Amor* interracial de Veronese y de la versión blanca de Tiziano,

pero acabé perdiéndome, incapaz de encontrar las escaleras que daban al vestíbulo y a la calle. Doblé una esquina donde no debía y acabé más al norte, en compañía de los Rembrandts y los Frans Hals, una sala de artistas holandeses que debería tener más visitantes de los que había. Me quedé un instante observando los retratos sombríos de hombres y mujeres con gorgueras enormes de encaje blanco, que parecían recién salidos de un baño de burbujas, con la espuma pegada al cuello. Confeccionar y ponerse esa indumentaria exigía mucho tiempo y esfuerzo, una filosofía del vestirse con la que nadie ha vuelto a comulgar desde la invención de la máquina de coser. Solo había otra persona en la sala. No le veía la cara, pero sabía que estaba justo detrás de mí, y poco a poco fue rodeándome, como esperando ese momento de pura soledad. Estaba muy cerca, sonriendo; era el hombre de los halcones en los ojos: Per Dagbent. El *Hombre con una lupa* de Rembrandt se convirtió en *El grito*.

—Qué grata sorpresa encontrar a otra amante del arte —dijo—. Te he seguido a muchos sitios. Has estado muy atareada.

Apuntándome con una pistola por la espalda, me obligó a atravesar salas prácticamente vacías o sin un alma. Las multitudes de turistas y grupos escolares solían apiñarse en las exposiciones temporales. Había horas en que, donde los cuadros europeos, con batallas que nadie recordaba, retratos de la aristocracia y escenas de la mitología o de inspiración bíblica, no había casi nadie. Las salas de arte minimalista y abstracto suelen estar aún más vacías. Siento decirlo, pero podría haberme disparado delante de un Rothko y no me habrían encontrado, en el mejor de los casos, hasta la hora de cerrar. Así pues, ¿podía consolarme pensando que podría ser peor? La verdad era que no. Al menos sería rápido. Había jubilados con audioguías, una pareja discutiendo frente a las *Majas en el balcón*, dos mujeres iluminadas y dos hombres en la penumbra, a su espalda, consagrados a Goya: nadie nos prestó atención. Cada cual estaba en su burbuja de arte. No podía verle la cara a Per, pero me susurró al oído que sonriera, para que pareciésemos una pareja charlando. Me condujo hasta el balcón alargado que se asomaba al patio del siglo XVI del castillo de Vélez-Blanco, formado por dos mil bloques de mármol que se transportaron desde España a la casa de un neoyorquino opulento. Tras su muerte, cuando estaban a punto de derrumbar su casa, el patio se donó al museo. Su propietario original andaluz se había mostrado muy activo en la expulsión de España de los moros y otros indeseables, y el castillo fue su recompensa. Ahora una parte estaba ahí, a miles de millas náuticas de distancia. Per me informó de que ese era el sitio en el que me iba a suicidar.

—Súbete a la balastrada. —En su pronunciación meticulosa había un tono de orgullo por conocer esa palabra técnica, como si con ese alarde no solo se distanciase de la chusma ignorante, sino que desafiara también la opinión que yo, sin duda, me habría formado de él. Con «balastrada», pronunciada lentamente, me daba a entender que no era como yo pensaba, pero que de todas formas iba a tener que saltar.

El balcón miraba a una columnata, y justo enfrente había balcones cerrados por los que daba la impresión de que, en cualquier momento, se asomarían cantantes de ópera.

—Piensa en lo que contarán los vigilantes cuando vuelvan a sus casas esta noche. «Era un día normal y corriente. La mujer parecía una visitante más. ¿Cómo iba nadie a saber que estaba tan deprimida? ¡Vaya un trabajazo para quien haya tenido que limpiarlo!». Lo dijo poniendo una voz aguda, como imitando a una mujer vigilante.

Antes de darle tiempo a que me empujara, pasé las dos piernas sobre la balaustrada y me quedé en equilibrio sobre la cornisa. No estaba tan alto, aunque tampoco era moco de pavo. Me agaché, con la intención de descolgarme hasta el suelo, pero aún tenía la mano derecha muy débil y no podría soportar mi peso.

—Gracias por cooperar y ahorrarme el empujón —dijo Per. Pasó una pierna entre los balaustres y empezó a pisarme la otra mano.

El cardenal Scipione Borghese encargó dos estatuas de mármol al escultor Pietro Bernini para colocarlas en la entrada de Villa Borghese: una era de Príapo y la otra de Flora. No son a escala natural, sino que miden casi dos metros y medio y se erigen sobre pedestales de un metro de altura. Aunque las estatuas nunca formaron parte del patio de Vélez, el museo las colocó ahí, y ese parecía su lugar natural, intercambiándose miradas sugerentes. Mis pies colgaban a unos centímetros de la corona que rodeaba la cabeza de Flora. Durante unos segundos, Per dejó de pisarme la mano: alguien estaba mirando al balcón desde el interior de la galería, y podía verlo a él, pero no a mí, con lo que tuvo que fingir que se asomaba para disfrutar de la vista. Tras apoyar un pie en la corona, tanteé con el otro el hombro de Flora, para comprobar si era estable —pues podría desmoronarse por completo—, y empecé a apoyar el peso en lo alto de la estatua.

Sin embargo, el respiro de los pisotones no duró mucho. Per volvió a ensañarse con mi mano buena, aplastando las falanges con el talón, sin tener que hacer mucha fuerza. Decidí soltarme, y caí a plomo en los brazos floridos y marmóreos de una Flora que sonreía, ajena a todo. Entre los documentos hallados en el estudio de Bernini de aquella época, quizá habría indicaciones sobre la estructura, detallando cómo cortar y esculpir la piedra, con qué grano, cómo detectar imperfecciones en el material. Supuse que la estatua estaría tallada en un bloque único: si los brazos y la cesta se hubieran esculpido por separado, para luego encastrarlos en el cuerpo, podría haberlos partido. Supongo que debería dar las gracias de no haber estado colgando sobre Príapo, o la mía habría sido una caída indecente.

—¡Qué demonios está haciendo! ¡Baje ahora mismo de ahí!

Las suelas de los zapatos de piel, como las de un bailarín de claqué cabreado, resonaron en todo el patio.

—¡Pero qué coño! —El lenguaje de las calles estadounidenses en el Vélez del siglo XVI.

—¿Se puede saber por qué cojones se ha subido ahí?

Otros cinco vigilantes, un par de tipos de seguridad y varios turistas armados con sus móviles me rodearon, entre gritos y chillidos. El patio, lugar sosegado y vacío que invitaba a la contemplación, bullía ahora con una sensación de alarma.

—He bajado, no me he subido —dije, sujetándome la mano herida con la vendada—. Antes de llamar a la policía, ¿pueden traerme hielo para la mano?

Para los vigilantes, tras horas, días y años cuyo único cometido era indicar dónde estaba el baño y decirle al personal que no podía usar el móvil, ver a una mujer encaramada a la pródiga estatua de Flora parecía, en el mejor de los casos, una broma de mal gusto. Nadie se creería jamás que me había visto obligada a descolgarme por el balcón; y Per, cómo no, se había esfumado. Alguien dijo que iba a llamar a la Unidad de Desactivación de Explosivos. Era consciente de tener una pinta andrajosa y desaliñada, pero ¿una terrorista? ¿Estamos locos? Ojalá hubiese podido mostrarles mi carné de Claiborne's.

Tras un interrogatorio iracundo y un sermón sobre la posibilidad de destruir una obra de arte de un valor incalculable, el jefe de seguridad miró a los vigilantes y, con un tono de voz que espero no volver a oír en mi vida, preguntó quién debería haber estado en la sala Vélez en ese momento. Le expliqué por tercera vez que un tipo me había apuntado con una pistola, y le rogué que no despidiese a nadie. ¿Es que no había ningún testigo?

El hombre, con su uniforme azul y su corbata de clip roja, llegó a la conclusión, y no era el primero ese día, de que era una friki consumada, y me dijo que podía irme, que me acompañarían hasta la salida del museo. Mala idea. No me hacía ninguna gracia salir sola del museo y bajar la escalinata principal, donde Per Dagbent podría estar esperándome remojándose los pies en la fuente. ¿Qué tenía que hacer para que llamaran a la policía?

Nadie llevaba un arma que pudiese intentar robarle. Tampoco se me ocurrió empezar un monólogo de auténticos disparates incoherentes. Así que comencé a quitarme la ropa. Tiré al suelo la chaqueta, me desabotoné la camisa y luego pasé a la cremallera de los vaqueros. Un vigilante me agarró de los brazos mientras el jefe de seguridad llamaba al 112. Al menos no mandaron una ambulancia.

Al reconocerme, el agente del coche patrulla me llevó a la comisaría del distrito 19, donde me esperaba Garfield, que puso cara de resignación al oír mi historia y me mandó otra vez al depósito de pruebas. Por una vez, me alegraba que todo aquello sucediera en el distrito de Claiborne's. Por mucho que no me sintiese en mi salsa en esa zona de la ciudad, ese distrito era exactamente donde tenía que estar.

Sentada con las piernas cruzadas en el suelo de cemento, con mi vigilante lapa a unos pocos metros, vi que había varias cajas de archivos de Kronstadt's, de los últimos cinco años, etiquetados y ordenados por fecha. Los documentos más antiguos seguían en la tienda o en el sótano de Leon. Empecé por el último año: los archivos estaban divididos por meses, y en cada mes los había de diferentes colores, según la función. Las facturas estaban en hojas azules; los pedidos, en rojo; los documentos

del seguro, en naranja; los papeles del alquiler y la correspondencia con el arrendatario, en verde; las reparaciones de la tienda, en amarillo, y así sucesivamente.

Iba buscando la firma en el libro de venenos. Eleanor Marx Aveling, hija menor de Karl y traductora de *Madame Bovary*, se suicidó o fue envenenada por su disoluta pareja, Edward Aveling. El arsénico usado en su muerte se compró en una farmacia, donde pidieron una firma: «EA». ¿Quién había firmado, el marido o la mujer? Hasta la fecha, nadie lo sabe. Los días de Emma Bovary tocaron a su fin de la misma manera. Escudriñé los documentos de Kronstadt en busca de una banderita roja, un «EA», la persona o empresa que pidió la pintura que contuviese los productos químicos hallados en la prueba de rayos X.

De los clientes locales no había documentos útiles. Sin embargo, no todo el mundo vivía en la ciudad para poder entrar tranquilamente en la tienda. Como Oscar se negaba a crear una página web, los pedidos de los clientes de fuera tenían que hacerse por correo. Al parecer, todo tipo de gente le encargaba pigmentos tóxicos; tenía clientes en todo el mundo. Oscar me contaba que solo vendía cantidades minúsculas de sustancias peligrosas, y en contadas ocasiones, pero sus papeles decían otra cosa. Vendía grandes cantidades de cobaltos y cadmios a unas personas, pero a otras no. ¿Por qué me mintió? Estaba anonadada.

¿Por qué les vendía a algunas personas —en su mayoría, aunque no exclusivamente, artistas famosos que hacían grandes pedidos— y no a otras? Quizá la pregunta se respondiese sola: grapadas junto a la correspondencia de los pedidos había invitaciones a inauguraciones de arte y exposiciones conmemorativas en museos, bienales y estrenos de taquillazos. Eran artistas que le ofrecían contactos sociales, que hablaban de Oscar en las entrevistas. Gracias a eso, él podía doblar o hasta triplicar sus precios, que ellos pagaban con mucho gusto.

Había un gran pedido de óxido arsenioso, usado para elaborar el verde de Scheele, pero no parecía que Oscar hubiese preparado una cantidad considerable de ese color durante el último año. Enviaba a otro sitio el compuesto químico necesario para crear el pigmento. Otras personas se encargaban de elaborarlo: o bien para Oscar, por el peligro que entrañaba, o bien para ellos mismos. Busqué los pedidos de verde de Scheele. Todos los que aparecían en la lista en los últimos dos años eran artistas cuyo nombre reconocí, y dudaba mucho que alguno tuviese el tiempo, el interés o la habilidad para falsificar *Las meninas*. Una empresa, no un particular, había hecho varios pedidos de pigmentos, pero había usado a Oscar como una especie de intermediario para adquirir determinados productos químicos. Uno de ellos era el óxido arsenioso, una sustancia restringida, muy peligrosa y poco frecuente, que había que solicitar a Blue Hills Chemical, en Nueva Jersey. La factura estaba sellada: Todas las ventas son definitivas. No se aceptan devoluciones. Me pregunté si Oscar le encargaba sus sellos a Gillespie Trunk. La dirección de la empresa a la que se envió el polvo estaba en Gowanus, muy cerca de casa de Marnie. Se llamaba Meegeren & Asociados, un nombre que yo habría recordado, de ver el letrero. Aunque quizá

nunca estuvo señalizada; y la verdad era que, con ese nombre, no me sorprendería.

Hans van Meegeren fue un marchante de arte holandés que le vendió un Vermeer a Göring. En su juicio por colaborar con los nazis, declaró: «Bueno, era una falsificación; no un Vermeer auténtico. Lo pinté yo mismo. Salvé un fragmento del patrimonio de los Países Bajos. Denme alcohol y morfina en abundancia y les pintaré uno aún mejor». Van Meegeren pasó un año en prisión y algunos holandeses lo consideraban un héroe nacional. Incluso se imprimió un sello postal en su honor.

## Capítulo 34

Oí un diálogo en japonés y vi el respaldo de un enorme sillón negro: alguien estaba viendo *La fortaleza escondida* de Kurosawa. Reconocí la película y la escena. Dos mamarrachos codiciosos, Tahei y Matashichi, avanzaban, manteniéndose en pie a duras penas, por un paisaje interminable de palos y piedras, intentando encontrar varillas de oro escondidas en esa inmensidad de charamusca.

La puerta estaba abierta y entré como si en Meegeren & Asociados estuviesen esperándome. Como suponía, no había ningún letrero, solo una dirección, un pequeño edificio para tres familias, recubierto de aluminio y tapiado, también una cochera de caballos justo detrás. Muchos de los edificios de esa manzana estaban tapiados y abandonados. A pesar de la contaminación extrema en el canal y en las inmediaciones, una promotora había comprado buena parte de esos terrenos, y la construcción de pisos de lujo empezaría más pronto que tarde, como ya sucedía en toda la ciudad. Algunas de las antiguas casas color pastel seguían en pie, y había que estar atento para distinguir el estrecho pasaje que las separaba y conducía a la cochera, reliquia de una época aún más antigua. Al entrar, miré arriba. Como no había techo, daba la sensación de estar en una habitación grande, pero no podría decirse que fuera espaciosa. Las ventanas más bajas estaban tapiadas, pero, por lo demás, aquello parecía el estudio de un artista. Junto a la puerta había un par de macutos preparados. Pinturas, lienzos, bastidores y soportes varios, incluidas algunas partes de antiguos caballos de tiovivo, yacían desperdigados por doquier. Al fondo se entreveía una cocina. En un alféizar había una hilera de cantos rodados, y por la ventana abierta se colaba la fetidez del canal, aunque el estudio ya estaba impregnado de por sí de un olor hediondo. Al parecer, el único inquilino estaba sentado delante de una pantalla, viendo a esos dos hombres con la ropa remendada buscando desesperadamente y partiendo todas y cada una de las ramitas de la ladera de una montaña de Japón. Un brazo despuntó de uno de los lados del sillón, sosteniendo medio sándwich.

—Pollo a la brasa, extrapicante, con virutas de zanahoria y menta, de ese antro vietnamita de Bergen Street. ¿Quieres la otra mitad? Yo solo puedo comerme medio, y odio desperdiciar comida.

—No, pero gracias.

Se giró y, con la ayuda de un bastón, se puso en pie y apagó la tele. No se parecía en nada a Oddjob ni al Doctor No, y estaba mucho más enfermo que la última vez que lo vi. Masuji encendió un cigarrillo y se sentó en una silla.

—Por eso nunca íbamos a tu casa, siempre a mi piso. —Ni siquiera sabía su dirección. Solo había visto sus cuadros en internet, no en persona, aunque hablaba sin parar de su trabajo.

Soltó una carcajada, pero no fue una risa siniestra. Era como si fuésemos viejos amigos que aún tenían muchas cosas en común; lo cual era cierto, por otra parte.

—¿Sabes que te recomendé para que trabajases con *Las meninas* en Claiborne's?

—¿Por qué?

—Tu nombre es famoso en el mundo de la conservación, aunque no tanto como lo que el tipo que pirateó el sistema informático del Prado hizo creer al personal de Claiborne's. ¿El Museo del Prado quería que la chica del desguace de Providence retocase a un maestro español del siglo xvii? —Sonrió—. Eres buena, pero no tanto. Probablemente te habrías dado cuenta de que mi cuadro era una copia, pero solo tenía que dar el pego unas horas, un día como mucho, hasta el robo.

—Nunca pensé que estuviese a ese nivel, que pudiera trabajar en un Velázquez.

—Había gente que sí lo pensaba, y ese respaldo institucional, sumado a un comisario de arte que se preocupaba más por su deleite personal que por la seguridad, creaba un caldo de cultivo ideal para explotarlo.

—¿Y quién era el encargado de la explotación? Supongo que tú no.

Masuji empezó a jugar con el mando a distancia, y respondió pasados unos minutos.

—¡Qué frágiles son la pintura y el lienzo! ¡Qué endebles, condenados a la desintegración! Pensamos que tendremos ese Rembrandt o aquel Goya cientos, miles de años, quizá para siempre. Pero, en realidad, el lienzo delgado, y la capa aún más fina de pintura, son extremadamente efímeros, y tienen una esperanza de vida muy limitada. Incluso las estrellas y los soles explotan y se apagan. Podría decirse que la copia garantiza la supervivencia del cuadro. No es el original, de acuerdo, pero ¿qué es? Una reencarnación infinita. —Masuji dio una calada a su cigarrillo, a la que siguió un golpe de tos seco—. No es mala solución. ¿Conoces la historia de Vincenzo Peruggia?

—No tengo ni idea de quién es, no te voy a engañar. ¿Fue el que planeó la falsificación y el robo?

Una gata de pelaje gris moteado se coló por la ventana y, al acurrucarse en el regazo de Masuji, tiró al suelo el mando a distancia. «Eres una bestia destructora», le dijo, acariciándole las orejas.

—La mañana del 21 de agosto de 1911, Vincenzo Peruggia robó la *Mona Lisa*. Había pasado la noche escondido en un armario de mantenimiento del Louvre. Como todo el que trabajaba en el museo, llevaba una bata holgada, y se fundió a la perfección con los visitantes y empleados, mientras los riachuelos de gente iban y venían durante el día. De hecho, Peruggia había trabajado en el Louvre, y fue uno de los encargados de instalar la vitrina que debía proteger la *Mona Lisa*. Nadie le prestó la más mínima atención cuando entró tranquilamente en el Salon Carré, se metió el lienzo debajo de la indumentaria de trabajo y se perdió en la ciudad. ¡Puf! ¡El cuadro había desaparecido! ¿Dónde estaba? ¿En el castillo de Luis de Baviera? ¿En un palacio de Montecarlo? Nada de eso. Peruggia guardó la obra en una caja, debajo de

su cocina, y jamás recibió recompensa por su trabajo. Según se cuenta, el autor intelectual del robo fue un hombre que se hacía llamar marqués Eduardo de Valfierno, un estafador argentino que colaboraba con Yves Chaudron, un falsificador francés. Juntos vendieron Vermeers, Holbeins y otras obras falsas a personas acaudaladas, tanto a nuevos ricos como a otros que lo eran cada vez menos, pero querían guardar las apariencias. Así que se plantaron en París. No necesitaban la *Mona Lisa* original, solo que se supiese que se había robado. Chaudron pintó seis copias del retrato de Da Vinci, y encontrar a seis compradores fue coser y cantar. Cada uno pagó una cantidad que ahora equivaldría a seis millones de dólares por la que, según creían, era la *Mona Lisa* original. Cuando un comprador descubría que lo habían timado y que había comprado una falsificación, se avergonzaba tanto que no lo denunciaba. Además, al bochorno del timo se sumaba que había aceptado comprar un presunto original robado, con lo que tampoco podía ir a la policía, aunque quisiera. Valfierno se había esfumado.

Masuji se giró hacia mí, aunque tuvo el detalle de echar el humo en otra dirección.

—Nadie lo encontró jamás. Arruinado, Peruggia intentó vender el original a un marchante de arte de Florencia y, claro, lo arrestaron. Era un aficionado, un alfeñique que se había metido en algo que le quedaba muy grande. En el juicio, afirmó que solo quería devolver el cuadro más famoso de Da Vinci a Italia, país al que debería pertenecer. La gente lo vio como un héroe y solo pasó siete meses en la cárcel.

—¿Así que tú eres el marqués de Gowanus?

—No, yo soy Chaudron, obviamente. El marqués, en este caso, planeaba robar el original y luego tener una copia a mano para hacerla pasar por la obra auténtica. Había que colocar la copia de tal manera que pareciese el original, así que se le colocó a Claiborne's. Viajé con todos los gastos pagados a Madrid y estuve una semana estudiando el cuadro, aunque uno podría tirarse años analizándolo y no pasar de la superficie. Cuando regresé, instalé un sistema que proyectase *Las meninas* sobre un lienzo con una escala exacta de uno a uno. Preparé con gran meticulosidad los colores antiguos, con los que luego fui pintando.

Señaló con el bastón el hueco de la pared donde había estado el cuadro.

—Una vez que salió de mi estudio, la forma en que llegase donde tenía que llegar ya no me incumbía. Si el cajón de embalaje venía supuestamente del Prado, la autenticidad del cuadro, hasta cierto punto, no se pondría en tela de juicio. El plan era robar el original del Prado y luego vender las copias por cientos de millones de dólares. Cuando se descubriese el fraude, ya sería demasiado tarde. Además, al igual que en el caso de la *Mona Lisa*, los timados no podrían acudir a la policía. Como ocurrió con la obra de Da Vinci, el Prado contendría la noticia, al menos en un primer momento, dando un margen de varios días. Claiborne's hizo lo mismo: el cuadro había desaparecido, pero el robo no llegó a las noticias. Dos cuadros robados: ¿cuál es el original? Al no disponer de ninguno de los dos, ¿cómo determinarlo? Al

bochorno institucional se le puede sacar mucho provecho. A eso hay que sumar el secretismo y el esnobismo de las casas de subastas, galerías y museos, dirigidos por ladrones que son lacayos de otros ladrones. No sabía cómo estaba organizado el robo del Prado. Supuse que esa parte del plan la ejecutaría otra rama de la organización. Tendrían que actuar rápido, porque la información viaja por el mundo en cuestión de nanosegundos. En cuanto se hiciese público el robo en Claiborne's, el Prado emitiría un comunicado diciendo que el original nunca había salido de España. Así pues, el robo debía producirse a las pocas horas.

—Pero sucedió algo que desbarató el plan y la coordinación. No hubo robo en el Prado.

—Eso no es cosa mía. —Masuji hablaba con tono sosegado, clavando los ojos de cuando en cuando en la pantalla negra—. A mí me han pagado.

—¿Así que tú te desentiendes?

—Mira, Stella, yo no lo veía como un crimen. Mi madre viene de una cultura en que los aprendices se forman copiando a sus maestros, con lo que una parte de mí concibe la falsificación, aunque haya beneficio, como un concepto inescrutable; o quizá solo sea la excusa que uno se pone para absolverse y no sentirse culpable. Me apasionaba la puesta en escena de toda la operación, y me imaginé que, cuando se descubriese el timo, las galerías, los museos y los autoproclamados expertos, como Ashby y Fieldston, se sumirían en una ciénaga de incertidumbre. La jerarquía tocaría a su fin. Era un crimen sin víctimas hasta que asesinaron a Moonelli y todo se complicó. Yo no veía la operación en su conjunto, y era una parte tan diminuta del proceso que parecía insignificante. —Pero Masuji ya no sonreía.

—¿Creías que un cuadro falsificado haría que toda la maquinaria se detuviese de golpe?

—Al principio pensaba que detrás de ese anhelo por el cuadro había un hombre rico que decía «Si yo no puedo tenerlo, no lo tendrá nadie», pero luego caí en la cuenta de que mi idea era demasiado romántica. El marqués apenas tiene interés económico por el original. Puede que eso hasta le dé exactamente igual. Todo esto va de capital de alto riesgo, ¿para luego invertir en qué? ¿Bienes inmuebles? ¿Más arte? ¿Armas de destrucción masiva? Eso no me atañe. Yo hice mi trabajo y me llevé un dineral.

—¿Hay otras copias circulando por ahí?

—De haberlas, las habrán pintado otros; y, con vistas a una mayor eficacia temporal, es probable que sí. No sé cuánto tardaría Yves Chaudron en pintar seis *Mona Lisas*, pero seis *Las meninas* llevaría meses, un tiempo del que la organización no disponía.

—Si tú eras Chaudron, quizá uno de muchos, ¿quién es el marqués?

—No tengo la menor idea. Me contrató una persona anónima. Solo me reuní con la intermediaria, Andrija. Nunca supe ni me importó cómo se apellidaba.

La gata saltó a mi regazo, algo que yo confundí con un gesto de cariño, o al

menos de curiosidad, pero bajó al instante, para acto seguido encaramarse a un radiador frío. Igualita que su dueño: una cosa rápida, para luego volver a la soledad de las costillas del radiador apagado.

—No pudo venir en coche a mi estudio —dijo, soltando una risotada—. Bastaba con que un chófer supiese mi identidad o mi ubicación para que la operación corriera el riesgo de irse al traste, así que tuvo que coger el metro, algo que le fastidió lo que no está escrito. La caminata desde la estación le resultó humillante, y al llegar me trató como si fuera un modesto herrero que hubiese entrado a Sarajevo siguiendo a la Horda de Oro del kan asiático y tuviera la desfachatez de pretender que lo tomaran en serio. Ella no tenía ni idea de lo que yo hacía en realidad, y me trataba como si fuese una burda fotocopidora. Era una bruta.

—Sé que no te gusta que te den órdenes.

Se encogió de hombros.

—Sin duda te harás una idea de lo secreta que era la operación. No podía permitirme tener ayudantes, novias ni vínculos de cualquier tipo. Aunque, de todas formas, no los tenía.

—¿Por eso dejaste de hablarme?

—Escogieron a gente que no tuviese un hogar al que volver —se limitó a decir, antes de empezar a toser con mucha más violencia. Tras apurar el culo de una botella de agua, se pasó un minuto con los ojos cerrados: cada vez le costaba más hablar. Bien pensado, desde mi posición no podía saber si era agua o Smirnoff.

—Te puedo presentar a alguien que hace unos carnés de conducir, pasaportes, lo que quieras, impecables.

—Gracias. Me lo pensaré.

Lo tomé como un no. Esa no era una oferta que se pudiese sopesar.

—No hay salidas de aire ni extractores en tu estudio. Usar blanco de plomo en un espacio así equivale a suicidarse muy lentamente. Entiendo que tuvieras que tapiar las ventanas por el secretismo del trabajo, pero ¿no usaste un respirador o una máscara?

—Pues claro que no. ¿Los usó Velázquez? Me convertí en Velázquez. Y, por cierto, incluso él tenía jefe: el rey de España. No podría haber sobrevivido como pintor sin el mecenazgo de la Corte. Mi mecenas era el marqués, quienquiera que fuese, aunque nunca le conté que en su época Velázquez cobraba lo mismo que los barberos de la Corte. Los abuelos paternos del maestro, Diego da Silva y María Rodríguez, eran judíos portugueses, culto perseguido en España. Dos de mis abuelos eran *nisei*, así que pensé que podía pintar sintiéndome como él. Al menos quería intentarlo; por eso respiré la pintura.

Masuji tenía la costumbre de llevarse los dedos a la boca y darse golpecitos en los labios. Si tienes pintura en las manos, es una forma muy eficaz de envenenarse con blanco de plomo. Vio que le estaba mirando los dedos.

—Sir Isaac Newton murió de envenenamiento por plomo y quizá también por mercurio. Se cree que eso fue lo que volvió tan excéntrico su comportamiento y

derivó en una crisis nerviosa. Se había obsesionado con la transmutación; llegó a creer que de verdad podía convertir el plomo en oro. Yo conseguí lo que él no pudo: convertí ese cuadro lleno de plomo en un auténtico dineral. Keynes dijo, hablando de Newton: «No fue el primero de la era de la razón, sino el último de los magos». En mis obras personales yo quería ser un mago del color y la luz, devolver la vida a esos espacios perdidos. No lo conseguí, pero tuve muchísimo éxito convirtiendo el plomo en oro.

—Velázquez no murió de envenenamiento por plomo, sino de unas fiebres, y tenía sesenta o sesenta y un años. —Masuji rondaría la mitad de los años con los que murió Velázquez—. Tu pintura es la más tóxica que he visto en mi vida.

—Usé el agua del canal en vez de vinagre para acelerar el proceso de corrosión del plomo. El canal estaba justo aquí, ¿por qué no usar un agua que ya tenía una alta concentración de plomo, arsénico, cadmio y otros metales pesados, por no hablar de su contenido microbiano? Una pátina de aceite cubre la superficie, que burbujea con gases provocados por Dios sabe qué. ExxonMobil, Honeywell, Kraft, Con Edison, Viacom o Coca-Cola: todas han cagado y han vertido aquí sus residuos en algún momento. Nadie sabe con certeza qué hay en el agua del canal, y yo acerté, porque funcionó. Las espirales de plomo que dejaba a remojo en esa solución se corroían mucho más rápido, pero, claro, en el pigmento había una cantidad altísima del contenido químico y microbiano del agua. Pensé que analizarían el cuadro de cerca, pero no tanto.

—¿Y qué me dices de la estructura del cuadro, de la madera del bastidor, del lienzo?

—Te sorprendería lo que puedo llegar a encontrar. Hay sitios que, en teoría, deberían estar considerados patrimonio histórico, pero en la práctica derriban si alguien quiere construir en esa parcela, o si la estructura ya no puede seguir conservándose. Usé partes de casas antiguas, a veces fragmentos y piezas del siglo XVIII; busqué en la basura, en desguaces, y hasta recurrí a antiguos caballos de tiovivo, ya ves. —Con un gesto amplio del brazo señaló todas las piezas que había robado y que, si no eran de la época, se acercaban bastante.

—La verdad es que no me sorprende tanto.

—No, supongo que no. —Masuji dio una calada larga a su cigarrillo—. El cuadro que quería pasar por los rayos X en Claiborne's lo encontré en un mercadillo, y de verdad pensaba que había algo debajo. Ahora ya no tendré tiempo de averiguarlo. Llévatelo cuando te vayas, es mi regalo de despedida.

—Si van a por ti, ¿por qué has dejado la puerta abierta?

Masuji se encogió de hombros.

—¿De qué serviría cerrarla? Me encontrarán. En este viejo cuchitril podría entrar hasta una suricata con una palanca de hierro.

—Tienes preparados los macutos.

—Por si sirviera de algo.

—Pero no has recogido todo el estudio.

—¿Para qué molestarse?

Ahí llevaba razón.

—Bueno, nunca se sabe. Quizá pueda volver algún día. El optimismo siempre ha sido mi talón de Aquiles: siempre me quedo hasta tarde en las fiestas; siempre soy el último en irse de las cenas. Tengo un reloj natural lento, pero preciso, a su manera. No podría soportar tener que desmantelarlo todo, y necesito viajar ligero de equipaje.

Había una antigua pata de caballo de madera, con los clavos a la vista, a unos centímetros de mí. La cogí y se la entregué, aunque podría usarla perfectamente para atacarme.

—¿Qué voy a hacer con esto? —Se levantó de la silla y le ofreció al felino un pellizco de hierba gatera que sacó de un frasco con la forma de Totoro. Ni siquiera eso hizo que se moviera del radiador.

Me quedé mirando sus macutos y me pregunté, no por última vez, si me había estado esperando.

—Kronstadt —susurré.

—Todo el mundo conocía a Oscar, pero había que tener claro que a veces quería una parte del pastel. ¿Cómo iba a poder seguir abierto, si no? Cada vez eran menos los artistas que usaban sus productos especializados, y el alquiler se había disparado. A veces Oscar recomendaba a artistas para trabajos sin hacer preguntas. No lo crucifiques por ello, está claro que no era un santo, pero ¿quién lo es? —Masuji pronunció esas palabras con tono sosegado, como si yo fuera una auténtica ingenua.

Kronstadt es la puerta por la que todo el mundo pasó, de Rodney Birdwell a Masuji. ¿Hasta cuándo es inocente lo inocente? ¿Dónde está el límite, quién vigila el puesto fronterizo?

—Todo el mundo ha bebido del mismo vaso alguna vez en la vida —dijo.

—¿De qué vas, de maestro zen?

—¿De qué vas tú, del puto Dick Tracy? Siéntate. Aún no he acabado, y supongo que tendrás más preguntas.

—¿Por qué pusiste el sello de Göring?

—Eso fue por pura diversión. —Se encogió de hombros—. Era una broma. La gente es avariciosa a rabiarse, y pensé que podía poner esa pista delante de sus narices y que ninguna de las partes implicadas se molestaría siquiera en indagar en la historia real del cuadro. Además, si hay otras *Las meninas* por ahí, el sello distingue mi trabajo del resto. La autenticidad química del sello era lo de menos, porque la idea era ser subversivo, indicar la falsedad a quien buscarse de verdad. Calculé que el número de personas que captarían mi referencia se acercaría peligrosamente al cero.

Masuji tuvo un violentísimo ataque de tos. El envenenamiento por plomo daña el sistema respiratorio, además del cerebro.

—¿Puedo traerte algo? ¿Tienes un inhalador? ¿Algún medicamento? —Me puse en pie de un salto, y pisé la otra mitad del sándwich de pollo.

No podía hablar. Siguió tosiendo hasta que los ojos se le llenaron de lágrimas con las embestidas de los pulmones, y empezó a tener espasmos, a jadear, a carraspear. Corrí a la cocina, abrí el frigo y cogí una botella de agua etiquetada y cerrada, no esa porquería del canal. A mi espalda, oí caer al suelo los cantos rodados del alféizar. Cuando volví a toda prisa al par de sillas frente a la pantalla negra, estaban vacías. Incluso la gata gris se había ido.

## Capítulo 35

Regresé al depósito de pruebas y a los documentos de Kronstadt's en busca de alguna pista sobre la identidad del marqués. La gente llamaba por teléfono a Oscar y él tomaba nota de todos los detalles. Esta vez presté particular atención a los documentos de los trabajos para los que me había recomendado. Tan solo unas horas antes, sentada en el suelo de cemento entre montañas de bolsitas con micros, pistolas y cartuchos, había pasado por alto esos papeles en concreto. Antes estaba buscando pigmentos tóxicos, no los encargos para los que pensó en mí. ¿Por qué perder el tiempo con trabajos raros? Ahora, en cambio, esos eran precisamente los documentos que estaba escudriñando, rodeada de referencias al vestíbulo japonés, la colección de animales de los niños o Krazy Kat e Ignatz. Entre todos los pedidos, recibos y facturas unidos por un clip donde aparecía la céntrica dirección de Ilya Grilke y el Grupo Grilke, encontré una nota: «También llegan nuevas adquisiciones, pero necesitan retoques».

Le di la vuelta a la nota. Oscar había hecho varios dibujos de una mujer en una tira cómica pornográfica digna de admirar. La chica adoptaba diferentes poses, doblándose hacia adelante, abriendo las piernas. Los bocadillos invitaban sin medias tintas a Oscar a unirse a la fiesta que él mismo se había imaginado. En uno de los bocadillos que salía de su boca, la mujer le decía a Oscar Kronstadt cómo se llamaba: Andrija.

Además, me quedaban unos 39 dólares en el banco: necesitaba el dinero.

Así que llamé.

## Capítulo 36

El exterior del edificio parecía una cascada celestial, con paredes de cristal azul y plateado que caían desde las nubes. El vestíbulo, con un techo abovedado altísimo, estaba recubierto de oro y mármol verde, cual capilla silenciosa vigilada por un portero en librea que desbloqueó un ascensor privado que subió directamente a la planta setenta y cinco. Me dijo que se abriría en uno de los pisos de Grilke. No había ni un botón mancillando el interior de acero bruñido, ni siquiera el de emergencias, y daba la curiosa sensación de estar en un tubo vertical que ascendía a los cielos; como si me hubieran encerrado en un cohete sin ventanas. También me acordé de los mineros chilenos confinados en el tubo que por fin los sacaría a la superficie: se dirigían al aire libre y la luz del sol. Yo estaba encerrada en una caja que viajaba a las nubes, quién sabe dónde. Era de noche, una hora curiosa para una entrevista de trabajo, pero la mujer me explicó que les corría cierta prisa por acabar el encargo de inmediato. El turno de noche, en cualquier caso, siempre es más rentable.

Cuando las puertas se abrieron, una voz femenina humana, que no androide — aunque no sabía de dónde venía—, me indicó que caminase hasta el final del pasillo y esperara en una especie de salón, con ventanales a ambos lados. Al fondo había una piscina voladiza con el fondo de cristal que colgaba sobre la Fifty-seventh Street, de modo que al bañarse uno se sentiría nadando entre nubes, al mirar desde las alturas a la calle, donde la gente y los coches parecían hormigas. El piso estaba tan alto que desde abajo nadie podía ver el interior. Podías ir en pelota picada, pegarte un chapuzón, hacer absolutamente todo lo que quisieras. No habría ningún mirón armado con cámara o prismáticos escondido entre las volutas de un cirro.

—Usted debe de ser Star Hammersmith. —Una mujer salió por una puerta que no había visto y se acercó—. Soy Andrija, asistente personal del señor Grilke y agente inmobiliario. Ilya siente no poder conocerla en persona, pero tengo autoridad para reunirme con los contratistas en su ausencia. Los Grilke están en Suiza. —Mientras hablaba, los diamantes que le colgaban de las orejas envolvían su cuello en una explosión de estrellas asimétrica.

Era la mujer de los dibujitos de Oscar. La única diferencia era que la Andrija de carne y hueso estaba delgada y era atlética, mientras que la dibujada tenía un cuerpo estilo Marilyn Monroe. Podía imaginarme perfectamente a Andrija, con su voz profunda y ese ligero acento, coqueteando con el anciano, aprovechándose de su vanidad. Quién le iba a decir a ella lo que Oscar hacía mientras al otro lado del aparato.

Nos sentamos frente a frente en aquel salón blanquísimo. Fuera había una grúa enorme como un *Apatosaurus*, amenazante, un auténtico Godzilla, que alcanzaba la altura a la que estábamos. Era una grúa como la que se había desplomado durante el

huracán, cuando, en el punto álgido de la tormenta, hubo que evacuar siete manzanas. Andrija se percató de la dirección de mi mirada.

—Grilke ha invertido en la construcción de la parcela de al lado, así que la entrada a la grúa no molesta a nadie. Se maneja por control remoto. —Señaló al aparato mastodóntico—. En realidad, así es más segura. Después del huracán Sandy, el señor Grilke insistió en poder manejarla por control remoto desde aquí, desde el apartamento. De haber otro huracán, él o cualquiera que esté presente podrá alejar la grúa y colocarla donde no suponga un peligro para nadie. Una medida de seguridad excelente. —Andrija tenía un tono de voz tajante y seguro, como si incluso las cuestiones más impredecibles, como los huracanes y las máquinas monstruosas, pudiesen abarcarse en cuadrículas claras de decisiones finales: muy bien, problema resuelto, pasemos a lo siguiente, ¿de acuerdo? El dispositivo de control remoto parecía una cámara compacta gris y negra, un poco más grande que una fiambarrera, y estaba sobre una mesa de cristal. La cinta para colgárselo del cuello estaba enrollada justo al lado.

Mientras la mujer abría el portátil, me quedé mirando fijamente la piscina, procurando no parecer nerviosa. Le había mandado el currículum de Star Hammersmith, donde decía que mi trabajo de pintura se había expuesto en muestras colectivas en media docena de galerías inventadas. Si buscaba alguna en internet, estaría acabada incluso antes de empezar. Pareció escrutar la pantalla, pero solo pronunció unos cuantos «Mmm...».

—Lo de Oscar fue una auténtica tragedia. Era un hombre entrañable, y la tenía en muy alta estima.

Eso era imposible, o la mujer me habría conocido como Stella da Silva. Además, podía haber muchas formas de describir a Oscar, pero la de «hombre entrañable» no era una de ellas. En algún punto de la cadena de mando del edificio, alguien, un asesor o un marchante de arte, le dijo que Oscar podía buscarle a un artista. Quería creer que a Oscar solo le dieron un nombre y una descripción del trabajo por teléfono, que no estaba implicado en lo de *Las meninas*; aunque tampoco podía descartarlo por completo. Su muerte horrenda había salido en los periódicos, y Andrija sabía lo justo para entablar una conversación de cortesía, ni más ni menos.

—Puedo mostrarle el encargo en cuestión, y me dice cómo lo ve —dijo—. Tiene que firmarme esta autorización. —Me pasó un folio—. Es una mera formalidad. No puede sacar fotografías del trabajo que haga para Grilke Promotores ni de cualquier propiedad del Grupo Grilke, una sociedad de responsabilidad limitada y sus filiales. Eso es prácticamente lo que viene a decir. —Andrija medía más de metro ochenta, y su pelo liso tenía la textura y el color de la paja, un efecto buscado y muy costoso. Llevaba un traje negro, ceñido y corto, que parecía carísimo—. También le voy a tener que pedir que me deje su móvil, por pura precaución. Aunque la gente firme el formulario, tenemos que asegurarnos de que no se sacan fotografías, algo que podría suceder, aunque fuese sin querer.

—¿Qué pasa si me niego?

—Es un procedimiento estándar para las obras de arte valiosas, como sin duda sabrá.

Llevaba parte de razón, pero entregar el móvil no era un procedimiento estándar, sino esporádico. Le entregué mi último dispositivo de prepago, lo miró con una aversión muy del estilo Ashby y lo metió en el primer cajón de un *tansu* japonés.

—Es temporal. El bueno se me perdió en un avión, volviendo de Berlín. — Mentira cochina: fue más bien en un solar, esperando al B61.

—Le prometo que se lo devolveré en cuanto acabe. —Sin duda se pondría un uniforme antirradiación para volver a tocar esa cosa.

Andrija me condujo a través de un auditorio privado, una sala de proyecciones, una bolera y unos baños que parecían dar a las estrellas. No me sorprendía que Ilya Grilke o Grilke Promotores pudiese comprar un dispositivo por control remoto para manejar la grúa de al lado como si fuese un juguete. La parcela sobre la que se erigía también pertenecía a la empresa. La cocina estaba más limpia de la cuenta, aunque sería la envidia de cualquier chef; parecía que nadie había cocinado allí en la vida. Abrí un par de cajones mientras Andrija respondía a una llamada: estaban todos vacíos. De hecho, daba la sensación de que nadie había vivido ni fuese a vivir en esa planta. Esos pisos de lujo se usan como bienes en los que las sociedades de responsabilidad limitada pueden invertir. La identidad de los auténticos propietarios, que rara vez se presentan en el lugar en cuestión, nunca llega a saberse. Si me contratasen, sería como trabajar en una caja fuerte adornada con diamantes. Eso si me contrataban, porque hasta el momento no había visto ni un cuadro.

—Gracias por volver a llamar —la oí decir, junto a la puerta de la cocina—. Los Grilke no están en el país. No es la primera vez que usted y yo tratamos. Soy su representante. No veo qué problema hay. —Hubo una pausa—. Es inaceptable, señora Rothman. Inaceptable. Los generosos donativos que los Grilke hacen a la universidad tienen que verse reflejados en las notas de su hijo. —Oía los golpecitos que daba en la pared, impaciente, con su anillo rematado por una esmeralda cuadrada—. Señora Rothman, la verdad es que no tengo tiempo ni hoy ni mañana, y me gustaría dejar el tema zanjado; estoy segura de que usted también querrá tacharlo de su lista de tareas pendientes. —Andrija dijo algo que no pude oír, y luego su voz adoptó un tono mucho más agradable—. Me alegra muchísimo lo que me dice; informaré a sus padres del cambio. Gracias.

Andrija volvió y me miró de arriba abajo, como si supiera que había estado abriendo cajones. Debería haber caído en que habría cámaras en todas las salas, aunque nadie viviese allí. Podría haber estado vigilándome con un móvil mientras hablaba por otro.

—Qué cocina más bonita —dije—. ¿Pasan mucho tiempo aquí?

—¿Para qué? —Era evidente que el mero hecho de sugerir eso le hizo pensar que yo vivía en otro mundo.

El despacho de Andrija no estaba incluido en la visita. Quizá estaba situado en lo que el portero había definido como «las otras plantas de Grilke», o simplemente pasara de una sala a otra y no le hiciese falta un espacio fijo.

—Venga por aquí; voy a enseñarle la habitación en la que va a trabajar.

Ni siquiera conocía a Grilke y ya estaba en su habitación. Las paredes eran blanquísimas, minimalistas; una sala de exposición, como la cocina y el salón. Solo vi un traje y un par de zapatos en el vestidor de dos pisos, que incluso tenía baño, por si te entraba un apretón mientras decidías qué ponerte, supongo. Lo más sorprendente era que todas las paredes estaban cubiertas por toda una gama de lienzos blancos.

—Grilke colecciona cuadros blancos de Robert Ryman desde los años sesenta — dijo Andrija.

Yo había visto los cuadros blancos en el Museo de Arte Moderno de Nueva York, pero nunca había trabajado en uno. Grilke debía de ser el mayor coleccionista de Rymans del mundo. No tenía ni idea de que hubiera tantos. Las paredes estaban diseñadas *ex profeso* para que los cuadros encajasen en unos huecos rectangulares, sin marcos.

Al mirar más de cerca, vi claramente unos arañazos alargados que alguien habría hecho con las uñas alrededor de toda la habitación y en los cuadros, a la altura de los ojos, uniendo una obra con la siguiente con líneas horizontales, como si quisiera convertir las paredes llenas de lienzos en el mural de un paisaje rural. La línea saltaba de un cuadro a otro, rodeando la habitación blanca. Parecía más bien un paisaje nevado que uno rural. Eso era lo que esperaban que reparase.

—¿Puedo descolgar el cuadro y mirar el reverso? —Me dispuse a coger un pequeño lienzo dañado.

—No. El señor Grilke no quiere que se descuelgue ninguna obra, solo que se restaure la superficie.

—Eso va a ser difícil, pero veré cómo me las apaño.

—Aquí tenemos todo lo que necesita para hacer los arreglos.

Los conservadores tenemos la filosofía de que, en algunos casos, y hasta cierto punto, incluso los daños pasan a formar parte de la historia de las obras. Andrija, portavoz de un Grilke invisible, no parecía uno de esos autodenominados comisarios con los que podías comenzar un debate filosófico sobre los motivos para no intervenir en una obra descolorida, por ejemplo, porque el deterioro del color forma parte del envejecimiento natural de cualquier pigmento. Según su visión cuadrículada, lo único que tenía que hacer era cumplir el encargo y cobrar, y esta vez me veía inclinada a coincidir con ella.

—¿Cómo se rayaron los cuadros?

—Negligencia en el transporte.

Las marcas no parecían cosa de manipuladores patosos. Esa gente está muy preparada, y me resultaba imposible imaginar a un profesional trasladando los cuadros de un lugar a otro sin envolverlos. Las marcas paralelas sugerían que una

persona cabreadísima había dado una vuelta completa a la habitación, arañando todos los cuadros a su paso.

—La pintura que se usó aquí es blanco de plomo —le expliqué—. Resulta difícil de encontrar, aunque no imposible, y es extremadamente tóxica, así que necesitaré un equipo especial para manejarla: un extractor y una máscara de gas. Traeré unos doce tubos la próxima vez que venga. —Supuse que podía pedir cualquier cosa—. Puede que tarde unos días en reunir todo el material, pero el trabajo parece sencillo.

—No, señora Hammersmith. Mucho me temo que aquí no hacemos así las cosas. Por motivos de seguridad, una vez que la registremos en el sistema de contratistas autorizados del edificio, mientras dure el encargo no podrá ir y venir. No está usted aquí para una consulta, una valoración o un diagnóstico. Se quedaría aquí un periodo concreto de tiempo, y ya está. Cuando completase el trabajo, podría marcharse. Grilke Promotores se toma la seguridad muy en serio. Le traeremos todo lo que necesite.

A la Reina de Hielo serbia, que resultó ser de Staten Island, no se la cuestionaba. El trabajo solo llevaría un día, y necesitaba que me pagasen de inmediato, o incluso antes, así que acepté sus condiciones. Pregunté quién había ocupado ese puesto hasta ahora y qué encargos de restauración había hecho. Quizá, como yo, fuera un exiliado del mundo de los museos, o un estudiante de Arte con una deuda ingente, dispuesto a hacer cualquier cosa. Andrija me aseguró que no tuvo mucho trato con él.

—Esto nos corre cierta prisa —dijo—. Estos cuadros se envían mañana a Zúrich, así que el trabajo tiene que empezar esta misma noche. No sé qué habríamos hecho si no se hubiera puesto en contacto con nosotros, y por eso, en nombre del Grupo Grilke, y también personalmente, le transmito que estamos tremendamente agradecidos. Cuando el difunto señor Kronstadt falleció...

—Lo asesinaron...

—Sí.

Me dio la impresión de que era incapaz de pronunciar esa palabra, de que debía de resultarle casi pornográfica. Cambié de tema.

—¿Pueden pagarme en efectivo?

—Como prefiera. Será un buen pellizco para llevarlo por ahí, pero le garantizo que valoramos mucho su experiencia. De hecho, creo que, para este trabajo en concreto, Grilke también preferiría una transacción en efectivo. ¿Dispone usted de coche blindado? —Andrija soltó una carcajada, pero estoy convencida de que estaba familiarizada con ese tipo de vehículos. Mi único plan era que Demetrius me recogiese en la puerta del edificio.

Andrija parpadeó varias veces. Pasó un dedo por un lienzo, algo que jamás hay que hacer, por muy tentador que sea.

—Nunca he entendido qué atractivo tienen, pero empiezan a crecer en tu interior, y ves diferencias en la superficie entre los distintos tipos de blanco. —Por unos segundos, un ápice de incertidumbre se filtró en su voz, y su acento delató un origen

brooklynés. Quizá fuera a hacerme una confidencia, quizá me contara algo sobre los propietarios de aquel piso.

—¿Cómo empezó a trabajar para Grilke? —dije, aventurándome en las aguas profundas del «no es de su incumbencia», mientras fingía examinar uno de los cuadros blancos.

—Trabajaba en el sector inmobiliario.

Eso fue todo lo que me dijo. Se cruzó de brazos y atravesó la habitación para observar otro cuadro. Era como si se hubiera abierto la rendija de una puerta invisible, que al punto se cerró de un portazo. Supuse que se le daba bien prever las preocupaciones de personas como sus jefes y resolver sus problemas cotidianos. Quizá había empezado vendiendo apartamentos caros y luego pasó a los pisos de lujo, llevándose comisiones cada vez mayores. Costaba imaginársela traduciendo el horario de los autobuses de Staten Island a sus padres inmigrantes, pero a algunas personas se les da muy bien reinventarse y compartimentarse. Se diría que había brotado en ese mundo perfectamente formada, lista para enviar cifras ingentes por cuenta de otros, reservar vuelos de primera clase en el último minuto, concertar citas con el mejor cirujano cardiovascular de Los Ángeles o tutearse con todo tipo de brókeres. O quizá fuese una experta a la hora de cambiar de registro, capaz de estar hablando sobre el menú de un comedor social y al minuto siguiente reservar una *suite* en el Ritz-Carlton.

—Podemos traerle todo lo que necesite —repitió—. Su predecesor no preparaba sus pigmentos, como sí hacía el artista original, pero el señor Grilke hace hincapié en que se conserve toda la autenticidad posible.

No estaba segura de que Ryman preparase sus pigmentos, pero no se lo discutí.

—En cualquier caso, su trabajo no nos convencía. —Su teléfono vibró, pero no le hizo caso—. Dígame lo que necesita para realizar el encargo.

—El blanco de plomo es hidroxicarbonato de plomo. Necesitaré láminas de plomo (se pueden conseguir en un desguace) y vinagre. Hay que exponer el plomo al vapor de ácido acético en un ambiente con humedad y dióxido de carbono. Supongo que aquí no reciclan, así que no tendrán pieles de verdura, fruta y cosas por el estilo, ¿verdad?

—No.

Pues claro que no, ¿cómo se me ocurría?

—Mierda de caballo.

—¿Perdón?

—Estiércol de caballo. Como aquí no tienen comida, necesito algo que fermente. Se puede conseguir en los establos de Central Park. La fermentación ofrece una fuente de calor y desprende dióxido de carbono y humedad; y el aire aporta el oxígeno. El ácido acético convierte el plomo en acetato de plomo básico o tribásico, que luego el dióxido de carbono se encarga de descomponer, y así tenemos carbonato de plomo básico.

Andrija era de esas mujeres cuyas bolsas de basura llevarían las iniciales doradas LV. No podía imaginármela cargando estiércol a paladas, ni siquiera cambiando de registro, pero algo me decía que tendría a su disposición, quizá en el mismo edificio, a alguien que podría conseguir prácticamente cualquier cosa. Mientras ella hacía las llamadas pertinentes para organizar la entrega del estiércol, estudié los cuadros más de cerca. En las partes más profundas de los arañazos se veían minúsculas manchas amarillentas. Me chupé un dedo y lo pasé por el surco: los conservadores usamos nuestra saliva constantemente. Varias virutas blancas de pintura desconchada, del tamaño de una uña, se me quedaron pegadas en la yema. Cuando me disponía a mirarlas aún más de cerca, Andrija volvió a la habitación-galería y me preguntó qué tipo de pinceles necesitaba. El otro restaurador había dejado varios.

En cuanto se marchó, me humedecí un dedo y lo pasé por otro cuadro rayado. La mano se me manchó de pintura húmeda. Esa pintura blanca era fresca, pero Robert Ryman no había pintado recientemente ningún cuadro blanco. El lienzo que tenía delante era, sin lugar a dudas, una falsificación. Quizá ninguna de esas obras fuera auténtica. Si Andrija lo sabía, estaba claro que lo mejor para mí era seguirle la corriente por ahora y no decir nada. Si no lo sabía, quizá lo mejor también fuese quedarse calladita: limitarme a cobrar y no marear la perdiz. Tampoco había que descartar que el otro restaurador hubiese aplicado la pintura húmeda, y que lo echaran antes de que se secase. Pasé el dedo por el arañazo de un tercer cuadro, pero los ives y venires de Andrija volvieron a interrumpirme. Empujaba un carrito sobre el que había frascos de pinceles, paños de algodón, disolventes y un vaso de agua. El frasco de verde de Scheele que le costó la vida a Oscar también estaba en el carrito.

—¿Mi predecesor dejó una lona?

—¿Se refiere a algo para cubrir y proteger el suelo?

—Sí, pero también me gustaría montar una pequeña tienda sobre el cuadro para evitar que entre luz y polvo. Incluso los cuadros blancos pueden verse dañados por la luz cuando sale el sol. Trabajaré toda la noche.

—¿No le preocupan los vapores tóxicos?

—Si fuese una exposición prolongada, sí, pero ahora me preocupan más las partículas que flotan en el aire y pueden caer al cuadro y dañar la superficie, que varía de una obra a otra; y también quiero controlar la luz intensa que hay aquí arriba. Tengo que determinar el aspecto que tendría el cuadro según su envejecimiento natural.

Una auténtica sarta de mentiras: solo quería trabajar sin que Andrija estuviese viendo todo lo que hacía.

—¿Cómo se destiñe un cuadro blanco?

—Hay gradaciones y tonalidades, incluso en el blanco de plomo. Necesito hacerme una idea del auténtico color de las superficies para rellenar los arañazos. ¿Quiere que el aspecto de los cuadros sea el que tenían en 1967 o el que tendrían ahora de no haber sufrido daños?

Sin titubear un instante, Andrija dijo:

—El de 1967. Deles todo el tratamiento de bótox y antiarrugas. O, aún mejor, hágales un *lifting* facial completo. Es lo que querrían los Grilke.

—¿El estilo Joker? —dije entre risas—. Para eso tendría que quitarlos del bastidor y estirar el lienzo. Necesitaré un martillo, claro, y tachuelas y clavos.

—¡De ninguna manera! ¡No se puede descolgar nada! —Andrija no se reía—. La hemos contratado por su pericia.

Eso me lo dijo con tono de reproche, pero, haciendo honor a su capacidad para conseguir cosas, a los pocos minutos apareció un hombre que instaló una especie de toldo para el lienzo, colocado en un pequeño andamio sobre ruedas. Lo moví para cubrir uno de los cuadros y me quedé sola.

Cogí un paño y quité del cuadro un poco de pintura, que estaba fresca. Aparecieron unas figuras azules. Había otra obra debajo. Un brazo, un torso. Yo diría que era Matisse: el azul tenía un matiz mediterráneo. Como no quería dañar aún más el cuadro, pasé a otro lienzo. Este estaba seco. Había minúsculas virutas de pintura en los bordes de los arañazos. Lentamente, con sumo cuidado, empecé a limpiarlos con el pincel, de dentro hacia afuera de los surcos, que no tenían ni medio centímetro de ancho. Empezaron a aparecer formas bajo esa muesca superficial. Ahí debajo había otro cuadro. A medida que fui limpiando y cepillando la capa superficial, descubrí dos ojos que se clavaron en los míos. Ya había visto esa mirada: Maribárbola, la enana.

Era *Las meninas*. Masuji tenía razón. Había otros.

—¿En qué se parece Grilke a Göring? —dije en voz alta, como cuando Lewis Carroll pregunta: «¿En qué se parece un cuervo a un escritorio?». Una parte de la respuesta estaba ahí.

Habían quitado el marco, así que, al estar encajado en el hueco de la pared, parecía un inmenso lienzo en blanco. Me humedecí los dedos y comprobé otros cuadros blancos. En todos y cada uno de ellos encontré pruebas de la presencia de otra capa debajo.

Era imposible rebobinar, dar marcha atrás y tapar lo que había descubierto. En cuanto Andrija volviese a la habitación, vería que lo sabía. La mujer estaba en el salón, y seguí el sonido de su voz. Tenía que salir de allí.

—Sí, los necesito. No lo sé. Unos veinte kilos de estiércol. No me ha dicho cuánto, así que es una suposición. Y envíalos en bolsas selladas y esterilizadas, no hace falta que te lo diga. El portero te indicará la entrada del servicio.

Crucé sigilosamente la cocina y un pasillo gélido hasta llegar al ascensor. No había botón para bajar. No había botones de ningún tipo, mejor dicho. Solo una ranura a la derecha de las puertas de acero bruñido, para introducir una tarjeta, que yo no tenía, claro. De saber el número del portero, podría llamarlo para que me enviase el ascensor; pero no lo sabía. La próxima vez que hagas un encargo en un edificio como este, me dije, pídele el número al portero. Eso, siempre y cuando recuperase el

teléfono.

Ahora oía a Andrija hablando con el portero.

—Hendrickson, se lo he dicho más de una vez. Nadie salvo los dueños y yo usa el ascensor privado. La pintora, la señora Hammersmith, debería haber subido en el ascensor del servicio. No es la primera vez que comete ese error; si vuelve a suceder, hablaré con la dirección y lo despedirán en el acto. ¿Queda claro? ¿Queda meridianamente claro? —Tenía un tono de voz condescendiente, como si estuviese hablando con un niño, y sin duda no era el caso.

El ascensor del servicio podría ser una vía de escape, pero no lo veía por ningún sitio, como si algo así tuviera que estar en un lugar recóndito del apartamento, escondido, como una vergüenza.

Abrí unas cuantas puertas confiando en encontrar unas escaleras, pero no había. Estaba atrapada. Andrija apareció, con su traje negro, sus tacones de aguja a juego y sus diamantes.

—Ah, señora Hammersmith, el material que ha pedido llegará dentro de una hora. Bueno, eso me han dicho, aunque podría tardar un poquito más. En este caso no solo dependemos de los seres humanos, sino también de los caballos. —Andrija me puso la mano en el brazo.

Me quité el pelo de la cara, y varias de las grandes virutas de pintura blanca que tenía pegadas a la palma se me enredaron en el pelo. Andrija cogió una del suelo.

—Pero bueno, señora Hammersmith. —Por su tono de voz, casi parecía que se estuviese disculpando, mientras me quitaba las virutas blancas del pelo con un gesto que me recordó a mi breve trayecto hacia la batidora—. No puede marcharse hasta que acabe el trabajo, pero, se lo garantizo, no le llevará mucho tiempo. Acaba de meter un pincel en la pintura y ha correteado por toda la habitación, ¿verdad? —Miró las virutas que le caían a la mano—. Me había dado su palabra. Ni siquiera ha empezado a preparar el blanco de plomo.

Me agarró del brazo y me arrastró hasta el salón del apartamento. Me zafé de un empujón. Era mucho más alta que yo, y fuerte, pero se tambaleó sobre esos tacones altísimos. Forcejamos junto a un grupo de sillas blancas de Mies van der Rohe. La mujer me golpeaba anárquicamente, pero logró agarrarme del cuello por detrás. Empujé con todas mis fuerzas y la arrojé contra las sillas, aunque no tardó en levantarse, con un tajo en la frente perfecta, y se abalanzó contra mí. Mi única ventaja era que ella llevaba unos zapatos diseñados para estar sentada. Me tumbó de un placaje y rodamos sobre la alfombra y sobre el bordillo de azulejos, hasta caer en la piscina. Una vez en el agua, nos separamos. La piscina era muy profunda, no se hacía pie en ningún sitio. Mirar a los puntitos de las farolas y a los coches, que parecían de juguete, setenta y cinco plantas más abajo, provocaba una sensación parecida al vértigo, pero peor. Uno sabe que el cristal es sólido, como la madera o el acero, pero ese cristal, como casi todo el cristal, era transparente. Aunque sabía que muchos centímetros de cristal moldeado evitarían que cayese al asfalto, mis ojos me decían

que de la calle solo me separaba aire y agua. Conseguí nadar hasta el borde sin mirar abajo de nuevo, a pesar de la tentación, y salí de la piscina. Andrija tenía más problemas. Intentaba mantenerse a flote, pero la ropa y los zapatos le pesaban. Braceando, llegó hasta el otro borde de la piscina, pegado al cristal que daba al exterior. Al ver las setenta y cinco plantas de caída, pegó un grito.

—Ayúdame —me suplicó, tuteándome—. Ese traje ya vale más de lo que ganas en un mes. Llevo unos Blahniks exclusivos, hechos a medida. Se van a estropear. — Ni siquiera había mencionado las esmeraldas y los diamantes, que, si se perdían en el agua, sería difícilísimo encontrar.

—Andrija, me gustaría ayudarte a salir, pero entonces vas a ordenar que me maten. Lo sabemos las dos.

—Te juro que te dejo en paz. Dejo que te vayas. Llevo la tarjeta del ascensor en el bolsillo, pero si pasa demasiado tiempo en el agua se estropeará y nos quedaremos las dos atrapadas.

—Ya se ha inventado el teléfono.

—Pero solo hay dos tarjetas de seguridad. La otra está en Zúrich.

—¿Por qué tendría que confiar en ti?

—Nadar no es mi fuerte.

—¿Qué hay debajo de esos cuadros?

Eso no quería decírmelo.

—Ya lo sabes —dijo, tragando saliva.

—Vale, me he hecho una idea bastante clara, pero ¿quién los arañó?

—Hammersmith, no voy a poder mantenerme a flote mucho más.

—¿Quién los arañó?

—Un tal Nosequé Lunelli. No me acuerdo del nombre. Era una especie de mezcla entre hombre y mujer que le daba pena al señor Grilke. —Apenas ocultaba su aversión al hablar—. El señor Grilke es un hombre muy amable, y pensó que alguien en esa condición tendría necesidades que nosotros podríamos satisfacer, y por lo tanto sería de fiar, pues estaría en deuda con nosotros: sería leal.

—¿Te refieres a Sandro Moonelli?

—Sí, así se llamaba. Ayúdame a salir.

—Espera, aún no hemos acabado. Si quieres volver a estar seca en lo que te queda de vida, Andrija, sigue contándome.

—Contrataron a Sandro para que pintase sobre cuadros que luego se sacarían de contrabando del país. Grilke usa los cuadros como la mayor parte de la gente usa las grandes cantidades de efectivo. Así se evitan los bancos, el rastro del dinero y los impuestos. Los cuadros no se pueden vender, son demasiado famosos, pero tienen un enorme valor de intercambio. En cierto sentido, una colección de arte valiosa es mejor que el dinero. Tenemos Vermeers, Rembrandts, Picassos; unos auténticos, otros no; obtenidos por diferentes medios. Cuando el cuadro cambia de manos, la capa de pintura blanca puede quitarse. Te digo que me ayudes a salir.

Las falsificaciones y los chanchullos de Ashby eran nimiedades en comparación con aquello: blanqueo de dinero a escala gigantesca.

—¿Por qué asesinaron a Sandro?

—Ya te he contado demasiadas cosas.

—Creo que solo has raspado la superficie. —Estaba haciendo un esfuerzo de contención enorme: instintivamente quería ayudarla a salir del agua, pero necesitaba que me dijese cómo actuaron los Dagbent esa noche y por qué.

—El plan era que Sandro quedase con Jack Ashby. Fue completamente intencionado. Tras concertar la cita en Claiborne's, se suponía que tenía que conseguir que Ashby lo llevara hasta el estudio, que abriese la puerta con el código, claro, y, mientras estuviese haciendo lo que haría con Ashby, Per y Ove se ocuparían de ellos y se llevarían *Las meninas*.

—No contaba con que Ashby lo rechazase por no ser del todo un hombre. —Levanté la voz para que se oyera con claridad al otro lado de la piscina. La palabra «hombre» resonó y el eco me la devolvió.

—Parece que no.

—No sabíais que trabajaba por las noches, ¿eh?

Andrija negó con la cabeza. Con el gesto, desesperado y frenético, como dándome a entender que me habrían perdonado la vida, sacó del agua durante unos instantes el cuello y los hombros. Me habrían perdonado la vida... ya. Habría sido otro cadáver en el Hudson.

—Pero ¿por qué matar a Moonelli? Era útil. Estaba haciendo lo que le pedíais.

—La verdad es que no. Sandro no acababa de ver claro lo de la capa de pintura blanca. No le gustaba el procedimiento, no tenía la certeza de no estar cargándose los cuadros sobre los que pintaba. Puedo garantizarte que le pagaban espléndidamente. Vaya un alfeñique ingrato. Con el dinero que Grilke le pagaba Moonelli se costeaba el seguro de salud, el posoperatorio..., todo; pero quería más. Amenazó con delatar a Grilke: las obras auténticas se devolverían a las instituciones o a las colecciones privadas a las que pertenecían, y las falsificaciones saldrían a la luz. Cuando Grilke se negó, Sandro arañó la capa de pintura para demostrar que hablaba en serio. El Grupo Grilke no es una entidad que se deje amenazar por un cantamañanas asexuado. Los Dagbent hicieron todo lo que tenían que hacer esa noche. Ayúdame a salir ya de aquí.

—Si Sandro «no veía claro lo de la capa de pintura blanca», como tú dices, ¿por qué iba a acceder a colaborar en el robo del Velázquez?

—No tenía otra.

—Pero lo asesinaron de todas formas.

—Sabía demasiado y pretendía usarlo; creyó que podría extorsionar a Grilke. El error de Grilke fue pensar que a alguien le importaría que Moonelli fuera transexual. Pensó que podría usar el secreto de Sandro en su contra, pero hoy día a nadie le importan las cuestiones de género. Moonelli se rio en nuestras caras.

No estaba segura de si el inglés de Andrija había patinado o si, efectivamente, quería decir «caras», en plural.

—¿Así que Moonelli se reunió con Grilke?

—No, claro que no. No hace falta decirle al chef cómo se llaman las malas hierbas que arrancan los jardineros. Grilke no se reúne con sus trabajadores de ese nivel. ¿Para qué? Yo soy la intermediaria. Ese asqueroso asexuado de Moonelli cometió un error de bulto. Te digo que me ayudes a salir ya. —La necesidad de contarme la historia mantuvo su cabeza fuera del agua, pero no aguantaría mucho más a flote. Seguí apretándole. Estaba convencida de que podía sacarle más cosas.

—Así que le tendisteis una trampa a Sandro para que le tendiese una trampa a Ashby, y esa fue su condena. ¿Cómo sabíais lo de Ashby? —Quizá esa fuera la última pieza del puzle.

—Cuando uno está metido en el mundo de la compra, venta o incluso robo de arte, se entera de cosas por ahí. El comisario de Claiborne's tiene encuentros esporádicos por las noches y tal. Habría funcionado si no te hubieses entrometido.

—¿Por qué asesinaron a Kronstadt?

Y entonces pegó un grito, con los ojos a punto de salirse de las órbitas por el pánico.

Me giré para ver qué estaba mirando. No había oído sus pasos. Un monstruo con la cara derretida echó a correr desde el pasillo que conducía a la cocina en dirección a la piscina. En el semblante de Andrija se dibujó ahora una expresión de reconocimiento, que incluso yo pude leer.

—¿Ove? ¡Ove! Cariño, ¿qué te ha pasado en esa cara preciosa?

—Andriya. —Pronunció el nombre con dificultad, y con un tono suplicante—. Vengo a llevarme los cuadros. —Aún trabajaba para Valentine. Andrija se estremeció.

—Te vamos a llevar al mejor cirujano plástico de Río; podemos arreglarte la cara; te quedará exactamente igual que antes.

—Nadie puede devolverme el ojo izquierdo, Andrii-ya. —Le costaba pronunciar algunas sílabas.

—¡Ove! Cariño, podemos hacer cualquier cosa. —A ella le costaba aún más mantenerse a flote.

Andrija estaba enamorada de un hombre que sin duda usaba la entrada del servicio. No quería girarme para ver lo que le había hecho el sirope hirviendo en el ojo, del tatuaje a la córnea, pero es que, aunque quisiera, tampoco podría: Ove me había puesto un cuchillo en la garganta.

—Me la has ju-gado, zorra. Es-tás muer-ta.

Andrija tragó agua, hundiéndose, mientras intentaba desabrocharse los pesados tacones.

—¿Pued-es seguir nad-ando? —le gritó a borbotones.

—Primero cárgatela a ella: lo sabe todo. —Apenas podía sacar la boca del agua.

El monstruo se detuvo y le gritó algo a Andrija, que sonó como un «voy a

sacarte».

—Él nos matará si la dejamos salir de aquí. ¡Que te la cargues! —gritó Andrija.

Y al instante la cabeza de Andrija se hundió por completo. Ove se lanzó a la piscina para rescatarla. Parecía volar surcando el agua, nadando hacia el otro extremo de la piscina, donde estaba sumergido el cuerpo de la mujer.

Vi un objeto gris con la carcasa naranja apoyado en la mesa de cristal de Mies van der Rohe. Era el control remoto de la grúa, cuyo brazo dividía en dos la celosía triangular de la torre, que se veía justo detrás de la piscina voladiza. De hecho, el brazo estaba a la misma altura que la piscina. Era una grúa de pluma abatible, con un giro de cola corto y una increíble altura de gancho, imprescindible para trabajar en un espacio urbano confinado. Son máquinas ágiles, con una enorme velocidad de cabrestante y un radio de giro reducido. El monstruo de metal parecía un cisne. Había visto grúas en parcelas en obras por toda la ciudad, y podrían parecerme completamente ajenas e invasivas, erigiendo rascacielos donde antes había edificios más pequeños, de no ser porque eran viejas amigas. Esta era una grúa torre más grande que a la que yo estaba acostumbrada, pero había ciertas similitudes básicas, y el radio de giro de esa jirafa, con relación a la piscina, era perfecto.

El control remoto hacía innecesaria la figura del operador encaramado a lo alto; la máquina era pura belleza, silenciosa y aséptica. Empecé a jugar con los interruptores y la palanca de mando, girando la grúa de un lado a otro durante unos segundos. El brazo corto solo era una pieza de metal idiota, pero era innegable que parecía la cabeza de un ave. Moví la palanca con un gesto rápido y seco, y la grúa se desplazó con suavidad y precisión, como un telescopio gigante que podía levantar vigas de acero y bloques de cemento sin perder una esquirla. De producirse un fallo mecánico, de caer al vacío su carga, la muerte de quien estuviese debajo sería tan instantánea como fortuita.

Ove ya nadaba hacia mí, con el cuchillo entre los dientes y Andrija a remolque. El control remoto incluía una pantallita para facilitar el manejo de la inmensa grúa. Giré la palanca de control a la izquierda y, con el estruendo de un rayo caído ahí mismo, la cabeza de acero se estrelló contra el cristal. El impacto provocó una ola que separó a Ove y a Andrija. La mujer braceaba, esforzándose por mantener la cabeza fuera del agua, mientras las olas la empujaban hacia mi extremo de la piscina. A pesar de su fuerza, Ove se vio arrastrado al otro lado. Era un nadador excelente, y ya volvía avanzando en zigzag por el agua usando hasta la última gota de energía. Alejé el brazo de la grúa del edificio. Podía haberme quedado quieta, pero volví a mover la palanca y asesté otro golpe a la piscina. El cristal crujió y empezó a resquebrajarse lentamente. Armándome de resistencia, me abstuve de mover el brazo de la grúa por tercera vez y asestar el golpe de gracia. Andrija aún estaba a flote, no muy lejos de mí. Me arrodillé en el borde y extendí el brazo.

—¡Dame la mano, Andrija! —Sus uñas color cobalto estaban a pocos centímetros.

Pero entonces el cristal de la piscina que daba al exterior del edificio se rompió, y la mujer, arrastrada por la fuerza del agua, cayó al vacío.

Ya era plena noche. Luego supe que no había nadie debajo cuando la cascada, los dos bañistas y una lluvia de cristales cayó sobre el asfalto, pero en aquel momento no tenía ni idea. Temblando, volví a dejar el control remoto en la mesa y saqué mi teléfono del *tansu*.

Una brisa fresca sopló en el apartamento, trayendo jirones de nubes y niebla. Entonces oí a alguien gritar: «¡La entrega!». La voz provenía del ascensor del servicio, y siguiéndola pude encontrarlo en una zona recóndita del apartamento, usada como almacén. Era un mozo de uno de los establos de Central Park —no le pregunté cuál—, con un carrito del que descargó veinte kilos de estiércol, en bolsas de plástico selladas y esterilizadas. El mozo estaba en el ascensor cuando la grúa golpeó el edificio, y no se había enterado de nada. Andrija le había dejado el ascensor abierto; y probablemente tenía previsto bloquearlo tras la entrega.

Cuando volví a tierra firme, al asfalto, y por segunda vez en una semana me vi junto al precinto amarillo de una zona acordonada, con las sirenas resonando en mis oídos, ¿con quién debía hablar? No estaba en estado de *shock*, y debía confesar lo que había hecho. Todo lo demás —los cuadros blancos que seguían colgados en el apartamento de lujo usado como caja fuerte— no era tan prioritario para los servicios de emergencias. Como diría Giacometti, ¿por qué iba a serlo? Lo que importaba eran los heridos. En realidad, no hubo ninguno. Un par de personas se mojaron, y las dagas de cristal caídas del cielo como carámbanos reventaron unos cuantos parabrisas. De haber sucedido en pleno día, la cosa habría sido muy distinta, pero, en cualquier caso, había dos víctimas mortales. Los primeros servicios de emergencias en llegar —la policía, los bomberos y las ambulancias— no tenían vínculo alguno con la investigación de *Las meninas*, pero no tardaron en aparecer caras conocidas, que también me reconocieron a mí. Ya no quedaba ni una célula cerebral ni una parte del cuerpo de Ove y Andrija con vida, y con ellos se perdió la confesión del asesinato de Sandro. Yo ya arrastraba un accidente con una grúa, y Garfield me tenía reservadas unas esposas y una celda a mi nombre. Podía haber matado o herido de gravedad a muchas personas. Como poco, en el mejor de los casos, me acusarían de conducta temeraria. «¿Se le pasó en algún momento por la cabeza?». Su voz llegaba de un lugar muy lejano. «Parece que no».

## Capítulo 37

—Vuelva a explicarme qué estaba haciendo en la planta setenta y pico, además de darse un chapuzón. Lo de la defensa propia y el ascensor sin salida que infringe la ley de protección contra incendios lo entiendo; se puede comprobar. Se recuperaron los cuadros, sí, y eso es de su competencia; pero, entre usted y yo, tiene un historial con las grúas que me inquieta un pelín. —Garfield se apartó de su escritorio con un gesto con el que denotaba estar satisfecho consigo mismo a pesar de mostrar escepticismo —. Aún no hay pruebas claras que vinculen a sus Dagbent con el asesinato de Moonelli. Además, Grilke, que se ha vuelto a poner en contacto con nosotros a través de un representante, asegura no haber oído hablar nunca de ellos, y no está preocupado por que los cuadros que su socia compraba para él fuesen robados y, en ocasiones, falsos. Sostiene que era una colaboradora independiente, y que no trabajaba en su nombre.

—No estoy segura de si es más correcto decir que ella es su chivo o su sirena expiatoria. ¿Qué pasa con Ove Dagbent? Estaba en la piscina.

—Ni siquiera sabemos dónde enviar los restos de Ove; y le garantizo que «restos» es la palabra exacta. Después de esa caída, no queda mucho: un dedo por aquí, un par de vértebras o un cacho de riñón por allá. De cara propiamente dicha no se puede hablar. En cuanto a Andrija, que gracias a su agilidad con la maquinaria pesada también se subió a un vuelo nocturno con destino a la acera, está en las mismas y descompuestas condiciones.

—¿Qué hay de su teléfono?

—Su teléfono se hizo añicos infinitesimales, empapados y desperdigados en un radio de siete manzanas. Todos los dispositivos que había en su apartamento y en los pisos de lujo se han formateado de manera remota. En su historial solo hemos encontrado unas cuantas búsquedas de horarios de películas y compras por Amazon de chismes varios: audífonos intraauriculares, grandes pedidos de rollos de cocina, bombillas ecológicas... Todas las cuentas de correo y redes sociales se han evaporado.

—¿Por qué no investiga más detenidamente para quién estaba trabajando? Los hermanos Koch no conocen la identidad de la persona que ordena los vertidos de residuos ilegales de una fábrica de Monsanto, pero ellos, desde su residencia en Park Avenue o los Hamptons, aprueban esa política. ¿No le parece raro que Grilke se lave las manos tan rápido y le pase todo el marrón a otra persona?

—No me pagan para hacer esas hipótesis.

Garfield no era mala persona, lo digo en serio, pero, para ese agente de homicidios, toda la gama de malhechores de la raza humana se circunscribía al distrito policial 19. Se llame como se llame a la persona que está en las antípodas del

conspiranoico, ese era él. No creía en complots en las altas esferas, con corporaciones pérfidas, representantes del Gobierno y redes de vigilancia. Todo era muy realista, pero llevaba a la paranoia.

—Bueno, ahora vamos a repasar las fotos que encontramos en el edificio de lujo al que usted privó de sus instalaciones de natación recreativa.

No iba a entregarle a Masuji. Por nada del mundo.

## Capítulo 38

En la recepción de la tercera planta pude registrarme como Stella da Silva, aunque mi firma parecía un garabato sacado de un cuadro de Cy Twombly. Marnie y yo formábamos una pareja curiosa paseando por el pasillo del hospital. Yo llevaba las dos manos vendadas, y ella iba arrastrando unas zapatillas que tenían un demonio en un pie y un ángel en el otro; nuestro reflejo ondulaba sobre el linóleo blanco resplandeciente. Hablaba a borbotones, aunque no recordaba nada del ataque, y estaba deseando salir del hospital.

—Antes de volver a hablar, cuando lo único que podía hacer era estar tumbada en esa cama y pensar, temía que mi vida fuese a ser «corta y dulce». —Marnie hizo una referencia a la nota de suicidio de Theresa Gionoffrio, pegada con una tirita al marco de la ventana en *La semilla del diablo*; luego resultó que no saltó, sino que le habían empujado—. Los sonidos y las imágenes van y vienen. Veo a Roy ahí de pie, sin hacer nada, ahí, sin más, pero ¿estoy segura de que era él? Pues no.

—A ver, si la memoria no te falla y él fue testigo, pero no hizo nada, es exactamente igual de culpable.

—Pero ¿por qué iba a limitarse a mirar, sin más? ¿A santo de qué?

—No lo sé, Marnie. Parece de esos hombres con los que, si decides pasar un rato con ellos, tienes que tener ubicadas todas las salidas.

Quizá Marnie no había buscado información sobre Roy en internet antes de salir con él, aunque eso fuese muy, pero que muy impropio de ella. Saqué mi portátil de la bolsa. Era como fomentar una obsesión o un vicio, pero, aunque yo no llevase el portátil, siempre tendría el móvil o cualquier otro dispositivo, así que en realidad no había forma de pararla. Nos sentamos en la cafetería del hospital, le pasé el ordenador y sus dedos volaron sobre el teclado.

Su apellido era Lawrence, y estaba casado con una tal Gaby Freeman, doctora. Su anuncio de boda en el *Times* era reciente y, a juzgar por lo que se decía ahí, Roy no era abogado, solo había estudiado Derecho, y no se especificaba si acabó la carrera. Era copropietario, junto a su amigo y padrino, Luke, de un negocio descrito como «facilitadores y expertos en la reubicación de inquilinos». Los grandes promotores inmobiliarios los contrataban para «alentar» a los inquilinos, ya fuesen residentes o pequeños negocios, a abandonar los edificios para hacer sitio a arrendadores dispuestos a pagar más. Lo que el *Times* no decía era que los tipos como ellos eran sanguijuelas de pacotilla. Su trabajo propiciaba la existencia de los peces más gordos, aunque quizá ni siquiera fueran del todo conscientes de la cúspide del entramado inmobiliario de la ciudad, cuyo peso soportaban, en parte, sobre sus hombros.

—Al menos le pidió a Luke que trajese flores.

—Marnie, por favor. Como poco, es un parásito casado.

Le quité el portátil y lo cerré. Luego volví a abrirlo y le pedí que buscara información sobre Grilke.

La primera entrada era la de *grilkegroup.com*. En la página inicial, aparecía un comunicado banal y ecológico, con un fondo verde oliva benigno, sobre una corporación completamente volcada con la prosperidad mundial y un futuro floreciente. Había una serie de imágenes de hombres y mujeres con traje y casco posando en obras altísimas, con las manos apoyadas en vigas y travesaños, mirando el planeta a sus pies; en otra serie de fotos, esas mismas personas posaban en salas de conferencia —ya sin casco—, y de fondo había vistas espectaculares a través de ventanales que iban del suelo resplandeciente al techo; por último, se veía una galería con fotos de vestíbulos, apartamentos y *suites* de hoteles de superlujo. No todas las promotoras estaban en Nueva York. Había enlaces que llevaban a oportunidades para invertir en Hong Kong, Río de Janeiro, Abu Dabi, Bombay y otras ciudades. Por toda la página web había *banners* que anunciaban que el Grupo Grilke contaba con presencia internacional en más de cincuenta países de todo el mundo.

—¿Qué tiene de raro? Son promotores, peces gordos, peores que los tiburones. ¿Qué vas a hacer? Nada. ¿Sabes qué? Ya es hora de que me tome las medicinas. — Marnie me miró con esa cara de «para ya» que tan a menudo le ponía yo. Se le cayó sin querer del pie derecho la zapatilla del demonio, y yo me agaché para buscarla, aunque mis manos no eran muy eficaces.

—Casi todos esos pisos están vacíos —dije—. Nadie vive ahí. Solo cuestan millones y millones de dólares porque el dinero está invertido ahí. Como el entramado del Velázquez. Son creadores de capital a gran escala, pero tengo una idea, Marnie, escucha.

—¿No hemos acabado ya? —Se disponía a cerrar el portátil, pero puse una zarpa vendada sobre el teclado.

—Pídele a Roy Bean que se haga pasar por un multimillonario, una fortuna gigantesca que quiere invertir con el Grupo Grilke. Hazlo por mí.

—«¿Hazlo por mí?». ¿Es que eres mi madre que ha resucitado? ¿Por qué? — Marnie me miró como si le hubiese pedido que empezara a cantar un aria a voz en cuello delante de los médicos que iban y venían—. ¿Para descubrir qué?

—¿Qué se esconde detrás del Grupo Grilke.

—¿Por qué iba a hacerlo?

—Te debe una, y lo sabe. Te mandó flores. Sabemos que está casado, y probablemente no quiera que la doctora Freeman se entere de que tiene otra identidad: exitoso abogado especializado en la ley de propiedad intelectual e interesado en el arte. Es un buen actor; eso ya lo sabemos.

Una de las enfermeras ralentizó el paso y se quedó mirándome, aguzando claramente el oído por si pillaba algo.

—Suponiendo que pudiese ponerme en contacto con Roy, y que quisiera persuadirlo, que no quiero, aquí hay enlaces en los que él o cualquiera puede pinchar

para registrarse e invertir con el Grupo Grilke —dijo, leyendo el vínculo en portugués.

—Sí, pero los grandes inversores de proyectos concretos, ya estén en Brooklyn o en Calcuta, pueden concertar citas en persona, si quieren. Roy no tiene ni un centavo para invertir, pero puede fingir que sí, y que está interesado. Internet puede revelar muchísimas cosas, y luego está todo lo demás. Puedes encontrar diez datos de cien. Los otros noventa, enormes, desconocidos y peligrosos, son los que hay que sonsacarle.

—O sea, que quieres que llame a un tipo que me follé una vez, quizá dos, y le pida que se disfrace para que tú puedas fisgonear. Como si fueses a descubrir algo; como si ese tal Grilke fuera a sentarse al otro lado de una mesa de conferencias con incrustaciones de teca, en el puto piso sesenta y nueve, y a decir: «Ah, por cierto, fui yo quien ordenó todos los asesinatos. Así soy yo». Déjalo, Stella.

Me pregunté si todos los medicamentos que estaba tomando Marnie potenciaban los cambios de humor.

—No puedo. Garfield dice que a Ashby, don Repipi para los amigos, la cárcel le parecerá como ir al Retiro de Platón. Era una discoteca liberal de los setenta; he tenido que buscarlo. Pero Ashby no debería ir a la cárcel por culpa de esa gente.

—Lo siento por Ashby, pero a lo mejor estaba más implicado de lo que crees, ¿sabes? Estaba donde tocaba y cuando tocaba, ¿a que sí? Tiene las manos bastante manchadas. Ashby podría ser el eslabón perdido en la evolución de los negocios legales a los ilegales. Al igual que Oscar, Ashby aparece por doquier; solo que, ahora mismo, ha desaparecido del mapa.

—Nadie sabe dónde está, eso es cierto, pero Ashby solo es un pezqueñín, te lo digo yo. Si hubieras visto el piso y todos esos cuadros blancos...

—No me hace falta. Mira, los Grilke del mundo siempre se van de rositas. Siempre. Lo sabes de sobra.

Marnie cerró el ordenador y esta vez no se lo impedí. Cambió de tema, me dijo que estaba deseando volver a su piso. Yo me había encargado de limpiarlo, y le llevé los papeles del seguro para que pusiera una demanda, se comprase equipo de trabajo nuevo y volviera a salir de gira, a construir dirigibles, a la arquitectura de la luz. Abandoné la idea de intentar convencer a Roy, al menos por el momento, para que se hiciese pasar por un inversor a gran escala y, cuando me despedí de Marnie en la habitación, la mujer con la cabeza encastrada, a la que debía de parecerle Godzilla, me fulminó con la mirada. Me marché del hospital, pero me daba la sensación de que, dondequiera que fuese, por más atención que pusiera, siempre acababa pisando o molestando a alguien.

Ya en el metro, me senté frente a una pareja de ancianos con un aspecto más propio de una limusina que de un vagón de la línea D, y lo sabían perfectamente. El hombre tenía el pelo plateado y llevaba un abrigo de lana mullido, que ya picaba, pero que fue caro en su momento. Los zapatos y la corbata estaban desgastados, pero

es probable que también hubiese pagado mucho por ellos. Su mujer, en cambio, llevaba una falda muy corta que revelaba unas piernas muy blancas que no llegaban al suelo, ni siquiera con tacones. Su melena rala estaba tintada de rojo y, aunque el corte parecía caro, no iba peinada; su expresión era a la vez desafiante y mustia. En sus orejas destacaban unos pendientes con forma de sombrero chino, como si los lóbulos llevasen armadura. Supongo que los tiempos de los diamantes y de las perlas habían tocado a su fin. Luego subieron al vagón dos mujeres jóvenes, hablando en voz alta de su trabajo de baristas en un Starbucks del centro; su encargada era una gilipollas de campeonato, pero ¿qué se le iba a hacer? Luego empezaron a hablar del tipo de gente del metro a la que, nunca, jamás, le darían dinero. Una de las chicas tenía una risa muy grave, masculina, y la pareja de ancianos las miraba dando muestras de gran incomodidad y aversión. Yo me zambullí en el capítulo fantástico sobre la tierra del plomo de *El sistema periódico*, de Primo Levi. Cuando volví a levantar la mirada, todos se habían ido. A esas alturas de la línea D, el vagón estaba casi vacío, y me alegró no ver a nadie, con o sin barba, sentado en un asiento de plástico naranja, espiándome mientras fingía leer anuncios de las escuelas de idiomas o del doctor Zizmor.

Mi próxima parada era en esa tierra de nadie sin nombre, para devolverle a Knox Barkley el carné de conducir y el pasaporte de Star Hammersmith. Ya no los necesitaba, y supuse que tendrían más valor de reventa para Knox que sentimental para mí. Knox estaba dormitando en una silla, con una botella vacía de *whisky* Kings County, embotellado en el arsenal naval de Brooklyn, en el suelo. Dejé los documentos en el mostrador y salí cerrando la puerta con cuidado. Confiaba en que quitase mis fotos antes de reciclarlos. Del taller de Barkley me fui dando un paseo hasta Greenwood Diner.

Justo antes de entrar al restaurante, donde Demetrius me estaba esperando, vi que junto a la autovía Brooklyn-Queens estaban rodando una película, y la policía desviaba el tráfico de vehículos y peatones. Pedimos un café, que correría por mi cuenta. —Demetrius seguía suspendido de empleo y sueldo—. Nunca se supo nada del fajo de billetes que, en teoría, llevaba mi nombre y estaba guardado en algún cajón de las instalaciones del Grupo Grilke. Quizá se fue por la ventana con los dos bañistas, los miles de litros de agua y los añicos de cristal moldeado, diseñado por ingenieros aeroespaciales para soportar vientos huracanados, pero no el impacto de una grúa. Ahora estaba cobrando por incapacidad.

Miré la pantalla negra de mi móvil: ninguna notificación. Masuji no volvió a enviarme un mensaje, si bien es cierto que llevaba mucho tiempo sin hacerlo.

—Debería haberme dado cuenta de que el cuadro era una falsificación. Charles Hill, el agente de Scotland Yard que encontró *El grito* de Munch, recordaba de memoria la superficie. Munch había apagado una vela sobre el cuadro, y le cayeron gotitas de cera aquí y allá. Cuando Hill, infiltrado, se puso en contacto con los ladrones, fingiendo querer comprar el cuadro, vio las manchas de cera y supo que era

el original: una falsificación no las tendría. Ese es el tipo de conocimiento que ha de poseer un conservador. Los siglos pasados son, a su manera, una especie de motor de búsqueda, y si sabes leerlos pueden contarte un sinfín de cosas. Nunca había visto el cuadro en Madrid, pero debería haberlo sabido.

La historia del arte no le interesaba mucho a Demetrius. Miraba fijamente su café, como si en el fondo de la taza pudiera encontrar algunas respuestas.

—¿Por qué el primer trago siempre es el mejor, y el resto va cayendo en espiral hasta la fría amargura? —Esperaba que no estuviese hablando de mí.

Miré a un actor al que le estaban retocando el maquillaje, y al que luego le explicaban cómo se disparaba un arma automática.

—¿Por qué me siento como si hubieran arrojado a un cristiano a los leones?

—No lo sé, Stella, dímelo tú. Han registrado el apartamento de Ashby. Según las cintas de Birdwell, ahora no solo tenemos el asesinato de Moonelli, sino también el suyo.

—No sabemos si Ashby tuvo algo que ver con Birdwell; ni siquiera si llegaron a conocerse. Sin duda la noticia del asesinato de Birdwell llegaría a determinados círculos de personas. Hasta los Dagbent lo sabían, y eso que fue cuando ellos acababan de empezar el instituto. A Ashby le gustaba disfrazarse, usar obras de arte y objetos caros como telón de fondo, pero antes muerto que juntarse con tipos que iban en chándal y llevaban muchas joyas de oro. Eso te lo garantizo.

—¿Cuánta gente tiene todo un armario lleno de trajes de estilo shakespeariano? Como si tuviesen que estar listos en todo momento por si los llamaban: «Oye, necesitamos un Ricardo III en la Forty-Eight Street con Broadway».

—No estoy segura de que Ashby tuviera vínculos con el negocio de Valentine, ni siquiera con el Grupo Grilke. Parecía un pato y caminaba como tal, pero no era un pato.

Nadie me creería, pero daba igual. Ashby había desaparecido. Mejor para él. No sé cómo se le había ocurrido que la grabación del asesinato de Moonelli podría ayudarlo: era como pinchar las ruedas de un coche encallado en un lodazal.

—Y luego está Grilke, que se ha ido de rositas.

—Siempre habrá Grilkes yéndose de rositas mientras se pueda hacer mucho dinero con algo y los diferentes tentáculos de sus organizaciones estén bien nutridos.

Eso estaba claro. Lo sabíamos los dos.

Lo que más me inquietaba era lo de Oscar. No dejaba de darles vueltas a las palabras de Marlene Dietrich sobre Orson Welles, que interpreta al corrupto capitán Hank Quinlan en *Sed de mal*. Oscar creyó que podía hacer negocios en la guarida del león; hablar su idioma, darles lo que querían sin mancharse las manos. También buscaba un poco de glamur. Pero las cosas se le torcieron. «Era un hombre excepcional. ¿Qué importa lo que se diga de la gente?». Mi imitación de Marlene Dietrich dejaba mucho que desear. Unos días antes había pasado por la tienda: ya la habían derribado.

Demetrius pidió una porción de pastel de cereza, que según me dijo estaba de rechupete. Me ofreció un bocado, acercándome la cuchara a unos centímetros de la boca.

—¿Sigues siendo alérgica? —preguntó.

—Creo que esta vez podré soportarlo. —Puse una mano vendada sobre la suya y me llevé la cuchara a la boca. Quizá tuviera futuro como artista de la desestabilización.

Ya no me apetecía hablar de pintura. Los huesos de los nudillos y las articulaciones de los dedos se estaban soldando, pero no tenía ninguna garantía de poder volver a trabajar de conservadora. Demetrius me preguntó si tenía ganas de empezar con la fisioterapia. Él ya había pasado por eso, y estando de servicio tuvo lesiones de espalda y de rodilla, pero ¿las manos? ¿Qué se puede hacer con todas esas articulaciones diminutas interconectadas?

—Espero que Tinkerbelle tenga manos de santo y me mande ejercicios.

Varios camiones se detuvieron junto a la carnicería *halal* y descargaron pollos, corderos y cabras destinados a convertirse en *kebabs*. Sus últimos cloqueos y balidos se fundieron con el ruido de actores disparándose y cayendo de los coches. Una mujer con tacones de aguja estaba escondida detrás de un SUV negro. Sabía por experiencia que con esos zapatos no iría a ningún sitio. Con suerte, los tacones son baratos, se parten y puedes tirarlos y echar a correr. Hubo que contener a los niños que salían de un colegio para que no invadiesen la escena.

—Si acaba con un beso en primer plano, es final feliz —explicó una de las camareras mirando por la cristalera—. Comienza una nueva vida, y los protagonistas se tienen el uno al otro; qué más da todo lo demás.

—¿Qué pasa si es un plano largo? —le pregunté, sin estar muy segura de cuál sería el plano si Demetrius se inclinaba sobre la mesa.

—Entonces ojito, porque del apocalipsis no hay escapatoria. ¿Quieren más café?

Se dispararon más armas y se desplomaron más cuerpos, mientras los protagonistas corrían hacia Second Avenue. Un coche que iba a paso de tortuga atropelló a un doble, que luego hizo un descanso con su instructor, un hombretón de pelo naranja que no dejaba de subirse el chándal, pero que a simple vista no llevaba joyas de oro. El instructor movía las manos en gestos que imitaban las olas del océano, y una y otra vez se ponía de puntillas, y luego bajaba, doblando las rodillas, mostrándole al doble una coreografía que le salvaría la vida.

Imaginemos una tribu aislada de personas que no distinguen los colores. El problema es genético, así que no es algo que se salga del plano de la posibilidad: dicha tribu podría existir perfectamente. Solo pueden ver en blanco y negro, así que ni siquiera saben lo que no saben. Imaginemos que un viajero llegado de fuera de la aldea intenta describirles el color. Aunque es inútil, compara el amarillo de cromo con el sabor del limón, el azul cobalto con el sonido de las campanas. Al final, las palabras se quedan cortas. Sin embargo, a los miembros de la tribu no les deprime

que los forasteros intenten explicarles que tienen un grave déficit en su percepción del mundo. No pueden imaginarse cómo es el carmín de alizarina o el tierra de Siena tostada. «¿Y qué?», dicen, encogiéndose de hombros. El cielo es siempre gris, pero no conocen otra cosa, así que un cielo así no es motivo de depresión de caballo; para ellos no. Miro por la cristalera esta película y pienso en Maribárbola, la enana de *Las meninas*, que soportaba a los miembros de la realeza e intentaba divertirlos. Era su trabajo, independientemente de que supiese o no que España estaba en guerra contra los holandeses por las colonias. Me daba la sensación de haber presenciado toda aquella historia en una escala de grises, sin llegar a comprender del todo lo que tenía ante mis ojos. Pero, en fin, una hace lo que está en su mano lo mejor que puede, como conservadora y como clienta de un restaurante, esperando un beso, y luego se abre camino por esa imitación de la vida que es el rodaje de una película, confiando en que los huesos se le curen pronto.

## Agradecimientos

Un agradecimiento enorme para:

Julie Stevenson, la mejor agente del mundo. Kate Miciak, editora con visión de rayos X, y Julia Maguire, ídem: ambas vieron cosas que yo no habría podido ver jamás y me revelaron, con la amabilidad que las caracteriza, hasta dónde alcanza mi ignorancia. Paul Rosenstrauch, asesor de ingeniería, y Helena Rosenstrauch, asesora de lingüística y logopedia; Rachel Danzing, conservadora de arte, con su pericia técnica, y Richard Newman, jefe de investigación científica del Museo de Bellas Artes de Boston, hicieron aportaciones de un valor incalculable. Cualquier error es de mi propia cosecha.

Para los amigos y familiares que leyeron los borradores, me dieron consejos y sugerencias y me oyeron hablar en voz alta: Laura Bentz, Barbara Daitch Cary, Margo Cooper, Sam Crawford, Irene Daitch, Anna di Lellio, Marion Falk, John Foster, Jonathan Hammer, Alice Kaltman, Bill Kanemoto, Mary Kanemoto, Rosemary Rogers, Brooke Stevens, Radhika Subramanian, Lynn Vogelstein, Karen Weltman y Daniel Wiener.

Para mi madre y mis hermanas Amy y Cheryl, por su apoyo y sus bromas cuando tocaba; y, por supuesto, para el que, de cuando en cuando, es mi empleado del hogar interno, Nissim.